

MONS. MANUEL LARRAIN E.

escritos completos

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.

2

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

“Con la presente quiero expresar a Usted la viva complacencia de Su Santidad al tener en sus manos esta publicación, en que se recoge abundantemente la predicación de Mons. Larraín, toda ella tan impregnada de sentimientos eclesiales”.

Secretario de Estado Sustituto.

“Queira receber meus especiais agradecimentos por sua carta de 30-12-76, que acompanha o valioso I Tomo dos “Escritos Completos” do saudoso apóstolo Manuel Larraín. Com auxílio dos filhetos, difundiremos a publicidade da Obra, em boa hora lanzada por V. R. Que o espirito e as palavras vigorosas de Mons. Larraín ajudem a maturidade da nossa Igreja”.

Cardenal Ivo Lorscheiter

Presidente del CELAM

Secr. Gral. Conf. Episcopal de Brasil.

“Estimo que este es un trabajo de mucha importancia para nuestra Iglesia y te felicito por tus desvelos y dedicación para llevarlo a cabo”.

Card. Raúl Silva Henríquez

Arzobispo de Santiago.

“Que el Señor lo recompense por el esfuerzo en la difusión del luminoso pensamiento de Don Manuel, quien ha sido uno de los grandes servidores del CELAM y de los grandes Obispos latinoamericanos”.

Mons. Alfonso López Trujillo

Secretario General del CELAM

“Te felicito de veras por tu trabajo, que viene a constituir un valioso aporte en la bibliografía pastoral latinoamericana. Escritos como los de Don Manuel constituyen una presencia permanente de su vida y acción en una Iglesia latinoamericana en cuyo crecimiento y renovación se empeñó. Yo tuve la fortuna de poder recibir de su palabra y testimonio.

He pasado a todos los Obispos, así como a diversas instituciones de Iglesia, los datos acerca de la nueva obra, a fin de promoverla. Espero que tenga buenos resultados’.

Mons. Ovidio Pérez Morales,

Obispo Auxiliar de Caracas

Secr. Gral. Episcopado de Venezuela

“... confío que se interesarán por la obra (los Obispos ecuatorianos) de un Obispo que entregó su vida a la causa de la Iglesia no sólo en Chile, sino en toda América”.

Mons. Raúl Vela Chiriboga,

Secr. Gral. Episcopado Ecuador.

MONS. MANUEL LARRAIN E.

Con las debidas licencias.

Derechos reservados: Inscripción 45.999

Santiago de Chile: Imprenta San José (1977)

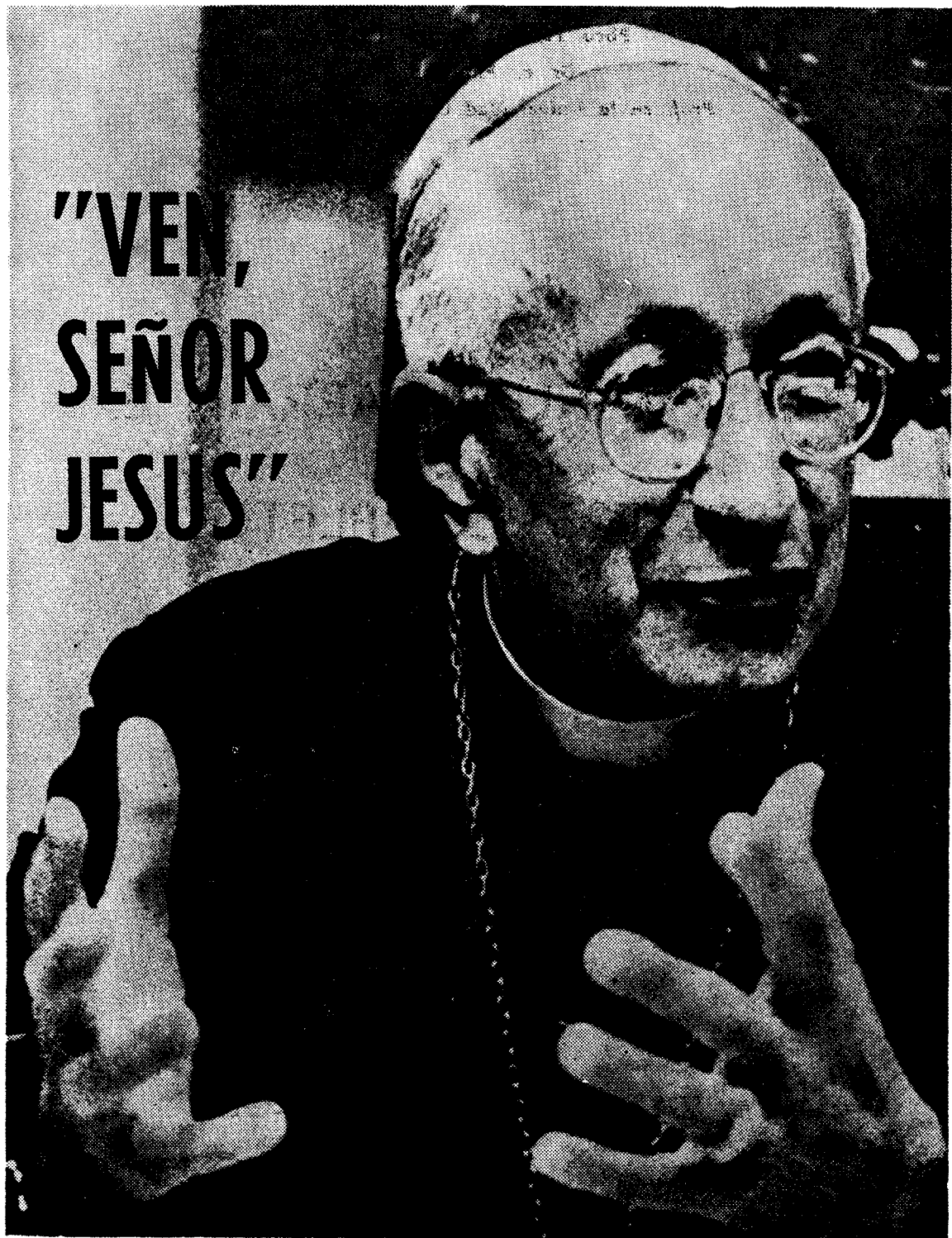
Pbro. PEDRO DE LA NOI
Dr. en Filosofía,
Prof. en la Universidad Católica de Chile

MONS. MANUEL LARRAIN E
ESCRITOS COMPLETOS

Tomo II

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

**"VEN,
SEÑOR
JESUS"**



ADHESION DE CARD. BAGGIO A ESCRITOS DE MONS. LARRAIN

IL CARDINALE SEBASTIANO BAGGIO
PREFETTO DELLA SACRA CONGREGAZIONE PER I VESCOVI

Roma, 3 de enero de 1977.

Reverendo y querido Padre :

He acompañado muy de cerca con interés y cariño las diversas iniciativas con que la diócesis de Talca y la Iglesia de Chile han conmemorado los diez años de la muerte del que fué uno de sus mayores exponentes, Monseñor Manuel Larrain Errázuriz, y celebro que la principal de ellas, o sea la publicación de sus escritos completos, esté siendo una realidad, gracias a la inteligente y diligente labor de Usted.

Mi gratitud y aprecio por el envío del primer volumen y el ofrecimiento de los dos restantes no son tan sólo los ordinarios del Prefecto de la S. C. para los Obispos quien se alegra al ver que un Pastor ejemplar de la Iglesia puede continuar irradiando la luz de sus enseñanzas y de sus ejemplos aún después de terminada su carrera terrena, desde el candelabro de sus escritos y de su biografía; son aquéllos muy particulares y muy hondos de un fraterno amigo y admirador de Don Manuel, no pocas veces in passione socius y siempre en íntima comunión con sus solicitudes eclesiales, desde que me cupo la dicha de conocerle en 1953 hasta su dramática muerte de la que fui informado el día mismo en que acaeciera por la acongojada comunicación de un amigo común.

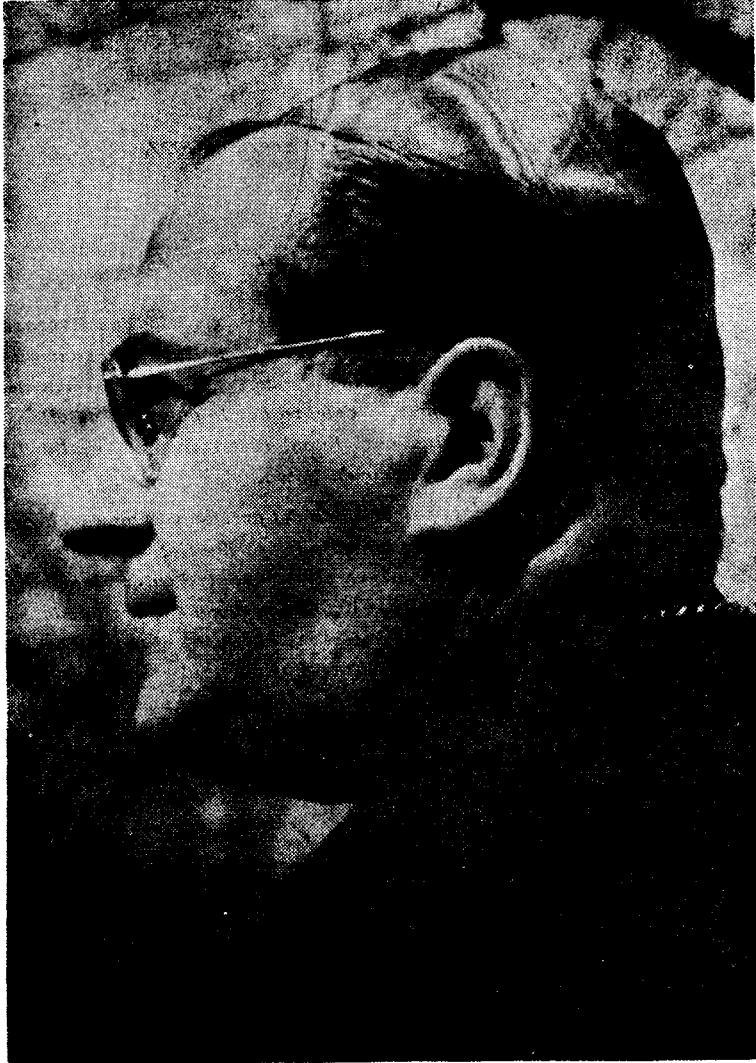
Ojalá que las palabras del Prelado que tanto quiso y tanto lustre dió a su Iglesia de Talca y a Chile continúen siendo meditadas y las lecciones de su vida no sean olvidadas.

Reciba, carísimo don Pedro, mi afectuoso saludo y mi bendición.

Reverendo
Pbro. D. Pedro de la Noi B.
Profesor en la Universidad Católica de Chile

+ S. Card. Baggio

Santiago



*Cardenal Sebastián Baggio, Nuncio en Chile
del 1 - VII - 1953 al 12 - V - 1959*

INTRODUCCION

Damos a luz el segundo volumen de *Mons. Manuel Larraín, Escritos Completos*.

La gran cantidad de escritos sobre espiritualidad y sobre liturgia nos obligó a alterar nuestro plan primitivo. En este tomo publicaremos sólo aquellos que se refieren a *La Iglesia en su liturgia*; el tercer tomo se referirá a *La Iglesia en su espiritualidad*; y finalmente, el cuarto será sobre *La Iglesia en el mundo*.

El legado litúrgico de Mons. Larraín

El legado litúrgico de Mons. Larraín podemos encontrarlo en tres ámbitos:

- el de su vida íntima, personal;
- el de sus realizaciones;
- el de sus escritos.

Si bien estas tres áreas de su vida y actividad litúrgica se encuentran íntimamente unidas, nos parece clarificador distinguirlas.

a) *Vida íntima.*

¿Cuándo despertó el interés del Obispo por la Liturgia? ¿Cuál fue el itinerario interior de su vida litúrgica?

Ateniéndonos exclusivamente a sus escritos, cabe remontarse a sus tiempos de seminarista. En un manuscrito de 1926, con ocasión de la ordenación de subdiácono, se preguntaba:

“¿Comprendes en esto algo de su grandeza y sublimidad? Es nada menos que la prolongación aquí en la tierra de ese himno de alabanza que Jesús entonó en honor de su Padre y que la Esposa Santa de Jesucristo recogiendo de sus labios ha de continuarlo como el himno más sublime de adoración y de amor hasta la consumación de los siglos.

“¡Videte vocationem vestram!” (Ved vuestra vocación). Contempla el cargo que la Iglesia te confiere: cantar a nombre de Ella, uniendo tu voz al Pontífice Supremo, a Obispos eminentes y sacerdotes santos las alabanzas de aquel Cordero inmolado que...” (1).

Era el alcance litúrgico de esta ordenación que lo acercaban al sacerdocio lo que despertaba su atención, era la captación de la Liturgia como acto de amplia comunión eclesial.

Y concluía en aquel manuscrito:

“Sea, pues, el rezo de tu divino oficio junto con la Santa Misa y el cumplimiento fiel de tus obligaciones la fuente de donde proceda una santa vida sacerdotal empleada toda en la salvación de las almas y en la extensión del Reinado Social del Corazón Sacratísimo de Cristo” (2).

Nótese cómo el apóstol social de años más tarde ubica la fuente de la extensión del Reinado Social de Jesucristo precisamente en la liturgia.

Casi cuarenta años más tarde, al acercarse su partida de este mundo, hace tres recomendaciones en su *Testamento Pastoral* para vivir y hacer vivir el misterio de la Iglesia: la primera de todas se refiere a la Liturgia:

“Orad con la Iglesia. La oración es la voz de la Esposa. Su clamor llega hasta Dios. Trabajad todos, sacerdotes y fieles para dar a la Liturgia de la Iglesia su lugar en la vida cristiana. Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia. He tratado modestamente de luchar por la vida litúrgica. Quiero que mi última palabra sea para que sigáis adelante en esta empresa...” (3).

Por otra parte, cuando da un bosquejo de la personalidad de Mons. Juan Subercaseaux, con ocasión de los diez años de su muerte, refleja como en un espejo su ideal personal, en estos términos:

“Amó a la Iglesia en su culto, en cuya participación activa señaló el Beato Pío X “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano” e hizo gustar las riquezas escondidas en su liturgia, donde el hombre aprende a orar a Dios en la belleza. El movimiento litúrgico de Chile, magnífica realidad hoy día, tuvo en Mons. Subercaseaux su principal impulsor. Participación inteligente y activa en los divinos oficios, sentido de comunidad cristiana que eleva en una sola voz su plegaria, destierro

(1) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 306.

(2) *Ibid.*

(3) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 30.

de las fórmulas vacías de sentido y verdadero canto que expresa al Señor en una forma digna el gemido del corazón, tal fue la acción intensa que él desarrollara entre el clero y fieles, para hacer que la "sancta plebs christiana" hablara a Dios con la hermosa y alegre alabanza, "jucunda decoraque laudatio (la hermosa y alegre alabanza) del salmista. No era tan sólo delicado sentimiento artístico el que lo impulsaba en este trabajo, cargado de incomprendiones y dificultades; era la visión de su vida que se desarrollaba en esta obra restauradora, porque como su maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella" (4).

Pocos escritos nos parece que reflejan como éste el propio ideal de Mons. Larraín; pareciera que estaba hablando de sí mismo...

b) *Ambito de realizaciones.*

Diez años después de la muerte de Mons. Larraín, el historiador benedictino, Padre Gabriel Guarda, lo describe en los siguientes términos:

"No es extraño así, que su vocación por la vida de oración sea una de las características centrales de la inmensa mayoría de sus escritos. Sabemos que en un momento determinado de su vida, por 1927, antes de retornar desde Roma a Chile, pensó seriamente, junto con su entrañable amigo Juan Subercaseaux, entrar en la Abadía benedictina de Quarr, en Inglaterra, para dedicar toda su existencia a la sola contemplación de Dios" (5).

Y Mons. Vicente Ahumada, vicepresidente de la Comisión Litúrgica de Chile, nos dice:

"Entendió a la Iglesia en su 'verticalidad'; Iglesia Santa porque Cristo está en ella inspirándola y moviéndola por el soplo y vitalidad de su Espíritu.

Esa comprensión lo hizo el Presbítero y Obispo pionero e inspirador de la Liturgia. Exhortó al Clero y a los laicos para que comprendieran que el ejercicio del sacerdocio común, como el sacerdocio ministerial, tienen la cumbre de su expresión en la celebración litúrgica, que es fuente y meta de la actividad cristiana" (6).

Pero detrás de estos autorizados testimonios están sus realizaciones concretas:

Su participación en las "Semanas Litúrgicas" de Chile fue decisiva, siendo importante promotor de la primera de ellas, en 1929, sólo dos años después de llegar de Roma a Chile, auspiciada por la Universidad Católica.

(4) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 358.

(5) *Teología y Vida*, XVII (1976), p. 302.

(6) Texto aún no publicado.

También en Talca promovió las Semanas Litúrgicas Diocesanas, destacándose entre ellas las de 1963 y 1965.

En la misma Universidad Católica dictó, en esa época, varios cursos de liturgia; por ejemplo: en la Escuela de Servicio Social, dependiente de esa casa de estudios.

A fin de integrar en forma más activa a los laicos en el movimiento litúrgico, formó un grupo de "oblatos benedictinos" —especie de orden tercera— contando entre sus miembros a Jaime Eyzaguirre, Jaime Santa María, y otros.

Su librito *Alabanzas del Señor*, que contiene una pequeña parte del Oficio Litúrgico, fue ampliamente difundido en retiros espirituales y encuentros de Acción Católica.

Otra realización importante, a nivel diocesano, fue la Catedral de Talca que, más allá de su construcción material, significó un proceso de educación del espíritu litúrgico en su Diócesis.

Intervino personalmente en la venida a Chile de los monjes benedictinos de Solesmes (Francia) y Quarr (Inglaterra) y posteriormente, de Beuron (Alemania), que echaron las bases del actual Monasterio de Las Condes.

Reconocimiento de su acción en el campo litúrgico fue el nombramiento que le fue otorgado de primer presidente de la Comisión Litúrgica Nacional.

c) *Los Escritos*

El pensamiento escrito referente a la liturgia se encuentra distribuido en folletos, que dicen relación, generalmente, a aspectos generales, como la relación entre la piedad y la liturgia, la participación de los cristianos en la Misa, etc.; en pastorales, las más de las veces, con ocasión de las festividades y tiempos del año litúrgico; en artículos publicados en el Diario *La Mañana*, de Talca.

En los aspectos metodológicos, para su presentación, nos hemos guiado fundamentalmente por las pautas indicadas en el volumen I (p. 21).

Nuestra última palabra introductoria es para agradecer la estimulante y comprometedora acogida de tantos y tan calificados lectores al tomo anterior.

**ASPECTOS GENERALES
DE LA
LITURGIA**

La Liturgia: sus fundamentos

Los seis escritos siguientes, que se refieren a "Aspectos Generales de la Liturgia", se complementan entre sí:

— *EL ALTAR, el primero en el tiempo, permanece en aspectos externos de la Liturgia; hay en él una atención tal vez exagerada a la letra de las reglamentaciones, no rara en la época, pero que trasunta una inmensa devoción por la Casa del Señor y por las cosas de su culto.*

— *PIEDAD Y LITURGIA, escrito unos años después —y reeditado posteriormente— es fundamental: centra en la esencia de la Liturgia y en sus fuentes, particularmente en la Biblia.*

— *LA LITURGIA CREADORA DE UN ORDEN NUEVO destaca la fuerza transformadora y la proyección a los diversos ámbitos de la vida, que despliega la acción litúrgica.*

— *LA MISA. LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES señala la dimensión comunitaria de la Liturgia y, más específicamente, de la Misa y da normas prácticas para concretarla.*

— *OREMOS CON LA IGLESIA. LA ALABANZA DE DIOS es un intento de incorporación práctica de los fieles a la oración litúrgica de la Iglesia, precedido de una breve fundamentación.*

— *EL AJUAR LITURGICO. PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II, finalmente, es la concreción de un ideal evangélico de pobreza y sencillez reflejada en determinados "signos".*

EL ALTAR (1)

(1929)

Así como la Santa Misa es el centro de toda la liturgia, así el altar es el centro del templo cristiano. Podemos concebir, y de hecho existen, iglesias sin reserva eucarística, no podemos en cambio, ni siquiera imaginar un templo sin altar; sería como un cuerpo sin alma, como uno de esos vastos salones donde se celebran los oficios protestantes en los cuales se siente el vacío de un rito que no toma su fuerza y su calor del "igne Altaris" (2) de que nos habla el Apocalipsis. El altar es el corazón de nuestras iglesias,

"toda la arquitectura de esta grande obra, dice un autor, extiende y cruza sus líneas, dispone sus armonías alrededor del altar, todo en la Iglesia está ordenado con relación al altar; las ventanas que le iluminan, las capillas que le circuyen, los arcos que le demuestran, las torres que le señalan los ministros que le sirven, el incienso que le envuelve" (3).

La importancia que el altar tiene en el culto nos obliga a cuidar con especial esmero de esta pieza capital del mobiliario eclesiástico, a velar por su conservación y esplendor ateniéndonos cuanto más estrictamente podamos al cumplimiento de las prescripciones litúrgicas y al espíritu con que la Santa Iglesia ha dictado estas normas guiada siempre por el deseo de dar a Dios el culto debido de adoración y de alabanza. "Deo nostro sit jucunda, decoraque laudatio" (4).

Dividiré este artículo en dos partes, en la primera hablaré del altar propiamente dicho, en la segunda trataré de sus accesorios y ornamentación.

(1) *Revista Católica* (1929), p. 325 - 330; 487 - 491.

(2) tr.: "fuego del altar".

(3) Citado por J. Guzmán, en *Valor Educativo de la Liturgia Católica*.

(4) tr.: "Que nuestra alabanza a Dios sea alegre y hermosa".

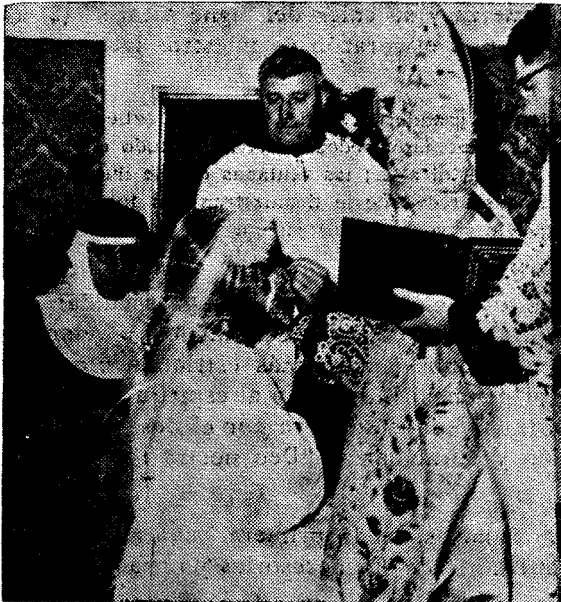
I. EL ALTAR Y SUS PARTES

1. *Historia.*

El altar que toma su nombre de "alta ara" o "alta res", según otros, ha existido desde los comienzos de la Iglesia. El primer altar en que se consagró la Eucaristía fue la mesa del Cenáculo, el primero en el cual se inmoló Cristo fue la Cruz, ambos de madera para que se realizase lo que la Iglesia canta en su himno de Pasión, "un árbol nos trajo el pecado y otro nos trajo la salud" (5); por esta razón fueron igualmente madera los altares de la primitiva Iglesia.

El concepto del altar es en los dos primeros siglos el de *ara* donde se renueva el sacrificio y el de *mesa* en que la comunidad cristiana participa de la víctima inmolada.

Las epístolas de S. Pablo a los Corintios y Hebreos (6) y las descripciones de S. Ignacio Mártir (7) nos dan a conocer esta costumbre, descripciones que se han visto confirmadas por los frescos descubiertos en las catacumbas, especialmente el conocido con el nombre de "fractio panis" (8) y dos que explica Wilpert en su célebre obra (9)



Signo y palabra:

hermanados en la Liturgia.

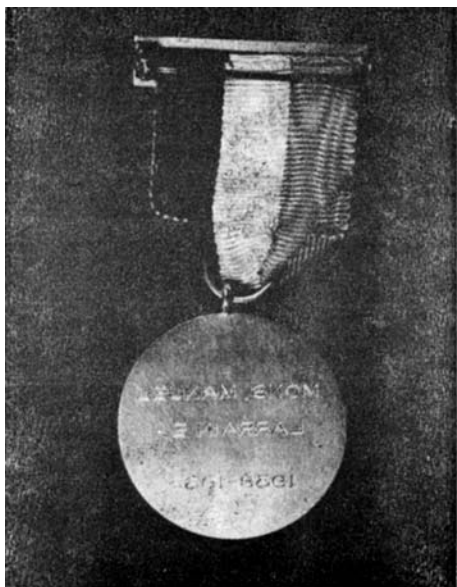
(5) Mimno de la oración de Vísperas *Vexilla Regis*.

(6) *Hbr.* 13, 10.

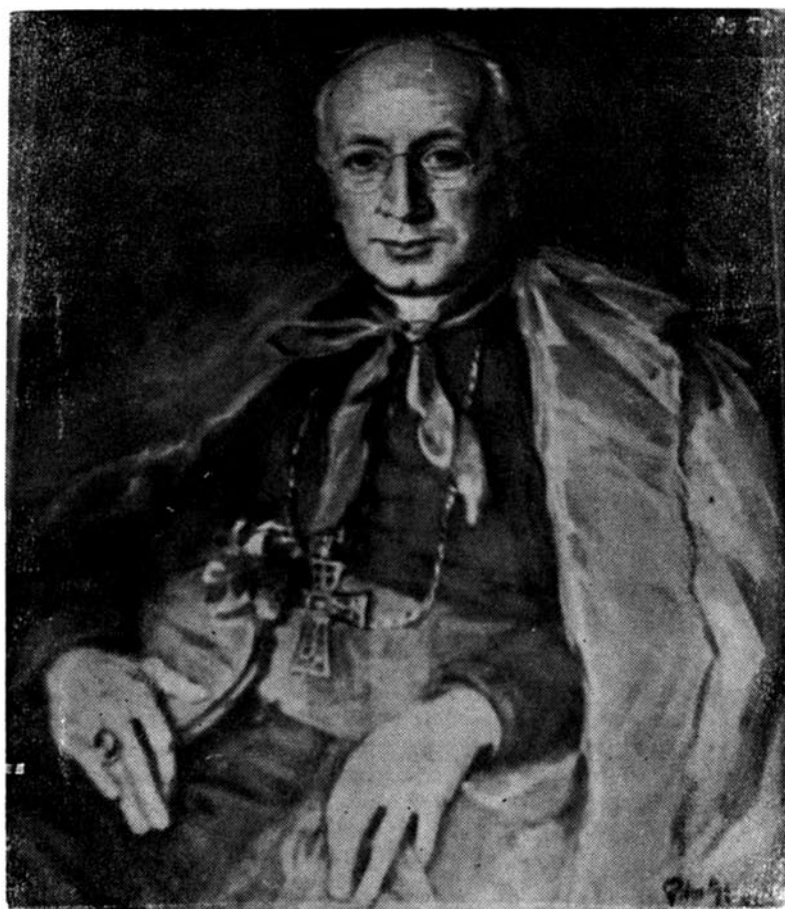
(7) *Contra haereses*, libro IV, P. G., Col. 1029.

(8) tr.: "la fracción del pan".

(9) *Le pitture*.



Condecoración de la Municipalidad de Curicó: Anverso y reverso de la medalla.



Oleo que se conserva en la casa provincial de las Religiosas de Santa Marta en Santiago.

Los altares de madera continuaron en uso por varios siglos, la primera prohibición a este respecto es la de un concilio de París en 509, renovada en 511 en el concilio de Epaona e insertada más tarde por Graciano en su decreto. Desde entonces es obligatoria la celebración de la Misa sobre altares de piedra; el origen de esta disposición parece ser la costumbre de celebrar el Santo Sacrificio sobre la tumba de los mártires el día aniversario de su "depositio". La conveniencia de unir en un mismo recuerdo al Salvador y a los que por El han dado la vida, apraece elocuentemente demostrado por S. Máximo de Turín:

"Convenienter igitur, et quasi pro quodam consortio ibi martiribus sepultura decreta est ubi mors Domini quotidie celebratur. Non inmerito igitur inquam, velut consortio quodam illic est tumulus constitutus, ubi occisionis dominicae membra ponuntur; ut quos cum Christo unius passionis causa devixerat, unius etiam loci religio copularet" (19).

El incremento que en el siglo IV tomó la devoción a los mártires hizo que cada iglesia quisiese poseer una reliquia de ellos y para conservarla con la debida veneración construía una "confessio" sobre la cual se erigía el altar.

Un nuevo concepto, el de *sepulcro*, se añade desde esa época al altar cristiano. Desde entonces el altar no ha perdido su carácter de tumba o sepulcro, Félix I manda que no se celebren Misas sino sobre las tumbas de los mártires y S. Ambrosio declara que levantará una basílica "si es que encuentra reliquias de mártires". En la actual disciplina está prescrito que haya reliquias, consta del Pontifical romano y de los Decretos de la Congregación de Ritos de los años 1886 y 1837, estas reliquias deben ser de santos aprobados por la Iglesia, no siendo lícito, según opinión del Cardenal Gasparri, colocar reliquias de beatos. Para la validez de la consagración bastaría la reliquia de un solo mártir, aún cuando es más conforme con el Pontifical el colocar dos (11).

Para dar una rápida ojeada a la evolución del altar desde la paz constantiniana hasta el siglo XVIII se pueden distinguir tres períodos principales, el primero llega hasta la mitad del siglo nono y el segundo hasta el siglo décimo cuarto.

El primer período se caracteriza por un gran respeto hacia la sagrada mesa, que debía servir únicamente para el sacrificio. Fuera de la oblata y de los objetos estrictamente necesarios no era permitido colocar nada sobre él, todo lo accesorio y ornamental era puesto fuera de la mesa sagrada. El altar era generalmente en forma de mesa cuadrada o cúbica cobijada bajo el

(10) tr.: "De modo conveniente, pues, y en cierto sentido por una cierta asociación, se ha establecido que la sepultura de los santos se encuentre en el lugar donde la muerte del Señor se celebra cada día. No sin razón, pues, por cierta asociación, se coloca el túmulo ahí donde se encuentran los miembros de Cristo muertos; para que aquellos que la religión unió a la pasión de Cristo, los junte también a él en un mismo lugar".

(11) S. C. R., Nº 4180.

“ciborium”; éste era una especie de baldequín sostenido por cuatro columnas, tal como se ve hoy día en las basílicas romanas. Del ciborium pendían riquísimas colgaduras, comúnmente conocidas con el nombre de “tetravela” destinadas a resguardar el altar e inspirar mayor respeto hacia él, de modo que llegase a considerársele como una especie de “sancta sanctorum”.

Hacia la mitad del siglo nono comienza el uso de poner relicarios sobre los altares, o de colocar a la vista los cuerpos de los mártires, lo que trae como consecuencia la pérdida del primitivo carácter del altar, que era de servir únicamente al sacrificio y de ser solamente trono de Dios. El tercer periodo, que comienza en el siglo XIV, se caracteriza por la acumulación y multiplicación de todo lo que es accesorio con detrimento del altar mismo. Se pusieron varias gradas sobre el altar, el tabernáculo del Santísimo Sacramento que en el período precedente se conservaba fuera del altar pasó a tener sobre él su colocación, se dio especial importancia a los retablos haciendo que la atención de los fieles se dirigiera a éstos y no a lo que constituye la parte principal, cual es, el ara santa donde se inmola la Víctima divina.

2. Las prescripciones de la Iglesia concernientes a los altares se refieren principalmente a la erección, materia y forma de ellos; trataremos brevemente cada uno de estos puntos.

La erección.— Ningún altar para el Santo Sacrificio puede ser erigido sin consentimiento del obispo, debiendo igualmente éste consagrar los altares fijos según lo dispuesto por los cánones 1199 y 1155. Respecto a las aras portátiles pueden ser consagradas por cualquier obispo.

El rito de la consagración de un altar corresponde al empleado en la dedicación de un iglesia quitados naturalmente los ritos y fórmulas que se refieren al templo.

Al erigirse un altar se tiene siempre en vista el honor y culto a Dios, pero esto no impide, aún más, está prescrito que el altar fijo sea dedicado a algún santo o misterio debiendo el altar mayor serlo al titular de la iglesia. (can. 1201). La Sagrada Congregación de Ritos, por los decretos 712 y 3732, prohíbe que en un mismo templo existan dos altares bajo idéntico título, lo cual no impide que en una misma iglesia haya varios altares a la Sma. Virgen bajo diversas advocaciones. Podría presentarse la duda si es permitido erigir en una iglesia un altar a la Virgen de Lourdes o de la Medalla milagrosa existiendo ya uno en honor de la Inmaculada, la Sgda. Congregación por decreto 3791 respondió a este caso, diciendo que era permitido siempre que “representetur cum omnibus apparitionis adjunctis” (12).

Sin permiso de la Santa Sede no se pueden erigir altares a los beatos (can. 1201), como tampoco es permitido dedicarlo a los santos del Antiguo Testamento.

3. Por razón de la forma el altar puede ser fijo o portátil, el primero según lo define el código (can. 1197) es “mensa superior una cum stipitibus

(12) tr.: “siempre que se les represente con todas las circunstancias de la aparición”.

per modum unius cum eadem consecratis” (13). Solamente estos altares pueden ser consagrados con el rito solemne a que antes aludimos.

La materia del altar debe ser de piedra natural, dura y compacta. Dos cosas debemos considerar en el altar fijo, la mesa y la base. Respecto a la primera diremos que el trozo de mármol que va a consagrarse debe ser de una sola pieza y estar unida a la base, extendiéndose sobre toda ella según el canon 1198 expresamente lo declara: “tabula seu mensa lapidea ad integrum altare protendi debet” (14).

El altar portátil, llamado también ara portátil “intelligitur petra ut plurimum parva, quae sola consecratur” (15), debiendo al menos, contener la hostia y la mayor parte del pie del cáliz, aunque es conveniente sea mayor para poder colocar también el copón cuando deban consagrarse hostias. Las normas de la visita pastoral prescriben no sea menor de 33 x 25 cm.

Entre el altar fijo en sentido litúrgico y el portátil en sentido riguroso, se encuentra el altar fijo en sentido menos propio, generalmente usado en las iglesias y oratorios públicos. Es aquel que sin haber sido litúrgicamente consagrado es en su estructura igual al fijo estando firmemente adherido al pavimento, a una columna o pared; la mesa puede ser de madera, mármol u otro material sólido debiendo llevar colocado en medio la piedra de ara.

En las iglesias y oratorios no se pueden erigir altares portátiles en sentido estricto (decr. 3978), pero es permitida la erección “ad modum fixi” (16).

4. *Execración del altar.*

Siendo absolutamente ilícita la celebración sobre un ara no consagrada (can. 1199), y pudiendo suceder con ocasión de reparaciones u otro trabajo semejante el que un altar pierda su consagración, expondremos brevemente las causas por las cuales puede éste quedar execrado.

Tanto el altar fijo como la piedra de ara pueden perder su consagración por las siguientes causas comunes a ambos:

a) Por una fractura enorme o notable; p. ej., si la piedra se rompiese al medio o en el lugar de la cruz ungida con los santos óleos, o aún si la piedra estuviese trizada “ad istar fili” (17), aunque permanezca intacto el sepulcro “si tenui scissura laboravit quae per medium integrum lapidem decurrit, licet sepulcrum non fuerit violatum” (18).

b) Cuando fueren movidas las reliquias o retirada la cubierta del sepulcro aún cuando las reliquias no se muevan. Sólo el obispo o un delegado suyo pueden remover la cubierta sea para cambiarla, sea para inspeccionar las reliquias.

(13) tr.: “la mesa superior juntamente con su base, consagrada con ella como si fueran una sola cosa”.

(14) tr.: “la tabla o mesa de piedra debe extenderse a todo el altar”.

(15) tr.: “se entiende la piedra, generalmente pequeña, que es consagrada sola”.

(16) tr.: “a semejanza del fijo”.

(17) tr.: “a modo de una grieta”.

(18) tr.: “si ha sufrido una tenue quebradura que recorre la totalidad de la piedra por el medio, aunque el sepulcro no haya sido violado”.

El altar fijo a su vez queda execrado por las siguientes causas:

a) Si la mesa es separada, aún momentáneamente de su base o de las columnas que la sostienen (decr. 3599 y 3605). En este caso puede conceder el obispo que un simple sacerdote repita la consagración con rito más abreviado (can. 1200).

b) Si el altar fuese transportado aunque sea pocos metros y aún cuando no se moviese la mesa y no se tocase el sepulcro perdería, sin embargo, la consagración (decr. 3504).

Por último, tanto el altar fijo como el portátil quedan profanados cuando debajo de ellos es enterrado un cadáver sin observar la debida distancia de la mesa (1 metro) no pudiendo celebrarse la Sta. Misa mientras el cadáver o huesos no hayan sido retirados. El canon 1202 es terminante en esta materia:

“subtus altare nullum sit reconditum cadaver, cadavera autem quae prope altare sepulta forte sunt, distent ab eo saltem spatio unius metri, secus Missam in altare celebrare non licet, donec cadaver removeatur” (19).

Nótese como dato curioso, que una de las fuentes de este canon es un decreto de la S. C. R. en 21 de abril de 1873 al Arzobispo de Santiago de Chile.

5. Terminaremos lo referente a la erección del altar, recordando algunas prescripciones que deben observarse en su construcción.

El altar cristiano que en la primitiva iglesia era bajo, a imitación del judaico (20), debió después ser colocado en alto para recordar mejor el monte del sacrificio donde Ntro. Señor fue inmolado. El altar debe estar levantado del suelo y como recuerda la Instr. fabric. (lib. I cap. XI):

“gradus tres adhibeantur ubi vero pro ecclesiae altarisque majoris amplitudine gradus plures esse possint, ibi quinque extrui poterunt” (21).

En cuanto al altar mayor debería estar separado del muro a fin que pudiera observarse la rúbrica del pontifical *“Pontifex circuit septies tabulam altaris”* (22) y si la iglesia estuviese orientada debería colocarse el altar de modo que el celebrante estuviese vuelto hacia el oriente.

Sobre esta última disposición tan llena de profundo significado y tan olvidada hoy día, conviene notar que aunque la Iglesia nunca ha prescrito formalmente dirigir los templos hacia el oriente, sin embargo, al ser posible, sería mucho más conveniente seguir la tradición primitiva que encontra-

(19) tr.: “Que bajo el altar no se encuentre ningún cadáver, los que puedan encontrarse cerca de él, que disten por lo menos un metro; de lo contrario no está permitido celebrar Misa en tal altar hasta que sea removido el cadáver”.

(20) Ex. 20, 26.

(21) tr.: “Háganse tres gradas; donde la amplitud del altar mayor permita más, pueden ponerse cinco”.

(22) tr.: “El Pontífice gira siete veces alrededor del altar”.

mos explícitamente consignada en las Constituciones Apostólicas “*aedes sit oblonga ad orientem versa*” (23).

II. ORNAMENTACION DEL ALTAR

En la primera parte de este trabajo consideramos el altar, propiamente dicho, en ésta veremos los objetos que le sirven de ornato y que en cierto sentido lo complementan.

1. *La Cruz*

Dominando la asamblea cristiana reunida para el sacrificio, se alza la cruz en el centro del altar. Ella debe recordar continuamente al celebrante la Pasión de Cristo Nuestro Señor. Las actuales prescripciones sobre el uso de la cruz, se encuentran en dos textos, uno de las rúbricas del misal, otro del ceremonial de obispos; de ellos se deduce: 1º) debe llevar la imagen de Nuestro Señor; 2º) debe estar en medio de los candelabros, sobrepasando a éstos en altura, de tal modo, que pueda ser vista por el pueblo con comodidad.

La visita apostólica prohíbe las cruces cuyo palo vertical tenga menos de 40 cm., y el transversal, menos de 22, exigiendo mayor tamaño en las cruces del altar mayor.

Los altares en cuyo retablo se encuentra una imagen grande de Jesús Crucificado, no necesitan tener un nuevo crucifijo. Acerca de la colocación de la cruz, conviene recordar que en los altares, cuya estructura impide ponerla entre los candelabros, se ha concedido el colocarla sobre el tabernáculo, pero no delante de la puerta del mismo o dentro del templete donde se expone el Santísimo Sacramento, como a menudo se ve en muchas iglesias. La cruz del altar puede ser de cualquier materia, y no es necesario bendecirla; en caso que quisiese hacerse, debe bendecirse privadamente con la fórmula para bendición de imágenes.

Ningún ornato mejor para el templo y altar cristianos, que el signo de nuestra redención, “levantada sobre nuestros altares, dice un autor, es el memorial de la Pasión de Cristo, el recuerdo del primer altar en que se inmoló el Cordero inmaculado, el ara en que derramó su sangre, con la que borró la escritura de nuestra condenación y la taladró en la Cruz, “*delens quod adversus nos erat chirographum decretum, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci*” (24).

Por esta razón la Iglesia con sus prescripciones, trata de dar al crucifijo el lugar de honor que le corresponde, por esto en sus decretos, la Sagrada Congregación reprueba el abuso de colocar cruces apenas visibles pa-

(23) tr.: “Que el edificio esté orientado hacia el oriente. Migne, P. G., T. I, col. 723.

(24) Col. 2, 14.

ra dar lugar a otras imágenes u adornos, disponiendo que donde esta costumbre se extienda *ordinarius loci provideat juris el factis remediis* (25), a fin de que no se someta lo principal y necesario a lo accesorio y secundario.

2. Candelabros.

“La Iglesia en el Santo Sacrificio, dice Jacob en su célebre obra *“El arte al servicio de la Iglesia”*, y en casi todas sus funciones emplea la luz, no tanto para disipar las tinieblas, como por causa del simbolismo que encierra. Ella, en realidad, ve en la luz la imagen de Aquél que es luz de luz, luz del mundo, sol de justicia; Jesucristo, la imagen de su palabra luminosa, de su gracia redentora, de su amor que se consume en el sacrificio, imagen, en fin, de aquella luz de la gloria que existe en la Iglesia del cielo, donde ya no hay necesidad de sol *sed lucerna ejus est Agnus*” (26).

El uso de los candelabros lo encontramos ya en la antigua Ley, donde vemos que Salomón colocó diez de oro purísimo en el templo que había edificado sabresaliendo entre todos el célebre de los 7 brazos, transportado más tarde a Roma, por orden del emperador Tito. Sabemos que tampoco faltaron en la primitiva Iglesia, como se ve en las *Actas de los Apóstoles* (27), y como igualmente se lee en las vidas de los Papas San Silvestre y San Hormisda, en las cuales se habla de candelabros de oro, plata y bronce para el culto. Pero el uso de candelabros colocados permanentemente en el altar, es relativamente reciente, no remontándose a más de cuatro siglos; anteriormente eran sostenidos por los acólitos o colocados en el pavimento o sobre una mesa especialmente destinada a este fin, costumbre que aun se refleja en las ceremonias de la misa solemne y en el oficio coral.

Pueden ser hechos

“vel argentea, vel ex aurichalco, vel ex cupro, aut ex ligno, deurata tamen, aut decens saltem, prouti ecclesiarum facultates sinunt et relativa festorum sollempnitas” (28).

El número de los candelabros es de seis para el altar mayor, y de cuatro o dos para los altares menores si no se celebra ordinariamente en ellos. Cuando celebra pontificalmente el obispo diocesano, se debe colocar un séptimo candelabro detrás de la cruz. Si con ocasión de la exposición del Santísimo Sacramento se colocasen varios candelabros de brazos, éstos en ninguna manera podrán suplir a los prescritos.

(25) Dect. 2621.

(26) tr.: “. . . sino que su luz es el Cordero”.

(27) *Hch.*, 20, 8.

(28) tr.: “de plata, dorados, de cobre o de madera, pero dorados y guardando la decencia y de acuerdo a las autorizaciones de las diversas iglesias y a la solemnidad de las fiestas”, *Eph. lit.*, a IX, p. 34.

La posición de los candelabros es sobre la mesa o gradas del altar, nunca fuera *et contrarius usus etsi anticus abolendus erit* decretó la Sagrada Congregación de Ritos (29).

Los candelabros del altar son reservados para uso exclusivo del mismo; por lo tanto, no pueden ser colocados alrededor de catafalcos o en otras funciones.

Frontal. El frontal que lleva también los nombres de antependium o palio, sirve para cubrir la parte anterior del altar y tiene origen, según parece, en la cortina que escondía las sagradas reliquias contenidas al pie del mismo.

Desde el siglo XI se introdujo la costumbre de adornar la parte anterior del altar, y aquí tuvieron su origen los riquísimos frontales que aún causan nuestra admiración como la "palla d'oro" de S. Marcos, en Venecia, el célebre "palleoto" de la catedral de Milán, o los de Vich y Zaragoza.

Se encuentra prescrito en las rúbricas del Misal y en el ceremonial de obispos, *palio quoque ornetur, coloris, quod fieri potest, diei festo vel officio convenientis* (30). El frontal no es obligatorio cuando el altar es en forma de tumba o tiene su parte anterior de mármol o decorada. El material para construirlos puede ser metal, madera o seda; en este último caso deben cambiarse según el color del día, advirtiendo que en el altar del Santísimo Sacramento, durante la misa de difuntos, no debe ponerse nunca el frontal negro, sino el violáceo.

Están prohibidos los frontales pequeños que cubren solamente una parte del frente, según aparece del decr. 4.000, en el cual se proscriben *parvum antependium, circa dimidium metri habens ex quavis parte, quod suspenditur in medio altaris*.

El antependium da al altar sobriedad y elegancia, imprimiendo más fuertemente en el ánimo de los fieles el espíritu de la Iglesia en ese día.

3. *El uso de las flores en el ornato del altar.*

El Ceremonial de obispos en su Libro I, dice: *rascula cum flosculis, frondibusque adoriferis, seu serico contextis, studiose ornata adhiberi poterunt* (31).

Lo primero que debemos recordar en esta materia es que la Iglesia no obliga en ningún modo a usar flores en el altar, se reduce solamente a permitir las; no existe ningún decreto que obligue a adornar los altares y los que sobre esta materia se han dado, han sido sólo para condenar los abusos.

Son absolutamente prohibidas las palmas de hojalata pintadas, las flores hechas de plumas y con muchísima mayor razón, las de papel. Cuando

(29) tr.: "...y el uso contrario aunque sea antiguo, debe ser abolido", Decr. 3137.

(30) tr.: "También la cubierta adórnese, si es posible, de color acorde a la fiesta y oficio del día", *Rubr. Gen.*, título XX.

(31) tr.: "Pueden ponerse cuidadosamente adornos de vasijas con flores, ramas olorosas o hechas de cera".

no es posible procurarse flores naturales es *tolerado* el uso de las flores artificiales que se encuentran en el comercio, como ser, flores de porcelanas, metal o paño.

Las leyes litúrgicas prescriben que los floreros estén colocados entre los candelabros o sobre las gradas superiores, pero nunca sobre la mesa misma del altar y aún menos delante del tabernáculo, como frecuentemente se ve en muchas iglesias.

Las flores deben ser quitadas del altar desde el Miércoles de Ceniza al Sábado Santo, desde la primera dominica de Adviento, hasta la Vigilia de Navidad, en los días de las cuatro tómporas y en el de la Conmemoración de los fieles difuntos. Durante la Cuaresma y Adviento es permitido el uso de las flores en las dominicas IV y III respectivamente, además el Domingo de Ramos se aconseja adornar el altar con ramos de olivo y palma. También es permitido colocar flores cuando las fiestas de San José y de la Anunciación caen dentro de la Cuaresma, como igualmente en la exposición del Santísimo Sacramento.

Tales son las principales reglas litúrgicas con respecto al uso de las flores, ¿no sería conveniente recordar también algunas de estética? El profesor Barini, censor de la Academia Litúrgica Romana, en su obra *Catechismo litúrgico*, dice a este respecto:

“La estética requiere que el ornato del altar sea simple y decoroso; la simplicidad aleja los objetos que se amontonan y todo oropel o vano adorno; el decoro exige que todo sea conveniente a la majestad de la casa de Dios y emblema digno de la excelencia, nobleza y dignidad de nuestra santa religión como también signo de la grandeza de los misterios de la fe y de los preceptos del Evangelio. Un altar no debería admitir más de cuatro o al sumo, seis floreros”.

Las flores en nuestros altares son un símbolo de lo que debe ser nuestro corazón delante de Dios *bonus odor, odor vitae ad vitam*; el perfume de la vida de Cristo embalsamando nuestra vida y dando a otros la vida divina.

Digno de especial encomio es el trabajo emprendido por los benedictinos de la Abadía de Santa Otilia (Alemania), de fabricar floreros especialmente destinados para el culto.

Nada de mundano o profano debe aparecer en nuestros altares y así como en los vasos encontrados en las excavaciones griegas o egipcias, pueden fácilmente distinguirse los destinados al culto de un dios, de un rey o al uso común, así nuestros objetos religiosos deben llevar el monograma espiritual de Cristo.

Han sido fabricados una serie de seis diferentes floreros, sobre los cuales se ha inscrito en letras de oro: *Florete flores, Date odorem, Benedicite Dominum* (32), distribuidos de modo que sobre cada uno de ellos se encuentre una palabra. Sobre otra serie de cuatro se ha inscrito la siguiente frase: *Bonus odor Christi sumus* (33).

(32) tr.: “Floreced flores, dad olor, bendecid al Señor”.

(33) tr.: “somos el buen olor de Cristo”.

Esforcémonos por dar siempre al altar cristiano el lugar y la importancia que la Iglesia, a través de los siglos, le ha dado; el decoro del altar que resulta del atenerse estrictamente a las prescripciones litúrgicas, hará comprender mejor al pueblo su profundo significado acercándolo más a Aquél a quien el altar simboliza y todo esto contribuirá a vivir esa vida litúrgica intensa y sólida que es, al decir de S. S. Pío X, "el manantial primero e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (34).

U. I. O. G. D. (35).

(34) Motu proprio *Inter pastoralis officii*, 22 - XI - 1903.

(35) Ut in omnibus glorificetur Deus. Tr.: "para que Dios sea glorificado en todo".



En el altar, junto al alimento de la Eucaristía, el alimento de la Palabra de Dios.

PIEDAD Y LITURGIA (1)
(1931)

In spiritu et veritate...

Cuando un movimiento se produce en la Iglesia con caracteres de universalidad, cuando las almas encuentran en él algo que responde a sus más íntimas aspiraciones y anhelos y sobre todo cuando la Cátedra infalible de la verdad lo sanciona con su augusta aprobación, podemos decir sin temor que tal movimiento procede del Espíritu Santo que con su soplo vivificador anima a la Iglesia y con sabiduría infinita "conduce las cosas a su fin disponiéndolo todo suavemente" (2). Tal sucede con el renacimiento de fervor litúrgico, con ese anhelo de participar más íntimamente a la vida de Iglesia que cada día avanza más entre los fieles produciendo por doquiera consoladores frutos de piedad cristiana bebida en las auténticas y vitales fuentes que Cristo estableciera como manantiales purísimos para comunicar a las almas su vida.

Para muchos parecerá extraño el tema de este trabajo ya que el concepto que generalmente se tiene de la liturgia poco o nada dice a la formación de la piedad.

De hecho la palabra liturgia representa para algunos un coro de benedictinos o trapenses que en una centenaria abadía europea entona a media noche su canto de Maitines; otros, y esos son legión, a la voz de liturgia piensan en las rúbricas y ceremonias de la Iglesia, olvidando que éstas forman parte de aquélla, pero no la constituyen y creyendo por consecuencia, que esto es cosa que sólo interesa al clero; y no faltan, por fin quienes en la liturgia vean una manifestación de arte religioso, un fino sentimiento artístico que trata de embellecer el culto cristiano renovando arcaicos estilos e inmediatamente piensan en magníficas catedrales, ornamentos góticos, potentes coros gregorianos o armonios, acordes de una polifonía sagrada.

En la liturgia *hay algo de eso, pero no es eso*; la liturgia es una realidad mucho más vasta, y sublime, es el "culto exterior que la Iglesia da a Dios" la manifestación suprema de la virtud de la religión que liga al hombre con Dios ejercida por la sociedad única fundada por Cristo para cumplir esta misión; la Iglesia Católica nuestra Madre.

La liturgia considerada en esta forma no es una cosa accidental en la Iglesia, ni una escuela de ascesis más o menos recomendable, sino algo

(1) Santiago, Imp. San José, Colección "Ecclesia", N° 3, 126 p., 1ª edición: 1931.

(2) *Sb.* 8, 1.

esencial destinado a comunicar a las almas la vida de Cristo, a unir las por medio de Este al Padre celestial y a producir la flor de la virtud cristiana que es la piedad.

La brevedad del presente trabajo impide encerrar en el estrecho marco de unas pocas páginas los numerosos puntos que en la piedad se contienen y sólo puede reducirse a enunciar los principales conceptos que muestran no sólo la estrecha relación existente entre la liturgia y la piedad sino aún más, el hecho que de la liturgia brota la más sólida y tradicional devoción, aquella que apoyándose en las bases del dogma produce esa plegaria que junta a su carácter sobrenatural y divino el ser la expresión y el desarrollo más perfecto de la personalidad humana.

I. PRINCIPIOS DE LA PIEDAD LITURGICA

LA VOZ DE LA ESPOSA

1. *La liturgia nos hace orar con la oración de la Iglesia*

Jesús, Sumo y eterno Sacerdote de la ley nueva, vino a reconciliar con Dios a la humanidad pecadora y a ofrecer a nombre de ella a su Padre celestial los homenajes de adoración, gratitud, reparación e impetración que sólo un Dios podía en modo digno presentar.

“Yo sé que tú siempre me oyes” (3), pudo decir con absoluta confianza, porque bien conocía que nada más puro y santo podía ofrecerse al Eterno Padre que los homenajes de su Hijo Unigénito “en quien Este ha puesto todas sus complacencias” (4). Esa virtud de religión ejercitada por Jesucristo durante los años de su vida terrestre y continuada eternamente en el cielo donde “vive siempre interpelando por nosotros” (5), quiso encargarla aquí en el mundo a la Iglesia fundada por El para ser la continuadora de su misión y mediante la cual seguiría viviendo en medio de los hombres y comunicándoles por ella la vida divina.

La liturgia no es otra cosa sino el ejercicio oficial por parte de la Iglesia de la virtud de la religión, la realización de esa misión que Jesús le ha encargado continuar.

Este divino organismo, “cuya cabeza es Cristo, cuya alma es el Espíritu Santo y del cual nosotros somos los miembros, alza su voz al Padre y tiene su oración oficial que se llama la liturgia” (6): Piedad litúrgica será por tanto orar con la plegaria oficial de la Iglesia siguiendo el espíritu con que

(3) *Jn.* 11, 43:

(4) Cf. *Mt.*, 3, 17.

(5) *Hb.* 7, 25.

(6) Mon. Olgiati, *Il sillabario del Cristianesimo*.

ésta anima las diversas fiestas y tiempos del año, será el pedir no como individuo aislado sino como miembro de un cuerpo vivo, de una sociedad que sufre, trabaja, ama e implora. Es, en resumen, la piedad que se inspira y nutre de la liturgia. Su programa se compendia en esta fórmula: hacer participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en los varios misterios que la liturgia expresa, para que así viva el hombre la vida íntima de Dios; su práctica se encuentra en la participación *activa* de los fieles en la oración pública y solemne de la Iglesia que Pío X, el gran restaurador de todas las cosas en Cristo, llamó “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano” (7).

La importancia de la liturgia como fuente de verdadera piedad viene del hecho de ser la oración oficial y auténtica de la Iglesia y por tanto el medio más *seguro* para hacer que las almas vivan plenamente la vida cristiana y reciban todo el influjo santificador de Cristo.

Oración individual y social.

La oración en sentido general es: “la elevación de nuestra alma hacia Dios con el fin de cumplir con El nuestros deberes y pedirle sus gracias para glorificarlo siendo mejores” (8). Es, como decía S. Gregorio Niceno, una conversación con Dios, “*oratio conversatio sermocinatioque cum Deo est*” (9).

Expresión perfecta de nuestro amor y devoción, la oración desempeña en nuestra vida espiritual un rol de capital importancia. Puede en realidad decirse que ningún medio de perfección tiene igual eficacia como éste, pues es un resumen de los otros medios generales y produce en el alma que se consagra a ella maravillosos efectos. La oración en realidad, nos desprende de las creaturas y nos une totalmente a Dios transformándonos en El, produciendo así esa doble actividad que es el compendio de la perfección *cristiana*; muerte a sí mismo y vida para Dios “*mortui enim estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*” (10).

La oración puede revestir diversas formas, ser mental o vocal, privada o pública. La oración pública o social es la practicada por una colectividad o por un solo individuo como mandatario y representante de toda la colectividad. Ninguna forma de oración tiene una eficacia semejante a ésta, pues como dice Santo Tomás, “*Impossibile est preces multorum non exaudiri, si ex multis orationibus fiat quasi una*”. Es imposible que no sean oídas las preces de muchos, si de muchas oraciones se hace como una” (11).

La oración de la Iglesia es, pues, la más agradable al oído y al cora-

(7) *Motu Proprio*, del 22 - XI - 1904.

(8) Tanquerey - *Teología ascética*.

(9) Greg. *Orat. I de orat Domini*; P. G. XLIV.

(10) tr.: “ustedes están muertos y la vida de ustedes está escondida con Cristo en Dios, *Col.*, 3, 4.

(11) tr.: “Es imposible que la oración de muchos no sea escuchada, si de muchas oraciones se hace en cierto sentido una”, *Comment, in Math, c. XVIII*.

zón de Dios y por consiguiente la más poderosa. Feliz aquel que ora con la plegaria de la Iglesia, que une sus peticiones particulares a las de la Esposa de Cristo siempre escuchada amorosamente por su celestial Esposo. Así nos enseñó a orar Nuestro Señor: Padre nuestro y no Padre mío, danos, perdónanos, líbranos y no dame, perdónome, líbrame, para inculcarnos que la oración a El más acepta es la social y colectiva (12).

Así oraban los primeros cristianos. Cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

Así quiere también la Iglesia que continúe subiendo al cielo su oración "una voce" con una voz, como decimos en el prefacio de la Misa; y el gesto del Sacerdote que abre los brazos antes de la colecta (13) para unirlos en seguida no es sino el símbolo de ese otro gesto invisible con que la Iglesia nuestra Madre une en una sola plegaria las súplicas dispersas de sus hijos.

¿Quiere ésto decir que la Iglesia no reconoce otra forma de oración que la pública? De ninguna manera; hay una forma de oración, la individual o privada que cada persona hace cuando se recoge en sí misma pensando en Dios y meditando, tal oración no sólo no es superflua sino que es la *condición indispensable* para comprender y participar mejor en la oración litúrgica.

La Iglesia sin dejar de reconocer la libertad interior de que gozan las almas, permitiéndoles orar del modo y manera que más les convenga, no ha abandonado los actos del culto a la fantasía individual.

Cristo instituyó los Sacramentos y sus ritos esenciales, pero dejó a la Iglesia el cuidado de reglamentarlos o mejor dicho de organizar la oración oficial que es colectiva, revestida necesariamente de un elemento exterior y realizada por personas especialmente designadas; la *jerarquía* establecida por Cristo.

El fiel hijo de la Iglesia debe reconocerle este derecho, someterse a él dócilmente, aceptar de su mano como de la mano de una madre sabia y prudente esos ritos y esas fórmulas, tratarlos con soberano respeto, penetrarse de su profundo significado y unirse de corazón a ellos (14).

Como se ve después de lo dicho, la piedad litúrgica se inspira constantemente en la oración misma de la Iglesia. Aquel que por medio de un contacto continuo con esas oraciones penetra en su sentido, las hace alimento de su devoción y regla de su conducta, encentrará en ella la realización de las más legítimas y nobles aspiraciones de su alma y sobre todo en medio eficaz para progresar rápida y seguramente en la virtud.

Siendo, en efecto, la piedad litúrgica la devoción oficial de la Iglesia, su práctica constituye la expresión más sincera de nuestra fe religiosa. Por ella expresamos al Eterno Padre el homenaje de nuestra adoración y alabanza, en ella proclamamos a Jesucristo como único Mediador y fuente de to-

(12) Cfr. D. Gueranger, *L'année Liturgique*.

(13) Palabra que significa reunión y designa la oración de la S. Misa.

(14) Cfr. Olgiati, *op. cit.*

das las gracias, por ella reconocemos el poder santificador del Espíritu Santo y recordamos que esa comunicación de vida divina se realiza por el medio auténtico y único escogido por Cristo; la Iglesia Católica Nuestra Madre.

2. *La Liturgia nos hace orar con Cristo.*

La piedad litúrgica no es una fría recitación de fórmulas de oración eclesiástica sino un principio eficaz de unión con Cristo que por medio de la Iglesia continúa en el tiempo su oración. La Iglesia, por tanto, al orar no hace sino traducir en palabras los sentimientos que su divino Esposo le sugiere, razón por la cual la plegaria litúrgica es oración *con Cristo* y el que activamente toma parte en ella participa de los pensamientos y sentimientos de Jesús.

Dice un notable escritor español, Mons. Gomá: "en su sentido más íntimo la piedad no es más que la vida de Jesús en el cristiano. Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros; nuestra religión es piedad porque nuestro Dios es hombre como nosotros cuya benignidad y humildad apareció entre los hombres y que íntimamente trató con los hombres. La convivencia de Jesús con los apóstoles, la tierna amistad de Cristo con las almas sencillas de los discípulos tal como aparece en las páginas del Evangelio, nos dan el tipo de la piedad cristiana, así aparece también en las vidas de los santos: es el Rabboni de la Magdalena, el Resucitado que obliga a Tomás a meter su mano en la abertura del costado, es el Cristo que vive en San Pablo; el de los estigmas de S. Francisco, el de Teresa, Gertrudis y Margarita María. Esta vida de intimidad con Jesús es ley de la piedad cristiana; lo es primeramente de la oración: "dondequiera se junten dos o tres a orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellos" (15), lo es del Sacrificio; "haced esto en mi memoria" (16), la Eucaristía es el sacramento por excelencia de la intimidad con Jesús "el que comiere mi carne y bebiere mi sangre, está en Mí y Yo en él" (17). La vida sobrenatural se llama cristiana a causa del rol esencial que Cristo desempeña en ella, ya que la participación a la vida divina que la Trinidad Santísima nos confiere se realiza justamente por los méritos y satisfacciones alcanzados por Nuestro Señor Jesucristo.

Rol de Jesucristo en la vida espiritual.

Conviene esclarecer algo más este punto tan olvidado hoy día y cuyo desconocimiento ha traído tan grandes males a las almas; lo haremos brevemente siguiendo la doctrina del gran maestro de vida cristiana, San Pablo.

(15) *Mt.* 18, 19.

(16) *Lc.* 22, 19.

(17) *Jn.* 6, 56.

“Es en Cristo donde Dios nos ha elegido antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado a ser hijos suyos por Jesucristo a gloria suya por un puro efecto de su buena voluntad, a fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos a sus ojos *en su Hijo muy amado*” (18).

Tal es el plan divino sobre nosotros. Según el pensamiento de San Pablo ese plan puede reducirse a estas grandes líneas que forman su estructura: a) Dios quiere comunicarnos su propia santidad: “Dios nos ha escogido para ser santos e inmaculados” (19), esta santidad consiste en una vida de hijos adoptivos, vida de la cual la gracia es el principio y el carácter sobrenatural: “Dios nos ha predestinado a ser sus hijos de adopción” (20); c) por último, este misterio inefable no se realiza sino “*por Cristo Jesús*” (21), en El se encuentra la fuente de toda perfección. Toda la santidad que Dios ha destinado a las almas la ha depositado en la humanidad de Cristo; es por tanto en esa fuente donde debemos nosotros buscarla.

Jesucristo es la causa meritoria, ejemplar y vital de nuestra santificación ya que El nos ha alcanzado por sus méritos el derecho a la gracia y a la gloria, con sus ejemplos nos ha enseñado el modo de santificarnos y constituido como cabeza del cuerpo místico derrama en sus miembros la plenitud de vida divina que en El reside. San Cipriano resume admirablemente estas verdades (22):

“Con Cristo hacemos el camino marchando tras sus huellas, Cristo es nuestro guía y la antorcha ardiente que ilumina nuestros senderos, el autor de nuestra salvación que nos conduce al cielo, hacia el Padre, y promete el triunfo a aquellos que lo buscan en la fe. Lo que actualmente es El en la gloria lo seremos nosotros un día, si por la imitación fiel de sus ejemplos nos hacemos verdaderos cristianos o sea otros Cristos” (23).

Causa satisfactoria y meritoria.

Al decir que Jesús es causa meritoria y satisfactoria de nuestra vida espiritual indicamos que Cristo es para nosotros fuente de gracia ya que con su vida, pasión y muerte ha pagado nuestras deudas a la divina justicia y ha merecido todas las gracias que en el curso de nuestra vida nos aplica por medio de su Iglesia.

(18) *Ef.* 1, 4 - 6.

(19) *Ef.* 1, 4.

(20) *Ga.* 4, 5.

(21) *Rm.* 2, 16, etc.

(22) Sn. Cipriano, *De Idolorum Vanitate* (De la vanidad de los ídolos).

(23) Cfr. D. Columba Marmión, *El Cristo, Vida del alma*.

La justicia de Dios ofendida por el pecado exigía una reparación adecuada ofrecida por un representante legítimo de la humanidad. En su infinita misericordia ("propter nimiam charitatem") (24), Dios que había previsto desde toda eternidad la caída del hombre le prepara un Redentor en la persona de su Hijo Unigénito, y cuando "la plenitud de los tiempos hubo llegado" (25), envía al Salvador que debe rescatar la creación, destruir el pecado y reconciliar a los hombres con su Dios. "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (26). Ese Verbo encarnado es Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Cada uno de los actos por El realizados tienen un valor infinito porque son las acciones de un Dios, uno solo de ellos, un suspiro, una lágrima, una gota de su sangre preciosa eran suficientes para reparar todos los pecados del mundo. La vida de Jesucristo en la tierra fue una serie no interrumpida de actos de reparación que culminaron en la oblación sublime del Calvario para que "ahí donde abundó el delito superabundara la gracia" (27). Por estos actos Jesús ha reparado la majestad divina ofendida por el hombre y merecido para nosotros todas las gracias de perdón, salvación y justificación; "porque ha consumado la obra de su mediación, Cristo se ha hecho para todos los que le siguen la Causa meritoria de la salvación eterna", escribe San Pablo (28).

Las conclusiones que de esta verdad se desprenden son preciosas para el alma cristiana. En primer lugar nos enseña la confianza ilimitada que debemos tener en los méritos de Jesucristo, "no hay condenación para los que quieren vivir unidos a Cristo Jesús" (29). "En El hemos sido enriquecidos, para que ninguna gracia nos falte" (30), y si con sus palabras y su ejemplo nos llama a las alturas de la perfección cristiana, es justamente porque quiere que estos tesoros que ha comunicado a la humanidad no permanezcan estériles y pueda el alma alentada por sus méritos infinitos y nutrida con las riquezas que se encierran en su corazón divino escalar las cimas de la santidad. Todas las gracias que para alcanzar nuestro fin sobrenatural necesitamos nos han sido merecidas por Jesucristo y los sacramentos que El mismo ha instituido para conferirnos esas gracias tienen su eficacia en los méritos infinitos de su vida y pasión.

Jesús aún más, nos ha alcanzado la gracia de poder satisfacer y merecer, asociándonos de este modo a su obra redentora. Si El es el artífice de nuestra santificación, quiere también que nosotros seamos los obreros, que tomemos nuestra parte en la obra redentora de su pasión y colaboremos a la salvación de nuestros hermanos. De este modo todos los actos de la vida cristiana unidos a los sufrimientos de Cristo se ennoblecen y se hacen fecundos para bien de nuestras almas y de la Iglesia, que por la sublime comunión de los santos hace circular por todos los miembros de su místico cuerpo la gracia que nuestras acciones han obtenido al unirlas a Cristo.

(24) *Ef.* 2, 4.

(25) *Hb.* 1, 2.

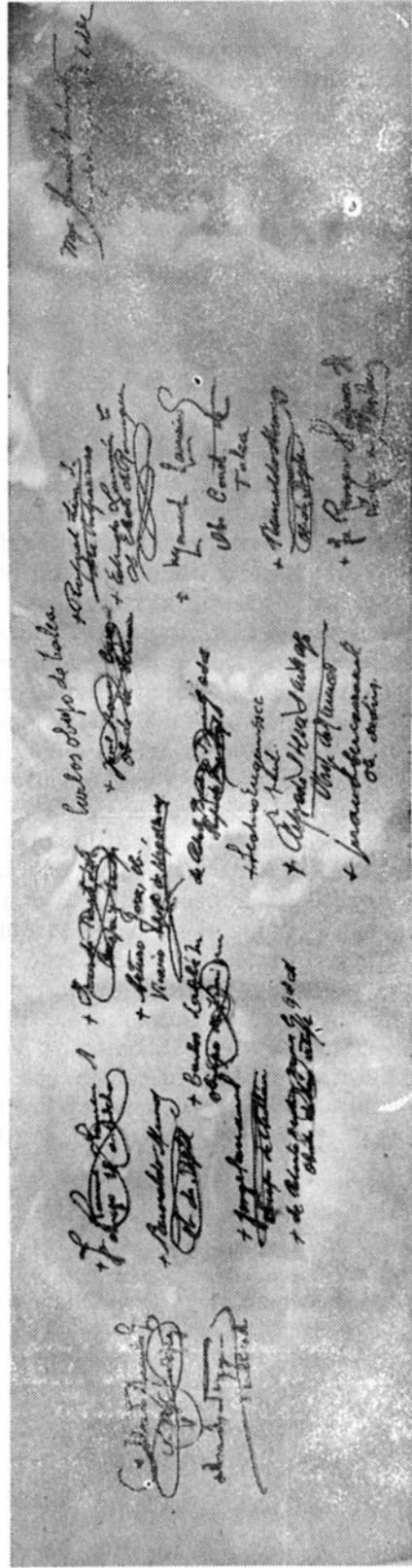
(26) *Jn.* 1, 14.

(27) *Rm.* 5, 20.

(28) *Hb.* 5, 9.

(29) *Rm.* 8, 1.

(30) *1 Co.* 1, 6-7.



Concilio chileno de 1938.— El Obispo es el 9º, de derecha a izquierda, en la fila de adelante

San Juan en su Apocalipsis nos hace oír el cántico que los bienaventurados entonan en el cielo en honor de Aquel por cuyos méritos han adquirido la gloria: "Tú nos has rescatado por tu sangre preciosa; gracias a Tí, a tu pasión, a tu sacrificio en la Cruz a tus satisfacciones y méritos, hemos sido salvados de la muerte y de la eterna condenación, ¡oh, Cristo Jesús, Cordero inmolado, a Ti alabanza, honor, gloria y bendición por siempre jamás: Sedenti in throno et Agno benedictio, et honor, et gloria, et potestas in saecula saeculorum" (31).

Causa ejemplar.— Jesús modelo perfecto.

Jesús no ha sido tan sólo el reparador que ha satisfecho a la justicia divina por nuestras faltas y nos ha merecido las gracias que producen y alimentan nuestra vida sobrenatural. El ha querido ser también el divino modelo que en su persona y en sus obras nos enseñara a vivir la verdadera vida de hijos adoptivos de Dios: "Cristo nos ha dejado su ejemplo, dice el apóstol S. Pedro (32) para que marchemos tras sus huellas". "El es el camino" quien lo sigue no anda en tinieblas sino que llegará a la luz de la vida (33). El Eterno Padre hace resonar su voz omnipotente para glorificar a su "Hijo muy amado en quien ha puesto sus complacencias" y para señalarlo como modelo único de perfección, "Ipsium audite" Oídllo a El (34).

La vida cristiana es una imitación de las virtudes de Cristo; tal es el plan divino sobre nosotros, "predestinavit nos conformes fieri imaginis Filii sui", nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo (35).

El Evangelio no es otra cosa que el relato de los hechos y actos de Jesucristo puestos a nuestra imitación, y el cristianismo una escuela de imitación a Jesucristo, de tal modo, que S. Pablo resume en esto todos los deberes del cristiano "sed mis imitadores como yo lo sol de Cristo" (36).

Dios al llamarnos a la vida sobrenatural, al hacernos sus hijos, "consortes de su divina naturaleza", herederos inmortales de su gloria, debía darnos al mismo Dios como modelo para realizar ese sublime ideal de perfección. Pero a Dios nadie lo ha visto, como dice S. Pablo "habita una luz inaccesible", los ojos del hombre son demasiado débiles para penetrar en ellas. Dios se nos muestra en su Hijo "que es el esplendor de su gloria" (37), "la imagen de Dios invisible" (38); la revelación del Padre. "Tanto tiempo

(31) *Ap.* 5, 11 - 55.

(32) tr.: "Al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, honor y gloria y poder por los siglos de los siglos", *1 P.*, 2, 12.

(33) *Jn.* 14, 6.

(34) *Lc.* 9, 35.

(35) *Rm.* 8, 29.

(36) *1 Co.*, 4, 16.

(37) *Hb.* 1, 3.

(38) *Col.* 1, 15.

que estoy con vosotros ¿y aún no me conocéis? —dice Jesús a Felipe que le pide les muestre al Padre: “Qui me videt, videt et Patrem” (39).

Modelo perfecto en sus obras y en sus disposiciones interiores, Jesús se presenta como el tipo acabado de la santidad, y las almas heroicas de todos los siglos no tendrán otro ideal que el de su persona divina ni otro código que su Evangelio, ni otro amor que el de su Corazón santísimo.

La perfección de Cristo no lo hace, sin embargo, un modelo menos imitable. Al tomar nuestra humanidad cargó nuestras miserias y a excepción del pecado, “debut per omnia fratribus similari” (40) —ut misericors fieret— para que su amor fuese lleno de misericordia.

La pobreza de Belén, la oscuridad de Nazareth, las fatigas de su vida pública, las ignominias y dolores de la Pasión, la gloria triunfante de la Resurrección, mostraron al Modelo divino santificando todas las acciones y estados de la vida. Como nosotros sintió la sed y la fatiga, la amargura y el llanto, la tristeza y el temor. El desierto fue testigo de sus luchas con el “enemigo del hombre” y el pozo de Jacob vio la fatiga del que es la fuerza de Dios (41). Los muros de Jerusalén recibieron sus lágrimas y los olivos de Gethsemaní vieron estremecerse al Hijo del Altísimo por la desolación y el pavor. La Cruz oyó su grito de angustia, contempló la sed del que era el agua viva, sintió los estremecimientos de la agonía y vio inclinar la cabeza y entregar el alma a Aquel que era la Vida.

Es justamente esa mezcla admirable de la más alta perfección divina con las miserias de nuestra vida terrestre la que hace llena de atracción la figura de Cristo la que lo acerca a nosotros sin perder nada de su santidad admirable, la que levanta nuestro espíritu y nos recuerda que “como Dios, Cristo es la patria hacia donde caminamos, como Hombre el camino por el cual hacia ella llegamos” (42).

¡Oh, si Cristo fuese el modelo ideal que animase todas las acciones de nuestra vida, si su figura adorable fuese el modelo que constantemente tuviéramos ante nuestra vista, si como Pablo “nuestro vivir, y nuestra única ciencia fuera Cristo” (43), cómo se dilatarían nuestros corazones y “correrían por el camino de los mandamientos de Dios” (44).

Hay muchas almas que comienzan con generosidad la vida espiritual pero al poco tiempo se pierden en multitud de insignificantes detalles, complican su espíritu y al fin o se cansan de la vida piadosa o permanecen en un estado de mediocridad espiritual. La causa no es otra que el haber olvidado que la santidad no hay que buscarla en nosotros mismos sino en Cristo, que es inútil cuando no perjudicial el mirar únicamente a nuestra alma sin tener al mismo tiempo fija nuestra vista en el modelo de toda perfección, que de nada sirve el trabajo por edificar una vida interior que no ha sido cimentada en Jesucristo.

(39) tr.: “El que me ve, ve a mi Padre”, *Jn.* 16, 8.

(40) tr.: “quiso ser en todo semejante a sus hermanos”, *Hb.* 4, 17.

(41) Sn. Agustín, *Tract. in Joan* - XV.

(42) Sn. Agustín.

(43) *Flp.* 3, 11.

(44) *Sl.* 118.

Uno de los más grandes maestros de vida espiritual de los tiempos modernos, Dom Columba Marmion escribe a este respecto:

“Nos explicamos por esta razón (haber orientado su vida hacia Cristo) el cambio que a veces se opera en ciertas almas. Durante muchos años han vivido estrechamente, a veces deprimidas, casi nunca contentas, encontrando sin cesar nuevas dificultades en la vida espiritual. Después, Dios les ha hecho un día, la gracia de comprender que Cristo es todo para nosotros, que El es el Alfa y el Omega, que fuera de El nada tenemos y en El lo poseemos todo. A partir de ese instante, todo ha sido hallado, y cambiado para esas almas; sus dificultades se han desvanecido como las sombras de la noche ante el sol nascente. Desde que Nuestro Señor, el verdadero Sol de nuestra vida “Sol justitiae” (45) ilumina plenamente a esas almas, las fecunda; ellas se desarrollan, crecen y producen abundantes frutos de santidad” (46).

Jesús Causa vital.— Cabeza del cuerpo místico

Jesús es el modelo de nuestra vida espiritual, pero no un modelo inerte, sino un principio de vida que obra en nuestra alma para ayudarnos a imitarlo. Toda la vida espiritual se encuentra en Jesucristo, por eso El dijo que había “venido para que tuviésemos la vida divina y la tuviésemos en abundancia” (47) y San Juan en su epístola primera escribe: “Qui habet Filium habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet” (48).

La doctrina del cuerpo místico, idea central que domina la teología de San Pablo, explica en forma admirable la influencia vital de Cristo en nuestra alma. La Liturgia puede decirse que es la actuación de ese dogma, razón por la cual nos detendremos brevemente a exponerlo.

“El Cuerpo místico de Cristo, escribe un conocido teólogo de nuestros días, Angers, es esta realidad una y viviente, nacida de la Redención obrada por el Verbo Encarnado, es la sociedad que forman Cristo y la Iglesia, el uno siendo la Cabeza, la otra el Cuerpo; el uno siendo el Esposo, la otra la Esposa” —Totus Christus Caput et Corpus est Caput Unigenitus Dei Filius, et Corpus ejus Ecclesia; sponsus et sponsa, duo in carne una”— (49).

(45) *Ml.* 4, 2.

(46) *op. cit.*

(47) *Jn.* 10, 10.

(48) tr.: “El que está unido al Hijo posee la vida, el que no está unido al Hijo no posee la vida”. *1 Jn.* 5, 12.

(49) tr.: “El Cristo total es la Cabeza y el Cuerpo; la Cabeza es el Hijo Unigénito de Dios y su Cuerpo es la Iglesia, el esposo y la esposa, dos en una carne”. Angers, *La doctrine du Corps Mystique du Jesu Christ*. La cita es de S. Agustín. *De Unitate Ecclesiae*, cap. 4, t. 43, col. 395.

Todos los cristianos han sido llamados a vivir la vida de Cristo, y esto lo realiza el mismo Cristo incorporándonos a su cuerpo místico. No se trata aquí del Cuerpo físico de Jesús, sino de aquel otro que El constituye a través de los siglos; la Iglesia, continuación viviente de su obra.

“La Iglesia, como escribe Angers en la obra citada, es Cristo perpetuándose a través de los siglos, continuando en sus miembros, su vida y las diversas fases de su existencia, manifestando siempre las mismas virtudes, pasando por el mundo haciendo el bien, llamando hacia El a todos los pueblos como el único Salvador de los hombres; encontrado también en esa larga peregrinación en el lugar del destierro las mismas oposiciones de antes, las mismas persecuciones, los mismos odios, conociendo siempre en algunos de sus miembros las agonías mortales, los días de sacrificio y de inmolación para revivir más tarde en todos la gloria de la resurrección y de la ascensión a los cielos” (50).

La Iglesia, como Santo Tomás exacta y comprensivamente la define, es el Cuerpo místico de Cristo (51).

“Esta doctrina, escribe Tanquerey, se encuentra ya substancialmente en la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: “Ego sum vitis, vos palmites” (52). Afirma, en efecto, que nosotros recibimos nuestra vida de El como las ramas de la vid la reciben del tronco al cual están unidas; comparación que hace resaltar la comunidad de vida que existe entre Nuestro Señor y nosotros; de ahí es fácil pasar a la concepción del Cuerpo místico donde Jesús como cabeza, transmite la vida a sus miembros. San Pablo es quien más insiste sobre esta doctrina tan fecunda en resultados. Para dar una ligera explicación de ella, resumiremos las principales ideas desarrolladas por el conocido teólogo sulpiciano más arriba citado.

En un cuerpo, dice éste, son necesarios una cabeza, un alma y miembros; siguiendo la doctrina del Apóstol, describiremos estos tres elementos que nos harán apreciar mejor el rol de Cristo en nuestra vida espiritual.

En el cuerpo humano la cabeza ejerce un triple rol; de preeminencia, de unidad y de influjo vital; tal es igualmente el que Jesús desempeña en la Iglesia y en las almas. A) *De preeminencia*, pues como Hombre-Dios es la primera de todas las criaturas, el modelo de todas las virtudes, la causa de nuestra santificación. Ante El “toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y los infiernos” (53), en cumplimiento de este rol de preeminencia gobierna a la Iglesia con maravillosa sabiduría conduciendo los miembros de ella a su fin. Podemos estar seguros de que Jesús cuidará de nosotros pues, como dice un célebre teólogo “Quid est autem domesticum magis ac proprium capiti quam corpus suum; immo quam est ipsum sibi?” (54). B) Como cabeza del cuerpo místico, Jesús ejerce en nuestras almas y en la Iglesia un rol de uni-

(50) Anger, *op. cit.*, p. 418.

(51) *Suma Teológica*, III, q. 8, a. 3.

(52) tr.: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”. *Jn.* 15, 5.

(53) *Fíp.* 2, 10.

(54) tr.: “¿qué cosa hay para la cabeza de más personal que su cuerpo? para Cristo el olvidar sus miembros sería olvidarse él mismo”. Petavio.

ficación. — “La piedad, ha escrito un moderno autor (55) no es una juxtaposición enervante de recomendaciones, sino que se reduce a la unidad fecunda de un solo principio. Nuestra síntesis, nuestra simplificación debe ser Jesucristo”. Dentro del variado organismo de la jerarquía Jesús es el centro de unidad, que como jefe invisible imprime a los jefes jerárquicos la dirección y el movimiento. El realiza la unión estrecha con sus miembros y de éstos entre sí para formar ese admirable organismo que se llama el cuerpo místico, la Iglesia de Jesucristo. C) Por último, como cabeza del cuerpo místico es el principio vital de donde viene a los miembros la vida. En el cuerpo humano es la cabeza la que comunica el movimiento a los miembros y donde se encuentran centralizados los sentidos, como expresamente declara Santo Tomás (56).

Así también como cabeza del cuerpo místico, Jesús es el principio y la causa de donde provienen todas las gracias que los miembros reciben. Toda la vida sobrenatural se nos comunica por la sagrada Humanidad de Cristo. “Lo vimos lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud todos hemos recibido”, dice el apóstol San Juan (57). Lo que el Concilio de Trento confirma declarando: “Cum enim ille ipse Christus Jesus tamquam caput in membra... in ipsos justificatos jugiter virtutem influat” (58).

Ese místico cuerpo posee un alma que es el Espíritu Santo, pues como expresamente declara S.S. León XIII siguiendo las enseñanzas de S. Agustín “así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, así el Espíritu Santo es su alma” (59).

El Espíritu Santo habita en nosotros, y como S. Pablo enseña, nuestros miembros son su templo (60). El realiza en nosotros operaciones divinas: nos hace vivir la vida de justicia, derrama en nuestras almas la caridad, en comunidad con Cristo obra la adopción divina y con sus dones nos conduce y une íntimamente con Dios.

La Iglesia en su Liturgia lo llama el Espíritu que vivifica “Credo in Spiritum Sanctum vivificantem” (61).

Nunca se lamentará suficientemente el olvido que existe actualmente entre gran número de cristianos de las verdades que se refieren a la Tercera Persona de la Trinidad Santísima.

Muchos quizás podrían repetir lo que decían a S. Pablo los de Efeso: “Ni siquiera hemos oído que exista ese Espíritu”. Con razón el Cardenal Manning pudo escribir la siguiente frase que debería hacernos meditar:

(55) Hoornaert.

(56) *Suma Teológica*, III, q. 8, a. 1.

(57) *Jn.* 1, 14-16.

(58) tr.: “Como el mismo Cristo Jesús, es a modo de cabeza respecto a los miembros... comunica constantemente su propia virtud a los justificados” (Sesión VI, cap. 8).

(59) Encíclica del 9-V-1897.

(60) *Cf. 1 Co.*, 6, 19.

(61) tr.: “Creo en el Espíritu Santo vivificante” (*Simbolo Niceno*).

“He pensado largamente que la secreta, pero real causa de la llamada Reforma fue que el rol del Espíritu Santo se había oscurecido grandemente en la creencia popular” (62).

Esta acción del Espíritu Santo en ningún modo atenúa la de Cristo, antes bien la completa (63),

“no sólo la acción del Espíritu Santo no suprime en nosotros la de Cristo, no sólo el Espíritu Santo no nos es dado sino por Cristo y en Cristo, Verbo hecho carne, sino aún el Espíritu Santo mismo procede del Hijo que ha asumido la naturaleza humana, como El procede del Padre. El es enviado por el Hijo, las luces que derrama, las verdades que revela son las luces y las verdades del Hijo que con el Padre es el principio del Espíritu; si El hace de nosotros los hijos de Dios es por ser el Espíritu del Hijo de Dios; si nos hace hijos adoptivos de Dios es asimilándonos al Hijo de Dios por naturaleza. Ahora bien, ese Hijo por naturaleza de Dios ha llegado a ser por la Encarnación el Cristo, nuestro jefe, y de este modo el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza. Así es su Espíritu el que Jesús nos da; y por este título se concibe perfectamente que se atribuyan tanto a Cristo cuanto al Espíritu Santo, las maravillas de la vida de Dios en nosotros. Según la enérgica expresión de S. Cirilo de Alejandría,

“El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, está en Cristo, y es dado por Cristo. Ha sido dado para obrar la fusión de los hombres entre ellos y de los hombres con Dios. Verdaderamente Cristo es la fuente cuya plenitud derrama sobre nosotros todos los bienes”.

Para terminar lo que se refiere al Cuerpo místico, diremos dos palabras de sus miembros.

Los bautizados son miembros de ese cuerpo, pues como el Decreto a los Armenios explica, “per ipsum (batptismum) enim membra Christi ac de corpore efficitur Ecclesiae” (64). Los justos son miembros de Cristo por la gracia habitual, los pecadores por la fe y la esperanza, los bienaventurados por la visión beatífica. Los infieles, aunque no pertenecen al Cuerpo místico, están, sin embargo, llamados a pertenecer; tan sólo están excluidos los condenados.

Las consecuencias que de este dogma se siguen son de tal importancia, que con razón puede decirse que la doctrina del Cuerpo místico es algo central en la teología a la que da unidad y vida. La Comunión de los santos esa misteriosa comunicación que une las almas del cielo, las del purgatorio y de la tierra para hacerlas participantes de sus mutuas alegrías y dolores es el principal dogma que se sigue de nuestra incorporación a Cristo. Por ella las oraciones de uno aprovechan a aquellos de nuestros hermanos por quienes las aplicamos, y aún más nos permite reparar y satisfacer por las

(62) Card. Manning, citado por Mc. Sorley, C. S. P., en *Devotion to the Holy Spirit*.

(63) Angers, *op. cit.*

(64) tr.: “por él (el bautismo), en efecto, nos hacemos miembros de Cristo y de su cuerpo, la Iglesia”, *Denz.*, 696.

faltas ajenas. Estas mismas relaciones de ayuda fraterna van igualmente de la tierra al purgatorio y al cielo.

“Hay en el cuerpo místico la más maravillosa e incesante reciprocidad de buenos oficios: la tierra glorifica al cielo y paga las deudas de agradecimiento de los bieaventurados, ella satisface las penas del purgatorio, y a su vez, recibe por vía de intercesión gracias abundantes para cumplir aquí abajo su misión en unión con Cristo” (65).

La doctrina del Cuerpo místico nos hace apreciar en toda su extensión el valor social de la santidad; todo aumento de gracia en un alma repercute en el organismo de la Iglesia, pues, como escribía admirablemente Elisabeth Leseur, “*tout âme qui s’élève, élève le monde*” (66). El aumento de virtud en nuestra alma significa siempre aumento de gracias en nuestros hermanos; así se explica la irradiación maravillosa que han tenido en el mundo los santos. Quien ha penetrado en la doctrina del Cuerpo místico comprenderá mejor el lamentable error en que caen tantos cristianos de nuestro siglo que proclaman una acción con desmedro y desprecio de la vida intensa de oración.

La caridad cristiana encuentra igualmente en el dogma, que hemos expuesto, su más sólida base. Si Jesús nos enseña que somos hermanos y solidarios los unos de los otros, si nos recuerda que lo que hacemos al más pequeño lo hacemos a El, si pone en la caridad su principal precepto y la señal distintiva del verdadero discípulo, es justamente por la unión que debe existir entre los miembros entre sí y entre la cabeza y los miembros.

Por último, la reparación que todos los cristianos deben al Corazón de Jesús se funda, como elocuentemente lo enseña S. S. Pío XI, en nuestra incorporación a Cristo (67).

Esta simple enumeración sirve para mostrar que no hay nada más fecundo que esta doctrina del Cuerpo místico de Cristo y que las almas recibirían inmensos beneficios conociéndola y viviéndola más profundamente:

* * *

Hemos expuesto lo más brevemente que ha sido posible el rol de Jesucristo en nuestra vida espiritual; debemos por tanto señalar ahora cómo la vida litúrgica es el medio más apto para actuar ese rol de Cristo en nuestras almas ya que siendo Jesús la causa y modelo de nuestra vida espiritual, el origen y desarrollo de ésta se encuentra en la unión con Jesucristo y por tanto una piedad será tanto más sólida y fecunda cuanto más cerca esté de Cristo, fuente de toda gracia y bendición.

Esta compenetración de Jesús y el alma humana en ningún ejercicio de piedad se logra como en la participación *inteligente y activa* en los actos litúrgicos. Todos ellos están impregnados de Jesús: su espíritu lo llena to-

(65) Angers, *op. cit.*, p. 364.

(66) tr.: “toda alma que se eleva, eleva el mundo”.

(67) Encíclica *Misserentissimus Redemptor*.

do: invocaciones, himnos, oraciones, etc.; su nombre santo resuena a cada paso como el título más eficaz para implorar las misericordias del Padre celestial. Jesús preside la asamblea cristiana en la Cruz que domina el altar, en la jerarquía que obra en su nombre y constituye una representación de su persona, en la Eucaristía por la cual se incorpora a las almas, comunicándoles su vida haciéndolas participantes de las gracias del Calvario; Jesús es el protagonista en toda función litúrgica: en la Misa es al mismo tiempo el Sacerdote que sacrifica y la Víctima que se inmola; en los sacramentos es el autor, todos fueron instituidos por El, el ministro principal aunque invisible "Petrus baptizat-Christus baptizat" (68), la fuente original de la gracia que por ellos fluye; la oración de la Iglesia es la oración de Cristo que por nosotros y en nosotros prolonga en el tiempo su plegaria. A través del año litúrgico, Jesús pasa renovando en las almas sus misterios adorables dejando sentir a la Iglesia el ritmo de su vida, la eficacia de sus ejemplos, la grandeza y santidad de su doctrina.

"La figura radiante de Cristo, dice D. Cabrol, ilumina toda la liturgia. Es el gran Pontífice de la tierra, su abogado, su sacerdote, su intercesor; El es el intermediario, el gran mediador entre Dios y los hombres; por El es por quien se puede todo. . . En el inmenso jardín de la liturgia, Cristo es el centro de la encrucijada, todos sus caminos, todas sus avenidas convergen a El" (69).

La restauración de la piedad cristiana, que debe dar a Cristo el lugar que le corresponde en la vida espiritual se realiza hoy día alrededor de estos grandes focos: la Eucaristía y la Liturgia, sin que esto signifique en modo alguno el afirmar que estos medios no se han ejercitado antes, sino tan sólo el que en nuestro tiempo tienen una importancia que antes no tenían. Como muy bien dice un escritor americano, el P. Weyland S. V.D.,

"Dios ha dado en todos los tiempos a su Iglesia los medios apropiados para combatir los especiales peligros de cada época. La nuestra experimenta serias necesidades que eran desconocidas diez, veinte o cincuenta años atrás y que exigen nuevos remedios. Y los nuevos remedios dados por Dios son el movimiento Eucarístico, el movimiento Litúrgico y el movimiento de los Retiros espirituales" (70).

3. *La Liturgia nos hace vivir la vida cristiana*

Los puntos anteriores nos han mostrado aunque en modo superficial dos grandes frutos de la piedad litúrgica en los cuales reposa su eficacia: el de ser la piedad de la Iglesia y el medio más eficaz para vivir la vida de in-

(68) tr.: "Pedro bautiza, es Cristo que bautiza", S. Agustín.

(69) *Le Livre de la prière antique*.

(70) Cfr.: P. Peter Weyland, S. V. D., *Valve of Lay Retreats: Cincinnati* (1930).

timidad con Jesucristo; debemos añadir un tercero de no menor importancia y es el que la Liturgia santifica nuestra vida dando pleno valor y desarrollo a esa expresión desgraciadamente tan poco comprendida; la vida cristiana.

Uno de los más tristes males de nuestro tiempo, es sin duda, el divorcio que aparece en gran número de cristianos entre sus costumbres y sus creencias. La regla de fe no constituye para muchos la regla de obrar. La religión no informa la vida de numerosos cristianos para quienes sus obligaciones religiosas se reducen a una corta visita al templo hecha más por rutina que por principio, y a unas cuantas oraciones recitadas sin tratar de comprender su significación, personas que creen u obran como si al lado de la puerta del templo muriera el cristiano para resucitar el pagano y en quienes existe una absoluta incomprensión de la vida sobrenatural a la cual han sido llamados por el santo Bautismo.

La causa de este mal no es otro sino el desconocimiento casi total de los tesoros que en nuestra fe católica se encierran, la falta de concepto cristiano de la vida que, como su nombre mismo lo indica, es la vida de Cristo en nuestras almas. Vida cristiana significa el pensar según las enseñanzas de Cristo, el obrar conforme a su moral, el hacer que cada uno de nuestros actos se dirijan a la glorificación de Dios y nos traiga una mayor unión con El. Porque nuestro Cristo no es un Cristo de ensueño como algunos escritores y artistas modernos tratan de representarlo, sino "Camino, verdad y vida" y por tanto, principio y fuerza de acción.

La Liturgia en sus diversas manifestaciones levanta el corazón humano recordándole sus inmortales destinos; sobre cada uno de los actos de nuestra vida pone la liturgia su sello para marcarlo con el signo de Cristo y haciéndole perder su carácter profano lo penetra del sobrenatural.

Diariamente.— Sobre el altar del sacrificio la Iglesia renueva cada día la obra de la Redención, la profecía de Malaquías "desde el oriente al occidente se ofrecerá al Señor una oblación pura" encuentra en la Santa Misa su perfecta realización, por ella el hombre ofrece a su Creador el homenaje perfecto de adoración y gratitud, por ella repara sus faltas e impetra del Señor las gracias necesarias, por ella nos identificamos con la Víctima divina y hacemos de nuestra vida una perpetua y perfecta oblación.

Al rededor del altar, el oficio divino establece un intercambio constante de bendiciones y alabanzas entre la tierra y el cielo haciendo resplandecer sobre cada una de las horas del día el Sacrificio ofrecido en la mañana. Es la "laus perennis" que en todo instante presenta a Dios las alabanzas, agradecimientos y súplicas del Cuerpo místico. San Benito la llama el "opus Dei" la obra de Dios y establece en su regla que "operi Dei nihil praeponatur" (71); por medio del oficio divino cumple la Iglesia la palabra del Salmista "septies in die laudem dixi tibi" (72) y adelanta en cierto modo el cántico eterno que entonaremos en el cielo.

El año litúrgico nos presenta cada día en la Santa Misa y el Oficio un aspecto nuevo de la vida del Salvador haciendo revivir en medio de noso-

(71) tr.: "que nada se anteponga a la obra de Dios".

(72) tr.: "siete veces al día he cantado tu alabanza", *Sl.* 118.

tros los grandes hechos evangélicos; diariamente nos hace participar a alguno de los misterios de Cristo o nos señala la gloria de sus santos para animarnos a imitar sus virtudes.

Desde las tinieblas de la noche hasta el ocaso del día, desde la aurora hasta el crepúsculo la liturgia santifica sus horas y minutos; ¡Feliz el alma que bebe constantemente en esa fuente y mediante la liturgia hace de cada uno de sus días una “jucunda decoraque laudatio” (73).

Anualmente. A través del año, por medio de los diferentes tiempos litúrgicos: Adviento, Navidad, Septuagésima, Cuaresma, Pasión y Pentecostés, la liturgia propone a nuestra admiración e imitación la adorable persona de Jesucristo en la preparación de su obra redentora, en su realización y en su prolongación por la Iglesia, y nos comunica las gracias especiales que en cada misterio ha merecido para que con su auxilio las reproduzcamos nosotros.

Desde el instante de la encarnación en que Jesús quedó realmente constituido como cabeza del Cuerpo místico, la inefable comunicación establecida entre El y sus miembros hace que en cierto modo los misterios de Cristo sean nuestros. El año litúrgico al presentarnos a través de su ciclo los principales hechos de la vida de Nuestro Señor nos ayuda poderosamente a realizar y a hacer nuestros sus misterios, constituyendo así la más universal y hermosa escuela de perfección y vida cristiana, pues como escribe Don Gueranger: “El ciclo litúrgico llega a ser a la vez, la alegría de los pueblos, la luz de los doctos y el libro de los humildes” (74).

Desde el pecado de nuestros primeros padres origen de nuestra ruina y la promesa de un Redentor que la Septuagésima y la Fiesta de la Inmaculada Concepción, respectivamente, nos presentan hasta los suspiros y clamores de los patriarcas y profetas pidiendo que “las nubes dejen caer su rocío y nos lluevan al justo” que escuchamos en Adviento; desde las primeras sonrisas y lágrimas del Niño que Navidad nos trae hasta las sublimes doctrinas del Maestro en su vida pública que Septuagésima y Cuaresma nos recuerdan después de habernos hecho contemplar en la Circuncisión y Epifanía los misterios de la infancia del Salvador y en la fiesta de la Sagrada familia los años silenciosos de la preparación en Nazareth, desde los días sombríos de la Pasión a los cuales la Cuaresma nos prepara hasta el “Exsultet” de la Resurrección y la gloria de la Ascensión que el misterio de Pentecostés viene a completar, todo en el año litúrgico hace que el cristiano se sumerja en esa atmósfera que su organismo sobrenatural necesita para vivir la vida de la gracia y reproducir en su alma la figura y las virtudes del Modelo sublime de Santidad; Jesús Nuestro Señor.

(73) tr.: “una alegre y hermosa alabanza al Señor”. *Sl.* 146.

(74) *L' Anné Liturgique - L' Avent*, p. 17.

Estados de la vida

No es tan sólo el día, la semana y el año lo que la liturgia sobrenaturaliza en nuestra vida, son también las diferentes circunstancias y estados los que santifica por medio de los Sacramentos.

Un niño nace y ya sobre su cuna se inclinan los brazos de su Madre la Iglesia que en el agua del Bautismo le da la vida de la gracia y lo incorpora a su seno. Misterio de muerte y vida, el Bautismo haciéndonos participar a la muerte de Cristo sepulta en nosotros al hombre viejo dándonos al mismo tiempo un nuevo nacimiento por la incorporación a Cristo resucitado.

El sacramento de iniciación nos ha conferido la vida, pero el alimento de esa misma vida nos lo da la Sagrada Eucaristía en la cual el cristiano participa más plenamente a los frutos de la Misa y del Calvario; gracias a ella Jesús vive en nosotros y nosotros vivimos por El.

Cuando ese joven debe entrar en la adolescencia, la Iglesia robustece la gracia bautismal por el Sacramento de la Confirmación que el obispo le confiere, marcándolo con el signo de los soldados de Cristo.

Si el bautizado ha perdido la blanca estola de la inocencia, la Iglesia en la Confesión lo reconcilia, lavando en la Sangre del Redentor sus manchas y pecados.

Cuando llega en la vida del hombre el momento de escoger un estado, la Iglesia o le confiere el sacerdocio o recibe su profesión religiosa o bendice su unión matrimonial.

Cuando la hora se aproxima, la Iglesia unge por la Extramaunción al hijo para el último combate, encomienda su alma al Creador con las preces de los moribundos, llama a los Angeles y santos para que "recibiendo su alma la ofrezcan en la presencia del Altísimo" y así salga de este mundo

"en nombre de Dios Padre omnipotente que la creó, en nombre de Jesucristo que por ella murió, en nombre del Espíritu Santo que en ella habitó" (75).

Aún después de la muerte continúa la Iglesia sus maternales cuidados, el alma recibe el sufragio del Oficio y Misas de Difuntos y los despojos mortales van a reposar en la tierra bendita. Sobre ellos la cruz extiende sus brazos avivando la esperanza de la futura resurrección.

Así como la Iglesia santifica los diversos estados de la vida del Cristiano, así también comunica a los mismos sitios donde esa vida se desarrolla algo de sagrado. El poder sacerdotal por medio de múltiples sacramentales bendice los elementos materiales que rodean nuestra vida y haciéndolos perder su carácter profano los penetra de espíritu sobrenatural. Lugares y tiempos, individuos y habitaciones, elementos, años, días y horas, todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño queda bendecido por la liturgia haciendo de este modo que ellos desempeñen el verdadero rol de la criatura, o sea, el de medio para subir hasta Dios.

(75) Oración "de recomendación del alma".

Si el *Ritual* no fuese para la mayoría de los fieles un libro sellado, se vería fácilmente cómo la liturgia santifica todos los actos y circunstancias de la vida y con mayor fuerza se grabaría la verdad que la vida cristiana no se acaba en el umbral del templo. El templo es el sitio donde el alma va a alimentar sus energías para vivir con Cristo y según Cristo cumpliendo los deberes que el Señor le ha puesto en su estado.

La liturgia es por tanto un foco potente de vida sobrenatural, y en los actuales momentos, uno de los medios más eficaces para contrarrestar el espíritu pagano que rápidamente se infiltra en nuestros pensamientos y costumbres. Como un célebre escritor alemán decía:

“La ignorancia de la liturgia es causa que tantas ocasiones de santificarse pasen desapercibidas y que en general el sobrenatural no desempeñe en nuestros pensamientos y sentimientos el rol que jugaba en la Edad Media católica” (76).

II. PRACTICA DE LA PIEDAD LITURGICA

No basta estar íntimamente penetrado de una verdad, es necesario, además, vivirla; la religión cristiana es una religión de vida, ya que su fin no es otro que el de la formación de Cristo en nuestras almas o sea la comunicación al hombre de la vida divina.

La Liturgia con sus innumerables recursos que responden a todas las necesidades del hombre: intelectuales, afectivas, estéticas, etc., satisface plenamente esta finalidad de la vida cristiana, ella levanta al hombre con todas sus facultades para hacerle encontrar en Dios la vida superior que anhela. Siendo la liturgia el dogma vivido es algo eminentemente práctico en cuanto posee los medios propios y eficaces cuyo uso lleva infaliblemente a los fieles a la consecución de su fin sobrenatural.

Expondremos brevemente estos medios:

1. *La Santa Misa*.— La vida cristiana, es un misterio de muerte y de vida; muerte al pecado y vida según el ideal sobrenatural dado por Dios. Tal es el ejemplo que nos ofrece la vida de Jesús y que el bautismo reproduce en nosotros, “*traditus est propter delicta nostra et resurrexit propter justificationem nostram*”, escribe San Pablo (77).

La redención aunque obrada única y totalmente por Cristo se extiende y reproduce en el corazón de los fieles en virtud del vínculo estrecho que une a la cabeza con los miembros del Cuerpo místico; maravillosa solidaridad que nos hace participar de los dolores del Redentor así como participamos de sus méritos.

(76) Dr. Tipmann, *Questions Liturgiques*; Louvain (1928).

(77) tr.: “Se entregó por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación”, *Rm.* 4, 25.

Los misterios de Cristo son tanto suyos como nuestros y por eso en Jesús sufrían, agonizaban, morían y resucitaban todos los hombres. Nuestras almas están íntimamente asociadas a la pasión, muerte y sacrificio de Jesús "hoc scientes quod vetus homo noster simul crucifixus est", sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con El (78), pues así como Jesús tomó nuestra naturaleza humana así también quiso hacernos participar del misterio que resume su vida y constituye el objeto capital de su misión: su sacrificio (79).

Ahora bien, para asociarnos a su Sacrificio, Jesús instituyó la Misa por medio de la cual lo renueva y perpetúa, "cada vez que comáis este pan y bebáis de este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (80). Es bien clara la enseñanza del Concilio de Trento:

"En la noche de su pasión para dejar a la Iglesia, su esposa, un sacrificio que pudiese representar el sacrificio cruento ofrecido sobre la cruz y conservar su memoria hasta el fin de los tiempos... Jesucristo ofreció a Dios su Padre, declarándose Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino" (81).

Por medio de la Misa se nos aplican los frutos de la inmolación de la Cruz y el alma participa plenamente de este sacrificio cuyos efectos hace revivir, pues como dice una oración del Misal (82) *quoties hujus hostiae commemoratio celebratur opus nostrae salutis exercetur*.

El Augusto Sacrificio de la Misa es el centro de nuestra fe y debe también serlo el de toda piedad litúrgica verdadera. No hay medio más excelente para honrar a Dios y santificar las almas que la divina liturgia de la Misa y cuanto más íntimamente se toma parte en ella, tanto mayores son los frutos que se obtienen. Nos detendremos algo en este punto central de la vida cristiana que puede con razón llamarse el foco de la piedad y cuyo desarrollo conduce al alma que totalmente penetra en ella, a las cumbres de la vida ascética y mística.

a) *La parte de los fieles en el Santo Sacrificio.*

Como acabamos de decir, Jesús instituyó la Santa Misa para perpetuar hasta el final de los siglos el sacrificio de la Cruz. Con este fin elige y marca a ciertos hombres con un sello divino para que sobre el altar renueven ese adorable misterio; son los *sacerdotes*, a quienes Cristo ha hecho participantes de su eterno y único Sacerdocio. En cada Misa, El renueva por

(78) *Rm.* 6, 5-6.

(79) Léanse las luminosas enseñanzas de S. León el Grande sobre la materia. Sermón 70 y 73.

(80) *1 Co.* 11, 25.

(81) Sesión XXII, c. b.

(82) tr.: "Cada vez que celebramos la conmemoración de esta víctima, se realiza la obra de nuestra redención" (Domingo XI después de Pentecostés).

el ministerio de sus sacerdotes su sacrificio para que todos los fieles puedan participar de él.

Pero esa participación no es un simple recuerdo histórico de lo que hace dos mil años sucedió en el Calvario; por la unión estrecha que existe entre Cristo y los cristianos, la Cabeza y los miembros, *los fieles toman parte realmente* en el Sacrificio del altar. Cuando Jesús renueva sobre el altar su sacrificio y ofrece por sí a la Trinidad Santísima el homenaje perfecto de adoración, todos los miembros que El por el bautismo ha incorporado a su místico Cuerpo participan de sus funciones sacerdotales y ofrecen en consecuencia con Cristo el Santo Sacrificio y son en cierto modo sacerdotes con Cristo.

“Evidentemente, dice Grimaud, los miembros que ofrecen todos con Cristo no tienen en la oblación el mismo rol que el jefe, que naturalmente desempeña en ella, la función principal, ni que los sacerdotes que tienen el maravilloso poder de consagrar.

“Nosotros (los fieles) no cooperamos en la ofrenda sino a la medida de nuestra importancia en el Cuerpo místico, *pero cooperamos efectivamente en ella*. Cuando un acusado se arroja a los pies de su juez para ablandarlo, las rodillas del suplicante no tienen el mismo poder para pedir que sus manos, las manos el mismo que la boca, la boca el mismo que el corazón. Sin embargo, todo su ser, pies, manos y cabeza concurren a hacer más elocuente su súplica.

“Igual cosa sucede en el Cristo-Místico (o sea Cristo unido a los fieles, sus miembros) glorificando e implorando a la Soberana Majestad. Es *todo El* quien ofrece, a sea El con todos sus miembros; es Cristo, Cabeza y Cuerpo místico, que rinde a la Trinidad Santísima el homenaje infinito. El poder de su súplica toma algo de cada uno de sus miembros que imploran con El. Por más pequeña que sea la acción de alguno de ellos, no deja, sin embargo, de concurrir al efecto total.

“La parte que nosotros tomamos en este homenaje, es pues, variable, proporcionada a la importancia relativa que cada uno ocupa en el “Cuerpo místico”, y esta importancia, en sí misma, depende de una parte del rol que desempeñamos en la Santa Iglesia y de otra parte de la cantidad de vida sobrenatural que existe en nosotros.

“Puesto que las funciones varían hasta el infinito dentro de la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, cada miembro según sus dones espirituales y su grado de caridad —por la misma unión a la Cabeza— coopera más o menos en la oblación. Pero cualquiera que sea su acción, todo miembro vivo de Cristo *celebra* con Cristo.

“Cada fiel puede, con toda verdad decir *Mi Misa*, pues Cristo Jesús quiso que fuese nuestra desde el día que unió a sí a los fieles como miembros de su Cuerpo místico.

“¿Pensamos en estas maravillas, invisibles a nuestros ojos, pero reales, cuando nos acercamos al altar sobre el cual ofrecemos *con, en y por* Cristo el perfecto Sacrificio?

Si tuviéramos conciencia de ser por parte nuestra sacrificadores ¿no tendríamos al asistir a la Misa sentimientos de inmensa piedad?

¿No estaríamos poseídos del deseo de conocer mejor la santa Misa, sus

ritos, sus oraciones, con toda su significación, a fin de poder ofrecer digna y plenamente *nuestro* sacrificio?" (83).

Las mismas oraciones y ritos de la Misa nos están recordando a cada instante esta participación de los fieles en el sacrificio, el "Dominus vobiscum" que antes de la colecta, secreta y postcomunio pronuncia el sacerdote es una advertencia hecha a los fieles para que se unan a sus intenciones, el gesto con que comienza estas mismas oraciones expresa la reunión que hace en una sola de todas las súplicas que en esos instantes se formulan, la elevación de las manos al "sursum corda" (84), es un llamado antes de comenzar la parte más solemne del sacrificio para que todos los corazones se eleven juntos al Señor, y así cada uno de esos gestos sagrados tan ricos en simbolismo van recordando durante la Misa la parte *activa* que corresponde al pueblo en la oblación.

A excepción de las oraciones que el sacerdote recita antes de la Comunión todas las demás se encuentran en plural, "oremos" es la palabra de llamada e invitación. "Orad hermanos, dice el celebrante, para que mi sacrificio y el *vuestro* sea acepto al Señor", y así puedan nuestras voces suplicantes hechas una sola voz "una voçe" unirse a la común alabanza que los Angeles del cielo tributan al "Cordero inmolado" que es digno de recibir la gloria y el honor.

Si nos trasladamos a esos siglos ricos de fe y caridad de la primitiva Iglesia, en los cuales la liturgia era el gran alimento de la piedad y de la vida cristiana, veremos en forma aún más patente esta participación activa de los fieles en el Santo Sacrificio y si estudiamos las obras de espiritualidad y las distintas manifestaciones de vida cristiana de esa época, veremos cuán íntimamente penetrados se encontraban los fieles de las verdades en las cuales reposa la participación al sacrificio. Las doctrinas del Cuerpo místico de Cristo y del sacerdocio de los fieles no eran privilegio de algunas almas escogidas, sino el tesoro abierto por la liturgia a todos los cristianos para que ahí bebieran con alegría de las fuentes del Salvador.

La declaración de S. S. Pío X (que no es en *modo alguno* la expresión de un deseo personal sino el ejercicio solemne de su función de Doctor y Maestro supremo) ha despertado en todo el mundo una corriente poderosa de vida litúrgica que ansía beber la piedad cristiana en las fuentes *tradicionales* de la Iglesia.

"Siendo nuestro más vivo deseo que el *verdadero espíritu cristiano* reflorézca en todas formas y se mantenga entre todos los fieles, es necesario proveer *ante todo* a la santidad y dignidad del templo donde los fieles se reúnen precisamente para encontrar ahí *ese espíritu en su fuente* PRIMERA E INDISPENSABLE a saber la PARTICIPACION ACTIVA en los misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia" (85).

(83) Grimaud, *Ma Messe*.

(84) tr.: "¡Arriba los corazones!". (Palabras de introducción al Prefacio).

(85) Motu Proprio del 23 - XI - 1903.

La piedad que se forma en la vida litúrgica trata siempre de tomar la mayor participación posible en las oraciones públicas de la Iglesia por la recitación y canto de los textos litúrgicos especialmente el canto gregoriano que es el canto oficial y tradicional de la Iglesia.

El Misal llega a ser de este modo, el principal libro de piedad, él nos abre a nuestra vista la rica liturgia de la Iglesia formada a través de veinte siglos bajo el soplo vivificante del Espíritu Santo, nos hace orar no ya con fórmulas privadas fruto de la devoción individual, sino con la oración misma de la Iglesia cuya plegaria es el eco de la de Cristo y la expresión más elocuente de su dogma y doctrinas.

En la Misa el pueblo no es un simple espectador, ni solamente un testigo, es un *actor* interesado y responsable en este drama divino. Las oraciones no son fórmulas cabalísticas reservadas a los sacerdotes; la Iglesia quiere que se la conozca. El Misal da a los fieles el medio más simple de comprender la *Misa* y seguir sus oraciones.

b) *Frutos espirituales que la participación en la Misa produce en los fieles.*

Teniendo este trabajo un objeto limitado solamente a mostrar las relaciones entre la liturgia y la piedad, sería extenderse demasiado y apartarse del fin principal el detenerse a señalar los diversos fines del Sacrificio; nos concretaremos únicamente a enumerar algunos de los frutos espirituales que la Misa produce en las almas.

Aunque el valor de la Misa es infinito, el alma no puede obtener sino efectos finitos ya que su capacidad es limitada; pero eso mismo abre ante nosotros inmensos horizontes mostrando un fruto que continuamente podemos aumentar.

Jesús al instituir el Sacrificio de nuestros altares, que debe renovarse según la profecía de Malaquías “desde la salida del sol hasta el ocaso y en todo lugar”, ponía a nuestro alcance el medio de aprovechar continuamente los beneficios de la Redención. Así nuestra unión con Cristo, la comunicación con nuestras almas de su vida divina aumenta con cada Misa a la cual asistimos y participamos y dilata, puede decirse, nuestra capacidad sobrenatural para ir creciendo cada vez más en Cristo “*crescamus in Illo per omnia quae est caput, Christus*” (86).

El Santo Sacrificio no sólo produce un fruto general en la Iglesia, y un fruto especial que responde a la intención del celebrante, sino también produce un fruto personal en los que participan en él. Brevemente enumeraremos esos frutos:

El primero es un aumento de caridad en el alma o sea de gracia santificante. Siendo la perfección cristiana un desarrollo de la caridad, como Sto. Tomás de Aquino elocuentemente enseña, se comprende fácilmente cuánta importancia tenga en nuestra vida espiritual la participación fervo-

(86) tr.: “crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, Cristo” (Col.)

Cochagua

Fecha 4 - 1920

¿días esta la Luz que iba por escribirme me le voy que pethan Manuel

muy cariñosa,
¿cuando a Germán
miradas que don
don Bertita marchas
¿sabieme luego
cias tuyas, cuentan
si de ahí pasaré.
... (¿?)
El propósito de este
es que el día que
con Jorge L'aba
en la P.
abra pido que el
era entrar en
to debería ser
Lahita está
del mis
maté "el
tiempo)
lucha de
los apañados
ne Chicaron!
migo que?
Ma

De me había olvidado totalmente; disculpa,
en el cual te des (con a to do lo que
implícito en una impunt, lo que ocurrido a
dame noticias muy importantes, nada me
si el papel, el punto crucial "nada me
me has dejado con mucha curiosidad que en
escribeme luego, si te falta papel por
L'apuntado está, todos los días por
to abego, con más interés con saludos
emite, más breves. Manuel

tu A.D. La comedia era una de Botón de
los Hombres, titulada "Marcela o ¿cual de los tres?"
el papel de Marcela lo hacía la Tarsa Vial y yo
era uno de los tres pretendientes. Laño más
florita y nos divertimos muchos. Estaba también
la Luz Sánchez que había ido por unos días al fin
do de las Vial; como tu sabías la Anita y Caba
Sánchez se comprometieron (cada una con su cada
uno).
De Alberto recibí ayer una carta en la cual yo
esperaba encontrar datos de la Logatinerie, la Mani
Frise etc. - das las novedades y chismes de Vina y si
lo me encuentro con amplias noticias de Faria tipo
López y cuanto "nuestro" ha echado Dios al
mundo. ¿Eres razón es un peccador me voy ille.
¿Luz te ha parecido la exaltación al trío
de D. Carlitos?

Si te vas luego a Santiago, trata de nexto con
Clovis, para confirmar las noticias de Volgueta
Matarama pues a decirte verdad no las tengo
de las Domingo.

Disculpa no te escriba mas largo, pero estoy
muy apurado, porque ya están almidando y
el esto mago me llaman a grandes voces.
Con Saludos a los tuyos y a abega cariñoso
mente tu amigo

Manuel

¿ve me había olvidado totalmente; disculpa,
en el cual te des (con a to do lo que
implícito en una impunt, lo que ocurrido a
dame noticias muy importantes, nada me
si el papel, el punto crucial "nada me
me has dejado con mucha curiosidad que en
escribeme luego, si te falta papel por
L'apuntado está, todos los días por
to abego, con más interés con saludos
emite, más breves. Manuel

rosa y consciente en la Sta. Misa en donde directamente se nos comunican los infinitos méritos adquiridos por Cristo en el Calvario.

Esa misma comunicación y aumento de gracia santificante trae por consecuencia inmediata el progreso en la virtud. El alma que en unión con Cristo hace en cada Misa que asiste su oblación, se une cada vez más a El por la fe, la esperanza y el amor; hace suyos los pensamientos y deseos del Maestro divino realizando aquello de S. Pablo, "sentid en vosotros lo que siente Jesús" (87), y crece en su corazón el deseo de practicar mejor todas las virtudes que el divino Modelo propone a su imitación.

La asistencia a la Misa atrae sobre el alma pecadora la misericordia de Dios, obteniendo, como el Concilio de Trento enseña, la gracia del arrepentimiento (88); de aquí la importancia de aplicar el Santo Sacrificio por la conversión de los pecadores y obtener de éstos su asistencia a la Misa.

Siendo la Sta. Misa la renovación del sacrificio del Calvario y Jesús el sacerdote y la víctima que ofrece y que se inmola, se comprenderá el infinito poder de intercesión que existe en ella. Ningún modo mejor para presentar al Señor nuestras súplicas que el hacerlas durante la Santa Misa siempre que nuestras peticiones sean hechas según el espíritu de Cristo, o sea, subordinando nuestra voluntad a la divina y nuestros pequeños intereses a la mayor gloria de Dios.

La liturgia de la Iglesia nos recuerda en la oración del IX Domingo después de Pentecostés cómo deben hacerse nuestras súplicas: "Señor, para que podáis concedernos lo que deseamos, hacéndonos pedir lo que os agrada".

¿Puede por algún título especial aumentarse el fruto de nuestra asistencia a Misa?

Sí; nos responde la enseñanza de la Iglesia y esto por diferentes títulos.

El que sirve la Misa por razón de su participación más íntima a los ritos con que se celebra y en cuanto representa a los fieles en ella recibe un mayor fruto del santo Sacrificio.

Los que hacen aplicar la Misa por sus particulares intenciones perciben el fruto especial por el cual ella es celebrada. Conviene aquí decir dos palabras sobre los estipendios y donaciones, no para refutar la blasfema y ridícula objeción de que la Iglesia negocia con las cosas espirituales, acusación nacida de una estúpida ignorancia y de una profunda mala fe, como para demostrar el significado real e histórico que esa ofrenda tiene.

En primer lugar conviene recordar que el estipendio no es un pago sino una ofrenda, pues a nadie, por débil que sea su fe, se le ocurrirá pensar que puede haber relación posible entre el acto más sublime de nuestra religión y una ínfima cantidad de dinero. Pero sobre todo esa ofrenda, sea la que se da a título de estipendio sea la que se ofrece en la Colecta que durante la Misa se realiza tiene por objeto recordarnos la participación en el Sacrificio. De hecho en la primitiva Iglesia en el momento del Ofertorio los fieles avanzaban hasta el altar llevando sus ofrendas, pan, vino, aceite, dinero, etc.; un subdiácono las recibía, apartaba algunos de esos panes que

(87) *Flp.* 2, 3.

(88) *Cfr.* Sesión XXII, c. 2.

servían para consagrarlos durante la Misa y el resto de éstos eran bendecidos y repartidos entre el pueblo, quien los llevaba como recuerdo a aquellos que no habían podido asistir; tal es el origen del pan bendito, o “eulogias” como se llamaban en la liturgia primitiva. Los demás dones servían parte para el servicio del culto, parte para el sostenimiento de sus ministros.

Esta hermosa costumbre, que aún se conserva en la Misa de consagración de un obispo y en las solemnes Misas papales y cuyo abandono ha contribuido a hacer olvidar el rol activo de los fieles en el Santo Sacrificio, tiene una reminiscencia en la colecta en dinero que se hace durante la Misa. Si las almas se penetraran más de su alto significado, si vieran en ese pequeño sacrificio que la Iglesia les aconseja el medio de sentir más vivamente el gran Sacrificio al cual asisten y en el cual participan, esa ofrenda hecha a veces por fines humanos u otras con el muy noble de ayudar a los gastos del culto, sería para ellos un medio de santificación que les ayudaría a vivir más íntimamente el Sacrificio de Cristo e inspirarían en él todos los actos de su vida cristiana.

Participan también más íntimamente los que en cualquiera forma ayudan a la celebración de la Misa. Así las personas que proveen el pan, el vino y los cirios, las que han bordado o confeccionado los ornamentos y paños, tienen un título especial en la inmolación de Cristo.

Si miráramos estas cosas más a la luz de la fe, ¡cómo nos sentiríamos honrados de poder cooperar en cualquiera forma al acto sublime que regocija los cielos y hace caer a torrentes sobre la tierra las bendiciones de Dios!

c) *Preparación a la Misa*

El acto supremo de la virtud de la religión al cual todos los demás directa o indirectamente se ordenan es el Santo Sacrificio de la Misa. De ahí brota como de fuente riquísima nuestra santificación como la misma Iglesia en su liturgia lo declara “ut sacrosanta mysteria in quibus *omnis sanctitatis fontem* constituisti, nos quoque in veritate sanctificent” (89). La vida de Cristo sobre la tierra estuvo por entero orientada al sacrificio que se consumó en la Cruz:

“No hay nada más grande en el mundo, dice Bossuet, que Jesucristo, no hay nada más grande en Jesucristo que su sacrificio, no hay nada más grande en su sacrificio que su último suspiro”.

La vida cristiana, que es participación a la de Cristo, también debe estar orientada hacia el altar que perpetúa y revive la obra de la Redención.

(89) tr.: “que los santos misterios, en los cuales has encerrado la fuente de toda santidad nos santifiquen en verdad”. (Oración de la Misa de S. Ignacio de Loyola, el 31 - VII).

El cristiano que desea vivir su fe, debe por esta razón preparar su alma para el Santo Sacrificio. Fue escrito en el Eclesiastés, "antes de la oración prepara tu alma" (XVIII-23); ¡con cuánta mayor razón cuando se trata de la oración más pura, santa y sublime!

Distinguiremos dos clases de preparación, la remota y la próxima.

Preparación remota

1. *La primera* y más esencial preparación es una vida verdaderamente cristiana. Si el acto central de la vida de Cristo fue su sacrificio y si la vida cristiana es comunicación con la de Cristo, en el vivirla intensamente debe encontrarse su mejor preparación. "Vivid de tal manera —dicen San Ambrosio y San Agustín—, que podáis merecer cada día el ser admitidos a la Sagrada Mesa". La oración, y de un modo especial la litúrgica, debe ser la expresión de una fe que se posee y que se vive. De otro modo se cae fácilmente en el ritualismo externo o en el hueco sentimentalismo, los dos grandes escollos de la sólida y profunda piedad. ¡Qué hermosa y fecunda es la vida cristiana contemplada en la unidad sublime de su fin sobrenatural! Y lo que unifica esta vida, así como la de toda la colectividad cristiana, es el Santo Sacrificio de la Misa, la Sagrada Eucaristía, con razón llamada por S. Agustín "el sacramento de unidad" (90). Hacer de su día una preparación y una prolongación de la Misa ¿no es el mejor medio de hacer perfectamente cristiana una vida?

Cuántas almas que asisten diariamente a la Sta. Misa y sin embargo su vida espiritual se desliza en una triste mediocridad, ¿no será, porque sin comprender el significado de la acción que diariamente ejecutan, no unifican su vida alrededor del altar, no hacen de cada uno de sus actos una preparación al gran Acto litúrgico donde el hombre sube y Dios baja, donde el alma adora, agradece, suplica y repara, donde la sangre divina del Cordero se derrama "pro nostra et totius mundi salutí", "por nuestra salvación y la del mundo?".

2. En segundo lugar, debe haber una preparación doctrinal; conocer la composición de la Misa, la historia de sus ritos y ceremonias, el profundo sentido de sus oraciones y enseñanzas. Es triste tener que confesarlo, pero la gran masa del pueblo cristiano desconoce casi por completo las maravillas sobrenaturales que en el Santo Sacrificio se contienen, y a causa de esta ignorancia no da a la Sta. Misa en su vida espiritual, el lugar que lógicamente debiera ocupar. ¡Cuán de desear sería que la enseñanza catequística se orientara más hacia la Misa y tomara como base de la explicación de los dogmas el Santo Sacrificio que los encierra todos. En vez de ese aprendizaje formulístico, que por experiencia sabemos cuán poco penetra en la inteligencia, ¿por qué no servirnos de la pedagogía sobrenatural de la Iglesia, que es su liturgia? Un ilustre escritor alemán, autor de célebres obras de catequesis, el Dr. Krieg, dice a este propósito lo siguiente:

(90) *Tract. 26 in Joan.*

"Querer infiltrar la religión en el corazón del niño sin tenerlo en relación con el culto, fuente perenne de religiosidad, es quitarle a la fe su base, alejando al niño de la fuente de múltiples y continua edificación. La liturgia personifica la fe y el espíritu de la Iglesia que manifiesta en el culto la propia conciencia religiosa, pensamientos y sentimientos, vida interior, con palabras, acciones y signos, o sea en forma sensible. *Lex orandi, lex credendi*. En la escuela de educación y de vida de la liturgia toda la vida espiritual del niño recibe los más variados y preciosos incitamentos" (91).

Una fe ilustrada, es la mejor base para una piedad sólida; la oración que se alimenta en el dogma es fuerte, amplia, sublime como el dogma mismo.

3) La Santa Misa es un sacrificio; el sacrificio que la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, ofrece al Padre celestial; pero al mismo tiempo debe ser el sacrificio de cada uno de los miembros, que en unión con la Víctima divina hacen de su vida una perpetua y sublime oblación.

"Yo os exhorto, hermanos, dice S. Pablo, a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a Dios; es el culto espiritual que le debéis" (92).

La Misa exige por tanto una *preparación ascética*, o sea el sacrificarnos con Cristo;

"el sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice San Agustín, es el signo del sacrificio invisible por el cual uno se ofrece a sí mismo y lo que posee para honrar a Dios",

y San Gregorio el Grande a su vez escribe:

"Es necesario que cuando asistimos al Santo Sacrificio, muramos, en cierto modo, por la contrición de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la pasión del Señor debemos imitar lo que hacemos. La Hostia no nos será, en efecto, favorable ante Dios si acaso no nos hacemos nosotros mismos hostias" (93).

"Nuestro Redentor fue hostia, es necesario que nosotros seamos hostias con El, dice Hugo de San Víctor. Nosotros ofrecemos en la Iglesia el sacrificio de Jesús y debemos en nuestras casas y en todos los otros lugares ofrecerle el nuestro" (94).

(91) Dr. Krieg, *Catechetica*; trad. italiana, p. 161.

(92) *Rm.* 12, 1.

(93) S. Gregorio el Grande, *Dial.* LXV.

(94) Hugo de S. Victor, p. 3, 6, 6.

Estos testimonios que representan la antigua y pura tradición de la Iglesia, nos muestran el valor ascético que tiene el sacrificio de la Misa y el trabajo ascético que su digna preparación exige. La vida cristiana, en efecto, debería ser considerada como una prolongación y preparación de la Misa: si por el cumplimiento de los sacrificios necesarios para conservar la gracia, por la aceptación plena de las cruces que el cielo nos envía, por las mortificaciones voluntarias que nos impusiéramos, nos hiciéramos verdaderas hostias ácidas sin levadura, dignas de ser presentadas al Señor, cuán bien podríamos ofrecernos juntos con la gran Hostia, "per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso" (95), para que nuestra vida fuera así un himno de adoración y de alabanza a la Trinidad Santísima.

La Iglesia expresa en su liturgia esa unión de los fieles al Sacrificio de Jesús, por la ceremonia de mezclar una gota de agua al vino que va a ofrecerse, como lo declara el Concilio de Trento, "hac mixtione ipsius populi fidelis cum capite Christo unio representatur (96).

¿Y de qué modo podemos unirnos a ese sacrificio de Jesús? Con un célebre autor espiritual del siglo XVII, Soufflier, responderemos:

"Ese sacrificio que se nos pide, es el dolor que tenemos, sea en sufrir una aflicción que no podemos evitar, sea en privarnos de los placeres que nuestra inclinación desea y que la ley de Dios prohíbe. Si queréis extender más lejos ese sacrificio encontraréis donde quiera víctimas que inmolar, levantarse temprano es sacrificar la pereza; emplear el día es sacrificar el ocio y la negligencia. Podéis, estando a la mesa, sacrificar la golosina, en la conversación el deseo de decir y de oír una infinidad de cosas inútiles. Podéis hacer tantos sacrificios a vuestros ojos impidiéndoles el ver objetos atrayentes que la curiosidad os invita a ver. Cuántos sacrificios haríamos con nuestra lengua si no le permitiéramos ni publicar nuestras alabanzas ni descubrir los defectos del prójimo. Era una de las prácticas más amadas por S. Pablo, el considerarse como una hostia viva, que puede llamarse en continua muerte, pues se sacrificaba todos los días de diversos modos. Si para nosotros es una necesidad el morir ¿podríamos escoger una muerte que sea ni más agradable a Dios ni más gloriosa para nosotros que la de acabar con nuestro último suspiro nuestro holocausto? Ofrezcamos por adelantado a Dios todas las gracias naturales que los años y las enfermedades nos quitarán. Sacrifiquemos a su Ser eterno nuestro ser que se destruye; hagamos que nuestra vida mortal rinda al sacrificarse un homenaje continuo a su inmortalidad" (97).

De este modo todos nuestros sacrificios unidos al augusto de la Misa y del Calvario se elevan, dignifican y adquieren su unidad sobrenatural. Así podemos con propiedad repetir la oración, con que la Iglesia en su liturgia, expresa esta idea que acabamos de exponer: "Propitius, Domine, quaesumus,

(95) tr.: "por El, con El y en El".

(96) tr.: "esta mezcla representa la unión del pueblo fiel con Cristo, su Cabeza". (Sesión I, XXII, c. 7).

(97) Soufflier, *Los Frutos de las ceremonias* (1954).

haec dona sanctifica, et hostiae spiritualis oblatione sucepta, *nosmetipsos tibi perforce munus aeternum*" (98).

Preparación inmediata

Nos referiremos solamente a las prácticas de mayor importancia, especialmente a la meditación, oraciones antes de la Misa, y Asperges de la Misa parroquial.

1) *La meditación*, o más propiamente, la oración mental es una conversación interior con Dios que no se manifiesta al exterior. "Dios es Espíritu, ha escrito San Juan (99), y aquellos que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad".

La Santa Misa es el gran acto de adoración exterior que la Iglesia rinde por medio de Jesucristo a Dios; la actitud fundamental del cristiano al participar en ella debe ser también de adoración, pero para que ese sentimiento se manifieste en toda su verdad y sinceridad debe brotar del interior, de las profundidades del ser de su inteligencia y de su voluntad. Es necesario prepararse debidamente en este espíritu y esto se realiza por medio de la meditación. ¿Existe una relación entre la oración mental y la liturgia? podrá preguntarse.

Cuánto más se penetra en la vida cristiana se percibe mejor la maravillosa unidad que liga todos sus elementos en líneas de admirable sencillez. Como muy justamente escribe Cecile Bruyere, en su fundamental obra "*La vie spirituelle et l'oraison*":

"establecer entre estas formas de la piedad católica un envidioso paralelo, aislarlas una de otra en una especie de rivalidad no trae ninguna ventaja; y nosotros vanamente buscamos cómo podrían entre ellas perjudicarse o excluirse. ¡Feliz quien une ambas en un común amor! Que la una y la otra permanezcan en su rango en la práctica y en la estima de los hijos de la Iglesia".

La oración mental encuentra en la liturgia su más sólida base; en efecto, al contacto con la oración oficial de la Iglesia, nuestra piedad personal, sin perder nada de lo nuestro que posee, se amplía y eleva estableciendo un contacto más íntimo con la jerarquía y los fieles. La liturgia, al mismo tiempo, sirve al alma para expresar los sentimientos producidos por la verdad contemplada en la oración en un lenguaje que es imposible humanamente encontrar y sobre todo la liturgia es una fuente inextinguible que alimenta y vivifica nuestra oración. La base de toda oración debe ser el dogma, sólo es buena la oración que nace de la verdad.

(98) tr.: "Dignate, Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual, haz de *nosotros mismos* una oblación eterna a vuestra gloria, por Cristo Nuestro Señor". (Lunes de Pentecostés).

(99) *Jn.* 4, 24.

“Es aquí justamente, dice Guardini, donde la liturgia es verdaderamente maestra. Ella da a la oración toda la amplitud del dogma. Ella no es otra cosa que la Verdad, la Verdad bajo el ropaje de la oración, verdad compuesta de estas verdades fundamentales: Dios en su inmensa bondad, plenitud y grandeza, Dios uno y trino; la creación por las manos de Dios; su Providencia, su omnipresencia —la falta, la justicia, el rescate— la Redención —el Redentor y su reino— las realidades supremas” (100).

¿Dónde encontramos mejor ese conjunto de dogmas que al recorrer el ciclo litúrgico, meditando esos misterios que nos presenta, mas aún, sacando de cada uno el fruto especial que Nuestro Señor ha querido unir a ellos?

Una vida de oración mental que sea el eco continuo de la vida litúrgica, que cada año siga con fe, reverencia y amor los pasos de Cristo desde su nacimiento a su ascensión, posee un sólido fundamento sobrenatural y una eficacia incomparable.

Que el tema de meditación de cada día sea el misterio o la festividad que la Iglesia celebra, buscándolo especialmente en el Evangelio, Epístola u otra parte de la Misa que corresponde ¿no sería realizar en nuestra vida espiritual esa unidad que vivifica y conduce directamente a Dios? El Misal debe ser nuestro mejor libro de meditación, así la oración privada y la pública se unen en un común espíritu de adoración y de amor; la liturgia da a la meditación la fuente de sus inspiraciones, la meditación a su vez prepara al alma para mejor penetrar en la oración litúrgica, llega a ser como su eco continuo que conserva en nuestro corazón la voz de la Iglesia que ora.

“Hay almas, dice Sauvé, que viven todo el día de las colectas u otras oraciones de la Iglesia que han oído o recitado en la mañana, o del oficio que cantan o recitan ¡oh método simple y fecundo! Esas almas pasarán, como de un modo natural, de la liturgia de la tierra a la liturgia del cielo” (101).

2) El sacerdote además de la meditación se prepara a celebrar el Santo Sacrificio recitando el oficio divino, la parte más importante de esa preparación.

En su lugar correspondiente, hablaremos de la relación íntima existentes entre el Oficio y la Misa, bástenos por ahora indicar cómo en los primeros siglos del cristianismo, los fieles juntos con el sacerdote se preparaban al santo sacrificio con la recitación en común de salmos, himnos y oraciones que ocupaban gran parte de la noche. De esa *Vigilia* o preparación nació el oficio.

En épocas de mayor fe y cultura religiosa cuando los fieles no tan sólo “vivían en la Iglesia, sino vivían la Iglesia” (102), el oficio divino constituía una preparación necesaria al sacrificio; ¿sería mucho ambicionar el que esa

(100) Guardini, *L'Esprit de la Liturgie*.

(101) Sauvé, *Letanias del Sagrado Corazón*, elevación 31.

(102) Guardini, Romano.

práctica renaciera, y que en vez de las sentimentales y huecas fórmulas de preparación de tantos manuales de piedad, los fieles se dispusieran a participar en el sacrificio, por la celebración del "sacrificium laudis" (103), o sea la recitación del divino oficio?

Junto con la recitación del oficio, el sacerdote dice varias oraciones, himnos y letanías, que son como un resumen del oficio y preparan el espíritu para celebrar con fervor la Santa Misa. Esas oraciones se encuentran al comienzo del Misal, los fieles que acostumbran usarlo, encontrarán ciertamente ahí un alimento precioso a su piedad y un excelente medio de preparación a la digna y fervorosa participación en el Sacrificio.

3) El *Asperges* de la Misa parroquial.

Antes de la Misa parroquial o de comunidad el sacerdote hace cada Domingo la aspersion del agua bendita. Es ésta una ceremonia cuyo origen se remonta a los primeros siglos de la Iglesia, y en la cual debemos distinguir dos partes principales: la bendición del agua y la aspersion propiamente dicha. La bendición del agua proviene de la devoción de los fieles de sacar un poco del agua de la pila bautismal los días de Pascua y Pentecostés, antes que ésta fuera mezclada con el santo crisma y llevarla para bendecir sus casas y campos. No bastando esto a la piedad popular, fue necesario bendecir el agua todos los domingos antes de la Misa Mayor. La ceremonia está llena de un profundo significado espiritual y guarda una estrecha relación con la primera parte de la Misa que es una purificación del alma antes de ofrecer la hostia inmaculada. En efecto; el agua purifica, la sal preserva, ambas son exorcizadas para arrancar de ellas toda influencia del demonio y poder elevarlas a un uso santo. Los exorcismos y bendiciones del agua y de la sal son colocados por San Basilio en el número de las tradiciones apostólicas. Tertuliano y San Cipriano ya hablan de ellas. Al tratar de los sacramentales hablaremos más extensamente del uso del agua bendita.

Después de bendecir el agua, se hace con ella la aspersion del altar, del sacerdote y del pueblo. Es un recuerdo más vivo de la pureza que deben tener el sacerdote que ofrece, el pueblo que participa y el altar sobre el cual se inmola la Víctima divina. El rezo del Miserere durante la aspersion viene a expresar en forma aún más clara los sentimientos de contrición que purifican el alma y la hacen digna de acercarse al Santo de los Santos.

d) *Asistencia a la Misa.*

La Misa, hemos dicho varias veces en el curso de este trabajo, es el sacrificio que el Cuerpo místico ofrece a Dios. La naturaleza humana, afirma el Concilio de Trento, pide un sacrificio visible. El Salvador se lo proporciona por su Iglesia en el inefable misterio de su presencia real, bajo las apariencias del pan y del vino (104). Jesús invisiblemente lo ofrece por me-

(103) tr.: "sacrificio de alabanzas".

(104) Sesión XXII, c. 1; *Denz.*, 938.

dio del sacerdote ministro visible del sacrificio. El representa a la Iglesia, que por su jerarquía ofrece y se ofrece con las oraciones, sacrificios y trabajos de todos sus fieles. Todos participamos y somos en cierto modo sacerdotes en la mística oblación. Nuestro deber, es por lo tanto, participar activamente en ella. No somos mudos espectadores de una escena, somos actores responsables en un drama divino. El sacrificio que en el altar se celebra es de Jesús y nuestro. La Misa a la cual asistimos es "nuestra Misa".

Tal es el gran principio que sirve de base a la participación activa de los fieles al adorable Sacrificio eucarístico.

Indicaremos los medios más importantes para desempeñar con plena conciencia ese rol tan noble y fecundo para la vida espiritual.

1) *El uso del Misal.*

S. S. Pío X, (d. s. m.), al hablar del acto central de nuestro culto, decía: "no rezéis *en* la Misa sino rezad *la* Misa", palabras que bien claro nos indican la importancia que para el alma tiene la unión a las oraciones mismas que la Iglesia por su sacerdote en ese instante recita. En realidad, el Misal contiene la oración, que la Iglesia en veinte siglos, bajo el soplo vivificador del Espíritu Santo, ha compuesto como la expresión más elocuente y profunda de su adoración a Dios. El es según la expresión del Cardenal Mercier,

"el guía seguro en donde la Iglesia, encargada del cuidado de nuestras almas, nos traza con solicitud maternal el itinerario que debemos seguir para llegar infaliblemente por Jesucristo hasta Dios" (105).

"y con cuyo manejo, escribe en otro sitio el mismo Cardenal, llegarían todos los fieles bajo la dirección de sus sacerdotes a desviarse de esas insípidas, cuanto efímeras devociones de moda, templando su fe y su vitalidad en el manantial de la sana y fuerte piedad católica" (106).

Los devocionarios, o "libros de Misa" como vulgarmente se les llama, dan una idea general del Santo Sacrificio, pero no pueden enseñar la rica variedad de sus oraciones ni hacer resaltar la parte activa que los fieles tienen en la celebración de la Misa.

El Misal da a la piedad cristiana una sólida base dogmática junto a una inmensa amplitud de pensamiento, ilustra la fe y forma lenta, pero seguramente las virtudes que orientan la vida. Su uso diario hace recorrer los misterios de la vida del Salvador y familiarizarse con la lectura de los Libros Santos, enseña a educar la sensibilidad y a expresarla en las fórmulas que proceden del Espíritu Santo, desprende del mezquino círculo de una piedad individualista y hace penetrar en el inmenso campo de la vida común de la Iglesia en su oración oficial.

El uso del Misal, da sobre todo el verdadero sentido sobrenatural de la Iglesia, mediadora entre Dios y los hombres, encargada de presentar ante su trono la oración y el sacrificio a nombre de la humanidad y a incli-

(105) Prefacio al Misal de Dom G. Lefebvre.

(106) Card. Mercier, *Obras Pastorales*, t., v.

narse hacia el hombre para comunicarle las gracias que ha recibido de su divino fundador.

¿No habrá que atribuir el olvido del sobrenatural que aflige nuestra época a esa ignorancia de la oración de la Iglesia, a ese desconocimiento total de lo que en el altar se dice y se ejecuta por el sacerdote?

“Todo hombre que piensa, ha escrito un célebre autor alemán, abandona poco a poco las formas que le son incomprensibles” (107),

y entre gran número de fieles, ¿no vemos en su semblante distraído al asistir a Misa la superficialidad de su fe en la sublime acción que se realiza? Para elevarlos a la vida interior es necesario iniciarlos en la vida de gracia y de oración que engendra la Iglesia; y a esto ayuda eficazmente la inteligencia de los textos por el uso del Misal.

En vez de las devociones *en* la Misa deberíamos tener la devoción *de* la Misa, rezar nuestra Misa, vivir nuestra Misa y hacer que ella sea para nuestras almas lo que el divino Salvador dispuso “fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna” (108).

Entre los muchos prejuicios que contra el uso del Misal existen y que en realidad no vale la pena refutar, se halla el de aquellas personas, que aunque comprenden sus ventajas, se atemorizan ante la falsa idea de que es muy complicado su uso. No hay nada más falso; las reglas son sencillas y claras y especialmente los Domingos y días de fiesta, es sumamente simple el seguirlas, todo está en tener presente algunos principios esenciales y en saber la Misa que toca cada día, lo que es muy sencillo con ayuda de un calendario litúrgico, como ya en esta arquidiócesis ha comenzado a publicarse.

2) *La Comunión en la Misa.*

El centro del culto eclesiástico, lo hemos varias veces repetido, es la Eucaristía, sacrificio y sacramento. ¿Qué relación existe entonces entre la Santa Misa y Comunión? He aquí un punto que conviene esclarecer para colocar a esta última en su verdadero lugar.

La Comunión es la participación más perfecta al Sacrificio; la misma víctima que ha sido inmolada en el altar sirve para alimento de nuestras almas, por ella entramos en unión más íntima con Jesucristo y recibimos plenamente los frutos de su sacrificio Redentor. Es necesario inculcar la estrecha relación que entre la Misa y la Comunión existen, más aún, cómo la Comunión forma parte del Sacrificio, para acostumar a los fieles a que dentro de lo posible se acerquen en ese momento de la Misa a recibir a Jesús.

El cristiano que en la Sgda. Comunión ve tan sólo la manducación real de Jesucristo tiene de ella una idea incompleta, ya que esa manducación significa además, una participación al Sacrificio de Cristo la cual será ciertamente más estrecha si se realiza dentro de la misma Misa.

(107) D. Tippmann.

(108) *Jn. 4, 14.*

Conviene al hablar de la Sagrada Comunión en relación con el Sto. Sacrificio, insistir respecto a la verdadera idea que de la piedad eucarística debemos formarnos. Para muchas almas de nuestros días la expresión “piedad eucarística” evoca inmediatamente la idea del culto que se da a la Santa Reserva; bendiciones solemnes, exposición, horas santas; procesiones, etc., que aunque actos en sí santísimos no dan un concepto completo de la Eucaristía, que es *ante todo*, Sacrificio y Comunión. Es *aquí* donde se encuentra la virtud *sacramental* de la Eucaristía, aunque los demás actos de piedad eucarística sirvan grandemente para aumentar la fe y la devoción hacia el Augusto Sacramento.

A este respecto, para mayor autoridad quiero transcribir las palabras de Don L. Beaudin:

“Hay una jerarquía muy importante que respetar entre este triple objeto de la piedad eucarística simbolizada por el altar, la sagrada mesa, y el tabernáculo. La Eucaristía es ante todo, una acción sacrificadora; ella adquiere todo su valor y realiza el fin principal de su institución en el *acto* mismo que llamamos la Santa Misa; acto concreto y limitado que se realiza según los ritos fijados por Cristo mismo o por su Esposa y que cesan cuando esos ritos *acaban*.

El Altar es, pues, el centro del culto eucarístico. La Santa Comunión es la participación más estrecha y más completa a ese acto divino que la Misa reproduce, a saber, el santo Sacrificio de la Cruz.

Sería, pues, rebajar la santa Comunión el presentarla como un acto distinto e independiente. Su *excelencia* le viene, al contrario, del hecho que ella se confunde con la Santa Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del sacrificio de la Cruz: “*Mortem Domini anuntiabitis donec veniat*” (109).

La Santa Misa y la comunión son pues, actos *esenciales* del culto eucarístico bien comprendido. Los ejercicios de devoción destinados a rendir homenaje a la Santa Reserva deben ocupar un lugar secundario en relación a esos objetos esenciales. La Santa Reserva es hecha ante todo para atender las necesidades de los fieles; no se conserva el Santísimo Sacramento con el fin de organizar en seguida en su honor el verdadero culto eucarístico, imperfecto por otra parte; sino se rinde culto de latría a la Santa Reserva cuya conservación se hace para utilidad de los fieles” (110).

“No se reserva porque se deba adorar, se adora porque debe reservarse” (111). Lo que en nada se opone a la declaración del Tridentino “*neque enim ideo minus est adorandum, quod fuerit a Christo Domino, ut sumatur institutum*” (112).

El verdadero e íntegro concepto de la piedad eucarística llevará ciertamente a los fieles a mirar siempre su Comunión en relación con la Misa

(109) tr.: “anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga” (1 Co., 11, 26).

(110) Dom L. Beaudin, “Fête Dieu”, artículo publicado en *Les Questions liturgiques et paroissiales* (1921), t. VI.

(111) *Ibid.*, Irenikon I-1926.

(112) tr.: “ni es, por eso, menos digno de ser adorado aquello que fue instituido para ser asumido por Cristo”. Sesión XII, cap. 5. *Denz.*, 878.

y a hacer que el Sacrificio Eucarístico desempeñe en su vida espiritual el rol fundamental que posee, tal como San Pablo en su Epístola I a los Corintios magistralmente nos lo enseña (113).

3) *El canto en la Misa.*

Siendo la Misa el acto de adoración oficial que la Iglesia da a Dios, fácil es comprender, que trate de rodear su celebración de todo el esplendor y hermosura posibles. El canto sagrado es una de las formas principales en que se expresa la piedad de la Iglesia y uno de los medios más eficaces para unirse activamente a sus oficios. No es de extrañar, por tanto, que la Iglesia dé tanta importancia a la música sagrada y en especial a la forma que le es propia, *el canto gregoriano*.

“El canto Gregoriano es el canto propio de la Iglesia romana, el *único* canto que ella ha heredado de los antiguos padres, canto que ella ha celosamente conservado durante siglos en sus reglas litúrgicas y que propone a los fieles como directamente suyo, que ella ha prescrito exclusivamente en ciertas partes de la liturgia y que los estudios recientes han tan felizmente restituido en su integridad y en su pureza” (114).

¡Cuán hermosa es la fe que se expresa en esa armonía natural, e ingenua del canto gregoriano donde vibra el alma de la Iglesia! ¡Cuánta gloria se rinde a Dios en esa oración, cuántos bienes atrae sobre la Iglesia entera y sobre las almas que por ella participan activamente en los divinos oficios.

El canto unísono de todo el pueblo reunido, no sólo da majestad y hermosura a los divinos oficios, sino que al mismo tiempo constituye un verdadero programa de educación popular.

¿Dónde mejor se expresa la idea de la fraternidad cristiana que en el hecho de mil voces y mil corazones unidos por el mismo canto en un solo corazón y una sola voz?

“Matemáticamente, físicamente, moralmente, escribe el Cardenal Maffi, el unísono es el supremo acorde. Un pueblo que canta con una sola voz es un pueblo potente y grande porque tiene un solo corazón”.

Tal ha sido la tradición constante de la Iglesia “cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino”, dice S. Pablo (115), indicando así como el canto debe brotar de la plenitud del corazón. En las penumbras de las catacumbas romanas resonaba el canto cristiano como la expresión más pura de la fe. San Gregorio Magno, el gran legislador de la Iglesia, coloca como base de su inmensa obra restauradora la codificación y reforma del canto que lleva su nombre:

(113) Cfr. *I Co.* 10, 14 - 21; 11, 24 - 26.

(114) Pío X, *Motu Proprio* del 22 - XI - 1903.

(115) tr.: “cantando y salmodiando en vuestros corazones al Señor”, *Ef.* 5, 19.

“La historia de la conversión de media Europa, escribe un autor de tanta autoridad como D. Festugières, podemos decir que es la historia de la acción social de un coro sobre una asistencia de fieles” (116).

Las conversiones de un Hwysmans o un Verkade ¿no nos están demostrando, que este método *tradicional* y *auténtico* de apostolado es perfectamente apto para los tiempos modernos?

Los últimos documentos pontificios sobre esta materia hablan bien alto de la inmensa trascendencia que la Iglesia da al canto ejecutado según sus tradicionales normas. El Reglamento de 24 de septiembre de 1884 de la Sagrada Congregación de Ritos, el “*Motu Proprio*” de 22 de noviembre de 1903 de S. S. Pío X, la Bula *Divini Cultus Sanctitatem*, del actual Pontífice, señalan una línea precisa que ningún católico puede desconocer o interpretar antojadizamente. No veamos en el canto sagrado un mero sentimiento artístico sino la expresión de la más pura piedad. Dice S. Agustín “cantare amantis est” (117), y el antiguo adagio repetía: “bis orat qui cantat” (118). Terminemos con las palabras de Moissonet:

“El canto es la expresión más completa, más honorable, más gloriosa del homenaje a Dios. Todas las otras expresiones son incompletas; sólo por la alabanza cantada el hombre da a Dios todo lo que tiene y todo lo que le debe”.

La S. Misa y la vida espiritual.

Hemos expuesto hasta aquí las diversas actitudes del cristiano en su preparación, asistencia y participación a la Misa, no queda sino señalar la influencia de ésta sobre su vida.

Sin temor podemos afirmar que la Sta. Misa envuelve todo un programa de vida espiritual y que el vivir de ella a través del día significa ejercitar las virtudes más fundamentales de la ascética cristiana.

Vivir nuestra Misa: he ahí una fórmula breve y comprensiva de toda la espiritualidad. En ella se encuentran reunidas las tres etapas del alma en su ascensión a Dios.

Es ya conocida la tradicional división de las tres vías de la perfección cristiana: purgativa, iluminativa y unitiva que encontramos en los más antiguos autores como Clemente de Alejandría (119); S. Agustín en varias de sus obras (120), S. Bernardo y especialmente Santo Tomás (121).

(116) D. Festugières, *La Liturgie Catholique*, p. 66.

(117) tr.: “El cantar es propio del que ama”.

(118) tr.: “aquel que canta ora doblemente”.

(119) Cfr. *Stromata*, VI, 12.

(120) Cfr. *De natura et gratia*, cap. 70.

(121) Cfr. *Suma Teológica*, II - II, q. 9, q. 24, a. 9.

Sin embargo, esta división no es absoluta ni matemática y en cada una de esas etapas existen gran variedad de grados. Más aún, en cualquier vía que se encuentre el alma siempre participa de las cualidades de las otras; así en la vía purgativa de renuncia al pecado, junto a los actos de penitencia y negación a sí misma que la purifican hay otros que la iluminan sobre las verdades de la fe y otros que la unen al corazón de Dios; igual cosa podemos decir de la vía iluminativa y unitiva. De modo que lo que determina a un alma para encontrarse en tal o cual vía es *la parte preponderante que en ella tienen sean los actos de renuncia al pecado, sea la imitación de las virtudes de Ntro. Señor, sea la unión amorosa con Dios en todas las circunstancias y momentos.*

La Sta. Misa encierra estas tres clases de actos; la primera parte de la Misa de catecúmenos, o sea las oraciones al pie del altar expresa la compunción del alma ante el recuerdo del pecado; la segunda parte, a saber, las lecturas y oraciones que van desde el Introito al Credo inclusive, iluminan el espíritu mostrándole a la luz de los libros santos y en especial del Evangelio las virtudes cristianas y su divino Modelo; la Misa de los fieles en su primera parte del ofertorio señala al alma el desprendimiento total de las cosas creadas para ser ofrecida como hostia pura al Señor, mientras la segunda, o sea la oblación del sacrificio que reproduce la muerte de Jesús, muestra al Amor que transforma dando junto con la muerte a sí mismo la verdadera vida en Jesucristo; la Comunión representa, de una parte la aceptación del sacrificio y de la otra, la íntima comunicación de vida divina, la consumación total de la voluntad en el Amor, cumbre de la vida espiritual.

Nos detendremos en estos puntos con el fin de mostrar la verdad que antes enunciábamos, o sea, que el *vivir nuestra Misa* es una síntesis perfecta de la vida espiritual, cualquiera que sea su desarrollo, de tal modo que ella puede igualmente servir al alma que se inicia en las purificadoras vías de la ascética como la que se consume en las transformadoras de la mística.

Las oraciones al pie del altar, están impregnadas de un vivo sentimiento de compunción, base indispensable que prepara a la iluminación del alma por la fe y a la unión en la caridad que las otras partes de la Misa producen.

La vía purgativa tiene como fin especial la renuncia al pecado, no tan sólo por la absolución sacramental que perdona la falta, como sobre todo por la disposición habitual de contrición que desprende al alma de todo aquello que se opone a la divina unión, en especial la imperfección y el pecado. En esto consiste la compunción del corazón que podríamos definirla "como el sentimiento de contrición reinando de un modo estable en el alma" (122).

Esta virtud, a menudo olvidada hoy día por las almas que desean construir rápidamente edificios espirituales, pero sin sólida base comunicaba a la piedad antigua una especial firmeza. Daba una humildad profunda, llena por otra parte de confianza, una generosidad nacida del espíritu de reparar las pasadas culpas, una fuerza en las pruebas procedentes del abandono completo a la voluntad de Dios que antes contrariara, una caridad mi-

(122) D. Marmión.

sericordiosa ante el hermano caído que el recuerdo de sus propias debilidades le hacía compadecer; todos frutos preciosos de la compunción del corazón.

No es raro, entonces, ver cuánto abundaba en los santos este sentimiento que los acompañaba hasta su muerte, que los hacía fuertes en la tentación enseñándoles a desconfiar de sí mismos, que sostenía su espíritu de mortificación constante y los empujaba cada día a progresar en los caminos del Señor. El gran legislador de los monjes de Occidente, San Benito, prescribe en su Regla que “*cada día* confecemos a Dios nuestras faltas pasadas, en la oración acompañada de lágrimas y gemidos” (123), porque es justamente “a causa de la actitud humilde del alma que seremos escuchados” (124). El Misal romano, trae en sus oraciones diversas la “*pro petitione lacrymarum*” (125), hermosa fórmula donde se expresa la compunción del corazón:

“Dios todopoderoso y lleno de dulzura, que en favor del pueblo sediento, hiciste brotar de la roca una fuente de agua viva; arrancad a la dureza de nuestro corazón lágrimas de compunción, a fin que podamos llorar nuestros pecados y merezcamos, por vuestra misericordia, obtener su remisión”.

Ahora bien, este sentimiento, base de la conversión de nuestra vida, elemento indispensable de sincera purificación lo encontramos admirablemente expresado en diversas partes de la Misa y de un modo especial en las oraciones al pie del altar.

El salmo 42 es un cántico admirable donde se mezclan la confusión y la confianza, pero donde sobre todo flota el arrepentimiento sincero del alma pecadora que quiere purificarse antes de entrar al “altar de Dios”, de ser conducido a la montaña santa, al tabernáculo del Señor”. Delante de la asamblea de los fieles, ante toda la corte celestial, profundamente inclinado, el sacerdote confiesa “*quia peccavi nimis*” que ha pecado en exceso, “*mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*”. ¡Oh cuán hermosa es en estos momentos la humillación contrita del que está colocado sobre los hombros y representa al mismo Jesucristo! ¡qué fuente tan pura de compunción sincera son estas oraciones al pie del altar, estos golpes de pecho, estas voces que piden clemencia e imploran la divina misericordia!

Este sentimiento acompañará al sacerdote en todos los principales momentos del sacrificio; aunque su unión al Señor sea tan estrecha siempre sus ojos se volverán al pasado para encontrar en él una fuente preciosa de humillación y desconfianza en sí mismo. Antes de subir al altar pedirá al Señor que “quite de nuestras almas todas nuestras iniquidades”, al entonar el “Gloria in excelsis” junto a las exclamaciones de alegría dejará oír las de arrepentimiento “tened piedad de nosotros, tu que borras los pecados del mundo”, al ofrecer la hostia la hará primeramente “por sus innumerables pecados, ofensas y negligencias”, antes de la consagración pedirá al Señor

(123) S. Benito, *Regla*, cap. IV.

(124) *Ibid.*, cap. XX.

(125) tr.: “para pedir el don de lágrimas”.

“ser librado de la condenación eterna”, después de ella, al pedir una parte en la sociedad de los santos, lo hará recordando que sin embargo, es pecador “nobis quoque peccatoribus” (126), y al consumarse el sacrificio antes de la comunión, humildemente golpeará su pecho pidiendo al “Cordero de Dios que borra los pecados del mundo tenga misericordia de él” y suplicándole “no mire a sus pecados sino a la fe de su Iglesia”.

En realidad la Sta. Misa es una fuente preciosa de purificación donde el alma aprende a conocer su miseria, dolerse de sus faltas, desconfiar de sí misma y abandonarse al Señor.

La vía iluminativa, como su nombre lo indica, se caracteriza por un mayor conocimiento de los misterios de la fe y en especial de la adorable persona de Jesús, modelo supremo de la perfección cristiana. La Sta. Misa, y en especial la parte que va del Introito al Ofertorio, arroja sobre el alma torrentes de luz, sumergiéndola en el campo sobrenatural de la fe.

La Misa es ante todo, el “mysterium fidei” que nos reproduce la Cena y el sacrificio de la Cruz, pero además nos hace vivir todos los otros misterios de la vida del Señor, como la oración que sigue a la consagración nos lo recuerda:

“unde et memores... acordándonos pues, Señor, de la bienaventurada *pasión* del mismo Cristo, vuestro Hijo, nuestro Señor, de su *resurrección*, de los infiernos y de su gloriosa *ascensión* a los cielos, etc.”.

Las lecturas y oraciones que forman la parte de la Misa que va del Introito al Ofertorio ponen de manifiesto los distintos misterios del Señor.

A la luz de la palabra inspirada de la Biblia, de las oraciones profundas de la Iglesia, tan llenas de sentido dogmático, de las hermosas secuencias donde vibran unidas la profundidad y la ternura, el alma recibe cada vez mayores luces que la ilustran sobre las verdades de la fe. Con razón puede uno apropiarse las palabras del Salmista y decir que en esa luz de la Misa contemplamos la verdadera luz, “in lumine tuo videbimus lumen”.

“El pensamiento es la condición interna de salud de la vida espiritual, ha escrito Guardini, sólo es buena la oración que viene de la verdad, sólo el dogma da a la oración la fuerza, esa fuerza áspera pero vivificante, salvadora, sin la cual corre el riesgo de degenerarse”.

Esta verdad el alma la recibe en la Misa y en especial en aquellas partes donde más claramente aparece el fin didáctico de la Iglesia. La Misa bien comprendida, es sin duda, una fuente segura de verdad que ilumina el espíritu.

Pero la santidad no es tanto una obra de la inteligencia cuanto de la voluntad; es la que conociendo a la luz de la fe, el término al cual debe remontarse, lo quiere, lo busca y se une a él para vivir de él. Esta acción exige una triple actividad; la separación de las cosas creadas, la muerte a sí misma, la vida total en Dios y para Dios. Este triple misterio se realiza en

(126) tr.: “también a nosotros pecadores”.

la Sta. Misa y el alma que vive de ella debe también realizarlo. En el ofertorio, la materia del sacrificio es separada de todo lo profano, reservada sólo a Dios para ser su hostia inmaculada.

El alma debe también practicar este total desasimiento de la creatura, sin el cual no hay perfección posible y en esta parte de la Misa encuentra la más rica lección de desprendimiento.

Sabemos cuánta importancia dan los autores espirituales a esta renuncia a las creaturas; los que han hecho los ejercicios espirituales según el método de San Ignacio de Loyola y han penetrado en el pensamiento de las meditaciones llamadas de "principio y fundamento" comprenderán bien cuánto importa desasirse de lo creado y colocarse en aquella "santa indiferencia", base del verdadero progreso del alma.

Si nuestra asistencia a la Misa es activa, si existe una correspondencia verdadera entre el rito exterior de la ofrenda y nuestra inmolación interior, el ofertorio despertará en nuestra alma el deseo de inmolación, la separación completa de la creatura para vivir constantemente en espíritu de alabanza, gratitud y reparación al Señor. "Ut ambuletis digne Deo, per omnia placentes" (127).

Es el amor quien así desprende el alma de lo creado y la ofrece a la Trinidad santísima; es el Espíritu Santo, amor substancial e infinito quien la consume para llevarla a la plenitud de vida y transformarla en el objeto amado, por eso reproduce en ella la muerte de Jesús. "Complantati facti sumus similitudinen mortis ejus" (128). O sea, según el pensamiento del Apóstol hemos muerto al "hombre viejo" para revestir el nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad (129). La perfección cristiana no ha encontrado en realidad mejor fórmula que la de la epístola a los Colosenses: "Mortui enim estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo" (130).

Esta muerte para tener la vida se expresa en la consagración; la oblación sangrienta del Calvario se renueva; Jesús, hostia perpetua, se ofrece y nos ofrece; en virtud de ese sacrificio de la Cruz que la acción del sacerdote reproduce hemos sido incorporados a Cristo, *hechos participantes del misterio* de su pasión; "por El, con El y en El", miembros de su místico cuerpo que se ofrece en el altar, damos al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria".

Jesús, Víctima divina, que perpetuamente se ofrece por los pecados del mundo nos hace participar de su estado de víctima. ¡Si el alma viviera *su Misa!*, si cada una de sus secretas inmolaciones, de sus grandes o pequeños dolores los ofreciera en unión de la Víctima ofrecida en la mañana en el altar, si recordara que esos sacrificios son la realización práctica de la palabra del Apóstol "Cumpló en mi lo que falta a la pasión del Salvador, por

(127) tr.: "para que caminéis en forma digna de Dios, agradándole en todo", *Col.* 1, 10.

(128) tr.: "hechos de una misma planta con él, por una muerte semejante a la suya", *Rm.* 6, 5.

(129) *Ef.* 4, 24.

(130) tr.: "Estáis en efecto muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios", *Col.*, 3, 3.

su cuerpo que es la Iglesia" (131), si pensara "que así como somos ahora *socios* de su pasión, lo seremos un día de su gloria" (132), ¡qué fuente de resignación, de heroísmo, de ocultas inmolaciones que como torrente de vida sobrenatural correrían por la Iglesia!

Al consagrarse el pan desaparece su substancia para cambiarse en Jesucristo; así también el alma que *vive su Misa* va desapareciendo de su vida natural por la humildad y renunciamiento y transformándose en Cristo por una unión cada vez más estrecha a su voluntad y a su corazón, para poder decir con S. Pablo "no soy yo quien vivo es Cristo quien vive en mí" (133).

Dios acepta la oblación del alma víctima que se inmola a su gloria y en señal de aceptación la invita al banquete celestial, a la comunión íntima donde El se da sin reservas, donde el alma se consume en el fuego transformador del Amor.

"El efecto de este sacramento, dice Sto. Tomás, es el obrar una cierta transformación en Cristo por medio de la caridad. Es éste su fruto propio, ya que es propio de la caridad transformar a aquel que ama en el objeto de su amor" (134).

San Cirilo de Alejandría, el padre de la Iglesia que con mayor profundidad ha estudiado el misterio de nuestra unión con Cristo, compara la unión del que comulga con Jesús a dos pedazos de cera en fusión que se compenetran totalmente (135) porque la carne de Cristo totalmente penetrada por la divinidad adquiere efectos vivificantes comunicando la vida divina al que comulga (136) y San Agustín enseña, que, al contrario del alimento ordinario que tomamos, no cambiamos a Cristo en nosotros, sino es Cristo quien nos cambia en El (137).

La comunión eucarística es el comienzo de una comunión mística con Jesús que nos une a El en todos los actos del día. La primera dura tan sólo mientras se conservan las especies sacramentales, la segunda que nace de ésta puede constantemente conservarse. Guiados por la caridad, buscaremos en todo a Jesucristo; la Eucaristía, como Sto. Tomás enseña, tiende a "despertar el amor y mantenerlo en acto" (138).

En esa caridad que viene de la sagrada unión sacramental con Jesucristo se encuentra la cumbre de la santidad. La perfección cristiana es la justicia perfecta y la justicia es perfecta cuando la caridad también lo es: "Charitas perfecta, perfecta justitia est" (139).

Después de habernos inmolado con Cristo, nos hace participar más estrechamente a su sacrificio dándonos en comunión. ¿Cómo no ver en

(131) Col. 1, 24.

(132) 2 Co. 1, 7.

(133) Ga. 2 - 20.

(134) In IV Sentent. Dist. 12, 9, 2, a. 1, 757.

(135) In Joan. Evang., VII, 57.

(136) Contra Anatematismos.

(137) Confesiones, VII, 10.

(138) Suma Teológica, III, q. 79, a. 2.

(139) S. Agustín, citado por Pourrat.

ella, el comienzo, de esa unión transformante, donde el alma muerta ya a sí misma se consume en aquel místico desposorio, preludio de la eterna unión del cielo?

He aquí por qué podemos decir, sin temor de exagerar, que el *vivir nuestra Misa*, encierra un camino seguro y completo de vida espiritual apto igualmente para el que se inicia en las vías de la perfección como para el que ha escalado sus más altas cimas.

La asistencia a la Misa debe ser un acto intenso de vida interior que sirve para ofrecernos a Dios en unión con Cristo que en el sacrificio eucarístico se ofrece e inmola como Hostia purísima de alabanza y reparación. Viviendo plenamente del Sacrificio de cada mañana, realizaremos el ideal de vida cristiana que S. Pablo, hace veinte siglos, presentaba a la naciente iglesia de Roma: "Ut exhibeatis corpora vestra, hostiam viventem, Sanctam, Deo placentem" (140).

1. EL OFICIO DIVINO

El Santo Sacrificio de la Misa, centro verdadero de la piedad litúrgica no podría vivirse en toda su plenitud sin el rezo del Oficio Divino que realza su grandeza y en cierta manera le sirve de marco, razón por la cual la Iglesia lo ha impuesto como obligatorio a sus ministros y lo aconseja encarecidamente a los fieles.

Dom Beauduin en su hermosa y profunda obra: "Piété de l'Eglise", escribe a este respecto:

"gravitando alrededor de ese hogar central de vida divina (la Sta. Misa), el Oficio establece entre el cielo y la tierra un comercio ininterrumpido de alabanzas y de bendiciones, asocia al pueblo cristiano por medio de sus sacerdotes a la liturgia de la eternidad, e irradia sobre todas las horas del día y de la noche los beneficios del sacrificio de la mañana" (141).

La verdadera piedad de los fieles debe alimentarse también en esta fuente al menos por la recitación de ciertas horas canónicas v. gr. Prima y Completas, Vísperas del Domingo y sobre todo por la asistencia y participación a los oficios de la Iglesia Catedral en las solemnidades mayores.

Expondremos brevemente qué cosa sea el Oficio Divino en la vida del cristiano, los frutos que de él se sacan para el alma y el modo cómo los fieles pueden tomar parte en esta oración pública y oficial de la Iglesia.

(140) tr.: "para que mostréis vuestro cuerpo y vuestra vida, como una hostia viviente, santa, agradable a Dios", *Rm.* 12, 1.

(141) *La Piété de l'Eglise*.

El Oficio Divino y la vida cristiana.

El Oficio Divino, junto con el Sto. Sacrificio es la expresión más perfecta y completa de la virtud de *religión*, es por excelencia “la obra de Dios”, según el expresivo y hermoso nombre que la tradición le ha asignado: “Opus Dei, Opus divinum”.

Dios ha creado todas las cosas para su gloria, todas ellas valen en cuanto rinden a Dios esa gloria. Pero hay actos que glorifican al Señor según la intención del que los ejecuta y otros que por su misma naturaleza la procuran. A estos últimos pertenece el Oficio Divino que es ante todo un himno de alabanza donde se expresan la adoración, la gratitud y el amor de la creatura para el Creador. La Iglesia por el Oficio Divino pone en práctica la recomendación del Apóstol:

“Por Cristo ofrezcamos sin cesar a Dios una hostia de alabanza o sea el fruto de nuestros labios que confiesan su nombre” (142).

Para comprender cuál es la fuente de donde procede la importancia del Oficio Divino bastará recordar que el Verbo Eterno es la gloria del Padre Celestial, el himno que brota de las profundidades de la divinidad, la expresión infinita de las divinas perfecciones. Al hacerse hombre el Verbo, no ha dejado de ser lo que era de toda eternidad, su humanidad continúa la obra de glorificación del Padre Celestial; el himno eterno entonado en el seno de la divinidad se prolonga en la tierra con una expresión humana, pero con un precio infinito.

De este modo toda la virtud de religión se encuentra de modo eminente en Jesucristo; por El toda la creación alaba al Señor, pues, como dice S. Gregorio, el hombre es el resumen de la creación y el Verbo encarnado su Supremo Sacerdote (143).

Jesucristo no se separa de su místico cuerpo, la Iglesia. El le da su poder de adorar y alabar a su Padre. El Oficio es la voz oficial de la Esposa de Cristo que en su nombre rinde a Dios el homenaje perfecto de alabanza. Al recitar el Oficio no es nuestra voz débil y miserable la que se eleva al cielo sino la de la Iglesia entera, es Cristo que por su Esposa habla en nosotros. Después de la Sta. Misa, el Oficio es la oración por excelencia de la cabeza del Cuerpo místico, Jesucristo, que ora por nosotros y en nosotros:

“Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratus a nobis ut Deus noster” (144).

Con razón, los santos que comprendían toda la grandeza de esta acción le daban una importancia tan considerable en su vida espiritual. San Benito, el Patriarca de los monjes de Occidente, establece que “nihil opere Dei

(142) *Hb.* 13, 15.

(143) *In Evangelia*, Homil. XXIX, nº 2.

(144) tr.: “Ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza, esorado por nosotros como nuestro Dios”; S. Agustín, *Enarrat. in Psalm.* 85.

praeponatur" (145). San Francisco de Sales no dudaba en escribir que "después de la Sagrada Escritura, no conocía más hermoso libro que el Breviario" (146), y San Agustín hablando de igual tema, afirmaba: "cantare amantiss est" (147).

¿Lamentaremos suficientemente el que este medio poderoso de santificación haya perdido su lugar e importancia en la piedad del pueblo cristiano y que los fieles tan sólo vean en él una acción reservada únicamente a los sacerdotes y religiosos en vez de considerarlo como un patrimonio común del cual todos pueden y deben aprovecharse?

Bastaría pensar que el Oficio Divino es después de la Sta. Misa y los sacramentos el medio más eficaz de unión con Dios, para comprender su importancia.

Cuál sea el rol que la oración desempeña en la vida cristiana, cualquiera que haya ligeramente penetrado en ésta lo sabe; ahora bien, la vida de oración necesita un alimento sin el cual fácilmente se desvía en estériles, cuando no imaginarias divagaciones.

El Oficio Divino junto con ser la oración oficial de la Iglesia es el mejor alimento para la oración privada. Los Salmos con sus admirables pensamientos y sus profundas lecciones, las colectas con sus ardientes ruegos para todas las situaciones y estados del alma son las fórmulas más excelentes de oración y el mejor guía para que el alma iluminada por el Espíritu Santo vaya poco a poco penetrando en los luminosos esplendores del dogma católico.

Una piedad que se nutre y vive del dogma es sólida e inexpugnable como el dogma mismo.

El rezo del Oficio Divino da por otra parte, al alma, ocasión para poner en práctica las más fundamentales virtudes del cristianismo. Es un ejercicio de fe hacia Dios y sus eternos atributos que alaba hacia Jesucristo en cuyo nombre ora, hacia la Iglesia que lo envía como su embajador ante el Altísimo; en una palabra, es vivir las grandes realidades de la vida sobrenatural. Ejercicio de esperanza y caridad, ya que basado en la confianza de la infinita misericordia canta y glorifica como objeto supremo de su amor al Padre Celestial, fuente de sobrenatural amor.

Las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad son las virtudes propias y específicas de nuestro estado de hijos de Dios, cuanto más las cultivemos tanto más intensamente viviremos esa realidad sobrenatural de nuestra filiación divina. El Breviario nos da, casi como ningún otro ejercicio, la ocasión de practicarlas.

Al mismo tiempo, su recitación devota llena nuestras almas de los sentimientos de adoración y respeto que constituyen el fondo de la virtud de religión y haciéndonos poner sólo en Dios nuestra mirada nos desprende de nuestra propia personalidad y mata ese fondo natural de buscarnos a nosotros mismos que, por desgracia, aún en nuestros actos de piedad se encuentra.

(145) tr.: "Que nada se anteponga a la obra de Dios", cap. 43.

(146) Cfr. Hamón, *Vida de S. Francisco de Sales*, t. 1, p. 115.

(147) tr.: "El cantar es propio del que ama".

Olvidada de este modo el alma de sí misma, desprendida de su "yo" para abismarse en la oración oficial de la comunidad, fácilmente se une a Jesucristo cuyos misterios contempla en el Oficio Divino, hace suyos los sentimientos de su Corazón adorable y realiza cada vez más perfectamente esa transformación en Cristo, fin de la vida cristiana e ideal supremo de perfección y santidad.

¿Cómo no recordar también aquí, la obra apostólica, que el Oficio Divino realiza, atrayendo sobre la Iglesia las bendiciones del cielo, y formando en los fieles el verdadero espíritu sobrenatural en el cual deben caminar toda su vida? Al recitar el Breviario nos presentamos como embajadores de la Iglesia para adorar a Dios, alabarle, darle gracias y tratar con El los intereses eternos de las almas.

Y sin embargo, una triste realidad se impone; el pueblo cristiano no conoce el Oficio Divino, ignora totalmente esta forma de oración, cree que es algo que no le pertenece y si llega alguna vez a asistir a los oficios solemnes que se celebran en las Iglesias Catedrales u otros templos, permanece del todo indiferente a ellos preocupado únicamente de sus actos privados de devoción.

Si al menos se pusiera en práctica el recitar ciertas horas del Breviario ¡qué rico alimento encontraría en ellas la piedad cristiana! Si en vez de las oraciones de la mañana, la mayor parte de las veces rezadas maquinalmente, se recitara "Prima" donde tan hermosos pensamientos se encuentran sobre el día que comienza y las obras que en él van a realizarse, e igualmente si para las oraciones de la noche se recitaran las "*Completas*" del Oficio Divino ¿no ganaría con eso la piedad de los fieles? ¿no se les haría vivir más su calidad de miembros del Cuerpo místico? ¿no conocería mejor la Escritura y las enseñanzas que contiene?

El canto de las Vísperas del Domingo es otra forma por la cual podemos llevar las fieles al conocimiento del Oficio y hacerles comprender que su primer y principal deber de cristianos es dar a Dios el culto que le es debido, *por medio de las fórmulas* que El mismo y la Iglesia han establecido con este fin.

De este modo acercándose a las fuentes tradicionales y auténticas, la piedad católica adquirirá nuevo aliento, desterrará los defectos que tres siglos de individualismo exagerado han formado en ella y ayudará a las almas a penetrar y vivir con mayor intensidad en ese "misterio de Cristo" que la Iglesia nos transmite por la Sagrada Liturgia.

"Quiera Dios, diremos con Dom Mauro Wolter, que los hombres puedan tener la ciencia de este don y comprender que en la Santa Liturgia el Verbo hecho carne habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad y llevando a sus miembros de su espíritu vivificante" (148).

(148) Dom Mauro Wolter, *Elementa*.

2. EL AÑO LITURGICO

La Sta. Misa y el Breviario son las dos formas principales de la oración oficial de la Iglesia, una y otra se compenetran para formar ese conjunto magnífico del culto público donde Jesucristo por la voz y el ministerio de su Iglesia, prolonga en el tiempo su eterna oblación, para dar al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria.

Pero, esa oración oficial se encuentra organizada por la Iglesia en el año litúrgico, maravilloso itinerario de renovación anual, donde alrededor del altar se distribuyen las fiestas y estaciones para dar a los fieles un programa de unión en la oración y hacer perennemente actuales los diversos misterios de vida de Nuestro Redentor.

a) *Qué cosa sea el año litúrgico*, es el primer punto que debe señalarse si se quiere apreciar su importancia en la vida cristiana.

El tiempo para el cristiano es el camino a la eternidad; el cielo es la patria hacia la cual nos dirigimos "la ciudad futura que buscamos", donde el tiempo ya no existe, donde la vida interminable se compendia en una total, simultánea y perfecta posesión de Dios.

Al encarnarse, el Verbo entró en el tiempo para conducirnos a la eternidad; el año litúrgico reproduce los pasos terrestres del Salvador, renueva sus misterios, pone en escena la historia del mundo alrededor de Cristo, y en la meditación de esos misterios prepara nuestras almas para compartir en el cielo la gloria de nuestro Redentor.

Por el año litúrgico el tiempo queda santificado, todas las estaciones y períodos se llenan de Jesucristo, las horas y los días renuevan y prolongan el misterio de la Encarnación. El tiempo pierde así su significación meramente material para asociarse a la obra restauradora de Cristo y aparece a los ojos de la fe como un gran libro escrito por el dedo mismo de Dios.

La Sta. Misa y el Oficio Divino, se celebran dentro del cuadro de las fiestas y tiempos del año litúrgico, uniendo en un mismo pensamiento a todos los miembros de la familia cristiana y desarrollando en ellos toda la obra redentora de Jesús.

El año litúrgico así comprendido, es fuente de la más sólida y ferviente piedad, la que nos lleva a Cristo, la que nos hace participar de sus misterios, nos asimila a su vida y nos introduce en los sentimientos de su Corazón. Con razón escribe D. Cabrol en su admirable *Libro de la oración antigua*:

"Feliz el fiel que comprende el misterio de esta vida de oración. Este hará los más grandes progresos en una piedad sana y fuerte; cada día le revelará alguna verdad nueva, cada fiesta lo hará avanzar un paso en el camino de la santidad" (149).

Por el año litúrgico, podemos decir que Jesucristo, por la boca de su Iglesia, habla a nuestras almas para que podamos más íntimamente conocerlo e imitarlo. Por esta razón S. S. Pío XI, sobre la realeza de Cristo, escribía estas palabras:

(149) p. 239.

“Para instruir al pueblo en las verdades de la fe y elevarlo por su intermedio a las alegrías de la vida interior, las solemidades anuales de los sagrados misterios tienen más eficacia que todos los documentos aún los más graves del magisterio eclesiástico; éstos, en efecto, no alcanzan sino a un número restringido de hombres ilustrados; aquéllos advierten e ilustran a todos los fieles; se oye a los unos sólo una vez; la lección de los otros se repite todos los años e indefinidamente; los unos tocan sobre todo la inteligencia, los otros alcanzan al hombre todo entero, inteligencia y corazón. Compuesto de alma y cuerpo, el hombre se deja necesariamente emocionar y excitar por las solemidades exteriores y las fiestas; la variedad y el esplendor de las ceremonias sagradas lo impregnan abundantemente de la santa doctrina, las cuales asimilándolas el hombre a su alma las hace servir al progreso de su vida espiritual” (150).

A través de estas múltiples fiestas del año litúrgico, el cristiano llega a la fiesta única y eterna del cielo.

b) *El año litúrgico escuela de ascética cristiana.*

Como en otro lugar de este trabajo lo hemos ya indicado, por ascética se entiende el esfuerzo del alma cristiana para conseguir la perfección.

La vida sobrenatural de la gracia es una participación a la vida misma de Dios, que la bondad divina por los méritos infinitos de Jesucristo nos comunica el Bautismo. Esa vida ha menester de perfeccionarse siempre y esa perfección la realiza acercándose cada vez más al que es su modelo y fuente de santidad; Jesucristo. La ascética cristiana es por tanto un ejercicio de muerte de sí mismo para vivir en Jesús, el “vivo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí”, de San Pablo (151).

La Sta. Iglesia en su año litúrgico que manifiesta y renueva los misterios de Cristo, nos presenta un programa completo de santificación, un perfecto ejercicio ascético donde se encuentran compendiados los tres grados de purificación, iluminación y unión con Dios, que debe experimentar el alma para llegar a su consumación.

En efecto, como admirablemente escribe Dom Guéranguer en el prefacio de su magna obra,

“el año eclesiástico, no es otra cosa que la manifestación de Jesucristo y sus misterios en su Iglesia y en el alma fiel. Si la Iglesia renueva cada año su juventud como el águila (152), es porque mediante el ciclo litúrgico es visitada por su Esposo en proporción a sus necesidades. Cada año ella lo vuelve a ver niño en la cuna, ayunando en la montaña, ofreciéndose en la cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo sus sacramentos, remontando a la diestra del Padre y enviando

(150) Encíclica *Quas Primas*.

(151) *Ga. 2, 20*.

(152) *Sl. 102*.

el Espíritu Santo a los hombres; y *las gracias de estos divinos misterios se vuelven a renovar en ella*. Hace diez y nueve siglos que un hecho divino se realizó, su aniversario se reproduce en la liturgia y viene a rejuvenecer cada año en el pueblo cristiano el sentimiento de lo que Dios obró hace tantos siglos. Este poder renovador del año litúrgico es un misterio del Espíritu Santo que fecunda incesantemente la obra que ha inspirado a la Iglesia, con el fin de santificar el tiempo asignado a los hombres para hacerse dignos de Dios. El ha establecido la liturgia como el centro de sus operaciones en las almas. La formación de Cristo en nosotros (153) ¿no es acaso el resultado de la comunión a sus diversos misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos? Ahora bien, esos misterios se realizan en nosotros, se incorporan en nosotros cada año por efecto de la gracia especial que aporta su comunicación en la liturgia" (154).

"Todos los esfuerzos de la liturgia, escribe a su vez Dom Festugière, tienden a desarrollar en las almas la vida de Cristo. La liturgia considerada en sus efectos psicológicos y morales se define como el *método auténtico instituido por la Iglesia para asimilar las almas a Jesús*. El ciclo cual ofrece a las almas un itinerario y un programa anual de renovación intelectual y moral completos. Si ellas consienten en caminar, de misterio en misterio, con aplicación a la vez dulce y seria, sobre las huellas de Cristo, su docilidad será recompensada por un progreso cierto y por efusiones abundantes de vida espiritual. El programa entero de la espiritualidad litúrgica tiene esta fórmula: *hacer participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en sus divinos misterios y de este modo hacer vivir al hombre la vida de Dios*" (155).

La razón de esta eficacia de los misterios de Cristo en nuestra alma, proviene de la unión íntima y vital que existe entre Jesús y nosotros. Jesús como cabeza del cuerpo místico los vivió para nosotros y la gracia que en ellos adquirió obra siempre con eficacia nunca disminuida. Basta leer atentamente a San Pablo para comprender cuán profundamente arraigado se encuentra en el gran Apóstol este pensamiento.

"Dios, dice, que es rico en misericordia, a causa del gran amor con que nos ha amado, aún cuando por nuestras ofensas estábamos muertos a la vida eterna, nos ha hecho vivientes *con Cristo*; nos ha resucitado *en El*, nos ha hecho sentar juntamente en los cielos con Jesucristo, a fin de mostrar en los siglos futuros, por la bondad que nos ha manifestado en Jesucristo, las infinitas riquezas de su gracia" (156),

y en otros pasajes de sus epístolas vuelve a este mismo pensamiento:

"Dios nos ha sepultado conjuntamente con Cristo, nos ha hecho conjuntamente resucitar para conjuntamente reinar con El" (157).

(153) *Ga. 4, 19.*

(154) Dom Guéranguer, *L' année Liturgique* (Prefacio).

(155) *La Liturgie Catholique*, p. 119 y 147.

(156) *Ef. 2, 47.*

(157) *Col. 2, 12.*

Estos misterios de Cristo conservan su actualidad, son pasados en cuanto a la jecución, pero presentes cuanto a su fuerza y virtud y esta virtud, como escribe el Cardenal de Bérulle, no se pasa jamás, como jamás pasará el amor con el cual fueron realizados. Así, pues, el espíritu, el estado, el mérito del misterio está siempre presente. La disposición viva por la cual Jesús ha obrado este misterio, es siempre viva, actual y presente a Jesús. Esto nos obliga a tratar las cosas y misterios de Jesús, no como cosas pasadas o extinguidas, sino como cosas vivas y presentes y aún eternas de las cuales nosotros también debemos recoger un fruto presente y eterno (158).

Este contacto con los misterios de Cristo se realiza sobre todo a través del año litúrgico. Conducidos por la Iglesia a través de esta historia viviente de Jesús conoceremos sus misterios, y sobre todo penetraremos en los sentimientos de su Divino Corazón.

“Cada tiempo litúrgico, dice D. Beauduin, es un vasto sacramental que obra “ex opere operantis Ecclesiae” (159). El alma que se somete con fe y docilidad a esta influencia sobrenatural de oraciones, lecturas, cantos y ritos, siente subir en ella la savia cristiana. Es incontestable que el Espíritu Santo, que por medio de la Iglesia nos dirige sus exhortaciones en cada período del año, une cada vez a ellos una fuerza especial de santificación. El alma que la recibe en esas disposiciones de fe y docilidad a la Santa Iglesia, encuentra infaliblemente ahí luz y fuerza; “el que a vosotros oye a Mí me oye” (160).

Sería vastísimo el tema que se podría desarrollar mostrando la acción santificadora del año litúrgico en las almas; en la imposibilidad de hacerlo terminaremos este punto con las palabras del Catecismo de S. S. Pío X:

“Que todo buen cristiano, ayudándose de la predicación o de cualquier libro apropiado, estudie por comprender y hacer suyo el *espíritu de cada fiesta, relacionándose con su objeto y su fin especial*, meditando la verdad, la virtud, el prodigio y el beneficio que ahí se encuentra, *particularmente conmemorado*, tratando de todos modos sacar de ahí un mejoramiento personal. Conocerá *así mejor* y amará con más fervor a Dios, Ntro. Señor Jesucristo, la Sma. Virgen y los Santos; se aficionará a la santa liturgia, a la predicación, a la Iglesia y tratará de conducir a otros. Toda fiesta será así para él un día de Dios, una verdadera fiesta que regocijará su alma, la restaurará, la llenará de un nuevo vigor para cargar los sufrimientos y luchas cotidianas” (161).

(158) Cfr. Card. Bérulle, *Oeuvres de piété*, LXVIII.

(159) tr.: “por efecto de la acción de la Iglesia”.

(160) D. Beauduin, *Questions Liturgiques* (1914), p. 175.

(161) Pío X, *Catecismo*, edit. Bonne Presse, p. 141.

c) *Sacramentos.*

La vida cristiana es vida sacramental. La salvación que nos viene de Cristo y nuestra unión con El se realizan mediante esos signos sensibles, productores de gracia en nuestras almas que son los sacramentos. Ellos representan el fin donde se concentra y adquiere su valor nuestra vida de oración, sin ellos la actividad religiosa perdería su significado y el hombre volvería a caer en la miseria de donde la Redención lo ha levantado.

Jesucristo Nuestro Señor instituyó la parte esencial de los sacramentos, la Iglesia en el transcurso de los siglos ha rodeado su administración de ritos y ceremonias que tienden a expresar la obra que esos sacramentos producen, mediante los cuales se sigue, puede decirse, con los ojos, la acción de Dios en las almas.

Los sacramentos son ritos sensibles y así responden a la naturaleza del hombre que adquiere mediante los sentidos sus conocimientos intelectuales.

La Iglesia tiene por misión la de hacernos amar al Dios invisible para que lo adoremos. Por su vida ritual nos enseña un protocolo que nos permite presentarnos a la presencia de Dios, y por sus ceremonias nos inspira los sentimientos que conviene tener ante su divina Majestad.

Es por las *palabras* que pronuncian los Ministros de la Jerarquía, por los *ritos* que realizan sus manos consagradas, como circula la virtud sacerdotal de Cristo. Por intermedio de esos *elementos materiales* las energías divinas se canalizan para derramarse en las almas.

De donde se sigue la necesidad de que los fieles *comprendan* y se *unan* a las palabras y ritos del sacramento tan instructivas en su profundo simbolismo.

“El simbolismo de las instituciones sacramentales, dice el P. Sertillanges, está fundado en la naturaleza de las cosas y en la del corazón humano. Si se quiere llevarnos a Dios según lo que somos, a saber carne y espíritu, si se quiere adaptarnos a esa armonía por la cual la carne sustenta al espíritu, lo fomenta como la cera a la llama, lo acompaña en todo y lo liga a sus vastos dominios, es necesario el empleo de la materia en la vida religiosa. El simbolismo de siete sacramentos y sus anexos satisface esta imperiosa necesidad. El nos asegura una vida religiosa integral y verdaderamente humana, o sea espiritual y corporal mezclada en sus justas proporciones, hecha de imágenes al mismo tiempo que de ideas” (162).

Pero es necesario insistir que todos estos símbolos y ritos son la expresión de una realidad sobrenatural que se expresa por ellos.

“Lo que da a la liturgia de los sacramentos su valor religioso y moral —dice Karl Adam—, es ante todo el lado real y objetivo de los sacramentos. Para los católicos el sacramento no se reduce a un símbolo vacío o a

(162) P. Sertillanges, *La Vie Catholique*.

un simple signo de la gracia obtenida por la fe de aquel que le recibe. Expresión sensible de la voluntad de Jesús, signo instituido por Cristo, da por sí mismo, por el solo hecho de ser válidamente administrado, la seguridad de la presencia de lo divino y de la gracia producida. Es uno de los puntos principales de la doctrina católica. "Un sacramento debe su existencia no a la fe sino al cumplimiento normal del rito". Por los sacramentos lo divino toma una existencia sensible, llega a ser un valor sobrenatural actualmente perceptible. El católico experimenta así inmediatamente lo divino, tan inmediata y objetivamente como experimenta el niño amor de su madre" (163).

Es necesario dar al pueblo cristiano la noción clara y precisa de la grandeza sacramental y de lo que por ellos se obra en el alma. Es necesario recordarle que no son tanto las prácticas privadas de devoción las que nos santifican como el contacto sobrenatural con Cristo que mediante los sacramentos se realiza. Es en los sacramentos donde el divino Reparador nos aplica sus méritos, nos consagra y nos santifica formándonos en vista de la unión eterna a su imagen y semejanza. Por el Bautismo, que es el primero y la puerta de los otros, renacemos en Jesucristo. La Confirmación nos hace crecer y nos fortifica en su gracia. Nuestra alma se alimenta, se sostiene y se transforma en El, recibiendo en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre. Viene en seguida la Penitencia que nos devuelve la vida si la hemos perdido, la Extremaunción que borra los restos del pecado y repara las fuerzas del alma; el Orden que crea el sacerdocio, confiere el poder de ofrecer el Santo Sacrificio y administrar los sacramentos; en fin el Matrimonio que une indisolublemente al hombre y la mujer, les da la gracia de tener hijos legítimos, de perpetuar la raza de los fieles de Cristo y de llenar así el cuadro de los elegidos, de los bienaventurados llamados a la dicha eterna del cielo.

Son, pues, los Sacramentos, maravillosos medios en los cuales el signo sensible se armoniza admirablemente con la gracia que contienen y con los efectos que deben producir. De este modo, respondiendo a un plan de infinita sabiduría, Nuestro Señor se sirve de las creaturas materiales que tan a menudo apartan al hombre de Dios, como medios para conducirlo nuevamente a El. Así la Creación toda entera se dirige a la obra sobrenatural de la santificación del hombre.

¿Por qué tantas almas ansiosas de perfección, aspiran a modos de santificación extraordinarios, que si bien Dios a veces los concede, no constituyen, sin embargo, el camino más seguro, ni entran en el plan ordinario de la vida sobrenatural?

¿No es verdad, que el aspirar a estos medios extraordinarios es buscar un medio de santificación menos seguro, más sujeto a ilusiones y sobre todo nacido de un acto de propia voluntad siendo que la renuncia a ésta es la base de la perfección y progreso espiritual?

Vivamos nuestra vida sacramental ya que en los sacramentos Dios ha concentrado el socorro auténtico y seguro de su gracia, y para vivirlos conozcamos el significado de sus ritos y símbolos que nos expresan y figuran la obra que producen en nuestras almas.

(163) Karl Adam, *Le vrai visage du catholicisme*.

Renovarse con el recuerdo de su bautismo, en la nobleza que nos ha conferido, en las fuerzas que nos ha dado y en fin, de las obligaciones que nos ha hecho contraer para cumplirlas más exactamente, es ya un programa de perfección bien completo. El apóstol S. Pablo, que ha dicho todo en estas materias, no dejaba de exhortar a los cristianos a esta práctica: "*Rememoramini*, les decía, *pristinós dies, in quibus illuminati*" (164). Consejo que daba además para todos los sacramentos que poseen carácter, porque su energía se renueva en cierta manera y revive por esta reminiscencia hecha con las disposiciones que hubiéramos querido tener en su recepción:

"No descuides la gracia que está en ti, escribía a su querido Timoteo recordándole su ordenación, y que te ha sido dada por la imposición de las manos de los presbíteros" (165).

Y esta renovación, este recuerdo de la gracia que el sacramento ha producido en nuestras almas, se vive sobre todo por la comprensión cada vez más exacta de sus ritos. Conocerlos, vivirlos, es adelantar en cierta manera nuestra vida del cielo; Dios se da en los Sacramentos bajo el velo de la fe, en el cielo lo hará por la visión cara a cara de su Divinidad. Conocerlos, vivirlos es cooperar plenamente al plan admirable de nuestra santificación trazado por Cristo, continuado y realizado a través del tiempo por la Iglesia, su Esposa inmaculada.

En el día de las supremas revelaciones, cuando Dios mismo coloque ante nuestros ojos todo este conjunto de procedimientos tan tiernos, tan fuertes, tan fáciles, tan seguros, entenderemos sin dificultad el por qué de las rigurosas medidas de su justicia y de su amor desconocidos.

4. *Sacramentales.*

Según el Código de Derecho Canónico los sacramentales son,

"cosas o acciones de las cuales suele usar la Iglesia, imitando algún sacramento, a fin de obtener por su impetración efectos sobre todo espirituales" (166).

No son medios para comunicar la gracia santificante como los sacramentos, ni fueron como éstos instituidos por Jesucristo, sino por la Iglesia en cuyo nombre se administran y de cuya oración suplicatoria depende su eficacia. Su fin inmediato consiste en el bienestar temporal de los fieles, su fin mediano como toda la acción santificadora de la Iglesia es la salvación de las almas; por ellos la Iglesia con amor sobrenatural de madre nos ofrece copiosas bendiciones para nuestra santificación temporal y eterna.

(164) tr.: "Acordaos de los días primeros, en los cuales fuisteis iluminados".

(165) *I Tm.* 4, 14.

(166) *C. I. C.*, Canon 1144.

El Código de Derecho Canónico divide los sacramentales en tres categorías: consagraciones, bendiciones y exorcismos. Antiguamente se hacían otras clasificaciones diversas, pero preferimos seguir la auténtica que la Iglesia nos da en su Código. Por consagraciones se indican los ritos instituidos por la Iglesia para dedicar al culto una cosa, un lugar o una persona por los cuales se da a éstos un carácter religioso permanente. Las bendiciones, menos solemnes que las anteriores por cuanto no se emplea en ellas el óleo santo, pueden ser de dos clases: 1ª) invocativas por las cuales se ora sobre las cosas, personas, etc., pidiendo para ellas el favor divino, y 2ª) constitutivas que, a diferencia de las primeras, que tienen un efecto transitorio, éstas como su nombre lo indica tienen un efecto permanente y no pueden repetirse como las otras; así por ejemplo, la bendición de una iglesia, ornamentos, etc., pertenecen a la segunda categoría, las bendiciones a los enfermos, a los alimentos, etc., a la primera.

Hemos creído necesario dar estas breves nociones antes de señalar la relación que estos ritos tienen con la vida espiritual, por cuanto, triste es decirlo, el ambiente naturalista que nos invade ha hecho olvidar casi del todo, estos medios admirables con los cuales la Iglesia santificaba cada una de las acciones de nuestra vida y, quitándoles su carácter profano, las revestía de sobrenatural.

Para explicar debidamente la influencia de los sacramentales en nuestra vida espiritual es necesario recordar dos ideas que pueden llamarse los ejes de la vida religiosa; el fin último de los seres en la creación y su degradación por el pecado y la restauración de toda la creación en Jesucristo.

"Universa propter semetipsum operatus est Deus" (167). En el orden admirable de su plan divino la creación era un himno de alabanza al Creador y una fuente inextinguible de bienes para el hombre. El pecado rompió ese equilibrio, introdujo el desorden e hizo que el demonio ejerciera sobre la tierra un gran poder, de tal modo que la Escritura con razón lo llama "el Príncipe de este mundo". Jesucristo vino a regenerar al hombre y con éste a la creación,

"la creatura misma, dice S. Pablo, será un día librada de su servidumbre a la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (167).

Pero mientras exista en el mundo el pecado, Satanás conservará su poder aunque en gran parte disminuido. Arrancar las almas y las creaturas del dominio del demonio para trasladarlas al suave yugo de Cristo, tal es el fin de la acción santificadora de la Iglesia, tal, en lo que a cada uno de nosotros se refiere, nuestro principal trabajo de perfección y apostolado.

Ahora bien, para venir a ayudarnos en esta obra, la Iglesia con sus múltiples sacramentales rodea la vida del cristiano y hace llegar hasta él los últimos efluvios del sacerdocio de Cristo que sobrenaturalizan toda la existencia.

(167) tr.: "Todas las cosas Dios las creó para su gloria".

(168) *Rm.* 8, 21.

"Bajo la mano de los ministros de Cristo que bendicen, escribe D. Beau-
duin, los lugares, tiempos, individuos, habitaciones, elementos, años, días
y horas: todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño es bendecido y
entra en cierta manera con nosotros en la economía sobrenatural" (169).

"Los sacramentales, dice el P. Sertillanges, son actos exteriores de reli-
gión u objetos consagrados por la religión, con el fin de acercarnos a
Dios por medio de Jesucristo. Esos gestos minúsculos y familiares, casi
insignificantes; una aspersión, una cruz trazada sobre la frente o sobre
el pecho, una fórmula, al entrar en la gran corriente religiosa se hacen efi-
caces. Es una tendencia de los hombres el buscar símbolos en la natu-
raleza, el hablar u obrar por metáfora, el dar a las cosas usuales de la
vida material un sentido relativo a la vida moral. Todas las literaturas
lo hacen ver y la constitución íntima de las lenguas lo prueba. El simbo-
lismo está en el fondo de ellas. Una súplica ardiente ¿no es una alusión
al ardor del fuego? Un diluvio de calamidades ¿no es una metáfora alu-
siva al agua? La sal ática, la sal de la sabiduría ¿no es un recuerdo de las
propiedades activas y conservadoras de la sal? Hablar con unción, poner
un bálsamo sobre los dolores, etc., etc. ¿no son una serie de palabras
simbólicas? Y si yo hago un gesto de negación ¿no tengo el aspecto de
borrar en la pizarra lo que acabo de decir, o de apartarlo como un obs-
táculo de mi espíritu, así como aparto del camino una piedra o una rama?
Todo en la vida social está impregnado de simbolismo y tiende a acer-
car la materia al espíritu para mostrar y fomentar el espíritu.

"Poned estos símbolos al servicio de la idea religiosa, hacedlo con senti-
mientos que correspondan a la acción, hacedlo a nombre de una tradi-
ción común entre los cristianos, por la institución formal de la autoridad
que nos rige y tenéis los sacramentales. Toda la poesía de la naturaleza
podrá incorporarse a ellos, como lo veréis al conocer las admirables li-
turgias antiguas. El divino Maestro, a quien nadie puede negar la subli-
midad y elevación moral, se ha inclinado ante los ritos exteriores insti-
tuyéndolos El mismo; El habló en parábolas, obró con signos expresivos
como la curación del ciego hecha por la unción; en una palabra, nos en-
señó lo que debíamos hacer. La Iglesia lo imita y desarrolla su acción.
Bendigámosla y bendigamos sus ritos con humildad rica en comprensión
superior, como una entrada llena de perspectivas al fondo de la cual bri-
lla lo divino hacia el cual marchamos" (170).

Quando se está íntimamente penetrado de la misión santificadora de
la Iglesia, cuando se la considera en su verdadero concepto de organismo vi-
viente que transmite las energías sobrenaturales de Cristo y prolonga en el
tiempo la obra de la Encarnación, entonces se comprende en toda su exten-
sión la importancia de los sacramentales en la vida cristiana. Y porque es
necesario que los fieles vivan cada vez más su Iglesia, que en Ella y por
los medios que Ella y su divino Fundador han establecido, alcancen su san-
tificación, es necesario insistir sobre el uso de los sacramentales tan olvi-
dados de nuestro siglo y que fueron en tiempos pasados los que contribu-
yeron poderosamente a dar esa visión sobrenatural del mundo, esa unidad

(169) D. Beau-
duin, *La piété de l' Eglise*.

(170) P. Sertillanges, *Revue de la Jeunesse*, 25 - XII - 1913, p. 281.

que el mundo moderno en su anarquía ansiosamente busca sin lograr recuperarla.

Es necesario que el *Ritual*, donde se contienen las principales bendiciones de la Iglesia, no sea para los fieles un libro sellado, sino fuente de inspiración cristiana donde aprendan a vivir las sublimes realidades de la Fe.

En la imposibilidad de hablar de cada uno de los sacramentales que se encuentran en la liturgia de la Iglesia, y aún de nombrarlos todos, me referiré brevemente a los principales y que más urgentemente conviene propagar.

El agua bendita.— La costumbre de bendecir el agua remonta a los primeros siglos de la Iglesia, según consta en las Constituciones apostólicas; ya en el Antiguo Testamento encontramos numerosas alusiones al agua como instrumento de santificación y purificación. El agua bendita nos representa principalmente al Espíritu Santo y la santidad que por su acción se comunica a las creaturas. Por esta razón la Iglesia la emplea en todas sus bendiciones para mostrar que nada santo puede existir, sino por la comunicación del Espíritu divino, fuente de toda santidad.

En las iglesias catedrales, monasterios o en cualquier otra donde el Domingo se celebra la Misa solemne debe ésta ir precedida de la bendición del agua bendita y del *Asperges* al pueblo. Ya hablamos de este rito al tratar de la preparación al Santo Sacrificio.

“Los curas, dice Mons. Joly de Choin, instruirán a sus fieles en la virtud de esta agua, fundada en las oraciones de la Iglesia. Deberán exhortarlos para que siempre tengan consigo para usarla al levantarse, al acostarse, antes de comenzar sus oraciones, cuando están tentados, cuando hay tempestad y de echarla a los enfermos sobre todo cuando están próximos a la muerte y en los lugares donde puede temerse la malicia de los demonios. Les enseñarán también el espíritu con que deben usarla, o sea, uniendo su intención a la de la Iglesia y sirviéndose de ella con fe y compunción; con fe, porque esta agua, como todos los sacramentales no obra sino en relación y dependencia de la fe del que la emplea, unida a las oraciones de la Iglesia; con compunción porque no se obtiene el perdón de los pecados sin el dolor al cual esta agua nos excita y del cual ella nos obtiene la gracia por las oraciones de la Iglesia” (171).

Bendición de ramos.— Antes de la Misa del Domingo que da comienzo a la Semana Mayor, se hace la bendición de las palmas y ramos de olivo en recuerdo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén la víspera de su Pasión. Las oraciones que en su bendición se emplean nos hablan del simbolismo de esta ceremonia.

“Oh Dios, dice una de ellas, que reunís las cosas dispersas y las conserváis después de haberlas reunido, Vos que habéis bendecido al pueblo que llevaba ramos delante de Jesús, bendecid también estas ramas de palmas y de olivos que vuestros fieles servidores toman en honor de

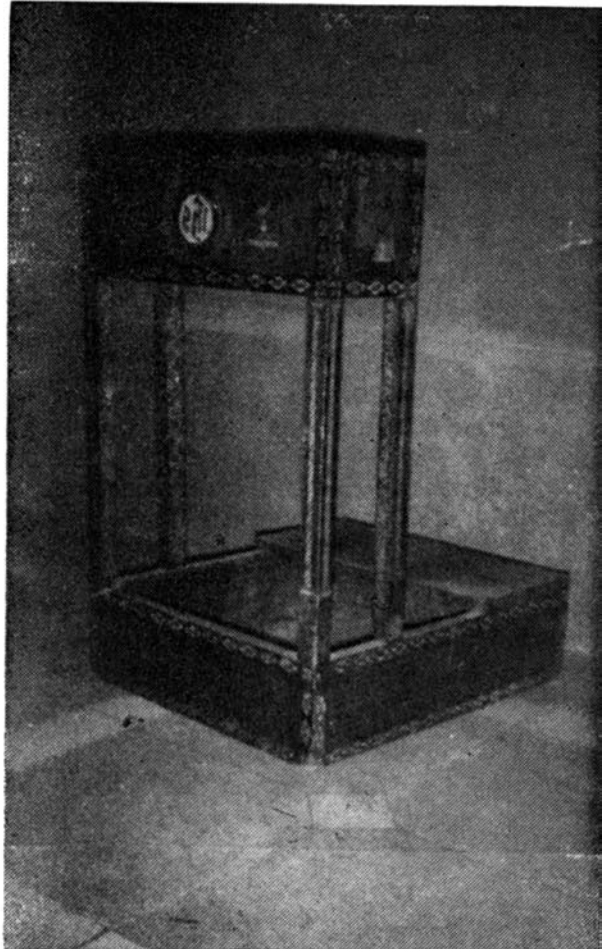
(171) Mons. Jol y de Choin, *Instructions sur le Rituel* (1828).



Piedad y liturgia unidas.

Cáliz, vinajeras y reclinatorio: testigos mudos del Obispo pionero de la liturgia.

(Actualmente, en la Catedral de Talca).



vuestro Nombre; a fin de que al colocarlas en sus casas sus habitantes reciban vuestra bendición y que, alejándose de ellos toda adversidad, vuestra diestra proteja a aquellos que ha rescatado Jesucristo, vuestro Hijo, nuestro Señor que vive y reina con Vos en los siglos de los siglos. Amén" (172).

Las palmas benditas son un signo de la protección divina sobre nuestras casas y un sacramental poderoso para la salud corporal y espiritual de los fieles.

Presentación al templo.— Con este nombre se conocía entre nosotros la piadosa ceremonia que la Iglesia contiene en su ritual con el título de "benedictio mulieris post partum" (173). Sobre su origen y significación dice D. Lefebvre lo siguiente:

"Bajo la ley antigua la mujer debía venir al templo cuarenta días después de su maternidad para recibir ahí de los ministros de Dios una purificación legal. Bajo la ley nueva una bendición litúrgica reemplaza a esta ceremonia; es un sacramental. S. Carlos Borromeo pide que el pastor advierta a las madres cristianas que vengan a recibir esta bendición tan pronto como puedan salir".

Esta ceremonia es de derecho curial y se hace normalmente en la iglesia parroquial. Es mejor, en unión con María en su presentación al Templo, el llevar en esta circunstancia al niño para ofrecerlo al Señor y para hacerlo participar de las bendiciones de la Iglesia, pero no es obligatorio. La madre tiene un cirio encendido, lo que recuerda la fiesta de la Candelaria. El cura o el sacerdote delegado por él procede ante todo a un acto de purificación. Rocía a la mujer con agua bendita. Después dice el Salmo XXIII, "Domini est terra" (174) y la conduce al pie del altar colocando la extremidad de la estola sobre la mano derecha. Ahí recita una oración en la cual pide a Dios por la intercesión de María el conceder a esa madre de llegar con su hijo a las alegrías del cielo. Termina leyendo el evangelio de S. Juan.

Esta ceremonia que antiguamente se practicaba en las familias cristianas, que recordaba la grandeza de la maternidad santificada por el ejemplo de la Madre santísima de Dios, ha ido desgraciadamente cayendo en olvido. Su práctica sería un medio poderoso para ayudar a la cristianización de la familia cuya decadencia es uno de los más tristes indicios de la horrible disgregación social que atravesamos.

Tal es a grandes rasgos la liturgia sacramental de la Iglesia; bien comprendida y practicada con profundo espíritu de fe es base para la más sólida e intensa piedad. El contacto sobrenatural del hombre con su Creador es la esencia de la piedad católica. El simbolismo litúrgico que encierran los

(172) Liturgia del Domingo de Ramos.

(173) tr.: "bendición de la mujer después del parto".

(174) tr.: "Del Señor es la tierra".

sacramentales inicia o estrecha ese contacto. A través de la Iglesia, Cristo sigue viviendo y por sus ritos transmite a las almas la acción de su gracia divina.

En Ella y por Ella nuestra vida sobrenatural crece, se desarrolla y da frutos de santidad. Cuanto más nos acerquemos a Ella participando activamente en su liturgia, más abundantemente beberemos de esas "aguas que brotan de la fuente del Salvador", *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (175).

III. SIGNIFICADO Y FRUTOS DE LA PIEDAD LITURGICA

1. *Significado del movimiento litúrgico.*

La generación actual vive una época trascendental en la historia del mundo. De las ruinas de una civilización surge una nueva, buena o mala, no es del caso ahora investigarlo, pero que, de todos modos, nos corresponde a nosotros el hacer que vaya inspirada en los principios cristianos, lo cual lo obtendremos por el conocimiento y práctica integral del ideal católico.

Para consuelo de los pesimistas, junto a la invasión del espíritu pagano en la edad moderna, asistimos a una profunda reacción en el campo católico, sea en el intelectual, ascético o social y que puede caracterizarse en esta fórmula: *vuelta a las fuentes primitivas*. Un aspecto de esta reacción es el movimiento litúrgico.

a) *Causas remotas.*— La primera causa, que pudiéramos llamar psicológica, se encuentra en que este renacimiento litúrgico responde a una necesidad urgente del momento presente. En efecto, si estudiamos la crisis dolorosa del alma moderna, vemos que ella tiene como raíz más profunda lo que un autor ha llamado inteligentemente "la auto-intoxicación del yo". Este egoísmo metafísico, obra del protestantismo, significa en el orden espiritual la sustitución del "yo" a la Iglesia, el imperio de la anarquía individualista sin otra ley que el deseo variable y el capricho. El alma moderna, a veces quizás inconscientemente quiere librarse de ese "yo" que la destruye, y establecerse en el Orden y en el Absoluto, por eso vemos que existe un perfecto paralelismo entre la vuelta a la metafísica y el restablecimiento de todos los valores ontológicos en el campo de la filosofía y el renacimiento litúrgico en el campo de la ascética y piedad cristiana.

Siendo la liturgia un culto social, una oración social, una vida social, despoja al hombre de su "yo" y exalta en cambio su personalidad, ya que ésta aumenta a medida que el alma elevándose sobre el mundo sensible se

(175) tr.: "Sacarán agua con alegría de las vertientes de la salvación", *Is. 12, 3.*

adhiera más a aquello que constituye la vida del espíritu. El santo es el hombre que posee la plenitud de la personalidad, porque ha logrado independizarse de la creatura.

La piedad litúrgica ha sido el remedio providencial ofrecido por la Iglesia al alma moderna, enferma de excesivo individualismo; al través de la vida litúrgica las almas han comprendido que la piedad gira; no alrededor de uno mismo, sino de Cristo Señor Nuestro, y en el culto oficial de la Iglesia han encontrado lo que en su reducida individualidad no alcanzaban a percibir.

La otra causa remota del renacimiento litúrgico la encontramos también en otra característica de nuestra época. A pesar del racionalismo que flota en el ambiente, existe en el fondo del espíritu moderno un ansia de religiosidad que en el que se encuentra fuera de la Iglesia se manifiesta en una inmensa inquietud y en el católico en un deseo intenso de vivir en toda su plenitud la Iglesia. Este anhelo del católico de "*vivir la Iglesia*" es una manifestación de lo que antes decía; el deseo de volver a las fuentes primeras del cristianismo haciendo revivir la tradicional noción de Iglesia, la que constituye el fondo de la doctrina de S. Pablo y que en los últimos siglos se había oscurecido.

En efecto, para luchar contra las deformaciones protestantes fue necesario insistir mucho en la parte externa de la Iglesia, su estructura, sus notas, etc., debilitándose con esto el concepto de Cuerpo místico de Cristo, prolongación viviente a través del tiempo del misterio de la Encarnación.

Para muchos católicos, la Iglesia ha llegado a ser algo externo a nosotros a donde únicamente se acude en determinados momentos de la vida, lo que Guardini ha llamado con ingenio "una especie de burocracia de lo espiritual"; se admiran sus cualidades, se reconoce se obra, se le considera como un museo en donde se han reunido las grandes producciones de la inteligencia, pero se olvida su verdadera esencia, la tradicional dada por S. Pablo; Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia, por tanto, no es un conglomerado de personas, es una comunidad, un organismo visible y vivo a través del cual circula la vida de Cristo. Recordemos la comparación que el Mismo Ntro. Señor hace entre la vid y los sarmientos para comprender la realidad de esta idea.

Jesucristo ha querido prolongar la obra de su Encarnación por medio de este organismo viviente, al cual se ha unido como la cabeza al cuerpo para comunicarle la vida e imprimirle movimiento. Únicamente por medio de este organismo, la Iglesia, se comunica Dios al hombre ya que Jesús es el único mediador entre la tierra y el cielo.

Ahora bien, este organismo, o sea la Iglesia, con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición, con toda su alma se ha cristalizado en su lengua que es la oración y precisamente la oración litúrgica. Por esta oración el hombre no queda abandonado a sus solas fuerzas naturales para glorificar a Dios, no es una gota de agua considerada aisladamente, sino que unido a Jesucristo y a la Iglesia entera, participa de la potencia y de la inmensidad de este océano y por esto como escribe D. Chautard:

“su oración se diviniza y abraza todos los siglos, de la creación de los ángeles y de su primera adoración a nuestros días. Ella va desde Adán y sus afectuosos coloquios en el Paraíso terrestre con el Creador, a la oblación de Abel, de Melquisedec y de Abraham; desde la Pascua israelita y de las oraciones y reparaciones de David y de todos los santos de la antigua Ley hasta el Calvario, centro de la liturgia y hasta la Eucaristía su memorial viviente. Ella comprende todas las generaciones de almas santas que la Iglesia ha creado desde el día de Pentecostés; aún más, se identifica con el Verbo mediante aquella alabanza divina que brota incesantemente del hogar de Amor Infinito que es la Sma. Trinidad”.

De este modo la liturgia responde a esta segunda característica de nuestra época, haciéndonos vivir en toda su intensidad la Iglesia en su concepto de Cuerpo Místico de Cristo. En efecto, la liturgia no es sino la realización, la actuación de este dogma. Ella nos da el sentido de esa vida social, de esa comunión de bienes, de esa igualdad de destino de los miembros de un mismo cuerpo, ella nos hace comprender que todos somos unos en Cristo y que mediante esa sociedad sobrenatural de la Iglesia es como vamos a Dios.

En la liturgia no es mi pobre individualidad la que ora, es la Iglesia que ora por medio mío. Mis sentimientos, mis afectos, mis propios intereses son absorbidos por los sentimientos, intereses y afectos de la Iglesia. Por la oración mi plegaria no es aislada, sino que pasa a formar parte de las voces que integran la maravillosa armonía de la oración de la Iglesia. Por esta razón la liturgia no dice “yo” sino “nosotros”.

En la liturgia es una comunidad la que ora, pero una comunidad que constituye una unidad. La doctrina del cuerpo místico que la liturgia actúa recuerda al cristiano que él es una célula de esa unidad vital, un miembro de ese cuerpo.

Deseo de desprenderse del “yo”, o sea, reacción anti-individualista en la piedad y anhelo de vivir la Iglesia en toda la plenitud de su concepto tradicional han sido los dos grandes factores psicológicos y las dos causas remotas del movimiento litúrgico; la causa próxima y ocasional fue el “Motu Proprio” de Su Santidad Pío X que trataremos a continuación.

b) *Decadencia litúrgica y restauración.*— La liturgia que había poderosamente contribuido a la regeneración de la sociedad pagana en los primeros siglos del cristianismo y a la conversión y educación de las naciones nacidas de las invasiones bárbaras desencadenadas sobre Europa, que había inspirado y vivificado la Edad Media dándole esa mezcla de sencillez y de grandeza que brotaba de su unidad espiritual, comienza a perder algo de su influencia en el pueblo cristiano a partir del siglo XV debido al espíritu individualista que el Renacimiento iba infiltrando en la civilización.

La reforma protestante viene a agravar el mal. La gran unidad espiritual obrada por la Iglesia en el campo intelectual, político y moral queda rota y el hombre abandonado en el caos de la dispersión individualista. En efecto, los numerosos artículos del programa protestante se dirigen a una idea central: unir al hombre con Dios suprimiendo todos los intermediarios que pretenden interponerse entre ambos términos. Ahí donde el catolicismo

ve medios para ir a Dios, el protestantismo no ve sino obstáculos que impiden las ascensiones del alma. El dogma absoluto, la tradición, los cuadros de una sociedad visible, el magisterio, sacerdocio, sacramentos, ritos; en una palabra todo lo que caracteriza a la Iglesia católica debe desaparecer. Y de un modo especial este ataque va contra la liturgia ya que siendo para el protestante la salvación un asunto estrictamente privado, nada tiene que intervenir en ella la oración pública y el culto oficial.

A pesar que la Iglesia condena, primero por boca de León X, y enseguida por el Concilio de Trento los errores luteranos, el espíritu del individualismo protestante logra sutilmente infiltrarse en la piedad católica y así ésta se aísla de la piedad de la Iglesia, se desvía en las devociones privadas y aunque el Concilio de Trento exhorta vivamente a no apartarse de la liturgia el camino de la piedad se inclina hacia el individualismo.

El paso estaba dado, otras causas vinieron a agravarlo. El jansenismo, quietismo y galicanismo, hijos directos del protestantismo ayudaron a alejar más la piedad de su fuente principal, la liturgia. El jansenismo que reduce todo en la piedad a la afección y a la sensación, rompe el equilibrio admirable que la liturgia mantiene entre el pensamiento, la emoción y la acción en la vida cristiana. El quietismo con su pasividad absoluta separa a las almas de los actos solemnes de la liturgia, las aísla de la comunidad de los fieles. El galicanismo, por fin, tercera etapa de este proceso, aparta a la liturgia de Roma, su centro de unidad, hace diversos los ritos de cada diócesis y separa de esa liturgia única, expresión visible del gran dogma de la Comunión de los Santos.

Del campo de la filosofía anticristiana viene un nuevo ataque; la doctrina antisocial de Juan Jacobo Rousseau, puesta en práctica por la revolución francesa, hace que aún el ambiente político y social se impregne de individualismo lo que indirectamente repercute también en el campo de la piedad.

Las consecuencias de este individualismo en la piedad cristiana son demasiado manifiestas para insistir en ellas; las devociones privadas florecieron con desmedro de la devoción auténtica y oficial, el sentimiento prevaleció sobre la idea, la armonía entre el pensamiento, el sentimiento y la voluntad se rompió para dejar pleno dominio a la sensación que fue para muchas almas la base de su piedad y al cimentarse ésta sobre tan débil fundamento cedió a menudo al choque de la invasión pagana que domina a nuestro siglo.

c) *Renacimiento Litúrgico.*— Ya en el siglo pasado se habían destacado algunos precursores de la renovación litúrgica; Chateaubriand obedeciendo más a impulsos de su romanticismo que de una verdadera piedad daba a conocer en su "Genio del Cristianismo" las bellezas del culto católico; Don Guéranger, verdadero iniciador de este movimiento, le da su base doctrinal. Ordenado sacerdote, movido del deseo de emprender esta restauración, escribe sus "Consideraciones sobre la liturgia católica", comprende que una obra de esta especie no puede realizarla un hombre solo y concibe la fundación de Solesmes dentro de la pura y estricta tradición benedictina; va a Roma, hace su profesión religiosa en la abadía de S. Pablo extra muros y vuelve a Francia a realizar su proyecto. Los dos conventos de religiosos y

religiosas benedictinas pasan a ser focos de vida litúrgica y centros de la más profunda investigación de ciencias eclesiásticas. Ahí escribe sus famosas "Instituciones litúrgicas" y desde ahí inicia su campaña por la unificación litúrgica en las diócesis que alcanza en pocos años pleno resultado. En 1841 publica su obra magna, que desgraciadamente dejó inconclusa "L'année liturgique". El periódico masónico "L'Evenement" dio de ella el siguiente juicio:

"He aquí una obra que hará tanto mal como los cuentos de Voltaire han hecho de bien".

Los enemigos mismos comprendían la trascendencia de esta empresa.

Estas obras aisladas, especialmente las que realizaban los benedictinos alrededor de sus monasterios iban a tener pronto una aprobación oficial; José Sarto, el Patriarca de Venecia, el humilde párroco de Riese subía en 1903 al trono pontifical con el nombre de Pío X.

El pastor de almas que había conocido todas las necesidades y problemas del ministerio eclesiástico, extiende su mirada llena de infinita caridad por el mundo desquiciado de sus eternos ejes y traza con frase del Apóstol su vasto y colosal programa: "*Instaurare omnia in Christo*", restablecerlo todo en Jesucristo piedra fundamental, volver a las fuentes primitivas, hacer que la nueva civilización que el presente que nace, traiga desde su cuna el sello de la Iglesia. Una tarea inmensa se ofrece ante su vista, codificación el Derecho, reforma de los seminarios, nueva organización de la Curia romana, relaciones con Francia, etc., etc. Pero ante todo es necesario hacer que reviva el espíritu cristiano, y para esto su *primer "Motu proprio"* "Inter pastorales" de 23 de noviembre de 1903 y en él esta solemne y trascendental declaración de donde nace todo el movimiento litúrgico actual:

"Siendo nuestro principal deseo que el verdadero espíritu cristiano reflorezca, es *necesario* ir a buscarlo a su fuente *primera e indispensable*, a saber, la participación activa a los Santos misterios y a la oración pública y solemne de la Iglesia".

El impulso oficial estaba dado y una inmensa primavera litúrgica, comenzaba a florecer en el campo de la Iglesia.

Los demás actos de S. S. Pío X no hicieron sino confirmar su declaración primera; el decreto *Sacra Tridentina Synodus* sobre la comunión frecuente y diaria, el *Quam Singulari* sobre la primera comunión de los niños, las reformas del breviario por la bula *Divino afflatu* y la del calendario, el catecismo donde tanto insiste en la enseñanza de las ceremonias del culto como medio eficaz de instrucción religiosa, no fueron sino la realización del vasto programa de restauración litúrgica enunciado en su "Motu proprio" sobre la música sagrada.

Sus sucesores, Benedicto XV y Pío XI continúan e impulsan este movimiento conscientes de su inmensa trascendencia y así el primero no duda en escribir lo siguiente:

“Derramar entre los fieles un conocimiento más exacto de la liturgia, destilar en los corazones el gusto sagrado de las fórmulas, ritos y cantos por los cuales en unión con su madre la Iglesia ellos den culto a Dios, atraerlos a una participación activa en los Santos misterios y fiestas eclesiásticas, todo eso no puede sino servir *maravillosamente* para alimentar la piedad del pueblo, dar vigor a su fe y mejorar su vida. “En cuanto a S. S. Pío XI basta con citar sus Encíclicas *Quas Primas* y *Misericordissimus Redemptor*, su bula “*Divini Cultus Sanctitatem*”, su carta al Cardenal Dubois, Arzobispo de París, sobre la fundación de una escuela de música sagrada, para comprender la parte que a la liturgia da en el cumplimiento de su programa de establecer “la paz de Cristo en el reino de Cristo”.

Tal es a grandes rasgos la obra de restauración litúrgica a que asistimos. Este es sin duda uno de esos grandes movimientos en los cuales la Iglesia “como el águila renueva su juventud”.

Con razón pudo decir el abad de María Laack, D. Ildefonso Herwegen al iniciar sus grandes publicaciones litúrgicas:

“Lo que el mundo moderno entregado al desencadenamiento de la bestia humana tiene sobre todo necesidad es de oración. El ser que ora toma la vida en toda su profundidad, en toda su amplitud; encuentra el punto de equilibrio entre el finito y lo infinito. Orar es dar como ancla a la voluntad creada la voluntad de Dios. Nuestra época ha roto definitivamente con el racionalismo, tiende al misticismo. La fiebre de trabajo que se ha apoderado de la humanidad y que ha querido dar al mundo un remedo de religión, no logra aplacar la nostalgia mística de sus corazones. El grito de llamada a Dios repercute por doquiera. Pero ¿dónde está el camino a la oración? Era necesario enseñarle el verdadero, puente perpetuo entre la creatura y la eternidad. El mundo moderno sentía vivamente el mal de la dispersión individualista. El individuo del renacimiento y del liberalismo había hecho su tiempo, el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad, colectividad y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros” (176).

Tal es el significado del movimiento litúrgico, veamos:

2. *Lo que debemos esperar de la liturgia.*

En el movimiento litúrgico, bien comprendido, debemos ver uno de los grandes remedios a los males de nuestra época. Con razón pudo escribir Godofredo Kurth, que

(176) *Ecclesia Orans*.

“hacer comprender la íntima correspondencia que existe entre la vida espiritual y la liturgia es cumplir una de las más grandes obras de este siglo”.

En efecto; ella combate el laicismo, gran mal de nuestros días, por la afirmación práctica de los derechos de Dios y de los deberes de la humanidad de rendirle un culto digno de El. Es enseguida un eficaz remedio contra el individualismo, como antes lo indicábamos, pues introduce al hombre en un culto social arrancándolo de sus propios intereses. Corrige el formalismo en la piedad, o sea en la atención preferente a la parte externa con descuido de la interna; la liturgia nos enseña que el rito es un símbolo que expresa algo que se halla en el interior de nuestra alma y así detrás de cada palabra o gesto debemos buscar la idea espiritual que en él se encierra. La liturgia es de modo especial un correctivo poderoso contra el espíritu mundano en el culto, contra ese deseo de ofrecer al pueblo lo que le gusta encontrar en otra parte, de hacer que el templo sea lo menos posible templo cristiano para lo cual se prodiga en el altar un lujo excesivo y de mal gusto, haciendo que éste más que el ara del sacrificio pase a ser pedestal de un santo, dejando oír música profana con resabios de vals o de opereta, decorando el lugar santo con arreglos que más bien sientan en un escenario teatral; en una palabra, apartándose de esa sobria elegancia, de esa sencillez que no excluye la magnificencia, de esa realización plena de la definición de belleza dada por Agustín: “Pulchritudo est splendor veritatis” la hermosura es el esplendor de la verdad.

Pero no tan sólo combate males, su obra es eminentemente positiva, formando el verdadero espíritu cristiano, llevando al conocimiento más a fondo de su fe, rodeando al alma de ese ambiente sobrenatural donde la vida de la gracia se desarrolla y crece. Así vemos que el alma que asiduamente vive de la liturgia penetra insensiblemente en las profundidades del dogma. La liturgia es una oración doctrinal. La oración de la Iglesia es una expresión de su dogma.

“La oración de la Iglesia, escribe D. Beauvain, es la religión hablada y vivida, es el dogma aplicado y expresado en una lengua cargada de energías sobrenaturales y a la cual el apoyo de todas las artes da su maximum de penetración en las almas; es la vida de Cristo reproducida por el ciclo litúrgico, contada anualmente en los Evangelios, comentada en las Epístolas y homilias, vulgarizada en las vidas de los santos, hecha más eficaz por la participación activa de los fieles en los santos misterios, en resumen es el cristianismo concretizado, condensado y como preparado para la alimentación de las almas”.

El Catecismo nos dirá que la segunda persona de la Sma. Trinidad se hizo carne en el seno de la Virgen Santísima; es la fórmula catequista necesaria, pero que no basta al pueblo y al niño. Pero he aquí la Navidad, y suponed la Navidad elocuente de antaño, con sus dos días de fiesta, su oficio nocturno, sus tres Misas que nos cuentan todo el misterio, su Iglesia iluminada, sus campanas y sus cantos de alegría, su fresca cuna; Navidad de antaño, con sus ecos en el hogar doméstico, en la mesa de familia del pobre como del rico. Navidad con todo su ambiente de alegría y de vida cristiana; es el dogma hablado por nuestra Madre, lengua maternal que nosotros perfectamente comprendemos”.



Altar del Seminario Pontificio de Santiago, frecuentado primero como seminarista y después como sacerdote por el Obispo.

El Emmo. Cardenal Schuster, arzobispo de Milán, en la primera carta pastoral que dirigía a sus fieles al hacerse cargo de su importante diócesis, al expresarles sus ardientes deseos de formar en ellos el verdadero espíritu cristiano, les hacía ver la importancia que en esta obra tenía la liturgia.

De hecho, les decía, "la liturgia, según los Santos Padres, no es solamente el rito legítimo con el cual la Iglesia por Cristo "pontificem confessionis nostrae" (177) adora perfectamente a Dios en espíritu y en verdad, sino que representa especialmente para los pastores de alma, la pedagogía sobrenatural y divina con la cual los hijos de Dios son educados para la vida eterna. Sea de hecho que la liturgia adore, agradezca o repare a la infinita santidad de Dios, sea que a través de los Sacramentos riegue o refresque los corazones con las aguas saludables de la gracia, esta "liturgia fidei nostrae" a la cual se refiere el Apóstol, si se comprende bien, si íntima y católicamente se vive, contiene siempre una eficaz virtud santificadora que regularmente realiza íntegra y perfectamente la formación sobrenatural de las almas".

No es extraño por tanto el ver que esta virtud evangelizadora de la liturgia se demuestre con el hecho de ilustres conversiones obradas por ella. Bastaría citar los nombres de un Huysmans, un Verkade o los monjes protestantes de la abadía de Caldey para convencerse.

En una conferencia dada en Lieja el año 1923, Pedro van der Meer de Walcheren (el íntimo amigo y convertido de León Blois) hacía la siguiente confesión:

(177) tr.: "el pontífice de nuestra confesión".

“La liturgia tiene más que ninguna otra cosa el poder de hacer conocer aún a los incrédulos —y entiendo por esto las personas que como yo no han recibido el Bautismo— la persona de Nuestro Señor Jesucristo”.

Más adelante añade:

“la belleza sobrenatural de esos oficios me dejaron vibrante. Más que por el exterior magnífico del canto, de las palabras y de los gestos, de toda esa liturgia, fui removido hasta lo más profundo de mi alma por lo que entreveía detrás de esa espléndida vestidura, yo comprendía que cada palabra, cada acto, escondía un sentido, era como la llama visible de un invisible fuego, era una realidad palpable del misterio, una percepción de las obras divinas... Es normalmente por la liturgia como la verdad entra en nosotros y lleva el alma a la oración”

y termina:

“¡Cuántos ejemplos, tomados en el reducido círculo que yo conozco podría daros de esta obra de la liturgia sobre las almas, realizada en un país que desde hace tres siglos ha dejado de ser católico”.

Un último efecto de la liturgia conviene anotar en esta rápida reseña y es la unión que ella establece con Roma centro de unidad del culto y de la fe. En efecto, la liturgia une a Roma. La frecuentación inteligente y afectuosa de la liturgia nos hace vivir en la capital del mundo cristiano. Gracias a la liturgia romana somos ciudadanos de la Ciudad Eterna. Dom Cabrol en una serie de conferencias dadas en la Semana Litúrgica de Maredsous sobre las estaciones de Roma, las grandes basílicas y el ciclo litúrgico de las fiestas romanas, mostraba el provecho que podríamos sacar de ese sentimiento tan católico.

Después de haber evocado el recuerdo de todos los monumentos de la Roma cristiana, añadía:

“Ahí está nuestra historia, ahí está la historia de nuestros orígenes cristianos, ahí nuestra epopeya de piedra, todos esos monumentos hablan a nuestro corazón y a nuestra fe; Roma ha llegado a ser para nosotros el lazo de esos monumentos arqueológicos con la liturgia; ahí se concretiza la liturgia romana que ha sido una *liturgia local antes de ser* la liturgia del mundo latino. Yo quisiera mostraros que vosotros, señores, con vuestro misal y vuestro breviario, tenéis en la mano todos los elementos de esta historia; y yo quisiera constatar con vosotros el interés que este estudio da a esos libros y al mismo tiempo a la liturgia. Gracias a la liturgia comprendida y diariamente vivida, Roma debe ocupar en el amor y culto de los católicos el lugar que ocupaba Jerusalén en el amor y culto de los hijos de Israel. *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem* (178). Esta peregrinación “*ad limina*” (179) nosotros la realizamos frecuentemente por la liturgia romana comprendida y vivida: las estaciones en las grandes basílicas en la cual se inspiran tantos textos litúrgicos, el culto

(178) tr.: “nuestros pies se detenían en tus atrios, Jerusalén”: *Sl. 121, 2*.

(179) Peregrinación “*ad limina*”: alusión a la visita que deben hacer periódicamente los obispos a Roma para informar de sus Diócesis.

de todos los mártires de las persecuciones, el origen de los ritos y fórmulas, todo nos estrecha a la Iglesia madre y maestra”.

No, la liturgia no es un mero diletantismo artístico, es la esperanza más cierta, la realidad más fundada de una verdadera renovación de la piedad y del espíritu cristiano en esta época tan turbada de la historia del mundo. De ella debemos esperar la formación de la verdadera piedad de la Iglesia, la tradicional, sobria y viril, la que toma a todo el hombre hablando a la mente, la voluntad y la sensibilidad dentro del más perfecto equilibrio.

De la liturgia debemos esperar que el hombre encuentre en la oración la plenitud de su vida ya que ella es la expresión de la verdadera cultura humana, pues aunque es la expresión de la vida sobrenatural su trama está formada por la verdadera cultura humana que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento, de la voluntad y la emoción. Su lengua es límpida y transparente, accesible al hombre simple, vivificante y refrescante para el hombre cultivado.

Debemos volver a ella,

“todos nosotros, dice D. Herwegen, tenemos necesidad en los duros tiempos que atravesamos de fuerzas nuevas. Volvamos a las fuentes donde la Iglesia primitiva, dolorosamente perseguida, ha encontrado la fuerza del martirio, a esas fuentes donde el monaquismo, en el fin del mundo antiguo, en la edad de las grandes migraciones de los pueblos, sacó nuevas fuerzas vitales” (180).

Esperemos en que esa piedad litúrgica penetre cada vez más íntimamente entre nosotros y dé los frutos de la vida cristiana que los Pontífices esperan de ella, entonces, diremos con el Cardenal Mercier:

“las almas revivirán por la vida litúrgica. Suavemente los fieles volverán a aprender que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida. El ciclo del año les volverá a recordar la sucesión de los misterios del nacimiento, apostolado y la obra redentora de nuestro divino Salvador.

Y cada vez que cediendo al atractivo de Aquel que ha dicho: cuando sea elevado en la cruz todo lo atraeré a Mí, vayan los fieles a asistir en la Iglesia a la renovación mística del sacrificio de su Redención, se acercarán por su fe y por su amor a Nuestro Señor Jesucristo. Después, cuando comulguen de manos del celebrante comprenderán mejor que su admisión al banquete eucarístico es el precio del sacrificio del redentor, el beso de paz del Padre Eterno a sus hijos, rescatados y arrepentidos.

A veces silenciosamente, a veces por una oración cantada, responderán conjuntamente a las invitaciones que el sacerdote les dirigirá desde el altar y estos intercambios piadosos entre el pastor y sus ovejas, entre las ovejas y su pastor, consolidarán en nuestras parroquias el lazo familiar y fortalecerán en las almas el sentimiento católico de la Comunión de los Santos”.

U. I. O. G. D. (181).

(180) D. Herwegen, *Fuerza nueva sacada de viejas fuentes*.

(181) tr.: “para que Dios sea glorificado en todas las cosas”. “*Ut in omnibus glorificetur Deus*”.

LA LITURGIA CREADORA DE UN ORDEN NUEVO (1)
(1936)

Sería casi de mal gusto, tanto se ha repetido y, en tan diversos tonos, el hablar de la crisis de nuestra civilización. Una angustia, un malestar, una inquietud indefinible se mezcla en medio de las satisfacciones que procura la civilización avanzada en que vivimos. Dentro de la evolución histórica de nuestro tiempo parece germinar un proceso de destrucción.

No entremos a estudiar las características de ese proceso, ni las complejas causas que lo han producido, ni el término fatal adonde se dirige —tales materias no miran el objeto de este trabajo—, sino más bien preguntémonos cuál es la actitud que ante él corresponde al cristiano que con mirada de fe escruta el campo de la historia para sacar del pasado las lecciones y acumular con esperanza los elementos de construcción del porvenir.

Jacques Maritain (2), el maestro de las nuevas generaciones, nos dice que la Iglesia, tomando conciencia de su posición ante la historia presente, la toma contra el materialismo capitalista y el materialismo comunista, que es su consecuencia. De ese mundo devorado por la sed del oro, orientado únicamente hacia la posesión de bienes terrenos, el filósofo francés nos dice con frase evangélica, "jam Judicatus est" (3). La conciencia cristiana, añade, levanta el acta de ese juicio. Y termina diciendo que el cadáver de cuatro siglos de trabajo y dolor, de belleza, de heroísmo y de crímenes sea enterrado por otros muertos, con discursos, conferencias, guerras, fuegos de artificio o banderas rojas. La Iglesia comprende la melancolía del espectáculo, pero no se detiene a contemplarlo ni se sienta a llorar sobre esas ruinas, pues es hacia la vida, hacia donde Ella se ha orientado.

De esa vida, es de la que deseo hablaros hoy.

El mensaje de Cristo al mundo para establecer un orden nuevo y sobre las ruinas del paganismo, fue un mensaje de vida; el mensaje de los cristianos al mundo presente para establecer ese mismo orden, siempre nuevo, sobre las ruinas del materialismo actual debe ser igualmente un mensaje de vida. Y entendámoslo bien; nuestro mensaje será oído de nuestro tiempo, tendrá vibraciones de resurrección como la palabra del Maestro sobre la

(1) Publicado en "Estudios" p. 36-49.

(2) Maritain, Jacques. Filósofo francés contemporáneo, convertido al cristianismo y muerto en 1973. Se ocupó de proyectar el cristianismo a la vida política y tiene gran influjo mundial.

(3) tr.: "ya ha sido juzgado": *Jn.* 16, 11.

tumba de Lázaro a condición y a medida que la vida palpita en él porque "Nuestro Dios no es Dios de muertos, sino de "vivos" (4). No de otro modo daba el Evangelista su mensaje en su Epístola primera:

"Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida, vida que se hizo patente y así la vimos y damos de ella testimonio y os evangelizamos esta vida eterna la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros; esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos" (5).

La creación de un orden nuevo es la transmisión de un mensaje de vida.

Yo no quisiera, en esta ocasión, ni en ninguna otra, tomar la antipática y no difícil tarea de criticar, pero no podría hablaros de ese mensaje de vida que debemos con urgencia transmitir al mundo presente y lanzar sobre el que está en gestación, sin que juntos hiciéramos un examen de conciencia, valiente y sincero, porque es cristiano, de muchos mensajes que arrojamos al mundo y que éste no alcanza a percibir. El por qué de esta no percepción es lo que debemos en este instante investigar.

Quizás pocos siglos de la historia de la Iglesia, han conocido una floración mayor de obras en el campo de la acción y de plegarias y devociones en el campo de la piedad que los últimos que hemos vivido. ¿Corresponde el resultado a la actividad desplegada? Terrible pregunta que lleva a una inquietante respuesta. No quisiera contestarla mirando el campo opuesto, la ciudad del mal que alza hoy como nunca las torres desafiantes de un neopaganismo que como marea creciente inunda todos los ámbitos de la vida humana, ni tampoco responder señalando la terrible apostasía de las masas "el mayor escándalo del siglo XX", al decir del Pontífice actual (6); mi respuesta miraría el campo interior del catolicismo y se formularía en otras preguntas: ¿existe el sentido cristiano de la vida, el "sensus Christi" (7) de que nos habla el apóstol, en la gran masa de los fieles que oran y creen? ¿sienten estos tales su dignidad de hijos de Dios, su incorporación a Jesucristo, su participación en la vida del Cuerpo Místico, donde han sido injertados por el bautismo? ¿Piensan y sienten en cristiano y como tales, tienen su actitud ante la vida?

Si no es así, si en vez de esa actitud hay muchas fórmulas vacías de espíritu, muchas prácticas cristianas sin cristianismo interior, muchas vidas como el pergamino del poeta de Dostoviesky (8), por fuera llevan los salmos de la penitencia, pero bajo éstos aparecen los himnos a afrodita. Si a menudo, se busca a la Iglesia como la oficina que nos da el salvoconducto para

(4) Mt. 22, 32.

(5) 1 Jn. 1, 1 - 2.

(6) Papa Pío XI.

(7) tr.: "el sentido de Cristo".

(8) Dostoievsky, literato ruso, que vivió entre 1822 y 1881, de gran profundidad psicológica. Suyas son "Crimen y castigo", "La Casa de los muertos", "Los Hermanos Karamazov". Al final de su vida, preconizó el cristianismo.

un cielo que más se teme perder que se ama alcanzar y se olvida que Ella es el cuerpo animado de las energías vivificantes de Jesús; si en una palabra, el espíritu auténtico de Cristo, de su Evangelio no alienta en el corazón de esa masa que lo invoca con los labios y recurre a El en ciertas circunstancias, señal es que entre tantos mensajes que los cristianos, no la Iglesia, han enviado sobre el mundo moderno no resonaba como era debido el mensaje por excelencia, el que llevaba en plenitud de la vida.

Resonó en los primeros siglos de la Iglesia cuando un orden nuevo se gestaba entre la disgregación de un desorden que moría, lo afirmaron con santa arrogancia Tertuliano (9) y Lactancio (10), intérpretes del sentir de los fieles: "non multum loquimur sed vivimus" (11), dice uno, "lo que hay de grande entre nosotros, añade el otro, no es, sino la elocuencia de la vida". Lo escucharon las selvas de Europa de entonces, donde entre bárbaros recién convertidos resonaba el mensaje que hacía inclinar su cabeza al fiero sicambro; lo contempló la Edad Media "enorme y delicada" (12) que en sus catedrales de piedra, poema colectivo, abrió la ojiva, pupila que le sirvió para mirar al cielo; lo escuchará el mundo nuevo que está por nacer si nosotros sabemos impregnarnos de su acento y recordar que nuestras palabras tienen eco sólo cuando en ellas palpitan las vibraciones eternas del Espíritu de Dios que crea y renueva la faz de la tierra.

Pero me preguntaréis, ¿cuál es ese mensaje de vida, que el cristiano debe dar al mundo de su tiempo?

El apóstol en su Epístola a los Efesios, tembloroso "dobla su rodilla ante el Padre del Señor nuestro Jesucristo" (13) porque a él, el más pequeño entre los justos, le ha sido dada la gracia incomparable de anunciar a los pueblos, la dispensación del misterio que de todos los siglos estaba escondido en Dios y que ahora se ha manifestado. Ese misterio que Cristo revela y que el apóstol predica, constituye el gran mensaje evangélico que los Doce y sus continuadores deben hacer conocer. El misterio de Cristo, el gran mensaje de vida, es que el Verbo de Dios hecho hombre, redentor y restaurador de la raza humana, para "estar con nosotros hasta la consumación de los siglos", se ha unido a la Iglesia, sociedad divina por El fundada que ha de continuar su vida y transmitir su mensaje, siendo a través de los siglos como la Encarnación permanente del Hijo de Dios.

La Iglesia, no es simplemente una sociedad religiosa organizada por un hombre, aun cuando éste fuese un enviado divino de quien hubiera recibido el impulso primero. Ella no es la obra viviente de un maestro desaparecido. La Iglesia es Cristo mismo viviente, aun invisiblemente su vida mística sobre la tierra; la Iglesia es el cuerpo del cual Cristo es a la vez la cabeza, el principio de vida y de unidad. Vida mística de Cristo la que ahí se

(9) Tertuliano. Apologista nacido en Cartago hacia 160. Es un pensador cristiano muy original y de gran fecundidad. Se hace montanista. De carácter muy combativo.

(10) Lactancio. Escritor cristiano de principios del s. IV, nacido en Africa. Es preceptor y luego se convierte. De tendencia apologética.

(11) tr.: "no hablamos mucho, sino que vivimos".

(12) Verlaine.

(13) Ef. 3, 14.

contiene tan real y verdadera, sin embargo, como su eterna vida divina y su vida humana, antes pasible, hoy glorificada. En esta vida de la Iglesia de Cristo se desarrolla y se completa por nosotros, cristianos, los miembros de su místico Cuerpo que con El formamos esa misteriosa e indestructible unidad que se llama Cristo total (14).

¿Qué es la Iglesia?, pregunta Bossuet (15), y responde: Es la asamblea de los hijos de Dios, el ejército del Dios vivo, su reino, su ciudad, su templo, su trono, su santuario, su tabernáculo. Digamos algo más profundo: "La Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo extendido y comunicado" (16).

El mensaje es éste: hacer comprender al mundo y a los cristianos en particular, que sólo en la Iglesia, organismo visible, comunidad viviente, lo divino llega hasta nosotros para levantarnos de nuestra postración y hacernos sentir la palabra vivificante del Espíritu, Cristo, Verbo de Dios, mensaje único del Eterno, que después de "haber hablado a nuestros padres por los profetas, nos habló en la plenitud de los tiempos por su hijo" (17).

La posición fundamental del catolicismo al decir de Karl Adam (18), se resume en esta frase: "yo encuentro al Dios vivo a través de Cristo que obra en su Iglesia". Tal es el gran mensaje de vida.

Quizás, más de alguno habrá pensado que el tema técnico que vengo desarrollando, poca importancia práctica representa y menos aún dice al objeto principal que nos ocupa; la Sagrada Liturgia. En cuanto a lo técnico, soy un convencido, que nada tiene mayor trascendencia en la marcha de la humanidad que las doctrinas; que son los principios los que muevan al mundo y no las reglas y normas, y que si queremos hacer obra profunda no es por la actividad inquieta y superficial como lo lograremos sino por la acción que brota y procede del pensamiento.

Pues, bien, si el gran mensaje de vida es ir a Dios por Cristo en la Iglesia, se sigue que la acción del cristianismo sobre el mundo será eficaz en la medida que lo acerque a este principio. Y aquí tenemos las tragedias de nuestro tiempo. Para gran número de creyentes la Iglesia no significa esa suprema realidad fuente de vida, sino tan sólo lo que Guardini llama "la oficina de lo espiritual" o diremos con el mismo autor "muchos viven en la Iglesia, pero pocos viven de la Iglesia". Se ha olvidado a menudo su genuino y verdadero concepto de cuerpo Místico de Cristo, se ha buscado con exceso su manifestación exterior.

"Cuántos creyentes, diremos con Karl Adam, no poseen la percepción viva del misterio propio de la Iglesia, del lazo esencial que los une a ellos y a todos los miembros de la Iglesia con la cabeza, Cristo, y pierden el sentido práctico de ser como llevados ellos mismos en la Comunión de vida con los otros miembros".

(14) Cfr.: *Col.* 1, 8; *Ef.* 1, 22; *Col.* 1, 24; *Ef.* 5, 23; *1 Co.* 16, 13 - 27; *Ef.* 4, 12; *Rm.* 12, 4; *Ef.* 5, 25; 29 - ss.; *1 Co.* 12, 12.

(15) Bossuet.

(16) Bossuet, "*Notes sur L'Eglise*" - Lebarq IV.

(17) *Hb.* 1, 1 - 2.

(18) Adam, Karl: teólogo alemán contemporáneo.

"Por ahí mismo se debilita en la vida cristiana, (dice el mismo autor), el sentido de la unión por la gracia, de la comunidad sobrenatural de vida, de la comunión santificante de los cristianos entre ellos en Cristo. El fiel no tiene ya una conciencia suficiente de su unión a Cristo, Su cabeza, y a los otros miembros del Cuerpo Místico.

Con relación a Cristo y a sus miembros tiene la impresión del "yo" y no del "nosotros". La Comunión de las almas, la unidad del Espíritu, la Comunidad de la caridad y de la paz, que los Pablo, los Ignacio de Antioquía, los Ciprianos y los Agustín, esos ilustres representantes del verdadero espíritu cristiano, han siempre celebrado con entusiasmo como el beneficio inapreciable de la Redención, cesan de ser al menos suficiente, un elemento esencial de la conciencia cristiana" (19).

¿Cómo extrañarnos, entonces, del fenómeno que antes señalaba, que habiendo aumentado las obras de apostolado, y las prácticas de devoción, el verdadero espíritu cristiano no haya tenido igual progreso?

Yo únicamente respondo; todas esas obras y devociones ¿nos han llevado a vivir la Iglesia, el misterio de Cristo, el íntimo contenido de su mensaje de vida, o dejándonos en la superficialidad de ciertas prácticas, no nos han hecho penetrar en lo hondo de la vida de la Iglesia, que es darnos la conciencia de la unión íntima con Cristo, para servir y movernos en El?

Las obras y devociones cristianizan en el mismo grado en que nos acercan a Cristo y acercan a Cristo en la medida que el influjo de la Iglesia impera en Ellas.

Si queremos con la horrible incertidumbre del presente levantar los cimientos de un orden nuevo, no vayamos a sentarlo sobre los frágiles fundamentos de esos mensajes que el mundo no ha captado, por no llevar ellos suficientemente la vida de la Iglesia; acerquémonos en cambio a esa fuente rica que de ella brota pues ahí se realiza la sublime palabra del profeta "haurietis aquas in gaudio, de fontibus Salvatoris" (20).

Las palabras de un Padre de la Iglesia griega, San Epifanio (21), deben brillar como norma suprema en nuestro trabajo de construcción de ese orden: "La Santa Iglesia Católica, dice, es el comienzo y la razón de ser de todas las cosas", y en consecuencia "el cristiano se degrada y perece en la medida que está menos unido a la Iglesia, universo y medio vital de todo fiel" (22).

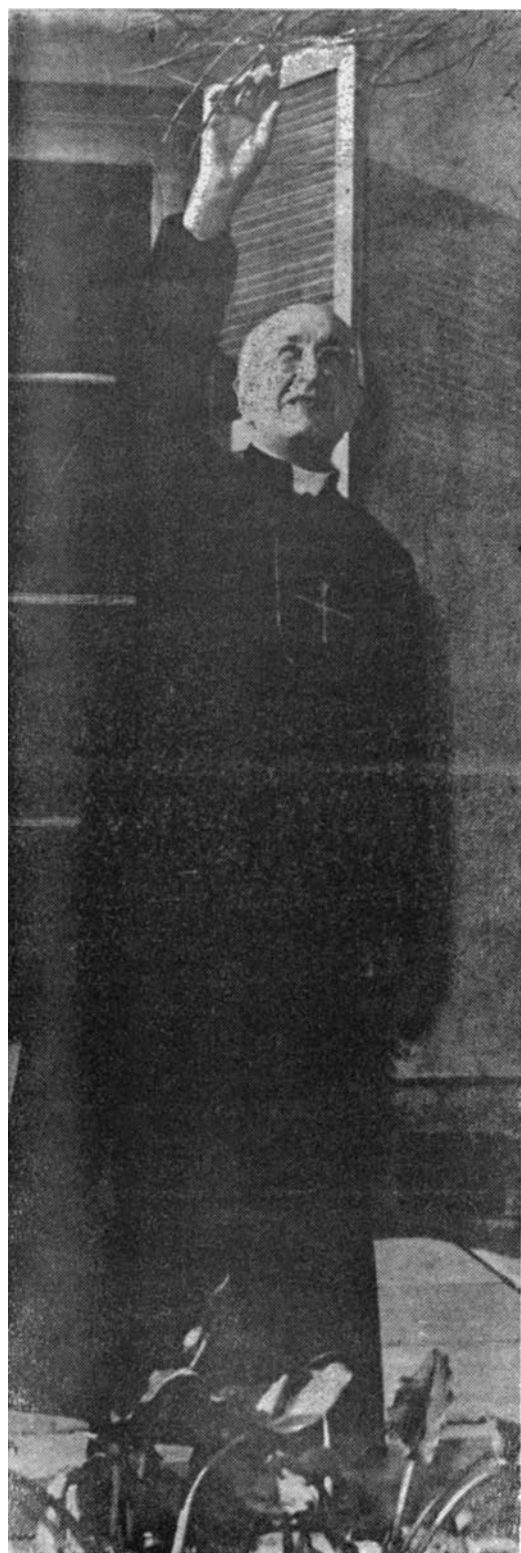
Ahora bien, la vida de la Iglesia se manifiesta en la Liturgia: Ella es la expresión de un amor que brota del corazón de la Inmaculada Esposa de Cristo, de una paz que es reflejo de la celeste Jerusalem a donde nos conduce, de una alegría que vibra y canta y hace que mediante sus acentos el hombre encuentre la plenitud de la vida.

(19) Adam, Karl: "*Le Christ, notre Frere*", p. 49.

(20) tr.: "id a beber con alegría las aguas que brotan de la fuente del Salvador": *Is. 12, 3*.

(21) San Epifanio. 315 - 405. Estudió en Egipto ascética y en Alejandría, Sagradas Escrituras. Obispo de Salamina en Chipre en 367. Visitó al Papa Dámaso con ocasión del cisma de Antioquía.

(22) P. Clerissac: "*Le Mystere de L'Eglise*", p. 3.



"He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia".

San Ignacio de Antioquía (23), el mártir del II siglo, cuyos labios están humedecidos con las tradiciones apostólicas bebidas en su fuente, concibe la Iglesia como una inmensa sinfonía.

“Nam memorable vestrum presbyterium, dignum Deo, ita coaptatum est Episcopo ut cordae citharae. Propter hoc in consensu vestro et concordi charitare Jesus Christus canitur. Sed et vos singuli chorus estote, ut, consoni parconcordiam, melos Dei recipientes in unitate, cantetis voce una per Jesum Christum Patri” (24).

Maravillosa y real visión de la Iglesia que nos explica la misión de su liturgia; por lo visible llevarnos a lo invisible, por el gesto a la cosa significada, por el símbolo a la realidad. Ella nos dice que la Iglesia con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición con toda su alma se ha cristalizado en su lengua, que es la oración y precisamente la oración litúrgica, y que en consecuencia entrar en contacto con la Liturgia es penetrar en lo más íntimo de la vida de la Iglesia, llegar, si así podemos decir, hasta su mismo corazón.

La liturgia es en realidad la pulsación del alma de la Iglesia. Ella hace que bajo signos visibles aparezca ante el alma lo invisible, que los símbolos cargados de señales nos expresen la acción oculta de la gracia, que lo divino llegue hasta nosotros por medio de lo humano, y así a través de sus oraciones y sus ritos se despliegue ante nosotros el plan sublime de la Redención.

Los cristianos de los siglos primeros, que tan íntimo contacto tuvieron con la Liturgia sagrada en la cual bebieron su fe y su heroísmo, comprendieron como pocos el misterio de la Iglesia y por esto su mensaje tuvo eco tan profundo en el mundo de su tiempo cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían penetrados de su significación, para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y en la litúrgica oblación con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

De esas catacumbas y capillas en lenta gestación de tres siglos, bajo la acción vivificante de la Liturgia comprendida y vivida, brotó un orden nuevo, como brota la espiga del grano oculto bajo la tierra pero besado por la lluvia y el sol fecundadores.

(23) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del s. II. Padre Apostólico. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe. Célebre por su sentido jerárquico de la Iglesia.

(24) tr.: “Así fue el conjunto de vuestros sacerdotes, agradable y digno de Dios, está unido y conformado al Obispo, como las cuerdas a la cítara. Por esto, en el concierto de nuestras almas y en nuestra unánime caridad, Jesucristo es cantado. Pero vosotros mismos sed cada uno un coro, a fin de que puestos en acorde, por la unión de corazones, y recibiendo en la unidad la armonía de Dios, cantéis con una sola voz al Padre por Jesucristo...”. *Ef. 4.*

Cuando un día la basílica cristiana surgió del suelo ensangrentado de Roma, era el símbolo de ese orden nuevo amasado en cánticos y plegarias, ritos y símbolos, en la participación activa del altar a menudo, se completaba en la oblación sangrienta del Circo.

Las hordas bárbaras precipitadas sobre Europa arrasaron el esplendor material de sus ciudades, pero en medio de los escombros quizás aun más pura, porque más libre de peso terrestre, siguió resonando su liturgia y podemos afirmar con Festugières (25) que "la historia de la conversión de Europa medieval es la historia de la oración social de un coro sobre una asistencia de fieles" (26).

De las hordas bárbaras del imperio convertido nació ese nuevo orden social llamado Edad Media que se resume en Roma, la ciudad Esposa capital de la cristiandad.

"Las dos ciudades se unen y forman un resumen del plan divino. Roma reviste un ser nuevo, espiritual, simbólico, abrazando todos los tiempos y extendiéndose aún más allá. El mensaje de la Edad Media es la relación de todas las cosas" (27).

El orden nuevo que en ella culmina se expresa sobre todo en su liturgia. La Catedral, centro de esa liturgia, es el poema colectivo que expresa su espíritu plasmado en la oración social; ahí el creyente bebe su fe reflejada como maravilloso catecismo de imágenes en los polícromos vitrales, ahí forma el sentido social en esa oración que nunca dice "yo" sino siempre "nosotros", ahí adquiere esa visión de eternidad con la cual mira al mundo que pasa, ahí templea clamor cívico, santifica el afecto del corazón y siente sobre las lozas que guardan el sueño de sus mayores la voz de la sangre que no orgullo de clase sino maravilloso sentido de raigambre humana dignificado y elevado por Dios.

El Padre de la Edad Media, San Gregorio el grande (28), el hombre que representa la unión de dos mundos, el antiguo del cual salva lo que debilita y debía conservarse y al nuevo, cuyas bases fundamentales coloca, pone como cimiento de su inmensa obra constructora de codificación y reforma del canto que lleva su nombre y la Edad Media, en ese canto litúrgico que resuena en sus templos y abadías forma las notas salientes de su espíritu.

"Matemáticamente, físicamente, moralmente, dice el cardenal Maffi (29), el unísono es el Supremo acorde. Un pueblo que canta con una sola voz es un pueblo potente y grande porque tiene un solo corazón".

(25) Festugières. Monje benedictino de Maredsous. Liturgo de comienzos de siglo.

(26) Festugières, *"La Liturgie Catholique"*, p. 66.

(27) P. Clerissac, *op. cit.* p. 127.

(28) San Gregorio Magno. Papa Gregorio I. Uno de los cuatro principales doctores de la Iglesia Occidental. Nació hacia el 540. Muerto en 604. Cardenal en 577, y Papa desde 590.

(29) Card. Maffi.

Tal lo que fue la Edad Media.

Fue un mensaje de vida. Su espíritu sigue siendo hoy el ideal del orden nuevo que anhelamos y el espíritu de la Edad Media, porque inspirado en la Iglesia, fue ante todo litúrgico.

La liturgia es la base del genuino espíritu cristiano y por tanto la más magnífica expresión de la Iglesia, justamente porque en Ella encontramos el contacto íntimo con Cristo que es el alfa y omega de nuestra religión.

Yo quisiera, aunque brevemente, detenerme en esta idea para levantar con ella un cargo que con frecuencia se hace a los que trabajan por difundir el espíritu de la liturgia.

No es por "dilettantismo" (30) artístico ni por darse el placer de escuchar un buen coro gregoriano que se acude a la sagrada liturgia; es por unirse a Jesús y compenetrarse de su vida, es por santificar las almas por el medio auténtico establecido por lo que se trata de conducir las allí.

"La liturgia católica no es solamente un recuerdo filial de Cristo, sino una real participación bajo formas sensibles misteriosas a Jesús y a su fuerza redentora; es un contacto reconfortante del borde de su túnica, un contacto libertador de sus santas heridas. El verdadero, el profundo sentido de la liturgia católica es hacer de toda la vida de Cristo una realidad presente, sensible y operante" (31).

Sólo cuando la liturgia ocupe en nuestras vidas y ambientes el lugar que la Iglesia, no los hombres, le señala, nos penetraremos del principio fundamental que inspira la educación, enseñanza, predicación, disciplina y apostolado de la Iglesia; hacer del creyente otro Cristo en el hombre, que es carne y sangre para encarnar a Jesús en cada uno "Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis" (32).

Si muchas actividades católicas no dan el resultado que apetecen, si muchas educaciones sedicentes católicas forman una masa de semipaganos que ni siquiera comprenden y viven el estado de gracia, es porque esas actividades aun persiguiendo fines elevados no van al fin supremo, formar a Cristo en cada alma y ese fin se ha olvidado u obscurecido porque la liturgia "fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano", según Pío X, no siempre ocupa en la educación, piedad y vida, el lugar preponderante, que en el plan redentor le corresponde.

Pero, me preguntarán, ¿cómo puede la liturgia crear ese orden nuevo de justicia y paz que anhelamos, tan diverso a la dispersión materialista en que hoy nos debatimos?

Mi respuesta será tan sólo señalaros las condiciones que dicho orden exige y las relaciones que éstas tienen con la liturgia.

El orden social cristiano, que he llamado nuevo, con vocablo que se ha hecho común, en los autores de este tiempo, empleado no hace mucho

(30) Sólo apariencia en el saber, inautenticidad del mismo.

(31) Adam, Karl: "Le vrai visage", p. 32.

(32) tr.: "Hijitos míos, a quienes de nuevo engendro hasta que Cristo sea formado en vosotros": Ga. 4, 19.

por el E. M. M. Cardenal Verdier (33), que he llamado nuevo digo, para expresar que nuestro ideal poco tiene que ver con el desorden actual, debe cumplir las siguientes condiciones; apoyarse sobre las raíces profundas (ontológicas) del hombre; ser humano, y basarse en el fundamento sobrenatural del mismo; ser cristiano; hacer comprender el sentido de lo colectivo; ser social y orientar al hombre más allá de esta vida; ser eterno.

El movimiento litúrgico actual cumple estas condiciones y eso nos explica su resonancia. El mundo moderno extenuado por siglos de invidualismo creciente y autointoxicado del yo, con su inteligencia debilitada por sistemas filosóficos que lo conducían al escepticismo total, sentía en forma algo que brotara de lo íntimo de su ser, pero que lo levantase sobre sí mismo, algo que le diese el sentido de lo colectivo y lo llevase hasta Dios.

Sólo la Iglesia Católica podía satisfacer esa exigencia y la liturgia, rostro por el cual se asoma su alma, invitaba acercarse a Ella.

“Es una necesidad interna, escribe Guardini (34), la que ha hecho a nuestro tiempo, maduro para la liturgia. Este movimiento litúrgico no ha sido hecho, ha nacido, brotado, de un querer universal de vida verdadera y plenamente católica”.

La liturgia lleva a la Iglesia y al Orden siempre nuevo que ella pre-pugna. La Iglesia que para muchos fieles era algo muerto, unas cuantas prácticas con poca significación sobre la vida aparece mediante la participación litúrgica en su verdadero concepto. La vida litúrgica prepara el establecimiento de un orden auténticamente cristiano “dando la conciencia de vivir en unión profunda con la Iglesia”,

“sentire cum Ecclesia” y restaurando el sentimiento auténtico de la disciplina cristiana. Muchas verdades olvidadas e insensiblemente veladas por esa débil capa de polvo que sepulta los objetos espirituales a los cuales una ardiente, activa y familiar contemplación no mantiene en su sitio, en el primer lugar del alma, han vuelto a adquirir su fuerza y juventud. Se ha vuelto a encontrar el sentido de los textos de los cuales se había alejado la misteriosa y soberana fraternidad, el valor de lazo social de la Eucaristía ha sido nuevamente sentido. La Iglesia aparece a los ojos del fiel como la casa, la que abriga, la que alimenta; ahí, en ella, el fiel está en su casa unido al pueblo inmenso de sus hermanos, en la participación al misterio de la hostia, sentado a la misma mesa, habitando con su corazón alegre esa morada que le revelaba de nuevo la hospitalaria plenitud de su sentido católico” (35).

La liturgia tiene un profundo sentido humano. Ella le enseña al hombre, lo que la civilización actual le ha hecho olvidar, ser hombre; antes que Carrel nos hablara “de ese desconocido, que era el hombre”, ya la liturgia

(33) Verdier, Card. Nacido en 1864, Cardenal bajo Pío XI; en 1929, Arzobispo de París.

(34) Guardini, Romano: teólogo católico alemán contemporáneo.

(35) D. Harcourt, prólogo a Guardini 7.

nos enseñaba que toda la civilización debe comenzar por ser humana y prácticamente nos hacía recordar el principio teológico que “la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza” (36).

¡Qué profundo contenido psicológico encierra la liturgia! Ella toma al hombre todo entero, habla a su inteligencia, mueve su voluntad, enciende sus afectos estableciendo un maravilloso equilibrio entre todas las facultades para que de esa armonía brote la oración que arranca de lo más íntimo del hombre; la oración que no es fórmula, que resume y expresa todas las ansias más íntimas del ser.

En ninguna composición humana resuena más fuerte y pura la voz de la naturaleza que en los Salmos, que forman la trama principal de la plegaria litúrgica.

“Todo el hombre está ahí, el hombre tal cual es. El alma ahí se revela crudamente, con sus alternativas de valor y desaliento, de alegría y tristeza, de nobleza y de pecado, de exaltación por el bien y abatimiento en la debilidad” (37).

Miremos la liturgia de los sacramentos y en sus palabras rituales encontraremos un admirable sentido de lo natural. Las cosas son llamadas por su nombre.

“El hombre es falta y debilidades y así lo ve y lo percibe la liturgia. Toda su naturaleza es el más desconcertante y enigmático tejido de noblezas y miserias, de elevación y de bajezas y tal lo encontramos en la oración de la Iglesia. Ella no nos ofrece de la humanidad una imagen idealizada, cuidadosamente expurgada de toda aspereza y de toda tara; es del hombre tal cual es de lo que ella se ocupa” (38).

Quando pienso que lo que se llama hoy “civilización” reposa sobre la teoría sobrenatural de un Rousseau, me explico que nos haya dado como fruto una de las más inhumanas, siento más que nunca el ansia de gritaros sobre todo a vosotros juventud: id a beber en la Iglesia, en su liturgia que es su pedagogía oficial, los elementos de ese orden nuevo que soñáis, aprended en él su primer elemento de humanidad, y haréis obra grande. No vayáis a mendigar a la doctrina pasajera la eterna verdad que llevamos dentro.

La liturgia, aunque expresión de la vida sobrenatural, es también expresión de la verdadera cultura humana, que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento, de la voluntad y la emoción; junto a esta primera característica la segunda: es sobrenatural.

El orden social cristiano no es tan sólo un orden humano en el cual se admite a la Iglesia porque predica una moral que refrena las pasiones,

(36) Carrel, Alexis. Médico converso. Antropólogo cristiano, escritor de *“La incógnita del hombre”*. Se enfrenta a la corriente racionalista de fines del siglo XIX.

(37) Guardini, p. 130.

(38) Guardini, p. 131.

es el orden humano que no olvida que el hombre ha sido regenerado por Jesucristo, elevado a la vida de la gracia y destinado a la imperecedera vida de la visión de Dios. Todo programa de reconstrucción que desconozca a la Iglesia su misión sobrenatural y divina en el campo individual y social por más consideraciones humanas de respeto que la rodee no responde al programa de su orden social cristiano.

Ahora bien, nada como la liturgia recuerda esta verdad. Toda ella está impregnada de sentido sobrenatural, ella transfigura lo humano que a su contacto adquiere caracteres divinos; ella enseña a la humanidad a orar.

Tomo las palabras de un convertido, Van der Meer de Walcheren (39), el amigo de León Bloy (40):

“Ved la Iglesia con su liturgia. La Iglesia que engloba la realidad humana y la realidad divina. Ella es la Madre de los hombres, pero Ella es la Esposa de Dios y por su liturgia ella sacia en modo sobreabundante todos los deseos y todas las sedes del alma.

Por esta misma liturgia, la Iglesia toma todo lo creado, la materia misma que con nosotros fue arrastrada en la caída. La Iglesia la purifica, la lleva a Dios y a su Creador, y la obliga a sentirlo y adorarlo. Ella abraza al mundo y al hombre. Ella levanta las artes hasta su más alto poder. Ella toma los libros santos para enseñar y para orar. Ella emplea el lino purísimo y la cera de las abejas, el agua y el color de los ornamentos, el canto y los metales vulgares y preciosos; ella da una voz a la vida interior y la ordena armoniosamente, ella levanta catedrales y ordena las procesiones y gestos, ella suena las campanas, ella traduce en símbolos y en realidades expresivas la historia de Jesús e introduce el alma en esa vida del Hombre-Dios con sus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Ella habla de la Santísima Trinidad y bendice la sal y la ceniza. Ella asiste al alma en la agonía; ella bendice el fuego nuevo, ella canta en la alabanza y ella suplica humildemente. Ella construye el año como una catedral de oraciones”.

El verdadero orden social debe basarse en ese concepto sobrenatural de la vida, en esa orientación del hombre hacia Dios su último fin, debe hacer que el primado de lo espiritual contenido en la Iglesia se refleje en sus actividades y así el hombre perciba libremente los frutos divinos de la Redención.

Contra ese concepto se alzó el laicismo, la gran herejía social de nuestros tiempos, y contra ese error lucha la liturgia, que es la proclamación abierta, pública, solemne del reinado de Jesús.

La liturgia es la afirmación rotunda de un pueblo que cree, de una sociedad que adora, de un orden social que proclama el principio evangélico, de buscar ante todo el reinado de Dios y su justicia.

El segundo elemento de un orden nuevo nos lo da ella. Ahí encontramos la reivindicación serena de lo espiritual. En la época de las grandes

(39) Van der Meer de Walcheren, Peter. Converso holandés. Discípulo de León Bloy. Nacido en 1880. Tentó en 1934 una experiencia monástica que luego dejó. Se hizo sacerdote en 1954. Muerto en 1971.

(40) León Bloy. Novelista francés converso de comienzos de siglo.

turbaciones, la serena armonía de su oración, de sus cantos y de sus ritos hacen encontrar al alma enferma su remedio. El hombre por instinto, en medio de la inquietud levanta los ojos hacia el lugar donde no existe turbación.

La liturgia enseña a orar y en su lección nos enseña el significado verdadero de lo colectivo. Lo que el hombre moderno, "ese lobo aullando de desesperación al infinito", como lo llamó Hesse (41), lo que necesita ante todo es orar.

Con razón pudo decir el abad de María Laakh, Don Ildelfonso Herygen, al iniciar sus grandes publicaciones litúrgicas "*Ecclesia Orans*" (La Iglesia que ora):

"Lo que el mundo moderno entregado al desencadenamiento de la bestia humana y que ha querido dar al mundo un remedio de religión, no logra aplacar la nostalgia mística de sus corazones. El grito de llamada a Dios repercute por doquiera. Pero, ¿dónde está el camino a la oración? Era necesario enseñarle el verdadero puente perpetuo entre la creatura y la eternidad. El mundo moderno sentía vivamente el mal de la dispersión individualista. El individuo del Renacimiento y del Liberalismo había hecho su tiempo, el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar, del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea a la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad colectiva y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros y esto se lo dio su liturgia. Ella enseña al hombre lo que ni el marxismo ni ninguna otra forma abierta o velada de socialismo podrá darle. La liturgia es una comunidad que ora, ofrece, canta, se inmola y ruega. En ella encuentra el cristiano la realización práctica de la doctrina social del Evangelio".

¿Se podrá acusar de exageración al que afirme que no habremos solucionado el problema social mientras no exista previamente un espíritu, se adquiera principalmente en la vida litúrgica que es la manifestación más alta del espíritu social de la Iglesia?

El gran Cardenal Pie (42) no dudaba en afirmar que la condición necesaria para la restauración del derecho cristiano era la gran vuelta de los fieles a la liturgia y añadía:

"La cuestión social no será resuelta sino por la cuestión religiosa y la cuestión religiosa depende sobre todo de una cuestión de culto", y terminaba diciendo: "El porvenir de Francia depende más de lo que se piensa del problema litúrgico".

Y así, en esa oración, publica la paz.

(41) Hesse, Herman. Literato alemán contemporáneo, muy influenciado por la filosofía de Nietzsche. Es autor de "Demian", "El Lobo Estepario", etc.

(42) Pie, Card. Arzobispo de Poitiers, Francia, del siglo pasado.

L A M I S A (1)
LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES
(1940)

Los graves males religiosos y morales que afligen a nuestra época, nos obligan a estudiar sus causas para tratar de darles eficaz remedio. Una, entre ellas nos preocupa especialmente y sobre su solución deseamos, amados hijos, hablaros en esta carta pastoral: el alejamiento de los fieles de la oración oficial de la Iglesia y la necesidad en consecuencia de volver a esa participación activa en los sagrados oficios que el dogma y la experiencia nos muestran como rica fuente de verdadera vida cristiana.

Diversas causas, que no son del caso exponer en esta ocasión, han hecho que una gran parte de los fieles olvide casi del todo que su calidad de miembros de la Iglesia los hace formar parte de un organismo viviente, que nadie puede ser espectador pasivo en los actos del culto, que todos deben participar activamente en la plegaria oficial que la Iglesia por Cristo eleva al Padre de los cielos.

De este desconocimiento han procedido en el orden espiritual y moral inevitables males que todos lamentamos, los cuales no son sino una consecuencia necesaria de ese alejamiento de los fieles de la participación activa en las funciones del culto que con razón Su Santidad Pío X, de santa memoria, llamó "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (2).

Necesitamos reaccionar enérgicamente contra tan grave mal y para ello hemos creído necesario, mostraros como eficaz remedio la importancia de la participación de los fieles en el Santo Sacrificio de la Misa. Antes de daros las normas prácticas que por medio de esta Pastoral imponemos en toda la Diócesis, queremos recordaros algunos principios doctrinales en los cuales ellas se basan, con seguridad que la meditación de estas verdades y el fiel cumplimiento de estas normas han de traer esa renovación de la piedad y de la vida cristiana que todos anhelamos.

(1) Santiago: Imp. Chile (1940), 16 p. Apareció primero en *Revista Católica*, Santiago, mayo 1941, pág. 258 - 262; 293 - 296.

(2) *Motu proprio*; 23 - XI - 1903.

I. PRINCIPIOS DOCTRINALES EN LOS CUALES SE BASA LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES

1. *La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo*

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. Esta necesidad social la experimenta en todos los aspectos de su vida. La elevación de su espíritu y relaciones con Dios requieren, lo mismo que el trabajo, las afecciones humanas y la educación, de una sociedad en la cual desenvolverse. Para satisfacer esta exigencia, Jesús Nuestro Señor estableció la Iglesia, sociedad viviente de los fieles.

Cristo no ha querido que en el orden religioso fuéramos privados de las incalculables ayudas que la sociedad presta bajo todas sus formas al desarrollo y felicidad del hombre y así dispuso para la vida sobrenatural el apoyo incomparable de una organización social fuerte, viva y visible instituyendo en la tierra la sociedad religiosa que El mismo llamó "su Iglesia".

Esta Iglesia ha sido constituida como un organismo sobrenatural del cual Cristo es la cabeza y los cristianos los miembros que le están unidos en la más íntima y vital comunicación. San Pablo lo llama el **Cuerpo Místico** de Cristo para expresar la perfecta solidaridad que une a todos los que a él pertenecen con Jesús su cabeza viviente. El Apóstol insiste en este pensamiento comparando a la Iglesia con el cuerpo humano. En nuestro cuerpo, dice, hay diversidad innumerable de órganos, pero animados todos de una sola vida. Este principio vital hace al ojo ver, al oído escuchar, a los pulmones respirar y al corazón, latir. Todos los órganos trabajan los unos para los otros animados de una misma vida a cuyo desarrollo todos concurren.

"Así como en un solo cuerpo, explica San Pablo, tenemos muchos miembros y que todos ellos no tienen la misma función; así nosotros, que somos muchos no hacemos sino un solo cuerpo en Cristo, y cada uno en particular somos miembros los unos de los otros según la gracia que nos ha sido dada" (3).

La misma idea recuerda en su primera Epístola a los Corintios diciendo "hay diversidad de órganos, pero existe unidad de vida" (4).

2. *El Sacrificio de Cristo*

Sólo por medio de esta Iglesia podemos ofrecer a Dios el homenaje digno de El.

(3) *1 Co. 12, 12.*

(4) *1 Co. 2, 20.*

La forma más perfecta de expresarlos es el sacrificio. Todos los pueblos y los hombres han percibido en lo más íntimo de su ser el sentimiento de su dependencia respecto de Dios y lo han expresado exteriormente por el sacrificio. El sacrificio, cualesquiera que sean las formas que reviste, exige tres elementos: una víctima que será inmolada a la Divinidad; un sacerdote que a nombre del pueblo inmola y ofrece la víctima, y un altar, lugar sagrado (alta res), que se levanta hacia Dios.

Los sacrificios de la Ley Antigua, aunque aceptos al Señor eran insuficientes. No eran un homenaje de El ni borraban el abismo que separaba la humanidad de Dios. Eran solamente sacrificios figurativos que preparaban al definitivo y perfecto: sacrificio infinito que le ofrecería la suficiente y digna reparación.

Dios envía a la tierra a su Hijo Divino. El Verbo, Segunda Persona de la Trinidad, toma nuestra naturaleza humana, el misterio de la Encarnación se realiza y este misterio hace posible nuestra Redención.

Cristo se constituye como el perfecto Sacerdote y la perfecta víctima de la Nueva Ley. Cristo es el Supremo Sacerdote elegido por Dios para ofrecer el sacrificio supremo. Es el eterno y perfecto sacerdote de la ley de gracia. Es el jefe, "nuevo Adán", de una nueva humanidad regenerada.

Es El también la víctima perfecta del sacrificio redentor. Como cabeza de la raza humana a la cual representa y con la cual se ha hecho solidario, El se ofrece por la humanidad. Su personalidad divina confiere a esta ofrenda su infinito mérito y perfección.

La sociedad de los fieles, o sea, el Cuerpo Místico de Cristo, tiene un mediador, Cristo Jesús. A nombre de todos se ofrecerá en la Cruz en Sacrificio dando así a su Padre Celestial la perfecta alabanza y reparando al mismo tiempo los pecados de la humanidad. En ese sacrificio El es al mismo tiempo el Sacerdote que ofrece y la Víctima ofrecida. Este acto sacerdotal de Jesucristo se transmite por lo que acabamos de decir en plena realidad a la Iglesia toda. "Cuando Jesús fue clavado a la cruz, lo era como cabeza del Cuerpo místico. Al llevar nuestros pecados, también nos llevaba a todos nosotros" (5), afirma San Cipriano (6).

La humanidad, manchada por el pecado original no podía llegar hasta Dios. Por medio de Cristo que se ofrece por todos en la Cruz pueden de nuevo los hombres volver hacia El. En su carácter de Dios y hombre, Jesús ofrece al Padre Celestial el sacrificio suficiente y definitivo de una vida de total obediencia que se consuma en el Calvario, oblación que el Padre acepta plenamente. De este sacrificio, Cristo es el sacerdote y la víctima. Aquí se halla para la humanidad regenerada la fuente de vida. Por este sacrificio puede el hombre rendir a Dios el homenaje perfecto de adoración y agradecimiento, encontrar la obra de propiciación por sus culpas y poner la base de la eficacia a sus plegarias.

(5) San Cipriano: *Ep.* 63.

(6) Cipriano. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a principios del siglo III. Más que un hombre teórico es de una actividad infatigable. Gran parte de su teología la debe a Tertuliano.

3. *El Sacrificio de la Iglesia*

Este sacrificio de Cristo en la Cruz se renueva en el altar. La Misa es el memorial permanente, la prolongación viviente del Sacrificio de la Cruz que perdurará en la Iglesia hasta que Cristo venga al fin de los tiempos. La Misa, Sacrificio de la Iglesia, es la renovación del Calvario. El mismo sacerdote ofrece el sacrificio, la misma víctima se inmola, la misma ofrenda se representa a Dios. Sólo difiere la forma de la inmolación; en la última cena Cristo hizo la oblación de Sí mismo; en la Misa, un sacerdote, revestido de poder la hace a nombre de Cristo. El gesto de ofrenda de la Misa es idéntico al de la Cena.

El sacrificio de Cristo posee un valor infinito en sí mismo, pero irá completándose en extensión en cada uno de los bautizados incorporados a su Cuerpo Místico. Por esto la Iglesia ofrece hoy, para los cristianos de hoy el sacrificio único que Cristo ofreció hace dos mil años en la Cruz. La Misa, memorial de la Pasión, permite a los fieles de todos los tiempos actualizar ese sacrificio y unirse a él.

La Santa Misa es ofrecida, en primer lugar por el Sumo Eterno Sacerdote, Jesucristo; este poder lo transmitió a su Iglesia y Ella, por medio del Sacramento del Orden, al sacerdote. En la sagrada ordenación el sacerdote recibe el poder de consagrar el cuerpo y sangre del Señor y de obrar por la fuerza misma de Cristo de quien ha recibido la gracia.

Pero no sólo el sacerdote ofrece el sacrificio sino también en cierto modo los fieles que de él participan. El Bautismo da a cada cristiano un carácter imborrable que les confiere el derecho a participar en la oblación del sacrificio. No tienen como el sacerdote el poder de consagrar la Eucaristía, sino únicamente de ofrecer hostias espirituales a Dios.

La Misa es la oblación de los fieles formalmente reunidos en una comunidad sobrenatural. La Misa es el sacrificio de la Iglesia como tal, o sea, de Cristo con sus miembros los bautizados. Por el hecho de ofrecer el celebrante el sacrificio a nombre de los fieles no se desprende que éstos queden excluidos en su derecho y obligación de ofrecer. De ahí la necesidad de no permanecer pasivos en la "gran acción" (nombre que en la antigüedad se le daba a la Santa Misa) sino de saber asociarse activamente ofreciendo con el sacerdote la víctima adorable al Padre Celestial.

Pero en la Misa no sólo ofrecemos a Jesús sino también, nos ofrecemos "por El, con El y en El al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo" (7). No nos unimos solamente a Cristo-Sacerdote sino también a Cristo-Víctima. Todas las oraciones de la ofrenda en la Sagrada Liturgia piden "que seamos aceptos" y "que nuestro sacrificio pueda agradar".

La Santa Misa es el sacrificio que la Iglesia ofrece a Dios, pero al mismo tiempo debe ser el sacrificio de cada uno de los miembros que en unión con la víctima divina hacen de su vida una perpetua y sublime oblación. La Iglesia expresa en su liturgia esa unión de los fieles al Sacrificio de Jesús por la ceremonia de mezclar una gota de agua al vino que va a ofrecerse y

(7) Palabras del Canon de la Misa.

nos hace pedir en la Misa del Lunes de Pentecostés diciendo: "Dígnate, Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual haz de nosotros mismos una oblación eterna a vuestra gloria por Cristo Nuestro Señor".

Todo esto nos hace ver que la Santa Misa es acción colectiva y que es deber de todos los católicos participar en ella. Del mismo modo, de lo dicho se desprende, que cada cual debe asumir en forma activa la parte que le corresponde en este drama sagrado y considerar la urgencia e importancia de volver plenamente a la piedad tradicional y auténtica, la que nos hace vivir el misterio de la Iglesia y nos lleva a "beber con alegría de las fuentes que brotan del Salvador".

II. ¿COMO PARTICIPAREMOS ACTIVAMENTE EN LA MISA?

1. *Preparación doctrinal*

La participación activa de que os hemos hablado, amados hijos, no tiene valor sino en relación de la participación espiritual que le sirve de fundamento. La primera condición para participar con fruto en el Santo Sacrificio es el unírnos íntimamente a El. No basta con poner un Misal en manos de un católico, hay que hacerlo comprender y sentir los misterios que ahí se encierran. Ni basta con dialogar la Misa o entonar un hermoso coral litúrgico, hay que vibrar con lo que dice y canta. Para que la participación sea efectiva hay que conformarse en lo posible al verdadero sentido de cada acto litúrgico. Para esto es necesario que los fieles comprendan el significado de los diversos objetos sagrados, el sentido de las ceremonias que se desarrollan en la Misa, la función que los Ministros del culto realizan; en otras palabras, que asistan conscientemente a lo que es y debe ser el centro de nuestra vida cristiana.

Es imposible que los fieles saquen de la participación activa en la Misa verdadero fruto si no han sido previamente ilustrados sobre el papel que en ella les corresponde.

Debe haber una preparación doctrinal: conocer la composición de la Misa, la historia de sus Ritos y Ceremonias, el profundo sentido de sus oraciones y enseñanzas. Es triste tener que confesarlo, pero la gran masa del pueblo cristiano desconoce casi por completo las maravillas sobrenaturales que en el Santo Sacrificio se contienen y a causa de esta ignorancia no da a la Santa Misa en su vida espiritual el lugar que lógicamente debiera ocupar. En la tercera parte de esta Carta Pastoral, daremos algunas normas prácticas al respecto.

2. *Misa dialogada*

Una manera práctica y efectiva de participar activamente en la Misa es dialogarla. Sobre esta materia el Episcopado Nacional en su Pastoral Colectiva de 15 de octubre de 1936 expresa lo siguiente:

“Recuerden que la Misa ha de ser un acto intenso de vida interior por el cual nos ofrecemos a Dios en unión con Cristo que allí se ofrece e inmolada como Hostia Purísima de alabanza y reparación.

“Esta participación puede hacerse más viva cuando el pueblo reunido se une externamente al Sacerdote que celebra dialogando en común aquellas partes de la Misa en las cuales según el espíritu de la Liturgia los fieles deben tener parte activa”.

(Pastoral Colectiva sobre la Sagrada Liturgia).

La Santa Sede ha autorizado con ciertas condiciones, que luego señalaremos, esta forma de piedad. Basados en tan solemnes y auténticas declaraciones numerosos obispos y concilios particulares las han implantado en sus Diócesis. Nadie puede después de esto dudar de la licitud de dicha práctica.

La Misa dialogada tiene la ventaja de obligar a los asistentes a seguir atentamente su desarrollo, y hacerlos participar lo más directamente posible del Santo Sacrificio y de instruir mejor a las almas sobre las riquezas espirituales que la Misa encierra.

Pero es necesario en esta materia proceder con método, orden y prudencia no pretendiendo de golpe imponer una práctica a la cual hay que preparar previamente, ni excediéndose más allá de lo que la Iglesia permite dialogar.

Existe en esto un *mínimum* y un *máximum*. El *mínimum* es responder a lo mismo que debe responder al acólito. El *máximum* es, a más de estas respuestas, añadir el Gloria, Credo, Sanctus, Agnus y el “Domine non sum dignus” de la Comunión al Pueblo. Más allá de esto, el decreto de la Santa Congregación de Ritos a que hemos aludido antes, prohíbe otra dialogación. Podemos señalar tres grados en la dialogación de la Misa: el primero, que consiste en la respuesta colectiva de los asistentes, conjuntamente con el acólito, al sacerdote que celebra; el segundo, es a más de las anteriores, la recitación con el celebrante (sin alternar) del Gloria, Credo, “Sanctus”, y “Agnus Dei”, añadiendo antes de la Comunión de los fieles el “Confiteor” y con el sacerdote el “Domine non sum dignus”, a media voz, como lo prescribe el Ritual para la Comunión de enfermos (8); el tercero, es a más de estas partes recitadas en común el seguir en silencio en su Misal las partes variables y no dialogables del Ordinario de la Misa.

Es muy de desear que los fieles que se encuentran ya suficientemente instruidos y han adquirido práctica en los dos primeros grados usen del Misal. Los Devocionarios o “Libros de Misa”, como vulgarmente se les llama, dan una idea general del Santo Sacrificio, pero no pueden enseñar la rica variedad de sus oraciones ni hacer resaltar la parte activa que los fieles tienen en la celebración de la Misa.

El Misal da a la piedad cristiana una sólida base dogmática junto a una inmensa amplitud de pensamiento, ilustra la fe y forma lenta, pero seguramente, las virtudes que orientan la vida. Su uso diario hace recorrer los misterios de la vida del Salvador y a familiarizarse con la lectura de los li-

(8) *Rit. Rom.*, Tít. IV, cap. 4, N^o 16.

bros santos, enseña a educar la sensibilidad y a expresarla en las fórmulas que proceden del Espíritu Santo, desprende del mezquino círculo de una piedad individualista y hace penetrar en el inmenso campo de la vida común de la Iglesia, en su oración oficial.

El uso del Misal da sobre todo el verdadero sentido sobrenatural de la Iglesia, mediadora entre Dios y los hombres, encargada de presentar ante su trono la oración y el sacrificio a nombre de la humanidad y a inclinarse hacia el hombre para comunicarle las gracias que ha recibido de su Divino Fundador.

3. *La Comunión*

Por último debemos recordar que la participación más íntima al Sacrificio de la Misa, es sobre todo, la Sagrada Comunión. La Pastoral Colectiva a que hemos aludido antes, dice a este respecto lo siguiente:

“La misma víctima que ha sido inmolada en el altar, sirve de alimento de nuestras almas y mediante su recepción recibimos plenamente los frutos del Sacrificio Redentor. Teológica, histórica y litúrgicamente la Comunión forma parte del Sacrificio de la Misa”.

Basado en estos principios, el Santo Concilio de Trento formula este voto: “Desearía el Santo Concilio que en cada Misa los fieles presentes no sólo comulguen con el afecto espiritual, sino por la percepción sacramental de la Eucaristía”, voto que renovaba S. S. Pío X en su célebre Decreto *Sacra Tridentina Synodus*, de 20 de diciembre de 1905 sobre la práctica tradicional de la Comunión frecuente y diaria.

Es necesario inculcar la estrecha relación que existe entre la Misa y la Comunión y señalar el hecho que la Comunión forma parte del Sacrificio acostumbrándose así a que dentro de lo posible se acerquen en ese momento de la Misa a recibir a Jesús.

Hay cristianos que ignoran o parecen ignorar que la Comunión no es algo separado de la Misa, sino el medio por excelencia de participar de una manera vital en el Divino Sacrificio. Tanto más buena será nuestra Comunión cuánto mejor nos haga participar al Sacrificio.

III. NORMAS PRACTICAS

Para dar cumplimiento a lo expuesto anteriormente venimos en disponer lo siguiente:

1. Los sacerdotes deberán en sus Iglesias, sean parroquiales o rectorales prepara los fieles a la inteligente participación en la Santa Misa. Igual cosa deberá hacerse en todas las escuelas, colegios y centros catequísticos de la Diócesis.

Esta preparación se hará siguiendo el manual diocesano "Oremus", leyendo y si es posible, comentando la explicación que se contiene en las páginas 53 a la 60 inclusive. Disponemos, que hasta nuevo aviso, todos los Domingos primeros del mes se haga esta lectura al comienzo de la Santa Misa, cuidando de dejar libre el tiempo para la predicación de la homilía que no debe nunca omitirse. En los sitios donde no es posible valerse de un sacerdote puede encargarse de su lectura un seglar de reconocida vida cristiana.

2. En los lugares donde por la escasa formación religiosa de los asistentes se vea que aún no están preparados a dialogar la Misa, ésta se deberá seguir por el "Primer Método" que trae el Manual Diocesano en las páginas 62 y siguientes, cuidando el sacerdote que el "Yo Pecador", los Kiries, el Credo, y el Sanctus se recen en castellano, en alta voz por los fieles y encargando a alguna persona, de preferencia de la Acción Católica, lea al pueblo las oraciones que allí se contienen, teniendo cuidado de ir indicando la página a fin de que todos los que poseen el Manual Diocesano puedan seguirlo. Téngase presente, eso sí, que éste "Primer Método" debe ser una preparación para que cuando el sacerdote juzgue oportuno se pase a la Misa dialogada.

3. Renovamos lo prescrito en la Pastoral Colectiva del Episcopado sobre la Sagrada Liturgia de 15 de octubre de 1936 sobre el rezo en la Santa Misa de oraciones extrañas a ellas que dice así:

"Como práctica que impide a los fieles la participación activa en el Santo Sacrificio señalamos la costumbre que desaprobamos, de rezar públicamente durante la Santa Misa novenas y otras oraciones ajenas al mismo Sacrificio. Por el mismo motivo renovamos la prohibición de que se predique durante una Misa que se celebra en público, sin que ésta, en el momento debido sea interrumpida".

Grabamos la conciencia de los párrocos y rectores sobre el exacto cumplimiento de esta disposición.

4. Donde a juicio de los párrocos y rectores los fieles están debidamente preparados se tendrá la práctica de la Misa dialogada cumpliéndose las siguientes condiciones:

DE PARTE DEL SACERDOTE

a) Pronunciar con voz inteligible y lentamente las oraciones que deben ser respondidas por los fieles;

b) Dejar a los asistentes tiempo para responder;

c) Explicar a los fieles la Santa Misa: su teología, liturgia y práctica;

d) Exhortar a los fieles a tener el Manual Diocesano y animarlos igualmente al uso del Misal enseñándoles su uso;

e) Facilitar a los fieles el calendario litúrgico que se edita anualmente en Santiago (Edit. Splendor), o bien, colocar semanalmente a las entradas

de los templos la indicación de las Misas que corresponden en cada día de la semana (Ordo) o anunciándolo a los fieles de viva voz antes de la Santa Misa;

f) Procurar haya en el templo luz suficiente para leer con facilidad.

DE PARTE DE LOS FIELES

a) Tener el Manual *Oremus* como *mínimum* indispensable para poder participar en la Santa Misa;

b) Aprender bien las respuestas de la Misa comprendiendo su significado;

c) Los grupos que dialogan procuren estar reunidos en un mismo sitio y colocados lo más cerca posible del altar;

d) Tratar de responder uniformemente y con pronunciación clara;

e) *Sagrada Comunión*. Exhortamos a los fieles a que en lo posible se acerquen a recibir la Comunión dentro de la Misa. "Su excelencia le viene del hecho que ella forma parte de la Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del Sacrificio de la Cruz" (*Pastoral Colectiva*). El Ritual Romano dispone en su Título IV que "la Comunión, salvo cuando hay causas razonables no se haga fuera de la Misa";

f) *Canto en las Misas rezadas*. El canto sagrado en la Misa debe tener por fin el ayudar a los asistentes a unirse al Sacrificio; en consecuencia, deben eliminarse aquellos cantos que distraen la atención de la Santa Misa, perturban a las personas que desean seguirla y aún más al sacerdote que celebra.

El canto en las Misas rezadas sólo se permite en los siguientes momentos:

a) En el momento antes de comenzar la Misa para preparar las almas al Sacrificio;

b) Después de la Consagración; un canto Eucarístico que debe terminarse antes del Pater;

c) Durante la Comunión de los fieles;

d) Al final: un canto de acción de gracias o en honor de la Santísima Virgen.

* * *

Confiamos fundamentalmente, amados hijos, que al asociarse más íntimamente al Sacrificio Redentor, recibiremos también con mayor abundancia las infinitas gracias que en él se encierran. Aprenderemos ahí a vivir de Cristo, aumentaremos nuestra fe, acrecentaremos nuestra caridad e irradiaremos esa vida divina que en el augusto Sacrificio se nos comunica.

Que la bendición de Dios Omnipotente -| Padre -| Hijo y -| Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.



PONT. COLLEGIUM S. L. AMERICANO
VIA GIOACCHINO BELLI, 3. ROMA, 12

J. M. J.

Roma, Abril 15. 1925.

Mi querido amigo:

Recibí tu cariñosa Carta de Febeo éltimo la cual te agradezco muy de veras porque me ha dado a este su amigo que lo recuerda muy a menudo ante N. S. J. en sus oraciones a fin que siga desarrollando para abundantemente sobre Vol. sus gracias y consolidación de cada vez más en su santa vocación.

No sé cuánto celebré la noticia que me da de su devoción a la Bola. Fresita (que el 17 de Mayo será canonizada) pues en esto encuentra en Ella una eficaz interesada ante Dios sino también un vivo y adecuado modelo para nuestra santificación. Las virtudes que Ella cultivó no fueron otras que la de una humildad profunda y de una confianza limitada en el Amor Misericordioso de Jesús, base indispensable para toda santificación y especialmente para la perfección sacerdotal. Recorrea cada día mas nuestra pequeñez y miseria, amoldarnos en la contemplación de nuestros innumerables pecados, comprender, como dice el Apóstol, quid sint el sacrificio de la gracia ni el nombre de Jesús poseerlos promercedes pero tener una confianza muy grande en el Corazón amante de Cristo, que nos quiere salvos, que desea elevarnos a grande altura y no nos da de otra condición que nuestra "libre voluntad" para dejarlo o no. "Ipse faciet" El Señor hará su obra con tal que no le pongamos obstáculos, que no tengamos otra voluntad que la suya y la cumplamos en el momento presente o sea, preguntarse siempre: ahora, ¿qué es lo que Dios quiere de mí? Cumplamos pues su voluntad, (como habla con un filósofo de la hora en términos filosóficos) "hic et nunc" sin ilusionarnos con proyectos futuros o proyectos de santificación para tiempos venideros; todo esto sin agitación ni temor haciendo lo que se puede, el resto déjalo a Dios, y oficiar de nuestra buena voluntad para hacer mucho, que si es imposible realizarlo por la debilidad de nuestras fuerzas sirve para darnos nuevos motivos de humildad. ¡Qué tanto! mucha y muy grande devoción a nuestra buena Madre, Ella es el camino seguro para ir a Jesús y el secreto para unirse con El está en hacer todo por medio de María. "In Deo Maria, Con Maria, Por Maria y Para Maria". No hace de tí una línea sobre esta devoción que le ruego leer con atención. Los sucesos de Chile de que me hablas, me confirman en la idea de que necesitamos más que nunca deos sanctos y preparados, aprovechar bien sus años de formación, almas de mucha virtud y ciencia para ser después un apostolado del Reino de Dios del Corazón de Cristo, recordando que vendrá a quien pece, porque El lo quiere. Los mismos acontecimientos éltimos serán los caminos de que El se valdrá, nos purificará por medio del sufrimiento para que seamos mejores, y nos levantará del infierno por medio de María.

¿Qué quiere que le digas de mi estado en Roma? He aquí lo que te cuento. "Bola", sin embargo queda tiempo para

Cartas del seminarista Manuel Larrain al seminarista Francisco Gilmore, actualmente Obispo castrense.

* (Continúa 16 páginas más adelante).

OREMOS CON LA IGLESIA, LA ALABANZA DE DIOS (1)
PROLOGO
(1955)

A la gloria de la Trinidad Santísima, entrego este sencillo trabajo que no persigue otro fin que el acercar más a los fieles a la plegaria oficial de la Iglesia y hacerles gustar las riquezas inextinguibles que ahí se encuentran.

La ignorancia religiosa que destroza nuestra edad no será vencida mientras las almas no sean educadas plenamente por la pedagogía sobrenatural de la Iglesia, que es su liturgia.

El sentido de Dios, tan perdido hoy día, no será recuperado, mientras no lo invoquemos con las mismas palabras que El nos entregó para honrarlo.

De ahí que este libro, sencillo y breve, puede, a nuestro juicio, ser una preciosa guía para llevar a gustar ese "gaudium de veritate" (2) de que S. Agustín nos habla.

Junto con entregarlo a mis fieles de la Diócesis de Talca, lo entrego también a todos los seglares de Acción Católica de América Latina, convencido que orando con la Iglesia aprenderán a trabajar con la Iglesia.

LA ALABANZA DE DIOS

"Para que el verdadero espíritu cristiano reflorezca... es necesario buscarlo... en su fuente primitiva e indispensable; la participación activa en los Santos Misterios y en la oración PÚBLICA y SOLEMNE de la Iglesia".

Estas palabras del gran restaurador de todas las cosas en Cristo, San Pío X, han sido la voz de orden que ha promovido en toda la Iglesia el despertar litúrgico, el ansia de ir a beber la piedad en la fuente cristalina de la oración oficial y auténtica que la Esposa de Cristo, en unión con El eleva a cada instante para cantar la gloria de la Trinidad e implorar las misericordias divinas sobre el mundo.

La participación activa en el Santo Sacrificio de la Misa, centro de la vida espiritual de toda la Iglesia, ha ido gracias a Dios, difundándose cada vez más por medio de los Misales traducidos a lengua vulgar y la práctica de la llamada "Misa dialogada" que, lenta, pero seguramente va dando a los

(1) Librito publicado en B. Aires, Ed. Guadalupe. A estas páginas introductorias sigue una parte del Oficio Divino, para ser rezado habitualmente.

(2) tr.: "gozo de la verdad".

fieles el sentido de su lugar y de su acción en el Cuerpo Místico de Cristo. Esta mejor comprensión de la Misa va alimentando la piedad del pueblo, vigorizando su fe y mejorando su vida.

No sucede en igual forma con la liturgia de alabanza, que impuesta a los ministros y aconsejada a los fieles, no es de éstos suficientemente conocida y estimada, privándose así de beber en una de las fuentes más puras de la verdadera y tradicional piedad católica.

El Oficio Divino, es un conjunto de oraciones dispuestas en un cierto orden por la Iglesia para ser cantadas por los fieles unidos a los sacerdotes o recitadas por estos últimos a nombre de ella todos los días. El Oficio Divino encuadra el Santo Sacrificio de la Misa, lo prepara, prolonga y es como un eco, que en los distintos momentos del día, nos recuerda el homenaje de alabanzas y acción de gracias que debemos a Dios.

Se compone de SALMOS, la oración por excelencia brotada bajo la inspiración del Espíritu Santo, de ANTIFONAS, pequeñas fórmulas sacadas generalmente de los mismos salmos, LECTURAS de los libros santos, RESPONSORIOS y ORACIONES apropiados a la fiesta o misterio que se celebra. El Oficio Divino es la Oración Social, la grande y sublime Oración, la Voz solemne de la Iglesia, la expresión auténtica de su amor, de su súplica, de su alabanza, el "Opus Dei", la obra de Dios, como la llama San Benito, LA ALABANZA DEL SEÑOR.

Esta sencilla obrita, cuyo único fin es dar a gustar a los fieles ALGO de lo que en ese divino oficio se encierra, no pretende en ningún modo sustituir las magníficas y completas obras editadas en castellano por los PP. Gubianas y Azcárate, en Barcelona la primera y en Buenos Aires la segunda.

A quienes quieran penetrar más a fondo en la oración de la Iglesia recomendamos vivamente estas dos completas traducciones del Breviario Romano.

Lo único que pretendemos, es dar a conocer a los fieles en vez de muchas fórmulas rutinarias y vacías de sentido, la sublime y tradicional oración y hacer que conociéndola participen dentro de lo posible en la Plegaria Jerárquica de la Iglesia.

La Iglesia tiene SU oración con la cual santifica las diversas horas del día y prolonga por medio de ella los sentimientos que la embargan al ofrecer cada mañana el Sacrificio.

El mundo duerme sumido en las tinieblas, pero el corazón de la Iglesia, Esposa amante, vela entonando su canto de MAITINES. Comienza la aurora a teñir los cielos y el canto de LAUDES santifica el día que se inicia. El sol acaba de aparecer y el rezo de PRIMA recuerda a Cristo verdadero sol de justicia. TERCIA interrumpe un instante los trabajos ya iniciados llevando el pensamiento hacia esa hora en que el divino Espíritu descendió como viento impetuoso sobre la Iglesia naciente en Pentecostés. El sol llega al cenit. El hombre va a descansar y reparar sus fuerzas y la hora de SEXTA aviva sus energías espirituales. NONA nos lleva hacia ese instante en que Jesús "dando una gran voz entregó su espíritu (3). VISPÉRAS,

(3) Jn. 19, 30.

la oración vespertina, santifica esta hora en que el sol declina, el trabajo termina, las sombras de la noche comienzan a extenderse y el hombre siente más que nunca la necesidad de elevar su espíritu al Señor. **COMPLETAS**, las verdaderas oraciones de la noche, piden para nuestro reposo la bendición del Señor y hacen que tranquilos nos cobijemos "bajo las sombras de sus alas" (4).

Así la Iglesia en su liturgia de alabanza hace que el trabajo y la oración, la acción y la contemplación se mezclen en forma admirable y cada día sea como el resumen de lo que debe ser toda vida cristiana. Admirable y sencilla pedagogía sobrenatural que va formando lenta, pero seguramente el verdadero "sentido de Cristo" en las almas.

Dar sentido cristiano a la vida, llevar al alma a beber en las fuentes más puras y auténticas de la piedad, señalar en vez de rutinarias formas de oración, las sencillas y profundas de la oración de la Iglesia, tal es el fin de este libro y el anhelo que nos mueve a editarlo.

(4) Cfr. *Sl.* 17 (16), 8.

EL AJUAR LITURGICO.
PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II (1)
(12 - XI - 1962)

"Eminentísimo Presidente, Venerables Padres y muy queridos Observadores:

Diré unas breves palabras ante vosotros en nombre de algunos obispos, especialmente chilenos, que trabajan en América Latina.

Voy a proponer algunas modificaciones al cap. VI, acerca del ajuar litúrgico.

En la pág. 193, línea 9: Después de "algunas veces se ha introducido la vanidad", añádase "de tal manera que los signos sagrados han llegado a perder su significado espiritual y evangélico."

En la misma página, línea 22, agréguese al final: "conservando siempre con claridad no sólo la sencillez ya mencionada, sino también una sobriedad concorde con el Evangelio."

(1) Texto latino original: *Acta Synodalis Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*. Vol. I. Periodus Prima. Pars II (Congregationes Generales X - XVIII) Typis Polyglottis Vaticanis, 1970, 621 - 623. Traducción del P. Fernando Retamal. Los subrayados son del texto original. Esta es la 17ª Congregación General y en ella se debaten los capítulos finales del esquema sobre Liturgia.

Deseamos además que en el Concilio se emita un voto concebido en estos términos: Ha parecido conveniente a este Sínodo expresar su deseo que se supriman del culto sacro aquellos ornamentos e insignias externas que en nada contribuyen a una digna transparencia y a una sobria belleza, sino que, en cierto modo, se asemejan más bien a la vanidad de tiempos pasados o de una desusada magnificencia o, incluso, de un opulento boato.

Hay muchos motivos que recomiendan esto; me interesa solamente presentaros brevemente los más importantes:

El ajuar y todo cuanto se usa externamente en el culto divino se reduce al género de los signos litúrgicos y, por consiguiente, deben participar de algún modo en el mismo simbolismo sagrado, de tal manera que su uso contribuya realmente a manifestar con mayor claridad el Misterio Pascual de Cristo y a conducir con mayor fruto a los hombres de nuestro tiempo a las realidades invisibles a través de lo sensible.

Para obtener esto, nos parece necesario revisar el ajuar litúrgico de acuerdo al deseo expresado. En efecto:

1. El Misterio Pascual de Cristo, culminación de toda la vida de Jesús, se manifiesta ciertamente por una pobreza verdadera, sensible: verdadera, pues, aunque decorosa: aún más, el Evangelio del Nuevo Testamento proclama constantemente la pobreza, mientras con fuerza y dureza se refiere a los ricos.

El mismo Jesús, hijo del carpintero, en la sinagoga de Nazareth, como narra el evangelista S. Lucas, empezó a anunciar a sus coterráneos que en él se había cumplido la Escritura anunciada por el profeta: "Me envié a evangelizar a los pobres" (2). Por lo demás, en toda la economía de la salvación, Dios hizo cosas grandes poniendo sus ojos en la humildad de sus elegidos.

Aunque estrictamente hablando la pobreza no es una virtud, sin embargo después del pecado original y a causa de la Encarnación del Verbo, es una forma peculiar que acompaña constantemente a la manifestación de Dios en la historia de la salvación, por lo cual, de hecho, en la pobreza conocen los hombres con mayor nitidez y seguridad el rostro de Dios y en la pobreza escuchan su voz con mayor claridad y eficacia. Los más grandes hombres en la historia de la salvación y los momentos más importantes en la vida de la Iglesia, se hallan coronados por el esplendor de la pobreza.

2. Nadie niega que el culto litúrgico debe ser hermoso y digno. Sin embargo, la verdadera belleza nada tiene que ver con el fulgor de las riquezas o el esplendor del boato, sino que es, como enseñaba el gran S. Agustín "el resplandor de la verdad"(3).

La Verdad que hay que manifestar en la Liturgia es el Evangelio de la salvación, o sea la revelación del amor divino, por el cual "de tal manera Dios amó al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito" (4), por el cual "el Verbo

(2) *Lc. 4, 18.*

(3) *Cfr. Confesiones, 10, 27, 38; De la verdadera religión, 4, 77.*

(4) *Jn. 1, 14.*

se hizo carne”, por el cual “siendo de condición divina se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo” (5), por el cual Dios “siendo rico por nosotros se hizo pobre, a fin de enriquecernos con su pobreza” (6).

Debemos lamentar que la fascinación de las frivolidades haya oscurecido parcialmente esta sublime verdad, logrando que, lo que debía ser un medio pedagógico para conocer con claridad las inescrutables riquezas de Cristo, insensiblemente se haya puesto al servicio de la vanidad humana.

3. En fin, los signos sagrados deben ser elocuentes para los hombres de nuestro tiempo, no sea que se desvirtúe su papel de signos.

Una gran preocupación de nuestro siglo se vuelca hacia el uso social de las riquezas y busca el desarrollo o progreso de las naciones subdesarrolladas y la victoria sobre la miseria. La Iglesia misma, en nuestra época, llora la apostasía del pueblo, o sea, principalmente de los sectores proletarios.

El oficio de los pastores en esta hora consiste en hacer que el Cuerpo Místico de Cristo en la tierra sea de verdad, como recientemente ha señalado el Sumo Pontífice Juan, “la Iglesia de los pobres”, no sólo como un deseo, sino efectivamente, no sólo en la enseñanza, sino mediante su actuación, sus manifestaciones y el estilo de vida de sus ministros.

Deseamos, pues, que el ajuar litúrgico y *toda* la vestimenta de los ministros de la Iglesia, reflejen mejor al Evangelio, de acuerdo con la decorosa pobreza de Jesucristo y contribuyan así de manera conveniente al anuncio de las cosas divinas.

En tiempos remotos, muy difíciles para la Iglesia, ya fué dicho con gran lucidez: “Está permitido que los hombres sean cambiados por cosas sagradas, pero no las cosas sagradas por hombres”. He dicho”.

(5) *Flp.* 2, 7.

(6) *2 Co.* 8, 9.

**LA CATEDRAL, CENTRO
DE LA
LITURGIA DIOCESANA**

La Catedral: Significado eclesial

La fechas de los escritos que a continuación presentamos nos muestran cómo, a poco de llegar este obispo a la Diócesis, manifiesta ya su preocupación por la Catedral.

Al hacer el recuento de la obra de su hermano mayor en el Episcopado, Mons. Juan Subercaseaux, por otra parte, señala:

“Amó a la Iglesia en la hermosura de la Casa del Señor, expresión tangible de su mística unidad y Linares guardará como recuerdo del gran Obispo, su templo Catedral” (La Iglesia en su vida íntima, p. 359).

El texto no necesita comentario. Parece un autorretrato. Si en lugar de decir Linares dijera Talca, lo podríamos aplicar íntegro al propio Mons. Larraín.

Las penúltimas palabras de su Testamento Pastoral son: “Quiero que mis restos descansen en mi Catedral, en medio de vosotros”.

En un manuscrito de sus tiempos de Apostolado en la Universidad Católica, en un 9 de noviembre, día en que la Liturgia conmemora la consagración del Templo de San Juan de Letrán, con ocasión del Mes de María nos presenta, en clara síntesis, qué significan para él a la luz de la fe, los templos.

La mejor introducción a los textos sobre la Catedral nos parece ser este escrito de su puño y letra. Por ello, lo transcribimos tal cual en la página siguiente:

Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán

Celebramos hoy el aniversario de la lusa
Gracia de la primera iglesia de la ~~San Juan~~ ~~de Letrán~~
francia ~~de San Juan de Letrán~~,
Catedral del Papa, "madre y cabeza de
todas las iglesias."

El templo existió como símbolo, la Igle-
sia España immaculada de Cristo y por esto
la liturgia rodea su consagración ^{de todo}
el esplendor de sus ritos. El nos ^{anuncia} recuerda:
"la ciudad santa, la nueva jerusa-
lén, descendida del cielo adornada como
la esposa que aguarda al esposo. No hay en
ella ni llanto, ni grito, ni dolor" (Ezequiel).
"Es la celestial Jerusalén, la ^{trinidad} ^{celestial} ^{trinidad}
de paz, la ciudad formada de piedras
vivas que son los Santos" (Apoc. de 21:2).

El templo cristiano que representa el
templo eterno de la gloria viene profun-
do respeto "es la Casa de Dios y la
puerta del cielo". El nos habla también
de ese otro templo santo que es el Corazón
del cristiano en gracia. Templo en el.

Donde habita la Trinidad Santísima
comunicando su vida de vida.

Si contemplásemos con mirada de fe
nuestras iglesias, si fuéramos en su
profundo significado, si sus oramos en su
gracia por lo el olvido no recordasen la
santidad de nuestra alma, cuánto fruto
recogeríamos al visitar cada vez nuestros
santuarios.

"A la Casa de Dios conviene la santidad.
A Cristo su Esposo adoremus en ella"
(Trinit. de Mart)

Unice María, el templo jerusalén de
la diinidad, visitáramos la amara, re-
feta y venera nuestros santuarios.

LA CATEDRAL: BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA (1)
GRATITUD
(31 - X - 1939'

Pasadas las solemnes festividades realizadas con ocasión de la primera piedra de nuestra Iglesia Catedral, creo un deber de justicia expresar mi más profunda gratitud a todos los que, en una forma u otra, sea con su presencia, su aliento, su trabajo o su limosna han contribuído a su éxito.

Las cariñosas manifestaciones al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, dignas de las hidalgas tradiciones de Talca, la numerosa asistencia al acto de la bendición de la primera piedra, donde ha vibrado todo el alma colectiva de la ciudad, la cooperación que constantemente se ha encontrado y que ha hecho fácil y fructífero el trabajo, todo eso compromete profundamente mi gratitud.

Lamento que dificultades materiales y la necesidad de disponer del mayor local posible hayan impedido colocar asientos para los concurrentes al acto del domingo en la tarde imponiéndoles más de alguna molestia, pero estoy seguro que todos, con el espíritu que los anima, sabrán disculpar esta deficiencia y ofrecer este sacrificio por la obra en que nos hallamos empeñados.

Para las autoridades que han prestigiado estos actos con su presencia, para la prensa que con tan buena voluntad ha en todo instante cooperado, para el Club Talca y para el abnegado Cuerpo de Carabineros (2) que ha debido imponerse dura labor, vayan de un modo especial mis agradecimientos.

El abnegado trabajo del clero secular y regular, admirablemente secundado por la Acción Católica y demás sociedades religiosas han hecho posible realizar con brillo todos los actos de esta Semana de Cristo Rey. Para todos ellos la gratitud más sincera de su Obispo.

En cambio de tanta bondad yo sólo puedo repetir lo que expresé al llegar por primera vez a esta querida ciudad: la voluntad decidida de trabajar por su progreso espiritual y material y el anhelo, hoy avivado, que esta Catedral que se levanta, sea como símbolo de la unión de todos los espíritus y corazones para el bien común.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 5.

(2) Policía chilena.

**CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
PRIMER LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(19 - I - 1941)**

He iniciado las labores de reconstrucción de la Catedral de Talca.

Comienzo con muy escasos medios materiales, pero con gran confianza en la protección divina y la comprensión y ayuda de todos los que de un modo u otro se sienten vinculados a estas tierras.

Las catedrales han sido siempre y en todas partes el resultado de gran esfuerzo colectivo.

Casa espiritual de toda una familia, ha de ser levantada por la familia entera.

El obispo hace y seguirá haciendo lo posible por ejecutar la obra, pero es un simple ejecutor de una obra común.

El está dispuesto a trabajar sin descanso y a imponerse todos los sacrificios personales que sean necesarios hasta tanto no se vea totalmente realizada la reconstrucción del Templo Diocesano. Pero, sin la ayuda de los fieles, nada podrá hacerse.

El sabe que dicha ayuda no le será negada, porque le ha sido sinceramente prometida.

Esta promesa lo ha adelantado a iniciar la obra a pesar de las grandes dificultades que humanamente se contemplan.

Algunos fieles han aportado su cooperación; gracias a ella han podido comenzarse los trabajos, Mas si la ayuda faltare en adelante, habría que paralizarlos. Sería muy sensible y además desdoloroso para el honor de Dios y para el prestigio de la Iglesia.

El Obispo de Talca pide a todos, sin excepción alguna, su colaboración; a cada cual en la medida de sus fuerzas.

La Catedral representa la unidad de un pueblo en la Fe, en la Oración y en el Espíritu. Es la más acabada expresión del sentimiento colectivo de una región.

El Templo es no sólo el mayor medio de acercamiento del hombre a Dios, sino también, acercamiento de los hombres entre sí.

Bajo sus bóvedas se recobra el sentimiento de la fraternidad. Emprendo en nombre de Dios y por el bien de la Diócesis esta obra, en la cual estoy cierto, encontraré la comprensión y el apoyo de todos los que penetran su alta significación.

Desde ahora pido al Señor retribuya con abundancia de gracias espirituales y temporales la generosidad de todos aquéllos que contribuyan a levantar su templo.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 6.

CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
SEGUNDO LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(28 - III - 1942)

Ignoro el nombre del autor del hermoso artículo titulado "Un afiche que da que pensar", aparecido en este Diario el jueves 26 del presente.

Sin conocerlo le envió desde estas líneas mi emocionada gratitud. Igual gratitud quiero hacer llegar a los Consejos Diocesanos de la Acción Católica de mujeres y jóvenes que una vez más han testimoniado a su Obispo su fiel e inquebrantable adhesión.

Faltaría a mi norma invariable de sinceridad que siempre he seguido, si no dijera que el artículo en referencia revela un hecho que a mí se me hacía doloroso proclamar y que estoy cierto que al ser conocido será prontamente subsanado.

Después de largos meses de preparación, de estudios de los planes, de cálculos de resistencia, de gestiones para obtener un préstamo de la Corporación, pude iniciar la obra de reconstrucción de la Catedral de Talca. Junto con la confianza en Dios me alentaba la promesa muchas veces repetida de que en cuanto iniciara la obra encontraría unánime cooperación.

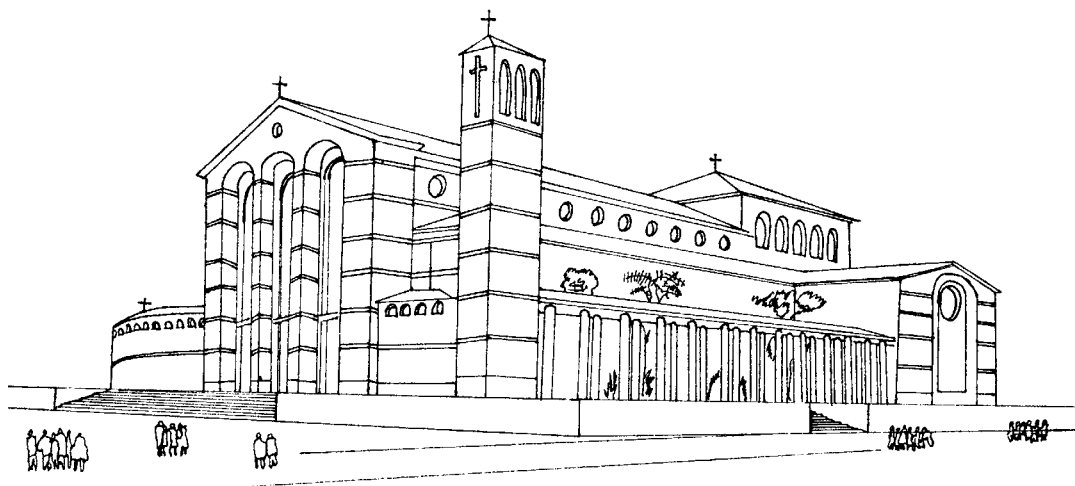
Van pasando ya seis meses de ímprobo trabajo, Dios sólo sabe cuántas dificultades de todo orden ha sido necesario solucionar. Los cimientos de cinco metros de profundidad y en los cuales han entrado cuarenta toneladas de fierro y cinco mil sacos de cemento, estarán terminados a fines del próximo mes. Los gastos de esta parte de la obra pasarán largo de medio millón de pesos.

¿De dónde he obtenido ese dinero?

En primer lugar del préstamo de la Corporación de Reconstrucción en donde he encontrado las mayores facilidades. Enseguida, de la generosa donación de una cristiana alma que oculta su nombre y que quiso en forma eficiente cooperar a la reedificación del templo donde ella y sus mayores aprendieron a orar. A esto se añade la suma recolectada, paciente y abnegadamente, en diez años de labor por el Comité formado en Talca con este fin, donde se han reunido las pequeñas cuotas que encierran a veces grandes sacrificios y a cuyo esfuerzo se ha sumado otra similar que funciona en Santiago.

Lo recolectado hasta la fecha en Talca durante diez años, escasamente llega a los cincuenta mil pesos. Esta suma, demás está decirlo, se gastó totalmente en la instalación de las faenas y demolición de las ruinas del antiguo templo. Igual cosa ha pasado con la donación a que antes me refe-

(1) Publicado en *D. M.*



Proyecto de la Catedral, aparecido en el Diario La Mañana, de Talca, el 29 - X - 1939, p. ó.

ría. Del préstamo de la Corporación ya se ha gastado buena parte, queda un saldo de poco más de cien mil pesos.

¿Cómo continuará?

Ante todo diré que no omitiré sacrificios por terminar la obra. La majestad de Dios lo exige y la importancia de Talca lo reclama y estos dos pensamientos me harán luchar hasta donde mis fuerzas lo permitan.

Pero a pesar de estos propósitos, ¿lograré realizar la obra?

—Imposible, si lo que está pintado en el afiche de la Catedral a que aludía el articulista, no se encarna en cada mente y en cada corazón.

La Catedral es obra de todos. Todos debemos ayudar a reconstruirla. Hasta ahora no me parece que este concepto haya penetrado plenamente en los espíritus.

No quiero que se diga *“la Catedral es obra del señor Obispo”*, sino la Catedral es obra del pueblo y de los católicos de Talca y de la Diócesis. Así lo comprendieron los siglos de fe que levantaron las grandes catedrales medievales, obra colectiva donde se volcó el ideal de toda una serie de generaciones que anónimamente construyeron la basílica de piedra, expresión magnífica de unidad espiritual. Así lo comprenden en el momento actual y en todos los pueblos los verdaderos creyentes.

¿Fallarán en esta obra mis queridos diocesanos de Talca?

No lo creo —y aunque hasta el momento tengo muchas esperanzas y promesas y pocas realidades—, estoy cierto que no dejarán abandonado en esta empresa a su Obispo que es sólo un intérprete de sus voluntades y un modesto realizador de sus anhelos.

Se está organizando para el próximo mes de mayo la Gran Colecta Pro-Catedral y pienso que para esa fecha mis esperanzas serán realizadas y las promesas de ayuda cumplidas y así el articulista podrá de nuevo decir que *“Lo que el frío quebrajó”*, un nuevo fuego de entusiasmo volvió a reanimar.

**CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
TERCER LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(26 - IV - 1942)**

Amados hijos en el Señor:

Desde el primer día de nuestra llegada a esta querida Diócesis, hace ya más de tres años, se nos hizo ver de todos los sectores la necesidad urgente de reconstruir la Iglesia Catedral destruida por el terremoto de 1928. Los fieles sentían la necesidad de un refugio espiritual para sus almas, los ciudadanos amantes de esta tierra comprendían que la Catedral es como el alma de toda una región, los hombres de cultura que saben apreciar lo que significan estos monumentos de piedad y de arte para el progreso de una colectividad, la deseaban ardientemente y el pueblo esforzado y creyente que en los grandes templos vive como en parte ninguna el sentido de la fraternidad cristiana y humana la reclamaba como una imperiosa necesidad. Y no menos podía desearla vuestro Prelado, que en las tradiciones y en el sentir de la Iglesia compendia todo el alto significado sobrenatural y humano que una Catedral encierra.

En efecto, el templo cristiano es símbolo de la Iglesia espiritual, o sea, de la gran familia cristiana que tiene por jefe a Cristo y de la cual todos nosotros somos miembros. Ahí se da a Dios por las ceremonias del culto público el homenaje solemne de adoración que le debemos. Ahí los espíritus en el recogimiento de la oración se elevan hacia el Señor pidiendo consuelo en las pruebas y fuerza para sus necesidades. Ahí sin distinción de clases y categorías, hechos "un solo corazón y una sola alma", los cristianos se congregan para sentirse humanos bajo la común paternidad de Dios. Ahí, reunidos, junto a sus pastores, los fieles comprenden mejor que en parte alguna la unidad en torno a la jerarquía. Ahí, en una palabra, se realiza la frase del Libro Santo que ésta es "la casa de Dios y la puerta del cielo" (2).

Pero si todos los templos son santos, sin embargo, existe entre ellos un orden de preeminencia ya que son el símbolo concreto y material de la jerarquía espiritual. La Iglesia está constituida jerárquicamente: el Papa, los Obispos y los Párrocos. Mediante esta división la Iglesia ejerce su poder de magisterio, de santificación y de gobierno. El Papa en la Iglesia universal, el Obispo en la Diócesis y el Párroco en su parroquia son los centros de

(1) Publicado en *D. M.*, p. 1.

(2) *Gn.* 28, 17.

conocer los monumentos y preciosidades
de la Ciudad Eterna. Como le prometí,
ante el hoyo de San Santo Patricio (el
cuerpo de él se encuentra en Goa en la India)
y ante los restos de S. Luis y S. Juan Berchano de quien
le envió 2 estampos de cadenas en su sepulcro, y de S. S.
Pío X lo he tenido muy presente y he pedido "nomine
atum pro Vob.

A. S. S. lo he visto en varias ocasiones, 2 de ellas en audien-
cia, con cuánto cariño habló de Chile en la que concedió
a la peregrinación: No sabe Ud. que impresión tan grande se
siente al estar en la presencia del Vicario de Cristo y como com-
prende uno el deber de amarlo mucho y propagar siempre el
amor grande al Papa. Sea éste uno de sus apóstolados: la sumi-
sion filial a la Santa Sede aún en los menores deseos de
su representante. En el Vaticano se aprecia mucho a Chile y muy
en especial a nuestro querido Arzobispo que con tanta entereza se
nie las doctrinas que la Santa Sede quiere aún cuando se lo
critique. Las doctrinas de abstención del clero en política que nuestro
Arzobispo ha predicado son las de la Santidad.

He visitado en tres ocasiones la gran Exposición Misionera abierta
con ocasión del Año Santo, es algo realmente impresionante y subli-
me que nos hace conocer algo de lo que la Iglesia realiza por la
evangelización de los pueblos, y la labor heroica y sublime del misio-
nario. Aunque siempre por las misiones católicas y que esta es la ayuda
que ahora podemos darle y no olvidar que la Sta. Trinitad vivía y vive
solo por los misioneros.

En pocos días más le enviaré una bendi-
ción de S. Trinitad.

¿Usted inspector le ha tocado? y sus compañe-
ros ¿cómo están? salídelos cariñosamente a

todo de mi parte.

Escríbame seguido, pues celbo mucho sus cartas y a que
solo lo suyo me interesa.

Disponga de su amigo afuso que mega por Ud.
En atención pero con ore.

Afuso en C. y M.

James L. Lanain

Los chilenos muy bien - Suarez y Lanain han deya-
do muy bien puesto el nombre de la colonia, obteniendo
muy buenas notas en sus exámenes semestrales.

unidad espiritual y los eslabones de la jerarquía que gobierna el reino de las almas. De aquí viene la importancia de la Catedral, templo de toda la Diócesis y sede del Obispo, donde enseña y preside la oración litúrgica de su grey.

La Catedral es el hogar de toda la familia diocesana y en ella se realiza en forma plena la verdadera unidad de los fieles con su Pastor y entre ellos mismos. No se puede comprender lo que es la Iglesia de Jesucristo si se olvida esta unidad en torno al altar y del Prelado que en ninguna parte como en la Catedral se expresa.

Junto a estas razones de carácter espiritual, otras de orden humano vienen a hacer ver la urgencia de este templo. Quien haya visitado las grandes ciudades de Europa sabe lo que significa para la cultura de un pueblo su templo Catedral.

Talca tiene una doble tradición de catolicismo y de cultura que debe mantener y acrecentar. Desdeciría de su progreso y hablaría tristemente del amor de sus hijos a este suelo, el seguir exhibiendo en su Plaza principal un hacinamiento de escombros y de ruinas.

Todas estas razones nos movieron a iniciar la construcción de nuestro templo Catedral. Consultado por una parte la tradición arquitectónica de la Iglesia y de otras las adaptaciones al arte moderno, el distinguido arquitecto y profesor de la Universidad Católica, don Ramón Venegas, ejecutó gratuitamente los planos de la Catedral de Talca en un hermoso estilo románico modernizado. La Corporación de Reconstrucción y Auxilio nos concedió un préstamo para iniciar las obras.

Una generosa dama vino también en nuestra ayuda en recuerdo de sus mayores que en ese sitio elevaron sus almas al Señor en el antiguo templo.

Pequeñas cuotas colectadas durante los últimos ocho años han permitido realizar lo que hasta aquí va hecho. Todos estos fondos están prontos ya a terminarse.

Por el bien de las almas, por el progreso espiritual de la Diócesis de Talca y por la cultura de la ciudad no desmayaremos en esta obra iniciada, aunque muchas veces hayamos sentido el desaliento de la soledad en esta empresa.

Con este objeto iniciamos en la Diócesis, a partir del primer Domingo de Mayo, la Cruzada por la Catedral que habrá de culminar el 14 de Junio que establecemos como el "*Día de la Catedral de Talca*".

Desde esta fecha disponemos que en todas las Misas se rece la oración que adjuntamos. Lo primero que pedimos es la plegaria.

"Si el Señor no edifica la Casa en vano trabajan los que la construyen" (3).

A las almas fieles suplicamos ante todo sus oraciones, para alcanzar de Dios los medios necesarios.

Los sacerdotes rezarán hasta el 21 de Mayo en conformidad con las normas litúrgicas y en lugar de la colecta "*Et famulos*" la oración "*Deus refugium nostrum*" (nº 12 de las oraciones diversas). Las comunidades religiosas rezarán con este mismo fin una estación ante el Smo. Sacramento.

(3) Sl. 126, 1.

Pedimos a todos la ayuda material.

La Catedral es obra de todos, todos debemos ayudar a reconstruirla.

La Catedral es obra de toda la Diócesis y para toda la Diócesis.

Contamos con el auxilio de toda la Diócesis.

Sin vuestra cooperación abnegada y generosa esta obra no podrá llevarse a término.

Estamos ciertos que esta ayuda vuestra no faltará.

No nos la negaréis porque nos la habéis prometido y basado en vuestras promesas generosas y en la confianza en el Señor hemos iniciado la obra.

Cada piedra de la Catedral debe representar vuestro esfuerzo y sacrificio.

Todo un pueblo que cree y que labora su verdadera grandeza debe estar representado en este templo, expresión colectiva de vuestro amor a Dios, de vuestra unión a la Iglesia y de vuestro bien entendido afecto a esta tierra.

CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
CUARTO LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(16 - VII - 1943)

¿Se parará la construcción de la Catedral?

Es la pregunta que a menudo recibo y que hasta ahora me había limitado a responder diciendo: "haré todo lo posible porque esto no suceda".

Las razones ya las dí en otra ocasión: la majestad de la casa de Dios, el monumento que más contribuirá al embellecimiento de Talca, las tradiciones de la ciudad que se agrupan alrededor de este templo, los numerosos y leales obreros que quedarán sin trabajo, todo esto me movió a pedir un esfuerzo general para evitar una paralización de la obra.

Desgraciadamente en un mes más deberé dar cumplimiento a esta forzada determinación. Los fondos ya se han agotado. El préstamo de la Reconstrucción se ha empleado totalmente y no puedo exponerme a la difícil situación de no dar cumplimiento a los compromisos contraídos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

A mi llamado de hace dos meses, han correspondido varias personas de Talca y de Santiago y amigos personales que siempre tratan de secundar mis obras. La suma total recogida en estos meses ha sido de 122.602 pesos.

Guardo la más profunda gratitud para los que en forma generosa han respondido a mi llamado. El Señor les pagará su desprendimiento y la Catedral agradecida guardará sus nombres para presentarlos a Dios en la plegaria de la Iglesia.

Pero... la suma que se necesita es aún mayor. Las erogaciones recibidas ya se han concluído.

¿Se paralizará la Catedral?

Es la pregunta que continuamente me asalta. Miro sus muros que comienzan a alzarse hacia el cielo y me digo: ¿Quedarán inconclusos como expresión de un anhelo no realizado? Contemplo la elegancia de sus arcos que ya se dibujan y pienso: en un día no lejano ¿Se albergará bajo sus bóvedas la majestad de Dios?

Si miro la realidad presente el desaliento me invade, pero después reacciono y digo: Talca no puede quedar sin un monumento que hable de su espíritu, sin la torre airosa que como una flecha le señala el cielo.

Y entonces confío. En Dios primero, por cuya gloria se trabaja y en los hijos de esta ciudad que saben valorar lo que la Catedral representa y significa.

Pero entre tanto la pregunta se clava ansiosa: ¿Se paralizará la Catedral?

Espero la respuesta.

CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
QUINTO LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(2 - X - 1944)

El 6 de agosto del presente año publicaba "La Mañana" la lista de las personas que generosamente habían respondido a nuestro llamado suscribiendo el "Bono Pro-Catedral de Talca".

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

Son trescientos nombres de personas de todas condiciones, estado e ideologías, que han comprendido lo que la Catedral significa en su pueblo y que en aras, unos de su fe, otros de su amor a la ciudad y a su progreso no han titubeado en ofrecer su dádiva amplia e inmediata.

No necesito insistir cuán honda gratitud guardo hacia todos, cómo sus nombres antes de grabarse en el mármol ya están en el corazón del Obispo de la Diócesis y cómo cada mañana sube silenciosa y humilde mi plegaria al Señor para ellos.

Ha sido la primera parte de esta hermosa jornada de amor a su fe y a su tierra talquina que los habitantes e hijos de esta ciudadana han realizado.

Pero... (los tristes "peros" de todas las cosas humanas), la jornada no está concluída.

Para iniciar los trabajos de la Catedral se necesita, por lo menos, tener 500 bonos... y sólo hay 300.

¿Lograremos reunir los otros 200 que faltan?

No lo dudo.

He iniciado esta campaña del "Bono Pro-Catedral" con una doble y grande confianza en Dios primero, y en la comprensión y generosidad de los talquinos enseguida.

No podría dudar. He visto tantos bellos gestos en esta campaña que me llenan de aliento. El de personas humildes que con sacrificio grande toman su bono. Los que calladamente, sin que su nombre se conozca, quieren perpetuar el de un ser querido. Los que no pudiendo entregar dinero han entregado joyas, muchas veces cargadas de recuerdos. Los de instituciones que en una forma u otra se ingenian para reunir la cuota del Bono.

¿No es cierto que todo eso abre el alma al optimismo?

Es verdad que aún quedan muchos que pudieran dar y no lo han hecho. Las preocupaciones de los negocios quizás, el no haber hallado el momento propicio... Tantas causas...

Pero sí que lo harán.

Y lo harán pronto.

Porque es necesario iniciar en 20 días más los trabajos. Y la iniciación exige gastos urgentes... y las cuentas no se pagan con promesas.

Por esto, y a riesgo de ser inoportuno, vuelvo a hablar a mis queridos amigos de Talca y decirles:

Faltan por suscribir 200 "Bonos" para tener la suma necesaria para iniciar los trabajos.

Tengo plena confianza de que ellos, como el valor de los ya suscritos, llegarán antes del 20 de octubre y una vez más podremos comprobar qué grandes obras puede realizar una colectividad que ama su tierra y quiere darle el más sólido recuerdo a su pasado y la más bella expresión a su porvenir.

**CONSTRUCCION DE LA CATEDRAL
SEXTO LLAMADO A LA COLABORACION (1)
(14-IV-1946)**

Una vez más vuelvo a escribir sobre nuestra Catedral en construcción. Lo hago por un doble deber: para dar cuenta a los benefactores de la marcha de los trabajos y para animar a los que en una forma u otra se interesan por su terminación.

La obra gruesa de la Catedral se acerca a su última etapa. En el próximo mes se iniciarán los trabajos de techumbre de la nave central y laterales; en tres meses más se espera poder dar por terminada la construcción de la nave central, y paralelamente a estos trabajos, aunque con un ritmo más lento, se prosigue la obra de la torre, llamada a ser el monumento más elevado de esta ciudad, la flecha que señale a Talca su destino a lo alto.

Mis lectores saben y calculan lo que una construcción de este género cuesta económicamente. Las preocupaciones y angustias morales, es mejor no las sepan. Las conoce Dios por quien se trabaja y eso basta.

Lo que sí conviene es saber que el Obispo de Talca no hace milagros, ni ha aprendido a transformar las piedras en oro, ni a pagar las cuentas sin dinero.

La suma de que se dispone está ya pronto a concluirse. Se ha gastado ya casi totalmente el legado de la insigne benefactora señora Carmela Cortez de Tortari, que ascendió a unos 350.000 y gracias al cual no se ha paralizado la obra en los últimos meses.

Los préstamos de la Corporación de Reconstrucción están totalmente invertidos y no se puede ni debe contraer nuevas deudas que gravarían al Obispado en obligaciones que no tiene capacidad económica para cumplir.

Quedan como última esperanza los bonos que con tanto entusiasmo se suscribieron en los dos últimos años. Pero... aunque muchos han cumplido su compromiso contraído, restan aún cuya memoria es frágil y para quienes el "Bono Pro-Catedral" fue una bella promesa que sólo quedó... en promesa.

En el pasado año 1945, la suma de los que debían pagar y no lo hicieron subió de \$ 100.000. ¿Se repetirá este año el fenómeno y nos encontraremos ante la perspectiva de un nuevo "año seco"? Los hechos nos dirán. La verdad de la situación actual de la Catedral puede resumirse en estas verdades bien simples:

1. La obra gruesa tiene que terminarse en los tres meses que vienen, o sea, antes del 1º de agosto.
2. Sólo hay fondos para continuar "un mes" más.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

3. El Obispado no tiene de dónde sacar nuevos fondos, ni puede endeudarse más de lo que lo ha hecho.

4. El problema quedaría totalmente resuelto si los suscriptores de Bonos que no pagaron su cuota de 1945 lo hicieran entre los meses de abril y mayo. Con lo que debe recaudarse por concepto de esas cuotas, hay suficiente para concluir el trabajo de la obra gruesa.

La conclusión que brota de estas premisas es terriblemente lógica.

Si se quiere dar término al trabajo de la obra gruesa de la Catedral en el tiempo que se debe y evitar una paralización perjudiciosísima, "hay que ponerse al día dentro de estos sesenta días", que vienen, en las cuotas de 1945 y 1946 de los bonos.

¿Será mucho pedir?

Estoy cierto que no. La fe de unos, el entusiasmo de otros, la buena voluntad de todos hará que salgamos adelante en esta empresa, que será monumento perenne de la espiritualidad de Talca y expresión fehaciente del esfuerzo de una generación cuando los años pasen, cuando nuestra vida decline; cuando nuevas generaciones vengan en el fluir de la vida a llenar el lugar de los precedentes, podremos con noble satisfacción ver que Talca se cobija en el regazo de su templo máximo, que alberga el recuerdo de sus muertos, que mece la cuna de sus hijos, que alienta los ideales de su juventud y que le dice en sus naves abiertas como abrazo de la cruz, dónde está el secreto de la paz en la justicia, y de la fraternidad en el amor.

Para que esto se realice, sólo pido un favor, el "pronto pago" de las cuotas de los bonos.

Es algo pequeño individualmente, pero significa en conjunto, la terminación de la etapa principal de nuestra Catedral.

¿Encontrará eco esta petición?

Los hechos lo dirán.

LA CATEDRAL, CONSAGRACION (30 - IX - 1954)

Amados sacerdotes y fieles:

Con íntima satisfacción puedo anunciaros la próxima consagración de nuestra Iglesia Catedral. El jueves 30 del presente, a las 7 A. M., iniciaremos el largo y solemne rito litúrgico de la dedicación o consagración de la Iglesia Catedral de Talca.

No sin emoción os comunico esta noticia. Hace ya 15 años que accediendo a nuestra invitación, el Excmo. Sr. Aldo Laghi (q.e.p.d.) (1), entonces Nuncio Apostólico de S. S., bendijo la primera piedra de la nueva Catedral. Más de 13 años han transcurrido desde que iniciamos los trabajos, y ya van a ser tres años que abrimos sus puertas al público. Confiados en Dios y en vuestra cooperación emprendimos esta obra y no fuimos defraudados. Las dificultades y problemas, las incomprensiones y angustias quedan atrás, y hoy, la Diócesis de Talca, puede contar con su templo máximo que expresa en forma visible la realidad invisible de nuestra Iglesia diocesana.

Vaya al Señor, dador de todo bien, nuestra gratitud humilde y rendida. Vayan a todos los que en una forma u otra cooperaron a levantar este templo nuestra gratitud profunda. No podemos aquí nombrarlos. Y es mejor que así sea. Todos han sido obreros anónimos que en un gran esfuerzo colectivo levantaron a Dios un poema de piedra que dirá a las generaciones futuras la fe y la piedad de esta generación.

El templo terminado va a recibir su consagración litúrgica. Es la forma solemne y oficial como la Iglesia lo dedica al culto de Dios.

La idea de separar del uso profano y de santificar por una ceremonia los lugares dedicados al culto divino, responde como a un instinto natural. Se la encuentra ya en las antiguas religiones de los griegos y los romanos. En forma mucho más clara esto aparece en el Antiguo Testamento. El pueblo escogido tuvo un ceremonial determinado para consagrar, primero el Tabernáculo, construido por Moisés (2), enseguida el templo de Salomón (III. Reg. VIII) y por último, el templo reconstituido después de la Cautividad (3). Es aún posible que los Patriarcas hayan conocido ritos especiales para santificar los sitios escogidos por ellos para orar a Dios.

Es sentencia común que los Apóstoles confirieron una consagración especial a los sitios donde se celebraban los misterios cristianos y, a partir del siglo IV, son numerosos los testimonios que nos hablan de la consagración de las iglesias (4).

Hoy día, la liturgia de la Consagración de Iglesias, tiene el rango primero entre las bendiciones de objetos inanimados.

A través de sus oraciones y ceremonias vemos primero cómo la Iglesia purifica exteriormente el edificio, toma enseguida posesión en el suelo del templo. La bendición interior, más íntima, prepara a la consagración. Las reliquias de los santos mártires que van a reposar en el altar, son trasladadas en solemne procesión, uniendo así el testimonio sangriento de sus vidas a la oblación de Cristo que se perpetúa en el altar.

La consagración solemne del altar, y las numerosas unciones que recibe, nos hablan de la santidad y simbolismo que él encierra. Y, por último, la consagración total del templo en la unción de sus doce cruces, nos repite una vez más la palabra de la liturgia: "La Casa de Dios merece santidad, a Cristo, su Esposo, adoremos en ella".

(1) Laghi Aldo. Nuncio Apostólico en Chile entre 1939 y 1942, en que falleció en Viña del Mar (Chile).

(2) *Ex.* 40, 15 - 36.

(3) *Esd.* 6, 16.

(4) S. Gregorio de Nacianzo - Disc. XLIV; *Migne P. G.* XXXVI - 60.

La Iglesia, así solemnemente consagrada, expresa la cooperación (co-aptatio) de todos los miembros de Cristo en la obra de la edificación del Cuerpo Místico de la Iglesia, la íntima unión que los estrecha entre ellos mismos y con la jerarquía, la orientación a Dios que debe guiar nuestra vida, y las gracias que el cristiano debe esperar de Jesucristo, que en el altar renueva su sacrificio y nos alimenta de su vida.

La Iglesia consagrada, pasa a tener una importancia mayor entre los templos que solamente han recibido la bendición simple. Y, además, por el hecho de ser la Iglesia Catedral, es el centro del Culto y la doctrina en la Diócesis, la sede oficial del Obispo, la primera de todas las iglesias diocesanas y como su raíz sobrenatural ("Caput et Mater") (5).

La Iglesia Catedral, es el centro de la liturgia diocesana y símbolo visible del poder sacerdotal del Obispo, quien, como Sacerdote Supremo, Pastor y Maestro de su grey, representa en cada Diócesis la unidad del Culto, de Gobierno y de Doctrina.

La fiesta de la Dedicación se celebra en cada iglesia en el aniversario de su consagración. En este caso, por tratarse de la Iglesia Catedral, la fiesta con su octava correspondiente, se celebrará para siempre en toda la Diócesis. Así se perpetúa el recuerdo de las gracias recibidas el día mismo de la consagración y del carácter sagrado conferido al edificio (6).

El respeto profundo, la veneración santa y el afecto filial rodeen a nuestro primer templo diocesano "a lo largo de sus días". "Es el lugar santo en que ora el sacerdote por los delitos y faltas de su pueblo". "Es la casa de Dios y puerta del cielo". Sobre él recaen las promesas consoladoras de Cristo: "Mi casa será llamada Casa de Oración, dice el Señor, en ella todo el que pide recibe, el que busca, encuentra, y al que llamare se le abrirá" (7). "El templo de Dios es santo; es estructura de Dios; es edificación de Dios". "Sobre él reposa la "gracia del Señor".

Al consagrarlo oficialmente a Dios, vuestro Obispo, no puede sino repetir con íntima emoción del alma la plegaria que la Biblia y la liturgia nos ofrecen:

"Oh Dios y Señor, con sencillez de corazón he ofrecido gozoso todas estas cosas, y he visto con grande alegría a tu pueblo aquí congregado. Oh, Dios de Israel, conserva siempre esta buena disposición" (8).

Para solemnizar esta consagración, el sábado 2 de octubre vendrá a Talca el Excmo. Sr. Nuncio y celebrará pontificalmente la Santa Misa en nuestra Catedral el Domingo 3, a las 9.30 A. M. En esa ocasión, también se inaugurará el órgano que la señora Hellen Wessel ha obsequiado a la Catedral, y el Coro Vasco cantará la Gran Misa de Perossi.

(5) tr.: "Cabeza y madre".

(6) Ver S. Greg. de Nac. Orta. XLIV - P. G. XXXVI - 607. *Hist. Ecl. L. II. C. XXV. Origines du Culte Chrétien* - 5ª ed. París 1925. Dom Cabrol. *Les Eglises de Jerusalem au IV siècle*. Cap. VI.

(7) *Lc. 19, 16 - 47.*

(8) *I. Par. 20.*

Uniremos estas solemnidades con la traslación de los restos del Excmo. Sr. José Ignacio Cienfuegos (9), figura preclara de la Iglesia y de la Patria, gloria de esta ciudad de Talca y fundador de su Liceo a la Cripta de la Catedral, el lunes 4 a las 10 A. M. El Excmo. señor Nuncio Apostólico nos acompañará en este homenaje, al jefe de la primera misión chilena y americana ante la Santa Sede.

Esperando que estos actos levanten más y más nuestros espíritus hacia el Señor, y no pudiendo hacerlo personalmente, os comunico la Consagración de la Catedral de Talca y os invito por intermedio de esta carta a las solemnidades con que celebraremos este hecho.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

(9) Cienfuegos José Ignacio. Stgo., 1972. Talca 1845. Fue párroco de Talca y tuvo activa participación en favor de la Independencia de Chile. Fue el primer representante de Chile ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1828.

LA CATEDRAL AGRADECIMIENTO DESPUES DE SU CONSAGRACION LITURGICA (1) (2 - X - 1954)

Anteayer, jueves 30, nuestra Catedral de Talca recibió su solemne Consagración Litúrgica.

Para inaugurarla oficialmente, llegará hoy a las 5 P. M. el Nuncio de Su Santidad el Papa, Excmo. Monseñor *Sebastián Baggio* (2).

Rendiremos en su persona el homenaje de admiración y adhesión al Romano Pontífice. Pido a todos su asistencia al recibimiento que Talca le hará a las 5 P. M. La comitiva recorrerá a pie desde la 2 Sur 1 Oriente, hasta la Catedral.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) Baggio Sebastián. Nacido en 1913. Nuncio apostólico en Chile entre 1953 - 59. Luego lo fue en Canadá y Brasil. Hoy es Cardenal Prefecto de la Sgda. Congregación de los Obispos. Fue amigo personal de Mons. Larraín.

El domingo a las 9.30 A. M. tendrá lugar el solemne Pontifical, primero que se oficia en la Catedral recién consagrada, el que será solemnizado por el célebre Coro Vasco 'Enzko - Etxea" que dirige el profesor Muguruza.

Habríamos deseado invitar personalmente a todos los que en una forma u otra con su trabajo, con su limosna, su colaboración y su plegaria hicieron posible la construcción de nuestra Catedral. Me es imposible. Que todos sepan que la Catedral que levantaron los invita y espera.

Vaya al Señor nuestra gratitud humilde y rendida. Vayan a todos los que en una u otra forma ayudaron a levantar este templo nuestra gratitud profunda. No podemos aquí nombrarlos y es mejor que así sea. Todos han sido obreros anónimos que en un gran esfuerzo colectivo levantaron a Dios un poema de piedra que dirá a las generaciones futuras, la fe y la piedad de esta generación.

Esperamos en un futuro próximo colocar junto al altar de la Virgen la urna que guarde los nombres de todos los que en una forma u otra, hicieron posible su construcción. Ahí, todos los sábados se oficiará por ellos la Santa Misa.

El domingo, a las 6.30 P. M., el profesor de Concepción, D. Hermann Koch dará un concierto en el nuevo órgano, obsequio a la Catedral de la generosa dama americana, señora Hellen Weseel Lee.

El lunes a las 10 A. M. después de una Misa de funeral, trasladaremos a la cripta de la Catedral los restos del fundador del Liceo de Talca, Excmo. Mons. José Ignacio Cienfuegos (3). El representante de Su Santidad honrará así la memoria del primer Embajador de Chile ante la Santa Sede.

Con estos actos queda definitivamente inaugurada nuestra Catedral.

Con profunda emoción doy en esta ocasión gracias al Señor y a los que con su colaboración han hecho posible realizar esta obra.

Les pido acompañarnos en esta plegaria de gratitud.

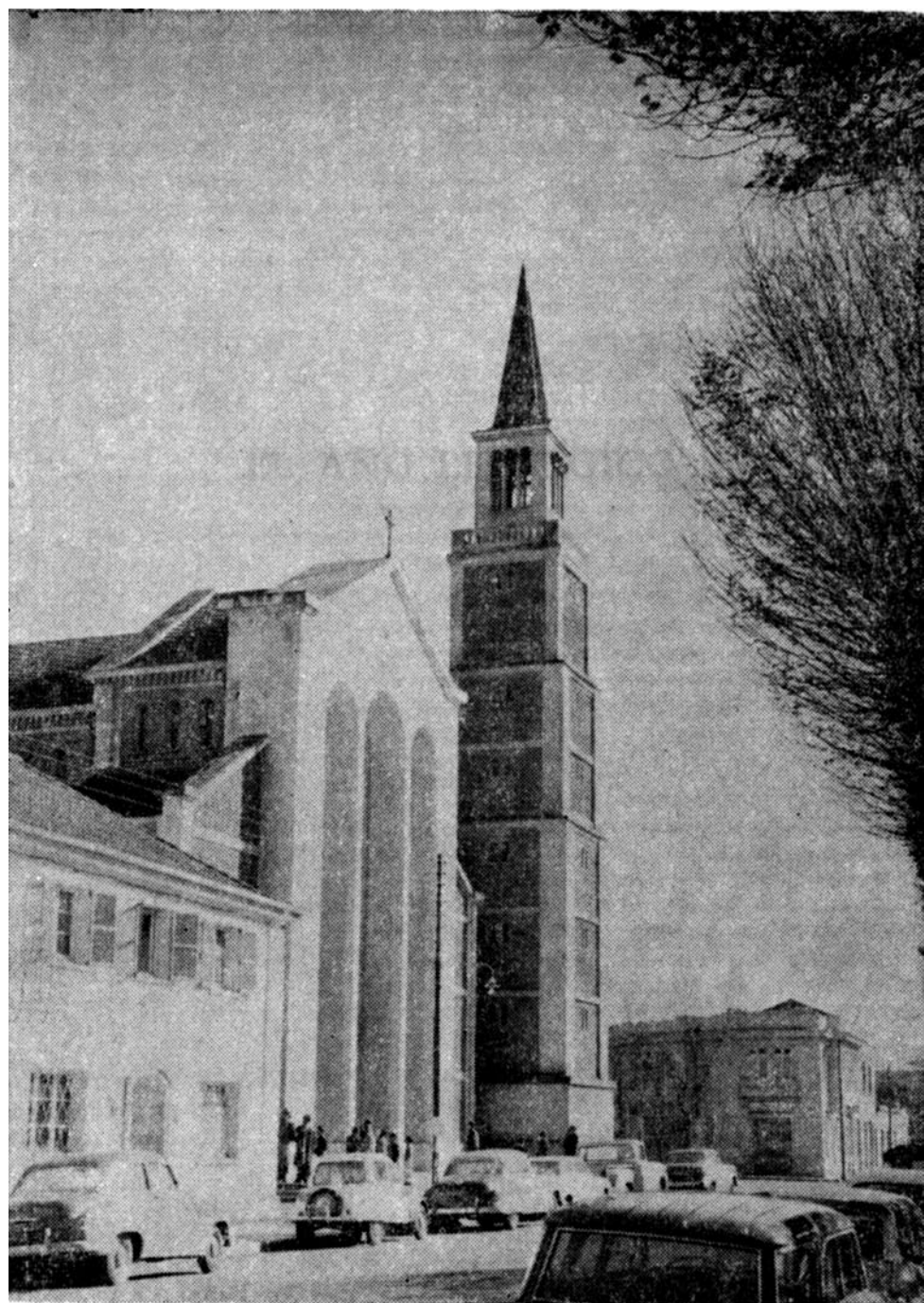
Que la Catedral de Talca sea siempre para la amada Ciudad y Diócesis, la expresión viviente de su alma.

Que ella nos recuerde siempre, la primacía del espíritu, el sentido de lo eterno y el ansia de Dios.

Que ella diga a las generaciones futuras que no todo es materialismo y prosa en esta hora, que hoy como ayer hay pueblos que saben construir catedrales y a través de ellas mirar y buscar el Infinito.

Desde ahora Talca tiene su nueva Catedral.

(3) Cienfuegos Juan Ignacio. Stgo. 1762, Talca 1845. Fue párroco de Talca y tuvo activa participación en favor de la Independencia de Chile. Representó a Chile ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1828.



La Catedral de Talca: fruto de un largo esfuerzo diocesano.

EL AÑO LITURGICO

Navidad y Epifanía

Los "Mensajes de Navidad" y los escritos de Epifanía los publicamos precedidos de un manuscrito de sus tiempos de seminarista, en Roma.

A propósito de la actitud de este Obispo en Navidad, nos escribía, el año pasado, una carmelita contemplativa, de Talca, la Hna. Teresa Margarita del Corazón de Jesús, lo siguiente:

"Pero donde desbordaba su corazón y su amor a Cristo era en la fiesta de Navidad. Antes de edificar la Catedral, celebraba casi todos los años la Misa de medianoche en nuestra Capilla; la encontraba muy devota y recogida. Tenía verdadera veneración por el Misterio de Dios que bajaba hasta el hombre, para que el hombre suba hasta Dios".

(Carta aún inédita, que esperamos publicar más adelante).

Intimidad y familiaridad, por un lado; proyección social y universal, por otro: éstas son las dos dimensiones complementarias, que aparecen en estos escritos.

NAVIDAD EN EL COLEGIO PIO LATINO (1)

Mirando El árbol de Navidad Pasado de nuestra primera Camerata significa todo esto, es la luz espiritual, alegría el alma, como acciona la caridad. Habrá ciertamente en esta noche muchos árboles más bellos que el nuestro, no habrá está seguro, uno que mas dulces recuerdos evoque, ~~que mas profundos frutos produzca~~, que ~~hacía~~ mas de abrigadora ~~completa~~ de santas afecciones, de ~~diversas~~ ^{santadas} ~~acompañar~~ de risueñas ~~esperanzas~~ hieda a los que ~~esta~~ junto a el nos cobijaron.

Mientras por todo el mundo se celebra la fiesta del hogar cristiano, mientras la Iglesia alborozada canta el comienzo de su Redención, mientras el pensamiento vuela a través de las mareas hacia los ~~seus~~ ~~paraisos~~ ~~de~~ ~~afueras~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~noches~~ ~~esperanzas~~, ~~nosotros~~ ~~acompañando~~ ~~nuestras~~ ~~almas~~ ~~de~~ ~~sacerdotes~~ ~~presentes~~ ~~y~~ ~~futuros~~

(El árbol) (como obra primorosa de la mano de Dios) siempre es bello. Lo splendores de su copa, el verde de sus hojas. la solera elegancia de sus ramas se elevan sin duda el alma sobre las mezquindades de la tierra haciendo juanas reflexiones aunque sea tan solo por heves instantes, en las incon porables y eternas bellas del cielo.

F. GIORDANI - Roma

Però si el arbol se yegue no junto
a un arroyo, o en medio de los campos,
sino en el centro de una sala a cuyo
alrededor se congrege gozote una familia
celebrando la venida de Jesus Niño,
el arbol no halla tan solo de ~~alimento~~ ^{alimento}
~~sino sobretodo de alegría es alegría pura~~
~~y santa que solo en el centro tiene este~~
~~y aun mas el ^{espíritu} ~~alma~~ sino aun mas lo lle~~
ma de esa alegría pura y santa que ~~es~~
Cristo santísimo y, en un día como este, vino hacer
dos mil a traer a la tierra.

y si esa familia que junto al arbol
de Variedad se congrege está ligada por vin-
culos mas fuertes que el hierro y que la
sangre, en el ~~santo~~ ^{santo} lazo de la fraternidad
interces sacerdotal, entonces no son ya
solo frutos de alegría cristiana los que
el arbol produce sino dorados y sabrosos
de ~~una~~ ^{una} sincera Caridad.

Se unen a, ante la cuna de Jesus Niño
saboreando esa Caridad fraterna que es
el secreto de ~~la~~ ^{la} paz de Dios que supera
a todo sentimiento y que en una noche como
esta vino Cristo a traer a la tierra a todos
lo hombre de buena voluntad.

MENSAJE DE NAVIDAD
VEN, SEÑOR
(24 - XII - 39)

Quiero por estas líneas enviar a mis queridos diocesanos de Talca mi más afectuoso y paternal saludo de Navidad.

En el día en que el mundo celebra alborozado el nacimiento del Dios-Niño y en que su mensaje de amor resuena en las almas pido al Señor para todos ellos esa paz verdadera que procede del cumplimiento de la justicia y caridad predicada por el Divino Infante de Belén.

La Iglesia en este día canta en su liturgia magnífica diciendo:

“hoy la paz verdadera descendió sobre nosotros del cielo, hoy por todo el universo los cielos destilan miel. Hoy brilló para nosotros el día de la encarnación nueva, de la reparación antigua, de la felicidad eterna. Hoy por todo el universo los cielos destilan miel” (1).

Y sobre los hombres de buena voluntad cae la suave atmósfera de la paz, y el ansia de su orden nuevo germina en sus corazones.

El mundo atraviesa una época en la cual como nunca necesita del mensaje de Jesús. El grito del profeta se escapa de muchos corazones “ven Señor, y no tardes más” (2). Queremos tu reino. El orden nuevo que trajiste en esta noche, es necesario volver a restaurar.

Debemos trabajar todos por ese reinado de amplia justicia y caridad que Cristo trajo a la tierra y que es el significado más hondo de esta fiesta de Navidad.

El más ferviente voto que hago a Dios en este día por mis amados diocesanos, la plegaria más encendida que brota por ellos de mi corazón de Obispo, es que todos unidos en el espíritu de esta fiesta trabajemos por hacer que sobre este mundo convulsionado resuene en su más pura expresión el mensaje de Navidad, la paz de los espíritus, la unión fraternal de las almas, el esfuerzo amado de todos por el bien común.

(1) Oficio antiguo de la Natividad del Señor. Responsorio después de la segunda lección del primer nocturno.

(2) Ap. 22, 20.

MENSAJE DE NAVIDAD
LA PAZ, FRUTO DE LA JUSTICIA
(XII - 1942)

Amados fieles:

La fiesta de la Navidad se aproxima. Nuevamente el mundo cristiano recordará alborozado el gran misterio de Dios hecho hombre que viene a redimir la humanidad. Una vez más también podremos, llenos de emoción, escuchar las palabras del Apóstol recordándonos que "apareció en la tierra la benignidad de Dios" (1).

La Navidad es ante todo una fiesta religiosa y como tal debemos celebrarla. Debemos en ella recordar el sublime misterio que la Iglesia conmemora. Debemos llenarnos de los sentimientos de humildad y caridad que el divino Niño nos muestra. Debemos en especial "preparar los caminos del Hijo de Dios para que, purificados por su venida, podamos servirlo con todo nuestro espíritu" (2).

La celebración de la Navidad debe ser cristiana. No una fiesta mundana, sino la meditación piadosa del hecho más grande que la historia de la humanidad registra: la venida a la tierra del Hijo de Dios. Cristiana debe ser nuestra alegría, cristianos los actos de celebración de la Navidad que realicemos y sobre todo cristianos los sentimientos de nuestro espíritu, acercándonos a recibir, por la Eucaristía, en nuestros corazones a Aquél de cuya venida los cielos y la tierra se regocijan.

Pero de modo especial deseo que un sentimiento impere en vuestros corazones en esta Navidad de 1943; y es el sentimiento de la paz.

Esa paz que Dios prometió en la Nochebuena a todos los hombres de buena voluntad, esa paz fruto de la justicia que al decir del Apóstol "supera a todo sentimiento" (3); no es la paz ficticia del mundo la que debemos anhelar y pedir.

El cristianismo ama la paz y constantemente la predica, pero quiere que esa paz repose sobre sólidos fundamentos para que sea duradera. Y así Nuestro Santo Padre Pío XII en medio de la horrible tragedia de esta hora no ha cesado de exhortarnos a rogar por su advenimiento, como también no ha cesado de recordar los principios sobre los cuales esa justa paz debe establecerse.

Que la purísima alegría de Navidad invada vuestros corazones, que el dulce mensaje de paz llegue hasta vuestras almas, que el sublime misterio de la Encarnación nos recuerde nuestra dignidad cristiana y que el divino Niño de Belén reparta sobre todos vosotros sus abundantes gracias, es el ardiente voto que junto con su bendición os envía en esta Navidad vuestro Obispo.

(1) *Tm.* 3, 4.

(2) Oración del Tiempo de Adviento.

(3) *Cfr. Flm.* 4, 7.

MENSAJE DE NAVIDAD
UNA FIESTA CRISTIANA, LA PAZ
(XII - 1943)

Me dirijo por estas líneas a mis amados fieles, para decirles algunas palabras referentes a la próxima fiesta de Navidad que en breves días más celebraremos.

La Navidad no es fiesta profana, es fiesta religiosa y sagrada que nos recuerda el hecho máximo de la humanidad, el Nacimiento del Hijo de Dios entre los hombres. La benignidad de nuestro Salvador apareció en la tierra. El Hijo de Dios para redimirnos del pecado toma un cuerpo humano y nace de la Virgen María, su Madre Purísima. Viene a vivir con nosotros su vida divina, a enseñarnos su doctrina de verdad, a darnos su ejemplo y a santificarnos con su gracia. Viene a rescatarnos en su sangre divina, a fundar su Iglesia y abrirnos las puertas del Paraíso.

Por eso la Navidad ha sido llamada con razón la Nochebuena. Esa noche de alegría, pero de alegría santa y cristiana.

Por desgracia muchos católicos no lo comprenden así. Buscan en la Navidad un nuevo motivo para sus diversiones, despojándola de todo sentido cristiano. Piensan únicamente en los regalos y en las fiestas, sin reflexionar un instante cuál es el motivo que impulsa a una sana alegría.

La Acción Católica de Chile ha iniciado el movimiento de dar a la Navidad su verdadero sentido. Debemos todos cooperar a esta obra.

Los medios de cooperación han de ser los siguientes:

Asistir con piedad a las funciones religiosas de Navidad, especialmente a la Misa de Medianoche recibiendo en ella la Santa Comunión. Que el Niño - Dios que nace en Belén nazca también por la Eucaristía en nuestros corazones.

Preparar en casa, siguiendo la tradicional costumbre, el pesebre y enseñando ante él a vuestros pequeñuelos el amor y devoción al Niñito Jesús.

La Navidad es la fiesta del hogar cristiano, de la tranquila y serena paz de la familia. No se debe participar en fiestas demasiado mundanas y profanas.

Los regalos sean sencillos y símbolo de la paz que ese día Dios trajo a los hombres. Los que tienen medios de fortuna acuérdense de los que no tienen para ayudarlos. Los niños obsequiados con regalos, acuérdense de sus hermanitos pobres para participarles su dicha.

Sea la Navidad una fiesta de unión de corazones y de caridad fraterna, reflejo de esa paz que los ángeles anunciaron a los hombres de buena voluntad. Haya perdón de injurias, olvido de rencores, santa y duradera fraternidad.

Que el Niño - Dios os colme de sus dones y bendiciones, que vuestras Navidades sean santas y felices, os lo desea de todo corazón vuestro Obispo.

**MENSAJE DE NAVIDAD
EL DON DE LA PAZ (1)
(25 - XII - 1947)**

Navidad llega trayéndonos su mensaje de paz.

Viene a decirnos que en la historia del mundo brilló un día en que el cielo y la tierra se fundieron en un abrazo de amor, en que el Invisible se hizo visible, el Eterno apareció en el tiempo, en que Dios se hizo hombre y débil como un niño, se reveló a la humanidad.

Es el hecho culminante de la historia.

Los siglos que preceden lo preparan.

Los siglos que siguen viven de su influjo salvador.

Navidad nos dice que Jesús, el Hombre-Dios, es nuestro hermano.

Navidad nos llama a que en ese amor que Cristo nos trajo, sepamos también amarnos.

Que esta Navidad nos traiga el dulce don de la paz.

Sin paz en los espíritus, en los hogares, en las relaciones sociales e internacionales, la humanidad se acerca a sus días más amargos y más trágicos.

Esa paz debemos procurarla.

Paz en la justicia, paz en la caridad fraterna, paz en el esfuerzo de apartar la dureza en los juicios, la aversión en los sentimientos, la incomprensión e intolerancia en todo aquello en que debe reinar la santa libertad de los hijos de Dios.

Esa paz de Cristo es la que vuestro Obispo os desea y para la cual implora en esta Navidad de 1947, las gracias y bendiciones del Divino Niño de Belén.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

**MENSAJE DE NAVIDAD
EL AMOR FRATERO (1)
(24 - XII - 49)**

Nochebuena la ha llamado el sentido cristiano de nuestra tradición española. La que contempló el hecho máximo de la historia: Dios que se hacía hombre para habitar entre nosotros.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

La que oyó anunciar la gran nueva de que *"En Belén de Juda nos ha nacido el Cristo"* (2).

La que escuchó el angélico mensaje que traía paz a los hombres de buena voluntad.

Nochebuena, la auténtica. No la de leyendas exóticas de ancianos pascueros, sino la realidad del Niño-Dios que en pobreza, desnudez y frío, enseña a los hombres el misterio del amor divino que desciende del cielo y del amor fraterno que echa sus raíces en el corazón mismo de la humanidad.

Celebremos cristianamente nuestra nochebuena.

Elevando nuestros espíritus a Dios, Padre de los cielos, para agradecerle al don inefable de su Hijo hecho hombre por nuestro amor.

Purificando nuestros corazones de los escorios terrenos para contemplar la transparencia maravillosa de nuestra fe cristiana.

Acercándonos a recibir a Jesús para que El haga de cada una de nuestras almas su mística cuna.

Y sobre todo, reafirmando nuestra posición de caridad.

El mundo se hiela por el egoísmo.

El ansia inmoderada de riquezas y de goces va petrificando los corazones humanos. El hombre cada día va tomándose más y más en el logro del hombre.

La humanidad busca fórmulas para alejar las terribles catástrofes que oscurecen el horizonte del tiempo presente.

Y olvidan la única fórmula eficaz y valedera: acercarse a Cristo, a su espíritu, a su ley, a su mandato supremo: "amaos los unos a los otros como yo os he amado" (2).

Sólo una gran efusión de amor fraterno podrá salvar al mundo de la ola de egoísmo y de odio que amenaza hacerlo sucumbir.

En esta Navidad de 1949, al comenzar el Año Santo, que esperamos sea "el año del gran retorno y del gran perdón", vuestro Obispo, sintiendo la paternidad espiritual que tiene sobre vosotros, os saluda deseándoos como el más precioso don del cielo, el aumento de esa caridad fraterna en cada uno y en la gran familia diocesana.

Por todos, creyentes e incrédulos, subirá en esta Nochebuena mi oración, pidiendo paz para esta Nochebuena en sus almas, amor creciente para sus corazones y aquella felicidad verdadera que es hija del deber.

Y sobre todo, el nombre del Dios-Niño, en un gran signo de Cruz, expresión máxima de esa ley de Caridad como el mejor augurio de Navidad implora las bendiciones copiosas del Señor.

(2) *Lc. 2, 11.*

(3) *Jn. 13, 34.*

MENSAJE DE NAVIDAD
LA PAZ (1)
(25 - XII - 1950)

La Navidad ha llegado trayéndonos su mensaje de paz.

Es el mismo que señala a la humanidad sus dos grandes deberes: glorificar a Dios y poner paz entre los hombres.

Es el mismo que a despecho de nuestras infidelidades y voluntarias sorderas sigue siendo el gran grito de esperanza, que brota de las entrañas profundas de nuestra raza humana.

No lo desvirtuemos.

No hagamos de la Navidad una fiesta meramente sentimental y pagana.

Es el hecho máximo de la historia que divide al mundo en dos eras.

Es la venida a la tierra del Dios hecho hombre.

Es el gran signo de la Misericordia Divina, y la gran prenda de nuestras esperanzas terrestres.

Con la Navidad aparece el gran pensamiento cristiano, la unión de lo divino con lo humano.

Solamente el misterio de la Encarnación puede realizar ese equilibrio. Fuera del cristianismo, nos encontraremos ante estas alternativas: el hombre aplastado por Dios, o Dios aplastado por el hombre.

Las religiones panteístas, racionalistas, o materialistas, divinizan al hombre y suprimen a Dios.

Esa unión se realiza en forma perfecta con Jesucristo.

Por eso su Navidad tiene un tan hondo sentido humano y una tan alta trascendencia divina.

Por eso también ella no es tan sólo el recuerdo de un hecho histórico, acaecido hace dos milenios, sino un llamado a lo que debe ser nuestro destino cristiano, dignificación y pacificación del hombre y la gloria de Dios.

Os exhorto a orar y a trabajar por la paz del mundo.

Su Santidad el Papa, acaba una vez más de insistir sobre la necesidad de la paz.

No hay paz en el mundo actual.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

El espectro fatídico de una nueva guerra se cierne amenazante sobre nuestra edad. En vano el Vicario de Cristo alza su voz llena de infinita tristeza, clamando por la paz.

Los hombres semejan no oírla.

Quieren buscar la paz donde ella no se encuentra.

Pretenden hallarla, en meras convenciones humanas fingiendo ignorar las causas que nos alejan de la paz.

Quieren encontrar la paz en la fuerza. Y jamás la fuerza podrá hacer germinar la paz.

Quieren buscarla en la potencia mortífera de las armas. La conciencia cristiana se revela contra esos medios inhumanos y destructores.

No hay paz en el mundo, porque no hay paz en las almas. Y no hay paz en las almas porque nos hemos alejado de Dios, suprema fuente de paz.

Por esto el mensaje de Navidad, une ambas ideas: la gloria de Dios y la paz de los hombres.

Es retornando a Dios como los hombres de buena voluntad encontrarán la paz que afanosamente buscan y ansían.

Mi saludo de Navidad se encierra en esta idea: que sólo buscando a Dios hallaremos la paz.

Paz en las conciencias, paz en los hogares, paz en la justicia social, paz en el amor fraterno, paz en el mundo a los hombres de buena voluntad.

En esta noche Santa, la Nochebuena, al tener al Dios-Niño entre mis manos en el Santo Sacrificio, mi plegaria subirá por todos para que el Dios de paz y consuelo os llene de sus más ricas bendiciones de su gracia y de su amor.

Es el saludo de Navidad de vuestro Obispo.

MENSAJE DE NAVIDAD
EL ESPIRITU DEL NIÑO DE BELEN (1)
(25 - XII - 1954)

En su loca carrera el mundo se detiene y recuerda.

Piensa que en una noche como ésta, "los cielos destilaron miel".

Que la humanidad atónita contempló el prodigio de ver a Dios en medio de ella.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

Que la fecha más grande de la historia no es la marca ni la conquista del guerrero, ni el descubrimiento del sabio, ni la creación del artista, sino un Niño que nace abandonado en un establo.

Es que ese Niño es Dios.

Y ese Dios - Niño, trae en una fecha como ésta, el gran mensaje de la dignidad del hombre, de la felicidad perfecta, de la paz duradera.

En este día, con honda emoción y sincero afecto, saludo a todos los habitantes de esta vasta Diócesis para desearles feliz y santa Navidad.

Que el Divino Niño de Belén traiga a todos la verdad que ilumina, la fuerza que sostiene en los caminos del deber, la gracia de su presencia íntima en nuestros corazones.

Que El nos haga comprender que en su doctrina hallaremos la respuesta a las inquietudes de nuestra mente y el ansia de felicidad de nuestros espíritus.

Que El nos haga sentir la necesidad de trabajar por una mejor y más cumplida justicia social en las relaciones humanas. Por un más ardiente y fraternal afecto con nuestros semejantes.

Que junto a la Cuna del Niño - Dios, las asperezas se suavicen, los odios se apaguen, los egoísmos se fundan y nos sintamos hermanos en el amor que El nos trajo como mandamiento supremo.

Necesitamos volver al espíritu de Navidad.

Navidad es acercamiento de Dios al hombre.

Sepamos conocer la gracia inefable de su presencia entre nosotros.

Navidad es búsqueda de Dios por el hombre.

Sintamos la necesidad de orientar hacia El nuestra vida.

Navidad es sencillez, humildad y olvido de sí mismo, predicado no como teóricas enseñanzas, sino con el ejemplo vivo de un Dios que se humilla hasta nacer en un pesebre y que sabe darse sin reservas por nuestro bien.

Navidad es "paz a los hombres de buena voluntad".

La voluntad de ser buenos y ayudar a otros a serlo es lo único que puede pacificar a esta humanidad destrozada.

Si cada día va al Señor mi plegaria por todos, hoy lo será en forma más íntima, más ferviente, más viva.

Al abnegado Clero Diocesano y Regular, a las beneméritas Religiosas, a los creyentes, a los que están lejos de la Iglesia, a todos sin excepción, llegue en esta Navidad mi saludo de amigo, mi oración de sacerdote y mi bendición de Pastor.

MENSAJE DE NAVIDAD
LA ESPERANZA CRISTIANA (1)
(25 - XII - 1955)

Por estas líneas os envío, amados diocesanos, mi cordial saludo de Navidad.

El hecho central de la historia revive hoy para nosotros: Cristo ha nacido. Dios se ha hecho hombre. El Invisible se ha manifestado en carne mortal. El Eterno ha aparecido en el tiempo.

Pasan los hombres. Perecen las civilizaciones. Cambian los pueblos. Pero el hecho definitivo de la humanidad permanece. Dios ha descendido hasta el hombre, el hombre ha subido hasta Dios. Y ese punto de encuentro de lo divino con lo humano, de lo temporal con lo eterno, de lo relativo con lo absoluto se llama Jesucristo.

Con la Liturgia de Navidad os repito: "Cristo nos ha nacido; venid y adorémosle" (2).

Es Dios en la débil envoltura de un Niño. Es el "Príncipe del Siglo Futuro" (3), en la pobreza de su cuna. Es el Admirable en la silenciosa armonía de su venida.

Os pido que no desfiguremos la Navidad. No la hagamos como una falsa literatura pretende, un hermoso cuento infantil, un emocionante recuerdo, o una simple reunión familiar. Es algo más grande y trascendente. Es la inserción de Dios en la historia. Es la humanización de Dios en el tiempo.

Y nuestra primera actitud debe ser ésta: adoración reverente ante Dios. Cuanto más frágil aparece el Niño de Belén, más fuerte ha de ser nuestra fe para adorarlo. Cuanto más se humilla Dios descendiendo, mejor hemos de sentir la dignidad divina que nos trae.

Que Navidad sea Navidad, misterio de Dios que se hace hombre para llevar los hombres hasta Dios.

Al saludaros en esta fiesta, os señalo cómo ella constituye un inmenso motivo de esperanza.

Navidad trae, no un vano y vago optimismo sino la certeza de una promesa que nos viene de Jesús.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 7.

(2) Antífona del Invitatorio del Oficio Litúrgico de Maitines.

(3) *Is.* 9, 6.

Al nacer en Belén, al aparecer entre los hombres, al constituirse nuestro hermano, nos da la base indestructible de nuestra esperanza.

Ha venido a salvarnos. En Cristo "esperamos al Salvador". Ha venido a redimirnos. En El está la prenda de nuestro rescate. Ha venido para darnos la dignidad de Hijos de Dios. En El está nuestra libertad, nuestra justicia y nuestra paz.

Desde la primera Navidad, el hombre sabe que puede esperar, porque Dios está con él.

Tenemos, como dice San Pedro que "dar cuenta de nuestra esperanza con dulzura y respeto". (4).

Una literatura abundante nos habla de desesperación. La incertidumbre de los tiempos pone un interrogante angustioso en el futuro. Las amenazas de destrucción parecen multiplicarse y fortalecerse. Y, sin embargo, el mundo espera las palabras de la esperanza. Y esas palabras hemos de pronunciarlas los cristianos. Y hemos de decir las precisamente ante la cuna del Niño - Dios.

Nuestra esperanza está en Jesús. En la verdad de su mensaje, en la fuerza de su gracia, en la dinámica de su amor, en la atracción irresistible que El ejerce sobre la humanidad.

Y porque Navidad es un misterio de esperanza, es también un gran llamado de fraternidad.

Somos hermanos en el Niño - Dios de Belén.

En su mensaje de paz a "los hombres de buena voluntad" (3).

En la pobreza de su pesebre, que nos dice dónde están los valores eternos y duraderos.

En el grito que atraviesa la noche silenciosa y que nos dice que en la medida que nos acercamos a Dios, nos sentimos hermanos.

El mundo siente el ansia de fraternidad verdadera. No la ha hallado en los mil sistemas que prometían dársela. Y es en el Misterio de Navidad donde la encuentra.

Justicia social y fraternidad cristianas, son las bases indestructibles de la paz. Fuera de ellas no hay paz ni en las conciencias ni en las familias, ni en la sociedad, ni entre las naciones.

¡Acercarnos a Jesús! Tal es el gran mensaje de Navidad. Conocerlo en su doctrina, seguirlo en sus ejemplos, recibirlo en su Eucaristía, irradiarla en nuestra diaria actividad.

Tal es el voto fervoroso y paternal con que saludo a todos los habitantes de esta Diócesis. A los que están cerca y a los que están lejos. A los que afirman y a los que niegan. A los que están ciertos y a los que vacilan.

Por todos ellos sube mi plegaria en esta fiesta, mientras sobre todos imploro la paz que Cristo vino a traernos en esa Noche bendita "en que los cielos destilaron miel" (6).

(4) 1 P. 3, 15.

(5) Lc. 2, 14.

(6) Breviario romano antiguo. 25 - XII. Maitines, primer nocturno responsorio después de la 2ª lectura.

MENSAJE DE NAVIDAD - (1)
EL NIÑO DE BELEN. PAZ, JUSTICIA Y CARIDAD
(25 - XII - 1956)

Pocas horas nos separan de la noche gloriosa en que "los cielos destilaron miel" (2).

Como una inmensa ola que muere suavemente en la arena, las pasiones que agitan a los hombres parecen aquietarse mansamente en la playa divina de la Navidad.

Un gran silencio se cierne sobre el mundo, y en él, como en la noche callada, se escucha con nitidez más clara la voz de Cristo que habla a la Humanidad.

A escuchar esa voz, os invita vuestro Obispo en este mensaje.

Ella nos dice ante todo, la necesidad de orientarnos.

Caminamos confusos porque nos falta el sendero. Vacilantes, porque olvidamos el guía. Errantes, porque hemos perdido la luz.

La luz grande que Isaías entrevió sobre Jerusalén va a lucir sobre el mundo.

Y esa Luz se llama Jesucristo.

Es un Niño, y sostiene en sus manos el Universo.

Es un desvalido y los Reyes de Oriente se arrodillan ante su Cuna.

Es un pequeñuelo. Y su Sabiduría llena los siglos.

En Él hallamos la orientación a nuestra vida, la explicación de nuestro destino, el secreto fundamental de nuestra existencia.

Esa voz nos habla, en segundo lugar, de seguirlo.

Porque el cristianismo es fundamentalmente esto: seguimiento fiel a Jesús.

Seguirlo en su Verdad que nos hace libres.

En su Justicia que nos iguala y nos pacifica.

En su Caridad que nos hermana.

Por esto, mi mensaje es un saludo y un ruego.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 11.

(2) Breviario Romano Antiguo. Maitines 25 - XII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

Un ruego a renovar nuestro espíritu en el mensaje que el Divino Niño de Belén nos entrega.

A hacer de su palabra, regla de nuestra vida, a no falsificar la autenticidad de su mensaje.

A trabajar con redoblado esfuerzo porque la justicia social quite de nosotros todo lo que oprime, esclaviza y hace imposible nuestra doble condición de seres humanos y de hijos de Dios.

A estrecharnos mutuamente como hermanos en su única ley capaz de triunfar sobre egoísmos y odios: la Caridad que Cristo nos predica.

Un saludo cordial, sincero y paternal, que va a todos, sin distinción de credos o condiciones.

Saludo a los niños, para que su alegría sea pura y con sus ojos diáfanos que la malicia no ha empañado, sepan contemplar la belleza de Dios.

Saludo a los jóvenes, para que sus inquietudes de adolescentes encuentre el cauce generoso que las hará fecundas y que un ideal trascendente, eterno y absoluto, ilumine sus vidas que comienzan.

Saludo a las generaciones adultas en la plenitud de su trabajo y en la madurez de sus vidas, para que sepan cumplir la gran responsabilidad que les incumbe en la familia, célula fundamental de la patria, en la sociedad que procura el bien temporal, y en la evangelización de un mundo nuevo que busca inquieto el suplemento de alma que necesita.

Saludo a los obreros que con sus vidas duras labran la grandeza de la patria y en sus manos encallecidas, renuevan el gesto del gran trabajador de Nazareth.

La pomoción de la clase obrera, en el espíritu que Navidad nos entrega será plegaria especial de vuestro Obispo.

Saludo a los empresarios para que sus actividades se inspiren cada vez más en las doctrinas sociales que la Iglesia propugna, para transformar este mundo de "selvático en humano y de humano en cristiano".

Saludo respetuoso y cordial a las autoridades civiles y judiciales, administrativas, edilicias, militares, educacionales y comerciales, pidiendo a Dios, de donde toda autoridad recibe la Luz y la Fuerza que necesita para sus altas tareas.

Saludo a todos mis colaboradores en la gran misión de anunciar la buena nueva del Reino de Dios y de traer sobre la tierra el justo orden social que la humanidad exige.

A mi abnegado clero secular y regular, a las esforzadas religiosas, a las milicias de la Acción Católica, a todos los que, en una forma u otra tratan de hacer posible el mensaje navideño de "Gloria a Dios en los cielos y paz a los hombres de buena voluntad" (3), vayan en esta gran fiesta, mi plegaria de sacerdote, mi abrazo de amigo y mi bendición de pastor.

(3) *Lc.* 2, 14.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
BELEN
(25 - XII - 1957)

“Y decíanse entre sí los pastores: vamos a Belén y veamos lo sucedido y lo que el Señor nos quiere hacer saber” (2).

Son las palabras del Evangelista S. Lucas al narrarnos la primera y gran Navidad del mundo.

Son también las que vuestro Obispo, ha escogido para enviaros en esta noche su paternal y férvido saludo.

“Vamos a Belén”

Sencillez de aldea, despojo de establo, desprecio de farsas y convenciones mundanas, silencio de noche fría, ofrenda simple de pastores, parpadear atónito de estrellas y sobre la calma de los campos dormidos el himno angélico que canta: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (3).

“Vamos a Belén”.

Porque allí encontraremos lo que el hombre esencialmente ansía: la primacía del espíritu, la tranquilidad en el orden, la paz en la justicia, la fraternidad humana en el Padre común de los cielos.

“Vamos a Belén”.

Porque esa cuna es eje de un orden nuevo. Es germen de nueva vida. Es mesa de aspiraciones inmortales. Es surco de un mundo mejor.

“Vamos a Belén”.

Es decir a Dios que se hace hombre. Al Eterno que se introduce en el tiempo. Al Invisible que aparece ante nuestros ojos deslumbrados.

A Cristo, el Ungido de Dios, el Salvador de los hombres.

“Vamos a Belén”.

Porque como San Pablo nos advierte:

“Se manifestó a todos los hombres la gracia de Dios, Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo” (4).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Lc. 2, 15.*

(3) *Lc. 2, 14.*

(4) *Tt. 2, 11 - ss.*

“Vamos a Belén”, y “veamos lo sucedido”, añade S. Lucas.
Lo sucedido es el gran misterio que la humanidad aguarda.
Dios cumple su promesa.

Su palabra permanece eternamente.

“Trajo a Israel su auxilio acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres” (5).

La voz de los profetas no fue vana.

La expectación de la humanidad tuvo su término.

“La tierra despierta y sus caminos van a alegrarse y la soledad va a florecer como un lirio” (6).

El clamor de los justos que Is. expresa, se realiza:

“Cielos, envidad rocíos de lo alto y las nubes lluevan al justo. Abrase la tierra y brote el SALVADOR” (7).

“Lo sucedido” es que “toda carne verá al Salvador” (8).

“Lo sucedido” es que el “Verbo de Dios se hizo hombre y ha habitado entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria que proviene de su Padre como Hijo Unico, lleno de gracia y de verdad” (9).

“Lo sucedido” simple y grande, es que la “plenitud de los tiempos” se ha cumplido.

Una nueva y definitiva era ha comenzado: la cristiana.

Quiéranlo o no los hombres. Cristo es el centro de la historia.

“Lo sucedido”.

Es una nueva y definitiva fórmula de felicidad.

Mientras el paganismo de todos los tiempos y de todos los hombres proclama una felicidad que viene de afuera, Cristo anuncia una felicidad nueva que viene de adentro.

Mientras el hombre anhela ser libre esclavizándose a las creaturas y a las cosas, Cristo anuncia la libertad desprendiéndose de ellas.

“Lo sucedido”. Es la inversión total de los valores. Lo que el mundo llama pena, Cristo lo llama dicha. Lo que el mundo trata de huir, Cristo lo señala como suprema búsqueda.

“Lo sucedido”. Es el imperio de un mensaje de alegría “que nada ni nadie nos podrá arrebatar”.

“Felices los pobres de espíritu porque el Reino de los Cielos es de ellos.

Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los hambrientos y sedientos de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Felices los corazones puros, porque verán a Dios.

Felices los perseguidos por la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos.

(5) Lc. 1, 54 - ss.

(6) Is. 35, 1.

(7) Is. 45, 1.

(8) Lc. 3.

(9) Jn. 1, 14.

Felices vosotros si os insultan, si os persiguen, si os calumnian de todas maneras por causa mía.

Manteneos en la dicha y la alegría porque vuestra será la recompensa de los Cielos" (10).

"Lo sucedido".

Es el gran hecho que divide el tiempo, que jalona la historia y que marca a la humanidad su definitivo desarrollo.

"Lo sucedido" es el objeto de nuestra fe. No creemos en teorías. No adherimos a ideas o conceptos, sino a hechos. Nuestra fe es la proclamación de una realidad histórica. La más grande y trascendental de todos los tiempos.

"Dios ha visitado su pueblo".

"Dios ha amado de tal manera al hombre, que le ha dado su Hijo Unigénito para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna" (11).

"Lo sucedido".

Tiene un Nombre "que está sobre todo Nombre".

Se llama Jesucristo.

Y como un repicar de campanas suena sobre nosotros en esa noche "lo sucedido en Belén".

"Había unos pastores en aquellas cercanías, que estaban vigilando durante la noche guardando su ganado. Cuando he aquí que se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor y tuvieron gran temor. Díjole el ángel:

"No temáis, porque vengo a anunciaros un gran gozo, que lo será también para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esta será para vosotros la señal, hallaréis al Niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre".

Y de pronto apareció con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad".

Y los pastores decíanse entre sí: "Vamos a Belén y veamos lo sucedido y lo que el Señor nos quiere hacer saber" (12).

El pesebre es una cátedra en la cual se nos enseña "lo que el Señor nos quiere hacer saber".

Que Dios nos ama, porque es Amor Infinito.

Que en Cristo nos adoptó como hijos suyos.

Que hemos de caminar como sus hijos bienamados.

Que en la luz de su mensaje desciframos el enigma de la existencia.

Que la ley eterna y no las pasiones rigen nuestras acciones.

(10) Mt. 5, 2 - ss.

(11) Jn. 3, 16.

(12) Lc. 2, 10 - 12.

Que la conciencia y no el capricho marca nuestros pasos.
Que el placer engaña y miente. El oro fascina y corrompe. La gloria seduce y deslumbra. Y sólo el deber cumplido, la tarea realizada, la voluntad divina ejecutada, llenan la vida de imperecedera alegría.

“Lo que el Señor nos quiere hacer saber”.

Que en Cristo el hombre se reconcilia con Dios. La tierra con el cielo
Que en El lo temporal se hace eterno y lo caduco duradero.
Que en su ley de caridad fraterna los hombres se hermanan, los odios se olvidan, los egoísmos se funden en una gran llama de amor.

“Lo que el Señor nos quiere hacer saber”.

Que hay que luchar por la justicia, porque el Divino Niño es el “Príncipe de la Justicia”. Y la justicia es el rostro de Dios.

Que hay que buscar un orden social donde la paz sea fruto de la justicia y la armónica expresión de la caridad.

Que en esta noche “en que los cielos destilaron miel” hemos de buscar para el mundo del mañana, un orden más justo, más humano, más digno de Aquél que en Belén naciera por nuestro amor.

“Lo que el Señor nos quiere hacer saber”.

Que Dios nos ama y nos busca.

Que Dios nos ilumina con su palabra para recorrer los senderos de la verdad.

Que su gracia nos sostiene para marchar por el camino del bien.

Que su vida se nos da en la Eucaristía para alimentarnos de eternidad.

Vuestro Obispo os saluda en esta Navidad de 1957 con el sincero afecto del Padre, del amigo y del pastor.

A los católicos para que vivan íntegros, sin distingos ni reticencias el mensaje que Cristo nos ha dejado.

A los hermanos, que sin pertenecer a la Iglesia, nos estrecha una común fe en Cristo y su palabra, para que “la paz a los hombres de buena voluntad” que El prometiera, nos una junto al pesebre del Hombre-Dios.

A los que no creen, mi plegaria fervorosa para que vean en Cristo “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (13).

A todos, mis augurios de felicidad honda y duradera, mi llamado para que tratemos de aliviar y solucionar el dolor de tantos de nuestros hermanos, y mi plegaria para que sepan realizar la consigna que Navidad nos entrega:

“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

(13) *Jn.* 1, 9.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
GLORIA A DIOS Y PAZ A LOS HOMBRES
(25 - XII - 1959)

“Cristo os ha nacido: venid y adorémosle” (2).

Un repicar de campanas en la noche estrellada. Un fulgor nuevo en los cielos dormidos. Un mensaje de fe, de esperanzas y de amor, que desde hace mil años se repite.

“Ha llegado la Navidad”.

Y con ella el anuncio que vibra con el acento feliz de una renovada promesa para el mundo.

“Cristo ha nacido”.

El gran hecho que domina la historia se ha realizado. El Salvador esperado ha entrado en el tiempo. Ha aparecido la gracia y la benignidad de Dios Salvador nuestro (3).

Hoy vivimos ese mismo misterio sublime del amor de Dios que surca al hombre. “El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros” (4). En esta noche de paz, vuestro Obispo os saluda. Y quiere que su saludo, tal como en mensaje evangélico, abrase a todos sin excepción alguna.

A los que adoran en Cristo al Hijo de Dios, a los que admirando su grandeza no llegan a conocer su divinidad, a los que nieguen o vacilen, como a los que creen y afirman, a los que la vida los alejó del camino de su infancia primera, como a los que la misma vida tras duras lecciones les enseñó que solamente en Dios hay refugio, consuelo y paz.

A todos porque el mensaje de Cristo es universal en el espacio y en el tiempo, y en la historia.

Las palabras humanas callan cuando la voz divina resuena. Por eso sólo puedo repetiros como saludo, aquellas palabras que vibraron en la noche callada cuando “los cielos destilaron miel” (5).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Is.* 9, 6.

(3) *Tt.* 3, 4.

(4) *Jn.* 1, 14.

(5) Breviario Romano Antiguo. Maitines, 25 - XIII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

“Gloria a Dios y paz a los hombres”.

Para glorificar al Padre de las misericordias, el Hijo de Dios se hizo hombre. Para restablecer la alianza entre la humanidad y Dios que el pecado rompiera, vino a la tierra Jesús. Para que los hombres alcancen sus destinos eternos, conozcan la verdad plena y caminen como hijos de la luz en una noche silenciosa como hoy, el Señor apareció entre los hombres.

“Demos Gloria al Señor”.

El mal fundamental que sufrimos es habernos alejado de Dios. Sin El la vida se torna dura y el cansancio letal que nuestra gran poetisa cantara, cae como una losa pesada sobre nuestra existencia. “El cansancio del cielo de estaño y el cansancio del cielo de añil” (7).

Demos gloria al Señor, porque “El nos amó primero” (8) y porque nos amó de tal manera que nos dio a su Hijo, para que todo el que creyera en El, tuviera vida” (9).

“Paz a los hombres”.

Es la gran necesidad y la gran angustia de nuestro tiempo. Necesitamos paz. Pero no una paz ficticia, fruto del temor, de la prepotencia o del temor. La paz verdadera que Cristo trajo. La que es fruto de la justicia y que se corona con el amor. No habrá paz en los corazones que la angustia atormenta, mientras sólo busquen codicia y ambiciones. No habrá paz en las almas mientras no aprendamos junto a la cuna del Divino Niño, a ser cristalinos y transparentes. No habrá paz mientras los egoísmos endurezcan los corazones o las lujurias los engañen en mentidos amores. No habrá paz mientras el hombre se busque solamente a sí mismo y no sienta que la felicidad consiste en darla.

“Necesitamos la paz social”.

Mientras las condiciones de vida de una proporción grande de nuestros hermanos sea indigna de su calidad de hombre, es imposible que un orden social perdure.

Mientras todos no sintamos la necesidad de compartir por igual los sacrificios que las circunstancias actuales exigen, no se logrará aquella paz “que es obra de la justicia” (10) y donde los pueblos encuentran el secreto de su verdadera prosperidad.

“Paz a los hombres”.

Hay que trabajar por formar la conciencia de que la paz internacional no nace ni de la fuerza de las armas, ni del triunfo del potente sobre el débil sino de la buena voluntad de los espíritus que los angélicos coros anunciaron a los sencillos pastores de Belén.

Hablo a los católicos de mi Diócesis. Es un deber grave trabajar por alcanzar la paz social. El Consejo Episcopal Latinoamericano, en nombre de todo el Episcopado del continente acaba de declarar lo siguiente:

(6) *Lc. 2, 14.*

(7) *Gabriela Mistral.*

(8) *Jn. 4, 10.*

(9) *Jn. 3, 18.*

(10) *Is. 32, 17.*

“Quienes tienen responsabilidades de carácter social, estudien profundamente la doctrina social de la Iglesia y póngala en práctica con valentía y decisión. Ninguno que quiera llamarse cristiano puede eximirse de su cumplimiento” (11).

No se puede olvidar que las dos terceras partes de la población del mundo y de la América Latina sufren de subdesarrollo y de hambre. Esta situación constituye el gran pecado y el mayor peligro de nuestros tiempos.

Un gran anhelo de justicia social, tal como la Iglesia lo ha señalado en múltiples documentos, debe ser la ofrenda que presentamos junto al pesebre de aquél que Isaías anunciara como “el Príncipe de la paz” (12).

“Paz a los hombres”.

Junto a la cuna del Niño, pensemos que para tener paz es menester, como el Evangelio nos lo recuerda “**hacernos semejantes a los niños**”, que nuestra mirada se haga diáfana, nuestro corazón sereno y sea franca nuestra risa. Que el odio, la desconfianza, la mala voluntad cedan lugar a la sencillez del espíritu. Que los prejuicios no enturbien la mente y tornemos a aquella limpidez del corazón que como fuente de agua clara brotara de nuestros años de infancia. Que sepamos perdonar, olvidar odios y borrar ofensas, así como en reñidas competencias deportivas, “**hacíamos las paces**”, estrechándonos con amistad sincera nuestras manos pequeñas de niños.

Un Niño ha nacido, que él nos enseñe una vez más su lección, que con tanta facilidad olvidamos. Que él nos repita en las bienaventuranzas del Sermón del Monte su código de felicidad. Que el Niño nos haga hombres, para cumplir con integridad su mensaje. Que Dios nos de su gracia divina para dar a nuestra vida su trascendencia eterna. Tal como hace 20 siglos el ángel nos repita de nuevo el anuncio a los atónitos pastores:

“No temáis, pues he aquí que os traigo una buena nueva, que será de gran alegría para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Mesías, es decir, el Señor” (13).

Cristo nos ha nacido. Venid y adoremos.

(11) Cfr. *Boletín del Celam*, 1959.

(12) *Lc. 2, 10 - 11.*

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
EL ENCUENTRO DE JESUS EN LA IGLESIA
(23 - 24 - XII - 1961)

25 de diciembre de 1961. Navidad.

La festividad nos llama a meditar.

Vuestro Obispo os invita a una reflexión honda y tranquila.

Su invitación es amplia. Tal como el mensaje navideño: "A todos los hombres de buena voluntad". Es decir, a todos los que quieren el bien.

Navidad nos coloca ante el hecho más grande de la historia: el nacimiento del Hijo de Dios.

Ahí se expresa en trazos sencillos y familiares la realidad del Cristianismo; Dios que se humaniza, el hombre que se diviniza. El doble misterio del hombre y de Dios.

¿Qué es el hombre? ¿Qué es la vida? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué la muerte? ¿Qué es la felicidad? ¿Por qué vivimos y para qué vivimos?

Tantas interrogantes que, a través de la historia, el hombre busca descifrar.

La ciencia, la filosofía, la política, el arte, no logran darle una respuesta total.

Navidad responde: "Dios ha amado tanto al hombre que le dio a su Hijo para que todo el que crea en El tenga la vida" (2). "El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros" (3).

El Invisible se ha hecho visible. El Eterno ha penetrado en el tiempo. Dios ha llegado hasta nosotros para compartir nuestra vida. Cristo es el hombre de Dios.

A la luz de esa realidad las preguntas encuentran su respuesta, el problema de la vida, su solución y su sentido.

Navidad es el momento de la historia en que el encuentro perfecto del hombre y Dios se hizo realidad. En esa noche callada de diciembre "los cielos destilaron miel" (4). La vara brotada del tronco de Jessé abrió su flor.

(1) Publicado en *D. M.* en las págs. 2 y 4.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 1, 4.

(4) Breviario Romano Antiguo. Maitines, 25 - XII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

Los ángeles transmitieron a los atónitos pastores su nueva de gozo: "Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo. Os ha nacido hoy un Salvador que es el Cristo Señor en la ciudad de David" (5).

Y sobre la campiña dormida resonó el cántico, cuyo eco no se extingue. Hoy volvemos a escucharlo con renovado acento: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (6).

El ruido de las máquinas, el silbar de las sirenas y el estallido de megatones atómicos no logran apagar la canción de paz, que como nostalgia de un bien perdido de la humanidad sigue tratando de escuchar.

"Gloria a Dios - Paz a los hombres".

La paz de los hombres en su encuentro con Dios.

No hay otra paz verdadera. No hay otra solución posible.

Navidad de 1961. Preñada de amenazas. Cuajada de angustias e inquietudes. Con atardeceres de Apocalipsis y auroras nuevas de creación. Ella nos pone ante este hecho:

La paz del hombre en su encuentro con Dios.

El retorno a la senda perdida de la dicha "por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido".

El imperativo categórico y absoluto. Sin distingos ni componendas. Tajante como filo de espada. Apremiante con urgencia de naufragio.

O SOMETERSE A DIOS O PERECER.

Someterse a Dios.

"Porque toda carne había corrompido su camino" (7), vino el diluvio universal.

Porque los hombres hicieron dioses al dinero, al placer, la soberbia y el orgullo, la angustia impera en el mundo.

Porque perdieron el temor a lo más grande: Dios, están aterrorizados ante lo más pequeño, el átomo.

Porque quisieron hacerse autónomos frente a la ley divina, se hicieron esclavos de los hombres.

No hay más que un camino: someterse a Dios.

1. Someterse a Dios es reconocer el Señorío de Dios sobre la vida. "Yo soy el Señor tu Dios" (8).

Es reconocer su trascendencia sobre las creaturas.

Es sentirlo al mismo tiempo Creador y Padre.

Es saberlo infinito y desbordando de amor.

Es aprender a buscarlo en la Creación que nos habla de su presencia, que nos revela su belleza, que nos ofrece el reflejo de su poder.

(5) *Lc. 2, 10-11.*

(6) *Lc. 2, 14.*

(7) *Gn. 4, 12.*

(8) *Lv. 11, 4-cc.*

Es dejarnos penetrar de la seguridad absoluta que Dios nos ama.

Es abandonarnos en los brazos de su Providencia como niños en el regazo materno.

Hemos perdido el sentido de Dios.

Y mientras no lo recobremos seremos ovejas errantes, huérfanos sin amparo, naves a la deriva en el mar de la existencia.

El ateísmo destruye las raíces eternas del hombre. Puede edificar una civilización, pero sin alma. Puede alzar una estatua gigante, pero con pies de barro. El ateísmo práctico, la pérdida del sentido de Dios, está corroyendo a nuestra generación.

No pretendamos situarla geográficamente. La encontramos tanto a éste como al otro lado de la cortina de hierro.

2. Someterse a Dios es reconocer a Cristo.

No un Cristo ficticio y deformado. El Cristo del Evangelio y de la auténtica tradición de 20 siglos.

El Hijo de Dios hecho Hombre. El que nace en Belén desposado con la pobreza. El que crece en Nazareth envuelto en la humildad y el silencio. El que anuncia su ley condensada en el precepto máximo: "Amarás al prójimo como a tí mismo", "amaos los unos a los otros, como yo os he amado" (9).

El Cristo de las bienaventuranzas síntesis y médula del mensaje evangélico.

Felices los pobres en el espíritu, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los perseguidos por amar la justicia, los artesanos de la paz.

Ellos serán los que poseerán la tierra, los que serán consolados y saciados, los que alcanzarán misericordia, los que verán a Dios, y serán llamados hijos de Dios, los que poseerán el reino de los cielos.

Reconocer a Cristo, como Señor de la historia. El que vence al mundo. El que redime en la Cruz. El que salva en la sangre. El que resucita triunfante.

Creer en el Cristo que vino; hecho indiscutible de la historia. Que inauguró un orden nuevo. Que puso la semilla de una civilización que aún debe alcanzar su meta.

Creer en el Cristo que viene cada día. A través de su palabra que es ley. De sus sacramentos que son vida. De su presencia misteriosa en los acontecimientos de nuestra existencia, en las tareas oscuras de nuestra jornada cotidiana.

Creer en el Cristo que vendrá al final de los tiempos, en la plenitud de su Cuerpo Místico, en la recapitulación total de la historia. La Iglesia y el mundo caminan hacia "El Día del Señor".

3. Someterse a Dios es reconocer la Iglesia. La que El fundó. Sobre los Doce con Pedro. La que continúa en los Obispos con el Papa. La Iglesia Jerárquica, y visible con sus instituciones y leyes, su gobierno y sus obras, sus vicisitudes y su historia.

(9) *Jn.* 13, 34.

Es ver a través de Ella, la Iglesia invisible que el Espíritu Santo anima y vivifica. La que nos da a Cristo a través de sus signos auténticos: los sacramentos. La que conserva el misterio de la palabra de Dios y la distribuye.

El Cuerpo Místico de Cristo del cual cada uno es miembro y responsable, y que crece hasta que llegue un día a la "medida del varón perfecto" (10).

Es ver el elemento humano de la Iglesia. Con sus pecados y miserias. Sus limitaciones e incomprendiones. Sus desgarramientos y divisiones, sabiendo que a través de los hombres pecadores circula sin embargo, el misterio del Reino de Dios, tal como crecen juntos el trigo y la cizaña hasta el día final de la cosecha.

Amar la Iglesia como Cristo la amó para hacerla "sin mancha y sin arruga". Sentir sus problemas. Compartir sus angustias. Trabajar por su extensión.

Comprender en visión de Iglesia a nuestro tiempo. Tomar conciencia que entramos en una nueva edad del mundo.

Darnos cuenta que la conciencia contemporánea de dimensiones planetarias que afirma su fe en la salvación del hombre por el hombre, lanza a la Iglesia un desafío temible, y que la respuesta a ese desafío, tal como los Pontífices lo han señalado, no es una Iglesia estática, aprisionada en formas históricas transitorias, sino una Iglesia misionera de cara al porvenir.

La Iglesia en estado de misión es realizar en rigor y en sus dimensiones humanas, ambientales y geográficas la consigna de Cristo: "Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Os repito las palabras de un gran hombre de la Iglesia, el Cardenal Suhard (11):

"La Iglesia nos pide hoy dos cosas: pensar ampliamente y pensar rápido. Ampliamente, es decir, a la escala del universo. "No os contentéis con seguir; preceded. No seáis solamente discípulos, sino maestros. No basta imitar, hay que crear. Pero para esto hay que pensar rápido. Ya no existen los tiempos en que la cultura se elaboraba gota a gota en el laboratorio del alquimista o en la callada biblioteca de los claustros" (12).

"La Iglesia no puede cerrarse inerte en el secreto de los templos y desertar así la gran misión que le ha confiado la Providencia de formar al hombre completo.

A la obra, pues, y al trabajo. No permanezcáis inertes en medio de las ruinas. Os lo decimos del modo más formal: id adelante, trabajad en construir ese mundo nuevo. Depende de nosotros que sea o no cristiano" (13).

(10) *Ef.* 4, 13.

(11) Suhard Card. Arzobispo de París entre 1940-48. Desempeñó importante labor pastoral y fue iniciador de los sacerdotes obreros. Tiene tres famosísimas pastorales de Cuaresma en los últimos 3 años de su vida.

(12) Suhard. Card.: *Semains des Intellectuels Catholiques*.

(13) Suhard. Card.: *Essor ou déclin de l'Eglise*.

Pensar amplio, pensar rápido, pero, sobre todo, pensar profundo. No seducirnos por eficacias humanas perecederas, ni confundirnos por crisis históricas pasajeras. Sobre las ruinas de un mundo que al apartarse del Evangelio pierde su fermento, hay que construir uno nuevo donde las estructuras sociales sirvan al hombre y donde las bienaventuranzas evangélicas le den el sentido auténtico de la felicidad que busca.

Eso exige fidelidad a la doctrina y adhesión al magisterio de la Iglesia. Integridad de pensamiento y valor para transmitirlo. "No poner la luz bajo la pantalla a fin de que luzca ante los hombres" (14).

El cristiano está tanto más presente al mundo, cuanto más presente a Cristo. Tanto más adaptado a lo actual, cuanto más firme en lo eterno y lo absoluto. Tanto más activo y transformador en lo temporal, cuanto más auténtico evangélico en su mensaje y en su acción.

No es sacrificando la misión evangelizadora a la civilizadora como las estructuras se humanizarán y harán permeables a la gracia, sino sabiendo unir estas dos tareas inseparables del cristiano: presencia a Dios y presencia a los hombres.

No podemos aceptar la afirmación —y Pío XII nos advierte su error— "primero civilizar, después evangelizar", sino la que nos llega de lo más hondo de la tradición cristiana y de lo más rico de la acción misional de la Iglesia "civilizar evangelizando".

Para esto hay que realizar la unión estrecha de los elementos del apostolado cristiano y que hoy como nunca exige un mundo en estado de misión: sacerdocio y laicado.

Ambos unidos en sus tareas apostólicas y en su objetivo común: construir la ciudad de Dios. Pero cada uno realizando la vocación propia que su deber de estado le señala. El Sacerdote interviniendo más allá de sus competencias en tareas laicales, engendra el clericalismo. El laico cambiando su dependencia jerárquica, en querer asumir tareas en el campo de la doctrina o de la acción que pertenece a "aquellos a quienes el Espíritu Santo puso a regir la Iglesia de Dios" (15) (los obispos), engendran los más peligrosos abusos y deformaciones.

"El laicado no tiene aún plenamente su lugar en la Iglesia, como el sacerdote no tiene aún plenamente su lugar en el mundo. Ahora bien, para que haya presencia real del laicado en la ciudad temporal, en cuanto cristiano, es necesaria la presencia del sacerdote en la vida del laico en cuanto sacerdote.

Ni laicos al servicio del sacerdote, ni sacerdotes al servicio del laico, sino sacerdotes y laicos al servicio de la Iglesia" (16).

Sacerdotes y laicos deben comprender su función en la Iglesia y cumplirla en todas sus dimensiones. Deben ser el primado de la evangelización sobre la organización. No fijarnos sólo en los resultados externos de una

(14) *Mt.* 5, 15.

(15) *Hch.* 20, 28.

(16) Retif. P. Sacerdote de los "Hijos de la Caridad", conocido por sus experiencias y escritos pastorales. Obra citada, Retif, "*Pour une Eglise en état de mission*".

obra, sino también en su espíritu visto a la luz del Evangelio. Está bien y es necesario llevar estadísticas, distribuir ayudas, etc., pero es más urgente aún el preguntarse en qué medida avanza a través de eso el Reino de Dios y se revela a los que ignoran el rostro de la Iglesia.

Una gran revisión de métodos apostólicos y de formas de organización se impone a la luz del primado de la Evangelización.

Tal es nuestro primer deber.

Someterse a Dios. A la realidad divina que se nos manifiesta en Cristo. A la presencia de Cristo que nos llega por la Iglesia.

Lo primero que se nos pide es vivir con toda su hondura y extensión la riqueza de nuestra fe, la promesa de nuestra esperanza y la fuente inagotable de nuestra caridad.

“La victoria que vence al mundo es nuestra fe” (17).

“Es preciso centrar en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (18).

“Haciendo la verdad en el amor hay que crecer en Aquel que es la Cabeza: Cristo” (19).

Lo hemos afirmado. Lo volvemos a repetir. El lema de la hora es:

“Someterse a Dios o perecer” .

Hay que estar firmes en la doctrina, acabo de decir.

Pero es menester inmediatamente añadir:

Hay que estar íntegros en la vida.

Someterse a Dios es aceptar su ley.

Cristo nos ama y nos llama a participar en su reino. Al aceptar su llamado —nuestra vocación cristiana— nos hacemos solidariamente responsables con El. De ahí la necesidad de practicar su ley y de ajustar nuestra vida a sus mandamientos. Los mandamientos de Cristo, su ley moral, son las palabras vivientes que El nos dirige para que realicemos conjuntamente su designio salvador.

El cristiano, según San Pablo, “lleva en él a Cristo como una ley” (20).

La raíz de su conducta terrena es interna. No cae en un fariseísmo que se satisface con las apariencias y olvida el fondo. Ni con el mero cumplimiento formulista de la ley, que prescinde del amor que debe inspirarla. No es el temor a la pena lo que lo mueve, sino la coherencia interna y total a la respuesta que ha dado a Cristo de seguirlo.

Lo que se pide a los cristianos es que vivan su fe y la transformen en un estilo de vida cristiana.

No se les pide tanto, palabras, “manifiestos” o “condenaciones”, sino una vida que refleje en actitudes la médula evangélica que existe en ellos.

En otras palabras, se les pide que sientan y pesen la responsabilidad de sus actos.

Que tengan en forma muy honda la responsabilidad ante su conciencia, norma práctica de todo el obrar humano. El imperio de la conciencia en

(17) *1 Jn.* 5, 4.

(18) *Ef.* 1, 10.

(19) *Ef.* 4, 15.

(20) *Cfr. Ga.* 2, 16 - 17.

la vida individual y social es la condición primera de cualquier restauración que se pretenda.

Responsabilidad ante su vida, coherente con su fe. Un **estilo de vida** cristiano es la expresión práctica de esta responsabilidad.

Responsabilidad ante la comunidad cristiana, la Iglesia, de la cual forma parte como miembro viviente. El cristiano lleva consigo a la Iglesia. La compromete en sus actos. Hace ver su rostro auténtico o lo desfigura a través de su propia vida. "Es por el laico como la ley moral se inscribe en la ciudad terrestre" (21). Es por nosotros como los hombres que están en el mundo palpan la realidad del Mensaje.

Responsabilidad ante la comunidad humana, de cuyos problemas es doblemente solidario, en virtud de su deber cívico y cristiano. El católico es miembro de la Iglesia, pero es al mismo tiempo ciudadano del mundo. Con *Tertuliano* (22) ha de saber repetir a cada instante: "Soy hombre y nada de lo que es humano lo repudio extraño a mí". El cristiano es el hombre del bien común sobre el individual, la mirada amplia sobre la estrecha, del abrazo fraternal sobre el egoísta "¿a mí qué me importa?". Precisamente porque comprende y vive su solidaridad sobrenatural de miembro del Cuerpo Místico de Cristo, es capaz de vivir su solidaridad sobrenatural en la comunidad humana. La raíz de toda solidaridad para el cristiano reposa ahí.

Un estilo de vida que sea signo.

Los hombres se entienden por signos.

Pero exigen de éstos que expresen la realidad que quieren significar.

Si la palabra dice algo diverso o contrario de la verdad, esa palabra es mentira.

Si el gesto amistoso no es más que convencionalismo y esconde odio, ese gesto es hipocresía.

Si la señal respetuosa de disciplina encubre rebeldía, esa señal es falsa.

Igualmente nuestras vidas. Tiene que ser signos de lo que creemos, amamos y esperamos.

Nuestro estilo de vida, ha de decir si creemos en el Cristo del Evangelio que nos llama a seguirlo, o en un Cristo que nosotros nos fabricamos para cubrir nuestro egoísmo y codicia.

Si esperamos de Dios, de su gracia, de la fuerza de su palabra, del dinamismo de la Redención, la solución a los problemas; o en cambio, la esperamos de la fuerza, del oro, de la astucia o del poder humano.

Si amamos lo que Cristo amó, la Cruz, la humildad, los pobres y los que sufren. O amamos el placer ante el cual sacrificamos honra, familia y prójimos para convertirnos en los modernos paganos que pretenden, sin lograrlo, encubrir su paganismo colocando un signo religioso que contradice con la realidad de sus vidas.

La vida cristiana es un llamado; Cristo por su Iglesia lo formula.

La vida cristiana es una respuesta; nosotros la damos con todos nuestros actos.

(21) Pío XII.

(22) En realidad la cita es de Terencio.

El llamado y la respuesta engendran la responsabilidad del cristiano ante su conciencia, ante su vida, ante la comunidad cristiana y ante el mundo.

Esa responsabilidad se expresa en un estilo de vida cristiano.

Ese estilo es nuestro signo ante el mundo.

El signo tiene que ser íntegro y totalmente verdadero y auténtico.

De lo contrario es mentira, hipocresía, farsa.

Ese estilo es el que tenemos que asumir en todas sus dimensiones; la vertical hacia Dios, la horizontal hacia nuestros hermanos, la profunda hacia las raíces de nuestra existencia.

Es la que el Evangelio nos señala:

"El que quiere venir tras de Mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame" (23).

"Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas" (24).

"Amaos como yo os he amado" (25).

"En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos; en el amor mutuo que os profeséis" (26).

Hay que vivir la vida en un espíritu "nuevo" en el sentido evangélico de la palabra.

Hay que cambiar el hombre viejo, egoísta y sensual.

Viviendo ese espíritu "nuevo" seremos los constructores del Reino de Dios.

- IV -

Someterse a Dios o perecer.

Es el dilema de esta hora.

Es la consigna del cristiano frente al mundo actual.

Hemos dicho anteriormente que esto significa:

1. Firmeza en la doctrina;

2. Integridad en la vida.

Debemos agregar un tercer y último deber:

TOMAR CONCIENCIA DE LA HORA DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA.

Muchos cristianos no la tienen o no quieren tenerla.

Siguen pensando que nada o casi nada ha pasado en los últimos 30 años.

Y sin embargo, la Iglesia ha hablado con extraordinaria clarividencia.

Los Romanos Pontífices y los Obispos, es decir la Iglesia docente, la que enseña el Mensaje y lo adapta a los problemas cambiantes de la historia, lo ha dicho con especial insistencia y firmeza.

"Somos no sólo los espectadores, sino los actores de la tragedia que debe revolucionar el mundo" (27).

(23) *Lc.* 9, 23.

(24) *Mt.* 22, 37.

(25) *Jn.* 13, 34.

(26) *Jn.* 13, 35.

(27) *Pto* XI.

Cinco hechos señalan estos cambios:

- a) El aumento de la población mundial: la explosión demográfica.
- b) El desarrollo extraordinario de la ciencia y de la técnica: entramos en la era atómica y espacial.
- c) La desacralización del mundo: la cultura toma un carácter profano.
- d) La emancipación de los pueblos de color: la era colonialista termina.
- e) El comunismo: la ideología marxista se enfrenta al mundo del siglo XX y penetra en él con fuerte ímpetu.

No podemos cerrar los ojos ante estos hechos ni tampoco atemorizarnos ante ellos.

El Cristianismo sabe aceptar el desafío de la historia.

“Un mundo nuevo, un mundo mejor ordenado en su estructura jurídica, un mundo más equitativo y más sano, en el cual los hombres se consagren a suprimir las injusticias y a buscar los motivos de acercamiento fraternal más que razones de discordia o de rencor” (28).

Sabe que “mientras el mundo gira, la Cruz permanece”.

Lo importante es que nosotros sepamos oír y comprender esa voz de Dios que nos habla.

Todos los hechos señalados anteriormente envuelven sus graves peligros, pero acusan un deseo apasionado de promoción humana.

Hay que saber leer los signos de los tiempos y darles su respuesta cristiana.

El reproche evangélico suena preciso:

“Al crepúsculo decís: va a hacer un buen tiempo porque el cielo está arbolado; y a la aurora: hará mal tiempo hoy día porque el cielo está oscuro. Sabéis, así interpretar bien el rostro del cielo y no sois capaces de interpretar los signos de los tiempos” (29).

Esos signos nos exigen una respuesta y una solución.

La Iglesia la ha dado. Pero los hombres, con frecuencia, no han querido escucharla ni aplicarla.

Habló León XIII. Y Pío XI nos dice cómo fue recibida por muchos su palabra.

“Recibieron con recelo y hasta con escándalo la doctrina de León XIII, tan noble y tan profunda, y que a los oídos mundanos sonaba como totalmente nueva”.

(28) Pío XII; 8 - I - 1945.

(29) Mt. 16, 3 - 4.

“Los aferrados con demasía a lo antiguo desdafiaron aprender esta nueva filosofía social y los de espíritu apocado temieron subir hacia aquellas cumbres”.

Tampoco faltaron quienes admiraron aquella claridad, pero la juzgaron como un ensueño de perfección, deseable más que realizable” (30).

Habló *Juan XXIII*, en la Encíclica “*Mater et Magistra*”, pero como el mismo Papa acaba de decirlo “la efectividad de la Madre, depende de la generosa fidelidad de los hijos” (31).

¿Somos fieles a esas directivas que nos dan la visión del mundo y de la Iglesia en esta segunda mitad del siglo XX?

“He leído, dice un notable escritor español, en un diario suizo que la *Mater et Magistra* debe ser ante todo un instrumento en nuestras manos. Esto es exacto. Y esta encíclica resume todo el espíritu de un siglo cristiano que comienza a dejar a un lado la espada y se pone a estudiar los instrumentos”, que abandona la palabra “defensores” por la de “constructores”, que quiere poner en práctica las palabras de Pío XII: “No quejas, sino acción”.

El Papa nos ha puesto entre las manos un instrumento. No hay insulto más grande hacia un instrumento que el declararlo precioso y dejarlo dormir” (32).

La humanidad afronta una etapa decisiva de su historia. Posibilidades incalculables se abren ante ella.

Al mismo tiempo comprueba sus terribles debilidades.

Esperanza y temor. Un porvenir optimista o desoladoras amenazas.

¿Tenemos conciencia de ambas?

¿Nos damos cuenta que el hombre moderno busca por todas las formas los caminos de su desarrollo y de su liberación?

De otra parte; ¿nos damos cuenta de la tragedia del mundo, de la cual Chile es un capítulo?

Oigamos al Cardenal Feltin, Arzobispo de París (33):

“En un mundo que cuenta un hombre más por segundo, no hay el derecho de estar una hora en retraso”.

“La miseria no espera; dos hombres por cada tres, tienen hambre. Casi un hombre por cada dos no sabe leer. Cada año por 50 millones de muertos, hay de 30 a 40 millones provocados por el hambre y sus consecuencias, es decir, tanto como en la última guerra en cinco años con su arsenal de destrucción masiva”.

(30) Pío XI: *Quadragesimo Anno*.

(31) Juan XXIII: Noviembre 1961.

(32) P. Martín Descalzo: *Gaceta del Norte*, 23 - VIII - 61.

(33) Feltin, Cardenal Maurice: Nació cerca de Besancon el 15 - V - 1883. Ordenado sacerdote en 1909. Consagrado Obispo el 11 - III - 1928, se hizo cargo de la Arquidiócesis de París el 15 - VIII - 1949. Nominado Cardenal por Pío XII el 12 - I - 1953. Renunció al cargo de Arzobispo el 21 - XII - 1966.

"Más grave aún es el hambre espiritual y moral, que tortura continentes enteros. A cada uno de nosotros se dirige la terrible pregunta: "Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?". Si no somos directamente criminales, ¿aceptaremos ser condenados por delito de omisión? ¿Qué vas a hacer por tu hermano? He aquí el interrogante solemne que Dios pone a nuestra generación" (34).

En cambio con frecuencia cerramos los ojos a la realidad del mundo y los oídos a la voz de la Iglesia.

Se prefiere ir a buscar en movimientos vagos, neutros o de dudosa ortodoxia, la solución que la Iglesia ofrece.

En el fondo, porque no estamos dispuestos a realizar los sacrificios que la aplicación íntegra y fiel de las enseñanzas pontificias en materia social exigen y las reformas que ellas implican.

Parece que no hubieran sido dichas para nuestro siglo las palabras de *Pío XI* y *Pío XII*:

"Las condiciones actuales de la vida económica y social son tales, que un número muy considerable de hombres encuentran en ellas las más grandes dificultades para realizar la obra de su salvación eterna" (35).

"La Iglesia no puede ignorar ni rehusar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su situación, se choca con todo un sistema que lejos de ser conforme a la naturaleza, está en oposición con el orden de Dios y con el fin asignado por El a los bienes terrestres" (36).

¿Podemos, ante estos juicios permanecer impasibles y seguir defendiendo actuaciones que no sólo no corresponden al orden divino sino se le oponen?

"Es todo un mundo el que hay que reconstruir desde sus bases para transformarlo de selvático en humano y de humano en divino" (37).

No podemos ignorar lo que el mundo aguarda y lo que la Iglesia pide a sus hijos en esta hora.

El mundo espera a Cristo. En medio de sus inquietudes, angustias y convulsiones, el mundo, consciente o inconscientemente tiene hambre de Evangelio.

"Nuestra época está agobiada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada con profundos desórdenes; pero es también una época que abre inmensas posibilidades al espíritu combativo de la Iglesia" (38).

S. S. Juan XXIII nos invita a cooperar en la "edificación de una Ciudad Nueva, junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad" (39).

El mundo espera un orden a la medida de él y a la altura de Dios. Nuestro deber es trabajar por su advenimiento.

(34) Feltín, Cardenal: Geneve, 11 - XII - 1960.

(35) Pío XI: *Quadragesimo Anno*.

(36) Pío XII: 24 - XII - 1942.

(37) Pío XII: 10 - XI - 1952.

(38) Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

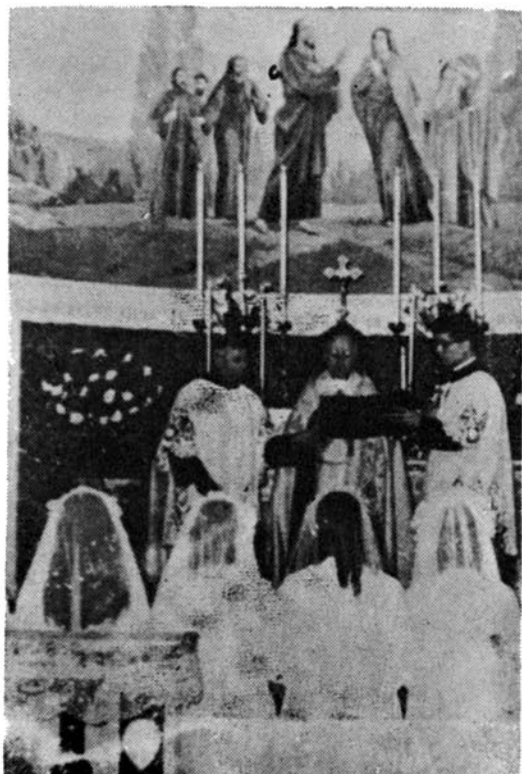
(39) *Ibid.*



La palabra y el signo, juntos en la liturgia.

Arriba: Cáliz que habitualmente usaba el Obispo.

A la derecha: Presidiendo ceremonia de religiosas de Sta. Marta.



La tarea es inmensa. Pero es posible.

Es un nuevo capítulo de la historia que a nuestra generación le corresponde realizar.

"No tenemos derecho a ser mediocres". Ni a temer las dificultades. Ni a arredrarnos ante los sacrificios.

Es el misterio de Belén que continúa.

Hay un éxodo de la humanidad que busca salir de la esclavitud y llegar a la tierra prometida. Todo éxodo es un pasar por el desierto, en el caminar sobre la arena candente y las piedras calcinadas, pero es un avanzar hacia adelante.

La Iglesia sabe que habrá que atravesar por duros momentos, que habrá de despojarse de mucho a lo que estábamos apegados, que habrá de peregrinar por horas oscuras y tierras inhóspitas. Pero la Iglesia ha hablado en su doctrina social. Ha dado el sentido de la historia. Va a hablar en su próximo Concilio donde, al decir de Juan XXIII, renovará su eterna juventud. Ella es el Moisés que nos guía hacia la tierra fértil de Canaan.

No temamos. Hay quienes se amedrentan ante el peligro. Son los mismos que han contribuido a provocarlo. Que se espantan ante las soluciones de la Iglesia, y murmuran como el pueblo israelita en su peregrinación por el desierto. Que olvidan la palabra del Evangelio:

"Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia" (40).

Os entrego al terminar, dos mensajes de optimismo. Pero de optimismo cristiano, es decir, de esfuerzo, trabajo y esperanza.

Poco antes de su muerte, Pío XI, el Papa de la "fe intrépida", hablaba al *Cardenal Verdier* (41), Arzobispo de París y le decía estas palabras:

"Hijo mío, la crisis que vivimos es única en la historia".

"Un mundo debe brotar del surco en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. En cuanto a nosotros, agradezcamos a Dios cada día el habernos hecho vivir en las actuales circunstancias".

"Ante todo, hay que estar orgullosos de ser los testigos, y aún más, los actores de esta tragedia que va a transformar al mundo. Todos los hombres de buena voluntad tienen el deber imperioso de soñar que tienen una misión que llenar; la de ser mejores los unos para con los otros y hacer lo imposible cada uno dentro de sus límites de actividad, para mejorar la suerte de la humanidad.

Será el honor de esta generación, si comprende su misión, el haber ayudado piadosamente a mejorar su suerte.

Yo estoy seguro que después de las peripecias, que yo no puedo prever, ella saldrá más hermosa y mejor adaptada a las necesidades de los tiempos presentes. A nadie, quien quiera que sea, le es permitido el ser mediocre".

Y haciendo eco a estas palabras, pocos meses antes de su muerte, Pío XII, con espíritu profético, hablaba de una primavera cristiana en el mundo.

(40) Mt. 6, 33.

(41) Verdier, Cardenal: Nacido en 1864.

¿Podemos recordaros que tras de nosotros hay un oscuro invierno y que delante de nosotros se abre un verano de luz? ¿Podemos invitaros a vivir con el más gran cuidado la primavera que Dios va a dar a la Iglesia?

“El sombrío invierno ha pasado. Pocas personas quizás se den cuenta de la noche que ha envuelto al mundo, del frío glacial que lo ha tornado árido y ha hecho perecer innumerables gérmenes de vida... Pero si detrás de nosotros queda el invierno, delante de nosotros está el verano, prometedor, luminoso, fecundo. La primavera histórica se ha iniciado a pesar de nubes, vientos y tempestades. El verano histórico radiante ya se dibuja sobre el horizonte no lejano de la Iglesia y de las naciones, sobre el horizonte de la historia total del mundo”.

Y el Papa, anciano de 83 años, ya casi agonizante, termina su profético mensaje:

“Como en la primavera, así en la que se acerca no faltarán ni los vientos ni las tempestades; la Iglesia no ha terminado su martirio.
“Tomad para vosotros nuestra esperanza y decid a todos que estamos en una primavera de la historia. Dios quiere sea una de las más bellas primaveras que los hombres han visto jamás. Dios quiera sea uno de los inviernos más largos y más duros” (42).

Palabras de esperanza que a más de alguno pueden sonar a ilusión.

Pero palabras de esperanza miradas a la luz del misterio de Cristo Crucificado, vencedor de la historia.

Que Navidad despierte en nosotros esas esperanzas.

Que la sencillez de Belén nos conduzca a las fuentes de la felicidad verdadera.

Que Navidad nos recuerde nuestra misión y nuestro destino humano y cristiano.

Nuestra vocación de constructores de un orden nuevo. Nuestro sano optimismo que vence la cobardía, el pesimismo y el temor.

Frente al misterio de Dios hecho hombre, vuestro Obispo y amigo, ora por vosotros y con sus brazos extendidos implora:

La paz de Cristo en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestras vidas.

(42) Pío XII: 19 - III - 1953.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
LA PAZ Y LA BUENA VOLUNTAD
(25 - XII - 1962)

La canción de la paz suena de nuevo en el mundo: "paz a los hombres de buena voluntad" (2).

Es el gran anhelo del hombre de hoy. La Paz. Pero una paz verdadera, íntima, total, profunda.

Esa paz es la que imploramos en estos días a Cristo, "Príncipe de la Paz" (3). La paz no es una cosa gris, amoría, pasiva. Es un acto positivo, enérgico de construcción en común. Los "pacíficos" según el lenguaje evangélico, no son los tranquilos, los que no se comprometen, los que a todo dicen sí, los que resuelven los problemas con un encongerse de hombros y repetir: ¿qué le vamos a hacer?", sino como el mismo Evangelio lo declara: "los artesanos de la paz" (4). Ellos serán llamados, afirman las bienaventuranzas "hijos de Dios".

Esa es la paz que todos anhelamos en este día, "la tranquilidad en el orden". Pero, notemos bien que el orden no es algo externo, ficticio, impuesto o aceptado a regañadientes. El orden tiene como base la justicia y como amalgama fundamental el amor.

Habrá orden, donde la justicia social reine y donde el amor fraternal impere. "Paz a los hombres de buena voluntad" (5).

La paz no se promete a cualquiera, sino a los "hombres de buena voluntad". Los hombres de buena voluntad son los que quieren frenar el egoísmo. Todas las luchas y tensiones sean sociales o internacionales, nacen del egoísmo. Pensar en sí, sin pensar en los otros. Buscar su propio bien y no el común. Pasar indiferentes ante el dolor ajeno. Olvidar la realidad social para encerrarse en su propia satisfacción.

Todos, quienes más, quienes menos, adolecemos de egoísmo.

La Navidad nos llama a superarnos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *Lc.* 2, 14.

(3) *Is.* 9, 6.

(4) *Mt.* 5, 9.

(5) *Lc.* 2, 14.

No seremos hombres de buena voluntad y como consecuencia no tendremos paz sin sacudirnos de nuestras vidas, de nuestros juicios, de nuestras actitudes, el egoísmo fundamental que nos corroe.

Los hombres de buena voluntad son los que quieren que una amplia corriente de solidaridad humana y cristiana circule por la patria y por el mundo.

Solidaridad que alcance a todos los aspectos de la vida, personal y familiar, económica y social e internacional.

Es a base de esa solidaridad llevada al sacrificio, como habrá verdadera paz. Y eso exige amor. Mucho amor. Amor a Dios Padre que al hacernos sus hijos nos constituye en hermanos.

Amor a Cristo, que al redimirnos en su dolor nos da el argumento perfecto de su caridad.

Amor a nuestros hermanos, a todos sin excepción, porque a Cristo lo encontramos en el rostro de nuestro prójimo. Y lo "que hacemos al más pequeño de nuestros hermanos, lo hacemos a El", según sentencia del Evangelio (6).

Amor a los pobres. Oigamos al Papa:

"Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia de todos, particularmente la Iglesia de los Pobres" (7).

La frase de Juan XXIII sacudió al Concilio como un gran estremecimiento. Todos debemos esforzarnos en hacerla realidad. Así seremos hombres de buena voluntad.

No caigamos en las fáciles tentaciones de acciones negativas fruto del miedo o de medios violentos, hijos de la prepotencia o del orgullo. Así no seremos hombres de buena voluntad.

Paz a los hombres de buena voluntad. ¿Cómo realizarla?

El Episcopado chileno hizo el 18 de septiembre último un llamado colectivo a mirar la realidad nacional y abordar en sentido de justicia y de amor esos problemas.

Ese llamado ha sido confirmado por múltiples declaraciones conciliares. Ha sido aplaudido sin reservas por prelados de todo el mundo.

Es un llamado a la paz verdadera. Está dirigido a todos los hombres de buena voluntad.

Sin miras pequeñas, sin acepción de personas o de grupos, sin interés terreno, buscando sólo y únicamente "el reino de Dios y su justicia" (8). Hoy reitero ese llamado. Hoy, junto a la cuna del Niño, invito a mis diocesanos a meditar sin pasión, a cumplir sin egoísmo, a realizar sin dilación lo que en ese documento se señala.

Es el eco del mensaje de Navidad.

Es la señal de nuestra verdadera adhesión a Cristo y a su Iglesia. Es el único camino de la paz. Es el llamado reiterado que resonó en Belén hace 1.962 años a todos los hombres de buena voluntad.

(6) Cfr. Mt. 25, 34 ss.

(7) Jn. XIII: 11 - IX - 1962.

(8) Mt. 6, 33.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
LA VIDA SEGUN CRISTO
(25 - XII - 1963)

Navidad es la fiesta de Cristo que nace.

Es el recuerdo de la hora en que la gran esperanza de la humanidad fue cumplida.

Es la prueba tangible y constante de que Dios nos ama y desea estar presente en nuestras vidas.

En esta Navidad de 1963, quiero que mi saludo vaya a todos los habitantes de la Diócesis.

Saludo que diga a todos lo más grande y definitivo que un Obispo puede desear y ofrecer: que Cristo llegue a cada uno de vosotros a traeros la alegría y la paz que solamente El puede dar.

Que llegue su Verdad. La Palabra de su Evangelio, la fuerza de su doctrina, la luz de su Mensaje eterno.

Que llegue su Vida. La que El nos devolvió en la Cruz cuando estábamos muertos por el pecado y nos alcanzó al resucitar glorioso para que tengamos "vida abundante" (2). La Vida que está en su Eucaristía donde "el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna" (3).

Que llegue su Justicia. La que se encierra en el Evangelio y se explica y determina en las enseñanzas sociales de su Iglesia.

Que llegue su Amor. Para que los odios cesen, los corazones se enciendan y reine entre todos la paz prometida en esta noche a los hombres de buena voluntad.

En esta Navidad, yo repito a todos la invitación hecha a Abraham y a los Patriarcas:

"Levanta tu mirada, y ve" (4).

Levantemos nuestra mirada.

Los hombres necesitan de Dios. No se puede edificar un pueblo sobre la negación o el olvido de Dios y de su ley.

No se puede prescindir de Cristo y de su enseñanza.

No se puede vivir como si Cristo no hubiera venido para traernos la salvación.

Levantemos nuestra mirada y veamos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *Jn.* 10, 10.

(3) *Jn.* 6, 55.

(4) *Gn.* XIII, 14.

Lo que se quiso edificar sobre el olvido de Cristo se derrumba.

El mundo busca nuevas rutas.

El hombre quiere encontrarse con sí mismo. Quiere dialogar con todos los hombres.

Y al encontrarse con sí mismo, encuentra la imagen de Dios en el fondo de su ser.

Y al dialogar con todos los hombres, abre su espíritu al mandato supremo de la Ley: "amaos los unos a los otros" (5).

Que Cristo venga a nosotros.

Que iluminados por su luz comprendamos el deber de trabajar por hacer un mundo más feliz, más justo, más pacífico.

Que sostenidos por su gracia, marchemos por el camino que él nos traza.

Que encendidos por su amor, nos hagamos cada vez mejores servidores de nuestros hermanos, de los que sufren, de los que fatigan, de los que están cansados y agobiados por las miserias de la vida.

Que Cristo nazca en cada uno de nuestros corazones, en cada uno de nuestros hogares y en toda la comunidad humana que forma esta Diócesis.

Es el saludo y la plegaria de vuestro Obispo y servidor.

(5) *Jn.* XIII, 34.

MENSAJE DE NAVIDAD
PAULO VI EN BELEN
(1963)

"Vamos hasta Belén" (1) fue el grito de los pastores atónitos ante el angélico mensaje navideño.

Navidad es el momento de la historia en que el encuentro perfecto del hombre y Dios se hizo realidad. En esa noche callada de diciembre "los cielos destilaron miel" (2). La vara brotada del tronco de Jesé abrió su flor. Los ángeles transmitieron a los asombrados pastores su nueva de gozo: "Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo. Os ha nacido hoy un Salvador que es el Cristo Señor en la ciudad de David" (3).

(1) *Lc.* 2, 15.

(2) Oficio antiguo de la Navidad del Señor. Responsorio después del 1er. nocturno.

(3) *Lc.* 2, 10-11.

Y mientras sobre la campiña dormida resonó el cántico cuyo eco aún no se extingue, los pastores respondieron con la fe de los humildes marchando hacia Belén.

En esta Navidad 1963, la humanidad ha recibido otro mensaje, eco del primero; la peregrinación de Su Santidad Paulo VI a Tierra Santa.

Porque, fijémosnos bien, no es un viaje ni de intereses humanos, ni de solaz, ni de turismo; es una peregrinación "de fe, de ofrecimiento, de búsqueda y de esperanza", como el mismo Santo Padre la ha definido.

No va en misión diplomática a ninguna nación determinada, sino a "Tierra Santa", la Cuna de Cristo, el lugar físico de la Redención, el marco humano y geográfico donde "la alegre nueva" resonó para todos los tiempos y para todos los hombres de buena voluntad.

Pero, Su Santidad Paulo VI, no irá solo a Tierra Santa. Este viaje histórico tiene un significado para cada uno de nosotros.

Es el signo visible de la Iglesia peregrina que camina en la tierra en busca de la Jerusalén definitiva. Es el signo de la Iglesia del Vaticano II que va en busca del mundo moderno y quiere encontrarlo en el centro histórico de donde partió hace 20 siglos su dinamismo evangelizador.

Es el llamado a todos los hombres a comprender que la humanidad solamente encontrará su meta en la restitución de los valores que cada uno de estos sitios santos representa.

Belén es el desasimiento de los bienes terrenos frente al espíritu de lucro y codicia que invade el mundo.

Nazareth, es la humildad de los medios cristianos frente al poderío de las armas. Es el retorno a los grandes valores del hogar cristiano frente a la disolución de la familia. Es la oración silenciosa frente al activismo.

El Gólgota, es el sentido de la austeridad, del sacrificio y del deber, frente a la moral "hedonista" del gozo y del placer. Es la **pobreza de la Cruz** y el sentido redentor del sufrimiento.

La Colina de las Bienaventuranzas, es el llamado a buscar la felicidad donde Dios la puso. Felices los pobres en el espíritu; los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los perseguidos por amar la justicia, los artesanos de la paz. Ellos serán los que poseerán la tierra, los que serán consolados y saciados, los que alcanzarán misericordia, los que verán a Dios, los que poseerán el Reino de los Cielos.

La visita del Papa a Tierra Santa es signo de nuestra liberación interior para alcanzar la libertad en la verdad. Hay un "éxodo" de la humanidad que busca salir de la esclavitud del mal para llegar a la tierra prometida; la santidad.

Ante un mundo nuevo, la Iglesia nos ha dado para construirlo su doctrina social "necesaria y obligatoria". Para aplicarla habrá que despojarse de mucho a lo que estábamos apegados, peregrinar en medio de horas históricas oscuras y tierras inhóspitas o contrarias. Todo éxodo es siempre un pasar por el desierto, caminar sobre la arena candente y calcinada, y avan-

zar hacia la fértil tierra de Canaá "donde se edifica la Ciudad Nueva junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad" (4).

El viaje de Su Santidad Paulo VI tiene el valor de la arenga de Moisés mostrándonos la meta.

Cada cristiano, desde el rincón donde vive, debe acompañar a Paulo VI en su peregrinar cargado de significación y de esperanza.

Belén, Nazareth, el Gólgota, El Sermón de la Montaña, no deben ser para nosotros solamente lugares geográficos visitados por el Papa, de lo cual nos informará con múltiples detalles la prensa. Debe ser la gran peregrinación colectiva del pueblo de Dios unido a su Cabeza Visible. El gran llamado de la renovación cristiana de nuestra existencia es nuestra confrontación con el Evangelio, a fin de renovarnos internamente y en nuestro estilo de vida.

Que los días de la peregrinación de Su Santidad Paulo VI sean los días de nuestra peregrinación espiritual.

Que América Latina, el continente de la angustia y de la esperanza, realice la marcha espiritual a Tierra Santa.

Que la invitación de los pastores, encuentre en esta hora pleno eco: "Vayamos a Belén".

Que la peregrinación histórica de Paulo VI sea nuestra peregrinación.

Ella es, en el marco del Vaticano II, el cumplimiento de la palabra profética de Pío XII:

"La primavera histórica se ha iniciado, a pesar de nubes, vientos y tempestades. El verano histórico radiante ya se dibuja sobre el horizonte no lejano de la Iglesia y de las naciones, sobre el horizonte de la historia total del mundo" (5).

"Vayamos hasta Belén" con Paulo VI en la gran peregrinación histórica del mundo nuevo.

No en vano terminará en la Epifanía. En su luz contemplaremos a la Iglesia como signo de salvación levantado en medio de los pueblos.

(4) Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

(5) Pío XII: 19 - III - 1958.

MENSAJE DE NAVIDAD UN EXAMEN DE CONCIENCIA

Navidad, como ninguna otra fiesta, produce un clima de alegría, de luz y de esperanza. No hay hogar por humilde que sea, donde a pesar de la precariedad de los medios, deje de sentirse ese "algo" misterioso que el recuerdo del nacimiento del Hijo de Dios encierra. Se intercambian saludos, se reparten juguetes. En fin, es un día en que mucho se olvida y también se recuerda.

Y es precisamente al recuerdo a lo que queremos llegar en este artículo. Un recuerdo que sea al mismo tiempo examen de nuestra conciencia cristiana frente a los problemas de todo orden que expresa nuestro mundo.

Chile vive un momento difícil en la historia, y no sería honrado cerrar los ojos a esta realidad, como tampoco lo sería el reaccionar negativamente para abandonarse inerte a la desesperación.

Hay mucha miseria, moral, espiritual y física. Hay hambre y hay desocupación. Carecemos de escuelas, de habitaciones dignas, de salarios suficientes. Hemos perdido en distintos órdenes el sentido de los valores, y no pocas veces asignamos una importancia desmesurada a posiciones, ideas o propósitos que en el fondo no lo merecen.

Gastamos esfuerzo y dinero en obras o empresas que considerando el bien común de todos, y un cierto orden de urgencia en la magnitud de las exigencias de orden humano, podrían postergarse. Por el contrario, con frecuencia posponemos con visión más bien materialista, una serie de iniciativas que conducirían a procurar algo de bienestar y felicidad a un sector muy amplio de nuestros hermanos.

Porque no debemos olvidarlo, Navidad es la fiesta de la fraternidad humana, de la encarnación de Dios en nuestra naturaleza, sin distinción de razas, de castas o de orígenes sociales. Es la fiesta de la dignidad humana, y esa dignidad no es privativa de unos pocos, sino el patrimonio de todos.

Miramos con terror, con miedo que se trasluce claramente, el avance de doctrinas extremistas. Y ese temor nos nubla los ojos y nos impide ver con nitidez, con virilidad que hay mucho de egoísmo en nuestra actitud. Pensamos más en nosotros, que en los "otros". Tornamos la mirada a épocas pretéritas y cerramos nuestro corazón al creciente clamor de justicia que con expresiones y síntomas diferentes nos salen al paso. Preferimos acallar nuestra conciencia con mínimas concesiones que no alteran nuestra vida, y nos revelamos con orgullo frente a las exigencias de un pueblo que toma rápidamente posiciones y reclama sus derechos.

Hemos jugado con las palabras hasta exprimir las de su verdadero sentido y significación y cuando quisiéramos emplearlas con sinceridad y convicción nos damos cuenta que su valor intrínseco ha sido desvirtuado y su poder pulverizado por la traición de nuestra propia vida.

Queremos que nos tengan confianza, sin reparar que durante mucho tiempo no hemos hecho otra cosa que sembrar el recelo dividiendo más que uniendo.

Confundimos, lamentablemente, lo que es necesario y debe preservarse y conservarse, con lo que es accesorio y debe reformarse. En uso de una libertad mal concebida hemos discutido tanto y puesto en tela de juicio la autoridad, que aún cuando se trata de la Iglesia nos permitimos hacer distinciones según nuestras preferencias, truncando su palabra y su mandato.

La política nos apasiona, y sólo en ella fincamos nuestra esperanza y el triunfo. Olvidamos que las doctrinas económicas y políticas pasan, y que lo que pudo ser valedero en una época, ya no tiene sentido ni vigencia en la actual. Vivimos, abrazados a cadáveres, sin recordar que el único cadáver que el cristiano abraza es el de Cristo.

En esta noche de paz y de alegría, que nuestro examen de conciencia nos lleve a vivir más que a hablar, a amar más que a defender, a abrir nuestro corazón a las angustias del mundo presente creyendo firmemente que todos somos hermanos y que lo único que podemos perder no son nuestros bienes materiales, sino la verdadera vida que se otorga a los que han sido fieles a la humildad del Pesebre y al mensaje del Infante de Belén.

MENSAJE DE NAVIDAD PAZ Y JUSTICIA

La Navidad llegó trayéndonos el eterno mensaje de Dios. Sobre la humanidad resuena el perenne canto de esperanza: "paz a los hombres de buena voluntad" (1).

El mundo se detiene un instante en su carrera, y atónito contempla en medio de él al "Dios que desciende de los collados eternos".

Lo que el hombre ambicionaba inútilmente, subir hasta la divinidad, se ha cumplido. Dios ha descendido para elevar y unir la humanidad con El.

Es inútil que pretenda alterarse el significado profundo de Navidad; Ella seguirá siendo el encuentro definitivo del hombre con Dios, el abrazo inconfundible entre lo humano y lo divino, "el admirable intercambio", que la liturgia canta,

(1) *Lc. 2, 14.*

“el Creador del género humano toma cuerpo animado y se digna nacer de una Virgen, y en cambio nos participa de su divinidad” (2).

Cristo, el Hombre-Dios es ese punto de encuentro de la humanidad que sube y de la divinidad que desciende. El que sabe en su carne frágil los dolores y angustia de la nuestra y El que con su omnipotencia puede y quiere plenamente remediarlos.

Y porque el Niño-Dios ha nacido, porque “el Príncipe de la Paz” (3) ha llegado, porque la larga expectación ha terminado y porque por el mundo entero “los cielos destilaron miel”, hay repiques de campanas en la noche cerrada, rondas de niños que cantan alborozados, sonrisas que deshacen el rictus amargo de los rostros cansados y palpitante de corazones en un gozo muy hondo y muy suave que nos hace sentir en el alma, la inefable presencia del Señor.

Y el Mensaje que hace dos mil años escucha el mundo sin acabar de comprender sigue resonando:

“Gloria a Dios en las alturas” (4), porque sólo reconociendo Su supremo dominio, adorándolo y sirviéndolo, encontrarán los hombres el sentido verdadero de su vida.

“Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Porque la paz es “tranquilidad en el orden” (5) y el orden es fruto de la voluntad de hacer el bien.

La paz prometida en esa noche es “obra de la justicia”.

Justicia que es necesario implantar, no por la violencia, sino por la buena voluntad que a su vez es hija de la verdad.

Justicia que “da a cada uno lo que es suyo”. Justicia en el campo de las relaciones económicas, del trabajo, de la actividad social, del mundo internacional. Justicia para los oprimidos que beben en silencio las lágrimas amargas de tantas injusticias de la hora actual. Justicia que pide la Iglesia en nombre de Cristo para su porción predilecta: los obreros, los pobres, los humildes que soportan el duro fardo de un sistema económico y social que al perder el sentido cristiano se transforma en oprimente yugo.

Justicia en la organización de la paz mundial, que al no ser fundada sobre ella, traerá peores ruinas que las que pretende remediar.

Justicia de Cristo que está impregnada de amor.

En esa Noche de Navidad, los hombres por vez primera supieron la dulzura de llamarse hermanos.

Junto a la Cuna del Dios-Niño intuyó la humanidad la plegaria que poco después escucharía de esos mismos labios divinos enseñándonos a hablar al Padre *nuestro* que está en los cielos.

Ahí quedó establecida la base de la gran ley que más tarde promulga-

(2) Oficio de la fiesta de la Purificación de la Virgen María. 1ª Antífona de las primeras Vísperas.

(3) *Is.* 9, 6.

(4) *Lc.* 2, 14.

(5) San Agustín: *Ciudad de Dios*, 19, 13.

ría: "amaos los unos a los otros, como Yo os he amado" (6). "Permaneced en mi Amor" (7).

Esa paz de Dios "que supera a todo sentimiento" es la que de corazón deseo a todos los habitantes de esta Diócesis.

La Iglesia, cuya misión es continuar el mensaje de Navidad de unión en la justicia y el amor, eleva en esta fiesta su plegaria y por mi modesto intermedio desea en esta Diócesis a todos la alegría de la paz de Cristo en sus corazones.

(6) *Jn.* 13, 34.

(7) *Jn.* 15, 9.

EPIFANIA PASTORAL SOBRE LA FIESTA (I - 1952)

Amados fieles:

Desde hace bastantes años ha sido suprimida como fiesta de guardar la festividad de la Epifanía. Esto ha hecho que su celebración vaya cada día olvidándose más entre los fieles que dejan pasar desapercibido un misterio tan importante de nuestra fe.

No podemos, sino con vivo dolor constatar este hecho y sentimos al mismo tiempo ante él, la necesidad de reaccionar contra ese olvido.

El Misterio de la Epifanía es uno de los más augustos del año cristiano. Es la continuación del Misterio de Navidad. En los primeros siglos de la Iglesia se celebró con él el nacimiento del Señor.

El nombre de Epifanía significa "manifestación" y los Padres de la Iglesia han visto en ella la vocación de las naciones paganas a la fe.

La Epifanía es una de las cinco grandes solemnidades junto con Navidad, Pascua, Ascensión y Pentecostés sobre las cuales reposa todo el plan del Año Litúrgico.

Tres Misterios conmemora la Iglesia con esta festividad: la adoración de los Magos, el Bautismo de Cristo y su primer milagro en Caná de Galilea, pero la idea central es la manifestación a los gentiles en la persona de los Reyes de Oriente.

Aprovechando que este año la fiesta de la Epifanía coincide con el día Domingo queremos de una manera especial exhortar a los fieles a su devota celebración en el futuro.

Con este fin establecemos:

1. Los párrocos y rectores de iglesias instruyan todos los años previamente sobre la Fiesta de la Epifanía e inviten a celebrarla devotamente.
2. Exhórtese a los fieles que, aunque no sea ese día fiesta de guardar en Chile, es sumamente conveniente el asistir a la Santa Misa.
3. Los pesebres de Navidad consérvense hasta el 6 de enero.

Terminamos esta circular recordando la hermosa oración que la Iglesia nos hace rezar en Epifanía y que encierra no sólo el recuerdo del Misterio, sino la invitación a celebrar en los cielos la manifestación plena y eterna del Señor:

“Oh, Señor, que en este día por medio de una estrella condujiste a las naciones paganas al conocimiento de vuestro Unico Hijo, concédenos, que conociéndote ya por la fe, logremos llegar a la contemplación faz a faz de vuestra suprema majestad” (1).

(1) Oración Colecta de la Misa de Epifanía.

FIESTA DE LA EPIFANIA (1) (4 - I - 1954)

Amados fieles:

Desde hace bastantes años, ha sido suprimida como fiesta de guardar la festividad de la Epifanía. Esto a hecho que su celebración vaya cada día olvidándose más entre los fieles que dejan pasar inadvertido un misterio tan importante de nuestra fe.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.
Escrito muy semejante al anterior.

No podemos sino con vivo dolor constatar este hecho y sentimos al mismo tiempo ante él la necesidad de reaccionar contra ese olvido.

El Misterio de Epifanía significa "manifestación" y los Padres de la Iglesia han visto en ella la vocación de las naciones paganas a la fe.

La Epifanía es una de las cinco grandes solemnidades junto con Navidad, Pascua, Ascensión y Pentecostés sobre las cuales reposa el plan del Año Litúrgico.

Tres Misterios conmemora la Iglesia con esta festividad: la adoración de los Magos, el Bautismo de Cristo y su primer milagro en Caná de Galilea. Pero la idea central es la manifestación a los gentiles en la persona de los Reyes de Oriente.

Pedimos a los párrocos y rectores de iglesias, instruyan a todos los fieles previamente sobre la fiesta de la Epifanía, e inviten a celebrarla devotamente.

Exhórtese a los fieles que, aunque no sea ese día fiesta de guardar en Chile, es sumamente conveniente el asistir a la Santa Misa

Los pesebres de Navidad consérvense hasta el 6 de enero.

Terminamos esta circular, recordando la hermosa ocasión que la Iglesia nos hace rezar en Epifanía y que encierra no sólo el recuerdo del Misterio, sino la invitación a celebrar en los fieles la manifestación plena y eterna del Señor:

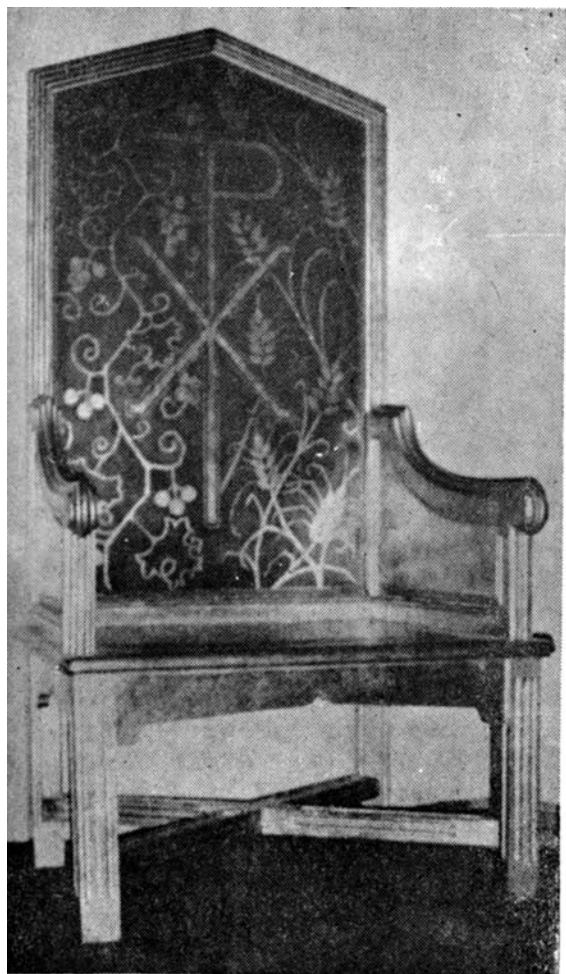
"Oh, Señor, que en este día por medio de una estrella condujiste a las naciones paganas al conocimiento de vuestro único Hijo, concédenos ya por la fe, lleguemos a la contemplación cara a cara de vuestra suprema majestad".

Cuaresma y Semana Santa

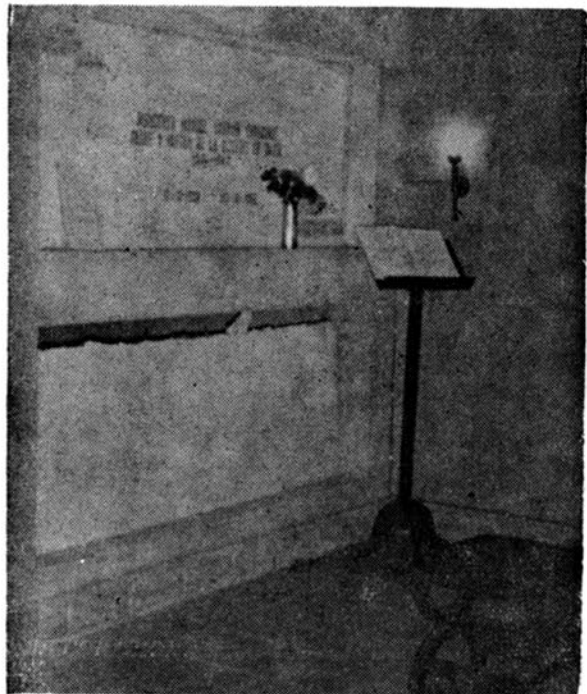
Las Pastorales de Cuaresma y Semana Santa parecen ser un tejido compacto; en él se entrecruzan constantemente la atención solícita a la Palabra de Dios, presente en la Escritura, con la mirada vigilante al mundo: sus gozos y esperanzas, sus penas y angustias son intensamente asumidos a la luz de los santos misterios.

Las formas de la piedad popular no son rechazadas o bruscamente sustituidas por las depuradas expresiones de la Liturgia, pero sí discernidas, orientadas, interpretadas.

Antífonas y frases cortas de los oficios de estos días, parecen ser los testigos de la meditación silenciosa, de la contemplación prolongada, que le dan la vida a los textos.



Sillón episcopal de la Catedral de Talca, que frecuentó por años el Obispo.



Atril con la Palabra de vida junto a la tumba de Don Manuel, en su Catedral.

CUARESMA
ORACION Y PENITENCIA (1)
(16 - II - 1942)

El próximo miércoles, llamado de Cenizas, se inicia la Santa Cuaresma.

La Iglesia vela afanosa por el alma de sus hijos. Constantemente los exhorta a levantarse sobre las materialidades de la vida y a acercarse más y más al ideal de toda perfección que es Jesús.

A través del año y bajo formas diversas va repitiendo la misma exhortación. Pero la de la Cuaresma parece tener el carácter de un llamado más urgente.

“Hay que despojarse del hombre viejo”, según la expresión de San Pablo, “y revestirse del hombre nuevo creado en la justicia, la santidad y la verdad” (2). Para esto se necesita de dos armas principales: la oración y la mortificación. Y son precisamente éstas las que la Iglesia nos señala en el tiempo de Cuaresma que se inicia.

Tiempo de más oración para escuchar la Palabra de Dios y meditar en ella. Tiempo de penitencia en el cual, por el cumplimiento fiel de la ley del ayuno y la abstinencia, “los vicios se refrenan y la mente se eleva” (3). Tiempo de perfeccionamiento interior, de disciplina del cuerpo y del espíritu, de combate que ha de conducirnos a la anhelada victoria.

El pensamiento de los grandes misterios de la Redención, la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, ayudan al cristiano en esta etapa de la vida espiritual. Hay que morir con Cristo para resucitar con El. Hay que ir por el camino de la luz a la gloria. El dolor de la penitencia ha de abrirnos la puerta a las purísimas dichas de la Pascua de Resurrección... Cuarenta días ayunó Jesús en el desierto, cuarenta años peregrinaron los israelitas antes de entrar a la tierra de promisión. Recuerdo y símbolo de estos periodos es la Cuaresma Cristiana.

Santifiquémosla con la fiel observancia de las prescripciones de la Iglesia. Hagamos de esta época un tiempo de más oración. Cumplamos la ley del ayuno y abstinencia. Apartémonos del bullicio de las cosas mundanas y entremos un poco en el interior de nuestro espíritu a gustar de esa “vida escondida con Cristo en Dios” (4).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Col. 3*, 9 - 10.

(3) Prefacio de Cuaresma.

(4) *Col. 3*, 3.

Recuerdo a los fieles que los Viernes de Cuaresma, son días de abstinencia, lo mismo que el próximo Miércoles de Cenizas. No se puede comer carne en esos días. Las personas mayores de 21 años están obligadas igualmente al ayuno. Los Miércoles de Cuaresma, para las personas menores de 21 años son días de ayuno sin abstinencia, o sea, pueden comer carne a la hora de almuerzo, no así en la comida, en que ha de tomarse una ligera colación en la cual no entre carne ni pescado. Igualmente en día de ayuno no se puede tomar once (salvo un pequeño refresco sin nada sólido) y el desayuno debe ser algo ligero (té o café, por ejemplo, con una pequeña cantidad de leche).

La noticia aparecida meses atrás en los periódicos de que el Santo Padre había dispensado de la ley de ayuno y abstinencia, se refiere únicamente a los pueblos de Europa en guerra, por las razones obvias que todos comprenden.

CUARESMA
ORACION Y PENITENCIA EN AÑO SANTO (1)
(III - 1950)

Hace pocos meses, os recordábamos, usando las palabras de Su Santidad, que este Año Santo debía ser el "año del gran retorno y del gran perdón".

Hoy queremos hablaros de dos medios importantísimos para lograr este fin: la oración y la penitencia.

I. Gravedad de los tiempos.

Nadie que estudie con ánimo sereno los signos de los tiempos actuales puede dejar de medir su extraordinaria gravedad.

Sería hacerse reo de ligereza imperdonable el no mirar las hondas heridas que nuestra edad encierra.

En primer lugar, el imperio del más hondo materialismo.

Bajo formas y sistemas diversos el mundo actual asiste a la negación del espíritu y a la exaltación brutal de la materia.

(1) Carta pastoral de Cuaresma.

El comunismo, expresión económica, política y social del materialismo histórico, domina una parte no pequeña del mundo y pretende imponer su imperio sobre el resto, en el cual deja sentir constantemente su infiltración **malsana**.

El capitalismo, por otra parte, responde a una concepción igualmente atea y laica de la economía y de la sociedad, y ha creado, precisamente en el seno de los países hostiles al comunismo, otra forma de materialismo, no menos opuesto que el primero a la idea cristiana.

Unese a esto, como consecuencia lógica y fatal, el desborde terrible de las costumbres que hace pensar en la bíblica frase que precedió al Diluvio de que "toda carne había corrompido su camino" (2).

De otra parte, y esto es lo que más nos duele, muchos católicos en una forma u otra se dejan influenciar por este ambiente malsano y corruptor.

Son aquellos que, aún cuando aceptan y proclaman las verdades de la fe cristiana, han perdido el sentido sobrenatural y divino de la vida, los que, aún cuando aceptan la existencia de una vida futura, miran el mundo como único objetivo y meta de sus afanes, los que consideran a la Iglesia, únicamente como la sociedad que les garantiza su salvación y no como el organismo sobrenatural que les distribuye la Verdad y la Vida de Cristo a sus almas.

Consecuencia necesaria de esta situación es la inconciencia de su responsabilidad con que buena parte de los cristianos viven, y a los cuales habría que repetir la palabra terrible del Profeta: "Sordos, oíd; y ciegos, ved" (3).

Así cegados y desorientados, no es raro que los hombres de nuestro tiempo, y entre ellos, no pocos cristianos, vayan a buscar la solución a los males presentes, donde esta solución no se encuentra.

Quienes ven la solución en otra guerra y se preparan a ella con las armas más mortíferas que es posible imaginar.

Quienes creen que con la mera represión externa van a poder detener los males que amenazan a la humanidad.

Quienes buscan en las solas fuerzas humanas, llaméanse soluciones económicas, políticas o reformas sociales, el medio de poder reconstruir un mundo que se estremece y gime precisamente por habérsele arrancado sus fundamentos espirituales y eternos.

Es ahora especialmente cuando los cristianos debemos pensar y decir que lo que falta al mundo actual es Dios; que los **males que hoy sufrimos** son las trágicas y fatales consecuencias de haber arrancado a la humanidad sus cimientos eternos; que si "el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la levantan"; y que el dilema perentorio y terrible es éste: **O SOMETERSE A DIOS O PERECER.**

El gran retorno.

El Salmo 106 nos indica la base indispensable de solución a estos males: "Clamaron al Señor y los libró de sus necesidades".

(2) Gn. 6, 12.

(3) Is. 42, 18.

El mundo debe volver arrepentido al Dios de quien culpablemente se ha alejado.

Es el gran retorno.

La historia del pueblo escogido, es no sólo la narración verdadera de un hecho pretérito, sino también la lección de una conducta y el símbolo de una actitud.

Cada vez que Israel se alejó de su Dios, sintió en su propia carne la amargura de su apostasía.

Y cada vez que quiso buscar remedio fue en su retorno penitente al Señor donde lo obtuvo.

Tal es también nuestra única salvación.

Es contra Dios contra quien hemos pecado y es sólo retornando a El como seremos salvos.

Ante un mundo que únicamente quiso saber de los derechos del hombre, es necesario proclamar la fuerza incommovible de los derechos de Dios.

Y ese Dios es Padre de misericordia y Señor de todo consuelo.

Y como respuesta al gran retorno nos ofrece en la inmensa efusión de su bondad infinita, EL GRAN PERDON.

EL GRAN RETORNO Y EL GRAN PERDON.

He aquí la suprema esperanza de nuestros angustiados tiempos.

Pero la conversión del mundo a Dios es fruto de la gracia.

Y la gracia se obtiene con penitencia y oración.

Es a esa penitencia y oración a la que os llamo en esta Santa Cuaresma.

II. *Espíritu de Penitencia.*

La palabra es amarga y al mundo moderno no le agrada escucharla. Y sin embargo, hay que repetir aunque desagrede, la predicación del Profeta Jonás: "Si no hacéis penitencia; todos vosotros pereceréis" (4).

El pecado es un placer indebido contrario a las órdenes de Dios. Hay en él un doble elemento: ultraje al Creador y ejecución de algo prohibido.

Todo ultraje exige una satisfacción.

"Cuando se injuria a alguien, dice S. Gregorio, no basta para satisfacerlo el terminar las injurias que le decimos, sino además, la justicia nos ordena el darle reparación" (5) .

Cristo Nuestro Señor tomó sobre sí esta tarea redentora, y voluntariamente se hizo "propiciación por nuestros pecados" (6).

El cristiano que comunica a la vida de Cristo, debe en consecuencia, participar de esta función expiadora.

Magníficamente nos recordaba este deber Su Santidad Pío XI:

(4) Cfr. Lc. 13, 5.

(5) Past. III. Part., Cap. XXX.

(6) 1 Jn. 4, 10.

“El deber, decía, de la reparación y de la expiación se impone en virtud de un motivo aún más imperioso de justicia y de amor; de justicia, ante todo” (7).

El espíritu de mortificación y penitencia es de la esencia del Cristianismo.

Esto deben oírlo claramente los cristianos.

Somos discípulos de un Dios Crucificado.

La gran condición del seguimiento a Cristo está claramente expresada en el Evangelio:

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, *tome su Cruz* y sígame” (8).

El espíritu del Cristianismo es de deber, abnegación, renunciamiento.

El del mundo es de placer, sensualidad, y olvido de sus obligaciones.

El dilema es claro: “No se puede servir a dos Señores” (9).

“El que no carga su Cruz cada día, no puede ser mi discípulo” (10), dice Jesús.

Al llamarnos a ese espíritu de penitencia no os predico nada nuevo. Os recuerdo solamente la palabra precisa y tajante del Señor.

Oídllo bien.

Lo que precipita a los pueblos a su ruina, no son las amenazas de fuera sino las corrupciones de dentro.

La historia de la decadencia y ruina de los pueblos está ahí para probarlo.

Si el católico, cree que puede armonizar su fe con una vida de inmortificación y placer, está profundamente errado.

O se sigue a Jesucristo y su Cruz, o se sigue al mundo y sus sensualidades.

Por eso os llamo a penitencia.

A la penitencia obligatoria de una vida sobria, del sentido hondo del deber, de cumplimiento constante de sus obligaciones.

A penitencia voluntaria de privación de muchas cosas innecesarias.

A una vida más conforme con el espíritu del Evangelio de Cristo.

Llamo a las almas generosas a ofrecer al Señor todas aquellas mortificaciones que o la vida nos ofrece, o libremente se imponen para aplacar la Justicia Divina ofendida, para reparar por los pecados de la humanidad, para atraer sobre el mundo convulsionado la paz, para hacer descender sobre Chile todas aquellas gracias necesarias a un crecimiento y afianzamiento mayor del espíritu cristiano.

III. *Espíritu de oración.*

Y junto a la penitencia la oración.

Cristo Nuestro Señor, mostrándonos Su Corazón, nos invita a confiar en El.

(7) Encíclica *Miserentissimus Redemptor*.

(8) *Mt. 16, 24.*

(9) *Mt. 6, 4.*

(10) *Lc. 14, 27.*

Nos recuerda Su Palabra: "todo lo que pidiéramos al Padre en Su Nombre, nos será concedido" (11).

Nos insiste en su llamado "Orad sin intermisión" (12).

Nos habla de la necesidad de poner en El nuestra confianza.

El amor misericordioso de Cristo se derramará sobre el mundo si nosotros, con nuestras oraciones, sabemos impetrarlo.

Yo invito por esta Carta Pastoral a todos los fieles de la Diócesis a realizar en este Año Santo este *programa mínimo* de piedad:

1º) El asistir el menos una vez por semana fuera de la Misa Dominical que es de precepto, a la Santa Misa y, en cuanto puedan acercarse en ella a la Sagrada Comunión en espíritu de reparación y expiación.

2º) El celebrar con especial piedad la devoción del Primer Viernes del Mes, comulgando ese día, y haciendo el ejercicio de la Hora Santa o al menos una Visita de Adoración al Santísimo Sacramento.

3º) El rezo diario del Sto. Rosario pidiendo al Corazón Inmaculado de María alcance para la humanidad extraviada la gracia del "gran retorno y del gran perdón".

Yo ruego a los señores sacerdotes, especialmente a los párrocos, religiosos y religiosas, promuevan con todo empeño entre las almas a su cuidado este sencillo plan aquí expuesto:

Amados hijos:

Se acerca el tiempo especialmente santo en que conmemoraremos los grandes Misterios de la Redención.

Su Santidad el Papa, el 12 de este mes, pide a los Obispos el iniciar el próximo domingo 26 de marzo, Dominica de Pasión, una Cruzada de Oraciones y Penitencia por la paz del mundo, la que sólo podrá lograrse por el retorno pleno, sincero y práctico a Jesucristo y a su Iglesia.

En cumplimiento de este deseo de nuestro amado Pontífice, y en realización práctica de lo que antes os hemos hablado, venimos en disponer lo siguiente:

1. Exhórtase a los fieles a iniciar desde el Domingo 26 del presente, una intensa *Cruzada de Oración y Penitencia* para alcanzar de Dios "el gran retorno y el gran perdón".

2. En todas las Parroquias de la Diócesis, celébrese:

a) El Jueves Santo una Solemne Hora Santa, pidiendo por las necesidades indicadas y por las vocaciones sacerdotales.

b) El Viernes Santo, un Solemne Vía Crucis público de reparación y penitencia. En la ciudad de Talca, se congregarán las seis parroquias de la ciudad en la Plaza de Armas a las 7 P. M.

c) Organícese desde ahora una numerosa Comunión Pascual, y tome esta labor la Acción Católica, como una de sus principales actividades.

(11) Cfr. Jn. 16, 23.

(12) Cfr. Lc. 18, 1.

d) Desde ahora invitamos a los hombres de Talca a concurrir al Retiro Espiritual que tendrá lugar los días 7 y 8 de abril en la Capilla del Liceo Blanco Encalada.

3. Dejamos como plan permanente para todo el año la Cruzada de Oración más arriba indicada.

4. Pedimos a los fieles el celebrar cristianamente el tiempo de Semana Santa, el no hacer de esos días tan sagrados, días de excursión, el cumplir estrictamente el precepto del ayuno y abstinencia, el imponerse voluntariamente algunas privaciones, el meditar la responsabilidad que nos cabe en acelerar el reinado de amor de Jesucristo.

Nuestras oraciones, nuestras reparaciones, nuestro apostolado y nuestra acción, harán que confiadamente esperemos que el amor de Cristo triunfará sobre el odio, Su Verdad sobre el error y la mentira, Su Gracia sobre el pecado y la maldad y así, esta Pascua de 1950, marque el inicio del gran retorno y del gran perdón.

Os bendice de corazón vuestro Obispo, en el Nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

MIERCOLES DE CENIZA (1)
(26 - II - 1941)

Hoy, sobre la frente de los católicos, la Iglesia deposita la simbólica ceniza mientras las bíblicas palabras resuenan en los oídos, recordando nuestro destino:

“Acuérdate hombre que eres polvo y que en polvo te has de convertir” (2).

Comienza con este día el tiempo litúrgico de la sagrada Cuaresma, época en la cual la Iglesia nos invita en modo especial a la penitencia y a la oración. Penitencia que purifica, oración que eleva, recogimiento que concentra, he aquí el espíritu que anima a este sagrado tiempo.

La penitencia tiende a disciplinar al hombre en su ser entero, restableciendo el maravilloso equilibrio en el cual fue creado.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) Alusión a la imagen bíblica de *Gén. 3, 19*.

Para ello es necesario el triunfo de la voluntad sobre el instinto, de la razón sobre las pasiones, de la gracia sobre el hombre animal y esto lo logra la mortificación. Sin ella las fuerzas más puras del alma se pierden y el hombre más fuerte desciende hacia los abismos del mal.

Cristo nos enseñó el valor de la mortificación y la Iglesia especialmente nos lo recuerda en este tiempo.

La observancia fiel de las leyes del ayuno y la abstinencia es el medio principal como el cristiano cumple con este deber de la penitencia.

Junto a ella la oración.

La oración es la elevación del espíritu hacia Dios. Es el gemido en secreto del alma que se exhala hacia la altura. Es sobre todo para el cristiano la conversación amorosa y filial con el Padre de los Cielos.

El mundo moderno entregado y derramado totalmente fuera de sí mismo necesita especialmente de la oración. La Cuaresma es un llamado insistente hacia el recogimiento, la meditación y la plegaria.

El alma moderna atormentada e inquieta necesita el entrar dentro de sí misma y el ir a buscar en más serenas alturas la paz que el mundo no le puede dar.

Sea esta Cuaresma que hoy se inicia, tiempo de disciplina de la voluntad por la penitencia, de elevación del espíritu por la oración y de serena reflexión por el recogimiento para que de esta suerte encuentre el alma de este siglo, su verdadero camino y el secreto profundo de su dicha.

SEMANA SANTA (1)
(18 - IV - 1943)

La Semana Mayor, la Semana Santa, se inicia hoy día. El largo recorrido de la Cuaresma se acerca a su término. El misterio de la Redención se avecina a su fase culminante; Cristo va a la muerte para redimirnos del pecado y resucitado nos da la vida divina que por los sacramentos comunica a nuestras almas.

Son días de honda meditación para el cristiano, que en la Pasión y Muerte de Jesús contempla hasta dónde llega el amor de Dios hacia nosotros. Son días de purificación de nuestras culpas, de verdadera elevación

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

hacia Aquél que es la vida. La Iglesia al establecerlos como días de fiesta no pretende hacer de ellos un tiempo de vacaciones sino de santificación de nuestras almas. El cristiano no tiene derecho a profanar con su conducta ligera por superficial el recuerdo del drama más hondo de la humanidad, y del misterio más alto de su fe.

Es necesario celebrar la Semana Santa, santamente. Por esto amados fieles, os dirijo estas palabras, para recordaros que estos días deben ser de penitencia y oración. Penitencia que nos purifique de nuestras faltas y oración que nos acerque a Dios.

Quiero de una manera especial invitaros a los principales actos litúrgicos de esta Semana que hoy se inicia.

El Jueves conmemoraremos la institución de la Sagrada Eucaristía y del Sacerdocio. Siempre este día debe despertar en el cristiano el pensamiento del Sacramento del amor. ¡Con cuánta razón debe serlo para nosotros en este año en que nos preparamos a nuestro primer Congreso Eucarístico Diocesano!

Os aconsejo revivir la padosa y tradicional costumbre de las llamadas "*estaciones*" o visitas a los monumentos en los diversos templos, para adorar a Jesús en su Sacramento. Muy de desear sería que las parroquias, colegios y asociaciones piadosas organizaran peregrinaciones para hacer conjuntamente estas visitas.

El mismo Jueves Santo a las 9.30 P. M. tendrá lugar en la Parroquia del Sagrario, la Solemne Hora Santa que personalmente predicaremos y que queremos sea el primer acto público de adhesión al Congreso Eucarístico Diocesano.

El Viernes Santo a las 7.30 tendrá lugar como en años anteriores el Solemne Vía Crucis alrededor de la Plaza de Armas, la asistencia al cual pedimos en forma encarecida como un solemne acto de expiación y una ardiente súplica por la paz del mundo.

El Domingo, Fiesta de Pascua de Resurrección, la primera de las festividades de la Iglesia, tendrá lugar a las 10 A. M., la Solemne Misa Pontifical. En este "día que hizo el Señor" (2) desearíamos vernos rodeados del mayor número de nuestros queridos diocesanos, para que juntamente unidos a la Sagrada Liturgia de la Iglesia, diéramos gracias a Dios por el beneficio de la Redención y participáramos con abundancia de las gracias pascales.

La Iglesia quiere que sus fieles en el mayor número posible se acerquen a comulgar en ese día y los que por grave causa no pudieran hacerlo, al menos lo hagan en el tiempo pascual, que es el establecido para el cumplimiento de la Iglesia.

Os exhorto, amados fieles, a celebrar con fervor y recogimiento los grandes misterios de nuestra fe que hoy se inician. Son días de meditación honda, de sincero esfuerzo, de santificación, de comprensión clara de nuestros deberes de cristiano. Sean sobre todo el trabajo efectivo por hacer que la gracia de Cristo reine en nuestras almas, su verdad en nuestras mentes y su caridad en nuestros corazones.

(2) *Sl.* 117, 24.

SEMANA SANTA (1)
(24 - III - 1945)

Amados fieles:

Se inicia hoy la Semana, que por los grandes misterios que conmemora, se la llama con razón, Santa. En ella la Iglesia recuerda y revive el misterio de la Redención:

“Dios amó tanto al hombre que le dio su Hijo Unigénito para que todo el que crea en El tenga la vida” (2) y Cristo Nuestro Señor “habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (3).

Una cruz sobre el monte y pendiente en ella el Dios hecho Hombre nos hablan de la grandeza de ese amor.

La Iglesia en su liturgia nos hace revivir durante esta semana, aquellas grandes escenas en las cuales nuestra redención se realiza.

Para un cristiano, permanecer indiferente a estos recuerdos y lo que es peor, servirse en estos días para darse a frivolidades o paseos constituye un desconocimiento de su fe y un ultraje a la memoria del Dios que muere por su amor.

Desgraciadamente hay muchos que llamándose cristianos profanan con su conducta este tiempo, que debiera ser de santificación y de verdadero acercamiento a Jesucristo.

Os invitamos, amados hijos, a celebrar piadosa y santamente estos días que han de prepararnos a la Fiesta de la Resurrección del Señor “solemnidad de las solemnidades” y día en el cual nuestras almas, por la fervorosa Comunión Pascual, han de resucitar a la verdadera vida de intimidad con Cristo.

Con el fin de celebrar santamente esta Semana Mayor, queremos insistir en los siguientes puntos:

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 13, 1.

1. Los días Lunes, Martes y Miércoles, predicaremos en la Iglesia Parroquial del Sagrario a las 7.30 P. M., tres conferencias sobre "Jesucristo en la vida del cristiano". Desearíamos la mayor asistencia de fieles a estos actos preparatorios a las grandes solemnidades litúrgicas que se inician el Jueves.

2. Pedimos en la forma más insistente posible que el Jueves Santo, los fieles se unan a la Iglesia, que en ese día conmemora la Institución del Sacramento de la Eucaristía y con este fin se acerquen a la Sagrada Comunión y visten durante el día los "Monumentos". El Jueves Santo, a las 10 de la noche, saldrá desde la Parroquia del Sagrario la romería de los hombres y jóvenes a visitar los monumentos en los siguientes templos:

Sagrario, Adoratrices, San Francisco, Santo Domingo, La Merced, San Juan de Dios y Corazón de María. Invitamos a todos los hombres y jóvenes católicos de Talca a este acto que nosotros mismos presidiremos.

3. Los días Viernes y Sábado Santos habrá ejercicios espirituales para hombres y jóvenes en la Casa de Ejercicios anexa al Seminario.

Ambos retiros estarán a cargo de distinguidos predicadores de la capital. Los que deseen inscribirse para asistir a ellos pueden solicitar datos en el Obispado.

Os invitamos a concurrir a estos retiros tan necesarios para la elevación de nuestro espíritu y la mejor cultura de nuestra fe.

4. El Viernes Santo tendrá lugar en la Plaza de Armas de la ciudad, a las 8 P. M., el tradicional Vía Crucis, al cual invitamos también a todos los fieles a fin de asociarnos a los dolores redentores de Jesús y público testimonio de nuestro amor hacia El.

5. Por último, os recomendamos que el Domingo de Pascua de Resurrección es la solemnidad más grande que la Iglesia celebra: "*el día que ha hecho el Señor*" y que en esa fecha y durante el tiempo que le sigue es la época del cumplimiento con la Iglesia. Deseamos que el mayor número de fieles haga en ese día su Comunión Pascual y cumplan, en esta forma, el segundo precepto de la Iglesia.

Os invitamos a la solemne Misa Pontifical que celebraremos ese día a las 10.30 en la Iglesia Parroquial del Sagrario, para unirnos así en la forma más perfecta al júbilo de la Iglesia y a su oración de alabanza a Cristo Resucitado.

Celebremos amados hijos, santamente los días de la Semana Santa que se inicia. Sea intenso nuestro fervor, sea ejemplar nuestra conducta, sea nuestra vida afirmación elocuente de que "creemos en el amor que Cristo nos ha tenido".

Os bendice paternalmente vuestro prelado (4).

(4) Artículos muy semejantes a éste se encuentran casi todos los años en Circulares que aparecen, frecuentemente en D. M.

SEMANA SANTA (1)
(21 - III - 1948)

Hoy domingo 21, se inicia la Semana Santa que, por los misterios que en ella se celebran, llamamos, con razón, Santa.

En ella conmemoraremos la obra redentora de Jesús. Ella nos recuerda la grandeza de su amor, probada en la cruz y en la Eucaristía. Ella también nos prepara al misterio central del Cristiano, de la Resurrección.

Queremos llamar vuestra atención a la necesidad de una devota y cristiana celebración de estos días.

La Semana Santa no es un tiempo de vacaciones o distracciones mundanas. Considerarlo así será profanarla.

Debemos santificarla celebrándola cristianamente.

Para ello debemos, en primer lugar, concurrir a los oficios de esos días.

El Jueves Santo conmemora la Iglesia la Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio.

Acerquémonos a comulgar devotamente y visitemos ese día a Jesús Sacramentado en la llamada "visita a los monumentos".

Os invitamos también en ese día a una "Hora Santa" en recuerdo de la Institución del Sacerdocio, que tendrá lugar a las 7 P. M. en el Sagrario.

El Viernes Santo asistamos a los oficios de la mañana y al mediodía al ejercicio de las tres horas y en la tarde a las 7, al solemne Vía Crucis que tendrá lugar en la Plaza de Armas de esta ciudad.

El Sábado Santo concurramos a los oficios que nos prepararán a la gran fiesta de la Resurrección.

El Domingo, Pascua de Resurrección, solemnidad de las solemnidades, día que hizo el Señor, hagamos nuestra fervorosa Comunión Pascual, cumpliendo así con el 2º precepto de la Iglesia.

Os invitamos a concurrir a la solemne Misa Pontifical que ese día oficiaremos en la Parroquia del Sagrario.

Santificad este tiempo guardando fielmente el ayuno y la abstinencia prescritos por la Iglesia.

La penitencia nos vivifica, nos levanta y repara ante la Justicia Divina las faltas de la humanidad.

Sea, pues, la Semana Santa, para todos los católicos, tiempo de renovación y perfeccionamiento y logre ella prepararnos al misterio de vida y santidad que es la Resurrección de Cristo, y al cual participaremos por nuestra devota Comunión Pascual.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

SEMANA SANTA
REFORMA DE LA LITURGIA (1)
(II - 1956)

Amados fieles:

1. El cristianismo gira todo entero alrededor de la persona de Jesús. Ser cristiano es adherir íntegramente a esa persona. A su doctrina, para hacerla base de nuestro pensamiento. A sus ejemplos, para hacerlos modelos de nuestros actos. A su vida, para reproducirla, viviéndola en la nuestra.

El ideal de la perfección cristiana es la imitación de Cristo, que nos lleve a una cierta transformación en El. "Vivo, pero no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí" (2), nos dice San Pablo.

La asimilación y transformación en Cristo se realiza de un modo especial por el Año Litúrgico. La Iglesia a través de cada año, reproduce en su liturgia los grandes misterios de la vida de Jesús. Y esa renovación, al realizarse a través de la Sagrada Eucaristía, adquiere una realidad y una actualidad extraordinarias. No estamos sólo recordando un hecho histórico ya pasado, sino viviendo en cada uno de nosotros la realidad siempre presente de ese misterio de Cristo.

De ahí que el cambio más seguro para nuestra formación cristiana es la participación inteligente y viva en las grandes festividades y tiempos del Año Litúrgico y de la Iglesia.

Podemos, sin exageración, decir que el Año Litúrgico es como un curso siempre abierto donde el cristiano aprende las grandes verdades de su religión.

"Cada año, la Iglesia nos hace ver a Cristo, niño en la cuna, ayunando en la montaña, ofreciéndose en la cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo sus sacramentos, remontando a la diestra del Padre y enviando el Espíritu Santo a los hombres; y las gracias de estos divinos misterios se vuelven a reavivar en Ella" (3).

Añadamos, más aún: ahí encontramos el camino más seguro de santificación. Es la suprema autoridad de S. S. Pío X, quien nos dice que:

"La fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano es la participación activa de los fieles a la oración pública de la Iglesia" (4).

(1) Se refiere al Decreto de la Sgda. Congregación de Ritos, del 16 - XI - 1955. Publicado en D. M. del 23 al 25 - III - 1956, p. 4.

(2) Ga. 2, 20.

(3) Dom. Guéranguer.

(4) *Inter Pastorales*, 1903.

¿Necesitamos añadir más? Únicamente lamentar el que los fieles no comprendan ni participen suficientemente en esta forma práctica y activa de incorporación a Cristo y renovación de sus misterios salvadores.

2. Centro de todo el Año Litúrgico, es la festividad de Pascua de Resurrección. Es el "día que ha hecho el Señor" (5). El gran misterio de nuestra fe, la base inmovible de nuestra creencia y de nuestra esperanza.

Todo el culto cristiano, podemos decir, es en cierta manera una celebración continua de la Pascua. Es el paso de la muerte a la vida, es el morir al hombre viejo, para revivir en el nuevo, que nunca muere.

"Pascua es Cristo muerto y resucitado, una vez que nos hace morir en su muerte y nos resucita en su vida" (6).

Es la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, la Comunidad Cristiana toda entera y cada uno de sus miembros, la que en la celebración del Misterio de Pascua se extiende en la Cruz, muere, desciende a la tumba y resurge gloriosa al tercer día.

De ahí que la celebración cristiana de la Pascua sea algo de importancia trascendental en la vida cristiana.

No es tan sólo una verdad la que ahí se enseña. Es una realidad la que ahí se vive.

De ahí, igualmente, que la Iglesia haya querido destacar en forma extraordinaria la celebración del misterio pascual, que culmina en la Semana Santa. Es esta verdad la que el reciente Decreto de la Santa Sede "*Máxima redemptionis nostrae mysteria*" ha querido poner en especial relieve:

"los más grandes misterios de nuestra Redención, nos dice el documento aludido, es decir, la Pascua, la muerte y la resurrección de N. S. J. C., fueron celebrados por la Santa Madre Iglesia desde la edad apostólica con singular recordación" (7).

Es el origen de la semana que, con razón, llamamos santa.

Los ritos de esta semana, especialmente los de los tres últimos días, Jueves, Viernes y Sábado, además de la piedad profunda que encierran y de la riqueza de sus ceremonias y plegarias, tienen un inmenso poder de santificación y están dirigidos a hacernos vivir en la forma más íntima y profunda el gran drama de nuestra redención.

"En un principio se celebraron en los mismos días y a la misma hora en que habían ocurrido los misterios que en ella se celebraban. Por lo tanto, la institución de la Santísima Eucaristía era conmemorada al ano-

(5) *Sl.* 117, 24.

(6) Cita referida al P. Bouyer, Profesor de Liturgia en el Instituto Católico de París, escritor habitual en la revista *La Maison - Dieu*, que tiene importantes publicaciones en el campo de la espiritualidad.

(7) Decr. S. C. de Ritos, 16 - XI - 1955.

cheer del jueves con la Misa solemne "in coena Domini"; el viernes por la tarde tenía lugar una función litúrgica especial, en conmemoración de la pascua y la muerte del Señor; y al anochecer del sábado, se daba principio a la solemne vigilia que terminaba en la mañana siguiente con la alegría de la Resurrección".

"Sucedió, empero, durante la Edad Media, que por diversas causas, se empezó a anticipar la hora de las funciones litúrgicas de dichos días, de modo que, a fines de la misma, todas estas solemnes celebraciones se encontraron trasladadas a las horas de la mañana con evidente perjuicio de su sentido litúrgico y originando así un contraste entre el relato de los evangelios y sus correspondientes celebraciones litúrgicas" (8).

Esto se hizo notar especialmente el Sábado Santo, perdiendo este día el carácter de luto en recuerdo de la sepultura del Señor, y perdiendo igualmente la vigilia pascual el significado de sus fórmulas y ritos, que tienen el carácter de nocturno.

Todas estas razones y, sobre todo el deseo de hacer que la Semana Santa y, de un modo especial la vigilia pascual, tengan todo el valor que la sagrada liturgia le confiere, movió a numerosos Obispos, sacerdotes y fieles a pedir a la Santa Sede el que los Oficios de la Semana Santa fueran restituidos a la hora y a la significación primera. Su Santidad, después de maduro examen, ha dado el Decreto antes citado, por el cual se reforma la liturgia de la Semana Santa. En toda la historia litúrgica, quizás no exista un acontecimiento que pueda compararse en importancia con este Decreto. A continuación, explicamos brevemente, esta reforma, pero antes de hacerlo queremos, amados fieles, insistiros en la importancia que esta reforma tiene y las finalidades que persigue: el hacernos vivir lo más fielmente posible los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo y, de esta manera, llevarnos a una verdadera renovación de nuestra vida cristiana.

1. DOMINGO DE RAMOS

En el inicio de la Semana Santa está el Domingo de Ramos.

La Liturgia de ese día puede dividirse en dos partes principales: la bendición y procesión de Ramos y la Misa.

La Bendición de Ramos, se ha reducido en la actual reforma, restituyéndola a su sobriedad primitiva. No es necesario, aunque sí preferible que los ramos sean de palmas u olivas, pudiendo también ser de otros árboles.

Mientras los ramos se distribuyen, el coro canta las antífonas, que nos dan el marco histórico de la escena que se conmemora:

"Los niños de los hebreos, llevando ramos de olivos, fueron al encuentro del Señor, gritando y diciendo: Hosanna en las alturas" (9).

"Los niños de los hebreos arrojaban sus vestidos en el camino y aclamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor" (10).

(8) *Ibid.*

(9) Antífona 1ª del Domingo de Ramos.

(10) Antífona 2ª del Domingo de Ramos.

Para dar una descripción más acabada del hecho, la bendición de los ramos se termina con la lectura del santo Evangelio según S. Mateo (11), en la cual narra la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén.

La reforma actual, que ha simplificado la bendición de los ramos, ha dado en cambio, especial importancia a la procesión que le sigue. Queremos llamar la atención acerca del significado que ésta tiene: es un homenaje público a Cristo Rey, Rey mesiánico.

El pueblo israelita esperaba al Mesías, el enviado del Señor. Toda la historia del pueblo escogido está inspirada en esa idea central, "el que ha de venir" (12). Cristo se presenta como el Mesías. En él se cumplen todas las profecías que lo anunciaban.

Toda su predicación se orienta a comunicar su reinado y con ella el advenimiento del reino de Dios. Pero la ceguera de muchos no quiso reconocerlo. "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron" (13). Son, sin embargo, los niños, los humildes, los sencillos de corazón, los que comprenden su mensaje. Y la entrada gloriosa a Jerusalén, es el público reconocimiento de Cristo como el Rey Mesías esperado. "Decid a la hija de Sión: "he aquí que viene a tí tu rey, manso, sentado sobre el asno y su pollino" (14).

La procesión de los ramos ha de ser para el pueblo cristiano actual el homenaje a Cristo Rey, al Mesías o enviado de Dios. En ese espíritu ha de practicarse. De ahí la importancia de seguir el espíritu de la liturgia en este día y unirnos a las aclamaciones que ella tributa a Cristo:

"Gloria, alabanza y honor a tí, Rey, Cristo Redentor, a quien el homenaje infantil entonó el piadoso Hosanna".

Podemos añadir a estos cantos oficiales los himnos populares: "Christus vincit" y "Hasta tus plantas".

2. LA SANTA MISA

Se celebra en ornamentos morados, señal de penitencia; nos hace leer la Pasión según S. Mateo. Que esta lectura nos sirva a todos de meditación, pensando en las palabras de S. Pablo: "me amó y se entregó por mí". Y nos lleve a lo que la epístola del día, del mismo Apóstol nos exhorta:

"... a sentir en nosotros lo que siente Jesús, el cual se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre" (15).

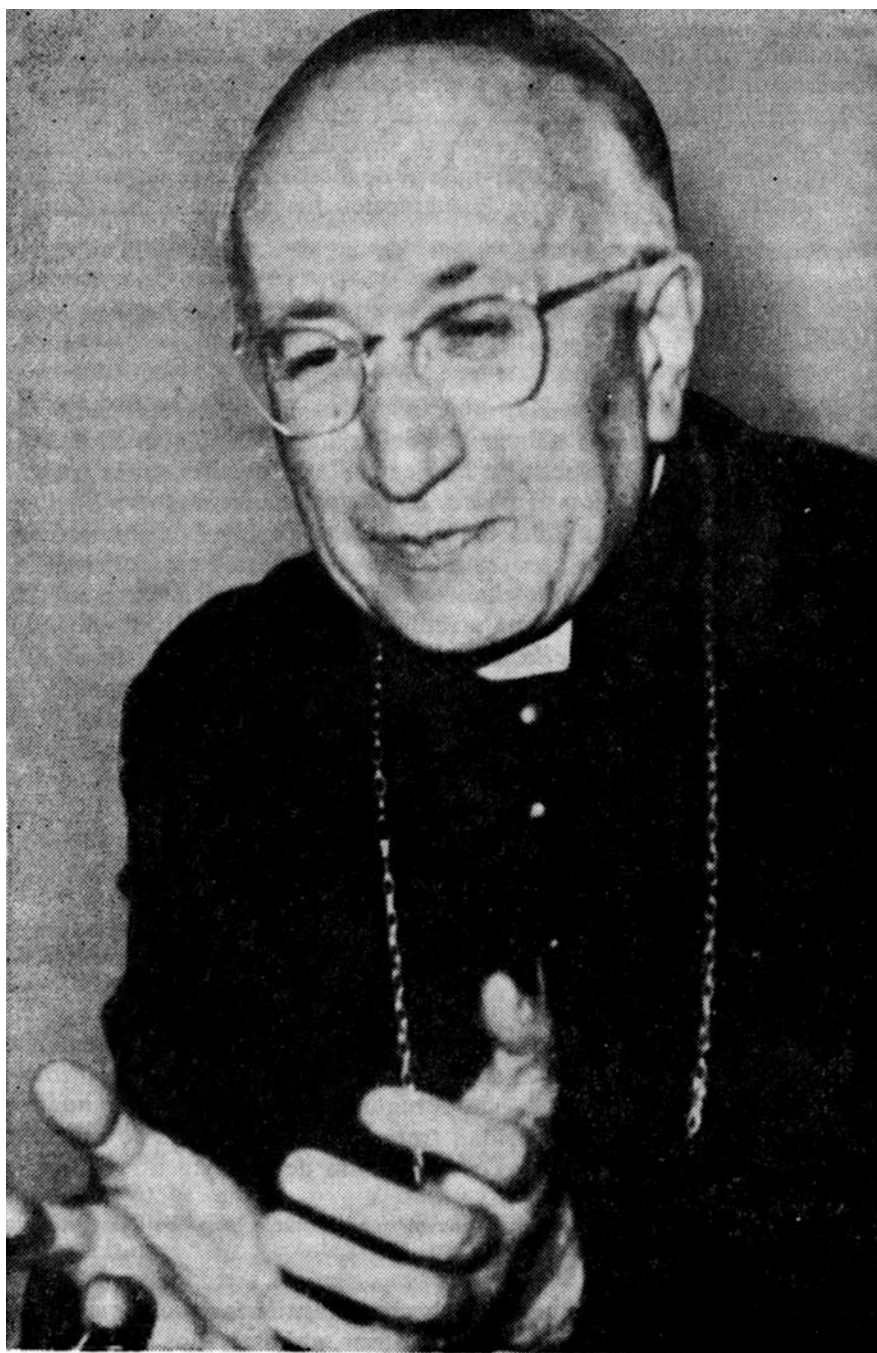
(11) *Mt.* 21, 1 - 9.

(12) *Jn.* 1, 15.

(13) *Jn.* 1, 11.

(14) *Mt.* 21, 5.

(15) *Flp.* 2, 5.



*Vivir la Liturgia del Jueves Santo implica abrir las manos,
en gesto de fraternidad*

3. LUNES, MARTES, MIERCOLES SANTO

Amados fieles, en estos tres días, os invitamos a meditar en los grandes deberes de la vida cristiana y a prepararos a la Comunión Pascual. En todas las parroquias e iglesias, habrá en la tarde de esos días, a la hora que los párrocos y rectores establezcan, una predicación destinada a ponernos en el espíritu de lo que la Iglesia quiere de nosotros en esta semana y el fruto de gracia que la Pascua de Resurrección ha de producir en nuestras almas.

4. JUEVES SANTO

Es la Cena del Señor. Hay una expresión que con frecuencia se encuentra en los Evangelios: "la hora del Señor". Jesús habla, cuando lo quieren aprehender de que "su obra no ha llegado". En cambio, en la víspera de la Cena comienza su oración al Padre, diciendo: "Padre, la hora ha llegado, glorifica a tu Hijo" (16). La "hora de Jesús" es su pasión. Y esa hora comienza el Jueves Santo. En ella va a establecerse la nueva Pascua cristiana. Al cordero que los israelitas inmolvaban en la Pascua judaica, va a sustituirlo Cristo, Cordero de Dios, que viene a redimir los pecados del mundo. El banquete espiritual y fugitivo de la antigua pascua va a ceder su lugar al banquete eucarístico, en el cual Cristo se ofrece por nuestra redención. Es el día en que celebramos la Sgda. Eucaristía. A la Misa de este día se le llama "In Coena Domini", en la Cena del Señor. Esta Misa, que hasta ahora es celebrada en la mañana, ha sido trasladada a las horas vespertinas entre las 5 y 8 de la tarde.

Os invito, amados hijos, a celebrar de este modo el Jueves Santo. Nada más santo en la Iglesia que la Eucaristía. Es la gran acción.

"El sagrado banquete, en que se recibe a Jesucristo, recuerda la memoria de la Pasión, el alma se llena de gracias y se nos da la prenda de la gloria eterna".

Dentro de la Misa, después del Evangelio, tiene lugar la ceremonia llamada "el mandato", en la cual el sacerdote recuerda lo que Jesús hizo y lava los pies a doce hombres. Tiene esta ceremonia el nombre de mandato porque su significado es el de la caridad fraterna y durante ella se canta la antífona que nos recuerda este precepto máximo de la ley:

"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (17).

En ella también se entona esta hermosa antífona, que jamás debiéramos olvidar: "Donde está la caridad y el amor, ahí está Dios". Debemos sen-

(16) *Jn.* 17. 1.

(17) *Jn.* 13, 33.

tir de un modo especial hoy el llamado a la caridad, y recordar que es en la caridad fraterna donde se reconoce el verdadero discípulo de Jesús.

A continuación de la Misa, tiene lugar la adoración del Santísimo Sacramento, comúnmente llamado visita a los monumentos. Esta adoración no debe terminar antes de las doce de la noche y puede prolongarse hasta alrededor de las nueve o diez de la mañana del Viernes Santo, en que el pensamiento de la Eucaristía cede su lugar al de la Pascua y muerte de Jesús.

5. VIERNES SANTO

Es el día de la reconciliación de la Humanidad con Dios. Pero esa inmolación ha exigido la inmolación del Justo. Es el día de la muerte de Jesús. El "servidor de Jehová" (18) de que hablaban los profetas, para quitar los pecados del mundo, ha debido llevar primero el peso de ellos. Hoy día, caso único del año litúrgico, no se celebra el sacrificio eucarístico. Es la señal máxima del duelo de la Iglesia. En cambio tiene lugar el oficio llamado "Misa de presantificados o in Parasceve", nombre judío del viernes anterior a la Pascua.

En este oficio, que antes se hacía en la mañana, pero que a partir de la presente reforma tendrá lugar entre 3 y 6 de la tarde, se pueden distinguir cuatro partes:

La primera, es la lectura de las profecías de Oseas y del Exodo.

La profecía de Oseas alude a la muerte del Hombre-Dios y a su Resurrección. La Cruz no es derrota, sino signo de victoria.

El Exodo nos habla de la institución de la Pascua judaica, símbolo, figura y preparación de la verdadera Pascua cristiana.

Entre ambas profecías viene el canto del tracto, tomado del profeta Habacuc, sobre el juicio divino y el salmo 139, sobre el justo perseguido.

La Iglesia nos va a hacer escuchar el relato de la Pasión según S. Juan, pero no es un simple recuerdo histórico de algo pasado. En boca de la Iglesia este relato adquiere una misteriosa realidad. El Cristo del que el Evangelio nos habla está presente en la Eucaristía. La Pasión que ahí se relata el sacrificio eucarístico la revive y aplica a cada uno de nosotros. El misterio de la Pasión de Cristo no es algo lejano. Cada cristiano ha de vivirlo en su propia vida: "Hemos sido crucificados juntamente con Cristo" (19), nos dice S. Pablo.

"El hombre viejo" (20), es decir el hombre de pecado muere con Cristo para resucitar con él y caminar en una nueva vida". La lectura de la Pasión de Cristo en el Viernes Santo no es una hora de piadosa meditación, sino un programa que hemos de ejercitar en nuestra vida cristiana.

(18) *Is.* 42, 1.

(19) *Ga.* 2, 19.

(20) *Hb.* 4, 16.

Ha terminado la lectura de la Pasión. El drama de la cruz se hace cada vez más solemne. Esa cruz nos coloca ante Jesús, el sumo Sacerdote de la nueva Ley. Todo lo podemos esperar de su intercesión omnipotente. "Acerquémonos con confianza al trono de la gracia en el tiempo oportuno" (21), nos dice S. Pablo en la Epístola a los Hebreos. La Iglesia, confiada en ese poder y apoyada en ese Sumo y Eterno Sacerdote, se une a la plegaria de Jesús y empieza su oración "católica" universal.

Oremos en esos momentos por las grandes intenciones de la Iglesia. Oremos en unión con ella. Ser católico es olvidar los intereses pequeños y egoístas y sumergirnos en la gran plegaria de la comunidad universal, la "Ecclesia orans", la Iglesia en oración. Tras esta parte, viene la más solemne, la adoración de la Cruz.

El árbol de vida va a librarnos del mal que el árbol de muerte nos trajera.

El sacerdote descubre la cruz, mientras por tres veces canta: "He aquí el madero de la cruz, en el cual estuvo pendiente la salvación del mundo". Y toda la asamblea responde, mientras se postra en tierra: "Venid y adorémosle".

Mientras el coro canta los improperios o quejas de Jesús para con su pueblo, nosotros vamos en devota adoración a postrarnos ante esa cruz, signo de nuestra salvación.

En la reforma litúrgica que este año se inicia, la adoración toma un lugar importantísimo. Tratemos de hacer de esta ceremonia no un mero culto exterior, sino de vivirla íntimamente en nuestro espíritu.

Por último, y ésta es la gran reforma litúrgica del Viernes Santo, los fieles pueden acercarse a la Sagrada Comunión. La palabra de S. Pablo a los corintios toma toda su significación: "Cada vez que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (22).

Hagamos del Viernes Santo, participando activa e inteligentemente en el oficio litúrgico en ese día, un argumento que nos aliente en nuestra vida cristiana y nos haga capaces de cumplir los sacrificios que la práctica de ella exige.

6. SABADO SANTO

El Sábado Santo, es necesario que los fieles lo comprendan bien, es

"día de supremo luto, en el cual la Iglesia se detiene junto al sepulcro del Señor, meditando en su pasión y en su muerte, absteniéndose del Sacrificio de la Misa, mientras el altar permanece desierto, hasta que después de la solemne vigilia o espera nocturna de la Resurrección abre libremente su espíritu a la alegría pascual, cuya abundancia se vuelca sobre los días sucesivos" (23).

(21) *Hb.* 4, 16.

(22) *1 Co.* 11, 20.

(23) Decr. S. C. de Ritos, *op. cit.*

De modo que no es gloria, como corrientemente se dice, el Sábado Santo en la mañana, sino en la tarde o noche del sábado o el domingo, tal como históricamente aconteció la Resurrección del Señor: el sábado en la tarde, después de la puesta del sol.

Siendo la Resurrección de Cristo el hecho central de nuestra religión, siendo el bautismo el sacramento que nos hace renacer a Cristo y la Comunión aquello que nos renueva en Cristo, esta Vigilia Pascual, tiene un especial significado en la vida cristiana.

Así la Iglesia desde sus primeros tiempos dispuso nuestras almas a la recepción de las gracias divinas.

Comienza la primera parte de la Vigilia con la celebración de la luz que, en las tinieblas, símbolo de la muerte de Cristo, reina. El nuevo fuego va a ser bendecido. Con él va a encenderse el cirio pascual, símbolo de Cristo, luz del mundo. La procesión con el Cirio avanza por el templo sumido en las sombras, mientras el Diácono, por tres veces canta "Lumen Christi" (La luz de Cristo). Todos los fieles han encendido sus candelas, símbolo de fe y caridad; el himno de la alegría cristiana resuena por la boca del Diácono que canta el "Exultet", "Alégrese ya la angélica turba de los cielos". Las luces de la Iglesia se encienden, las almas se preparan a la alegría de la resurrección. La lectura de las cuatro profecías nos muestra cómo el Antiguo Testamento preparó la venida de Jesús y su obra redentora. Es también la introducción que recibimos oyendo la "Palabra de Dios", para así gustar mejor los misterios que estamos celebrando. Las letanías nos introducen en la gran corriente de la Comunión de los Santos. La Iglesia Militante implora la intercesión de la Iglesia Triunfante. Mientras la oración letánica eleva nuestras almas, se inicia el rito de la bendición de las fuentes bautismales. El bautismo es el sacramento de la iniciación cristiana. En él somos incorporados a Cristo. El encierra un misterioso significado: como Cristo el cristiano en este sacramento "es sepultado en su muerte y resucitado en su vida". En la reforma actual es posible, sin extender mucho la ceremonia, el administrar el bautismo durante la celebración de la Vigilia Pascual, lo que servirá para hacernos comprender y gustar mejor su honda significación. Todo el misterio pascual es el proceso de muerte y de resurrección. Nuestra vida antigua de enemigos de Dios desaparece. Una nueva vida brota de la tumba: la vida misma de Dios. Es el misterio de la Cruz y del sepulcro, del cual Cristo ha resurgido. Ese misterio se reproduce en cada uno de nosotros por el bautismo. Por eso, la liturgia pascual está tan íntimamente ligada con el bautismo, al cual constantemente alude. Pero el día del bautismo nosotros profesamos la fe cristiana, renunciamos al pecado iniciándonos en Dios. Esas promesas que se refieren a nuestra ascensión a hijos de Dios, esas promesas que nuestros padrinos hicieron, las vamos a renovar en esta solemne vigilia pascual. Toda la asamblea de pie, teniendo las candelas encendidas, en una gran voz va a responder a las preguntas del celebrante y a renovar las promesas de vida cristiana a que el bautismo nos obliga, para que "así como Cristo resucitó de entre los muertos, de igual modo nosotros caminemos en una nueva vida". Ha llegado la medianoche, el alba gloriosa de la pascua se alegra; el aleluya triunfal va a entonarse, trayendo a nuestras almas la alegría inefable de la resurrección. Comienza la Misa y en ella los acentos de

gloria nos anuncian que Cristo ha resucitado. Repican las campanas, anunciando la gran nueva, mientras la Iglesia nos invita con el Apóstol S. Pablo a levantar nuestras almas:

“Hermanos, si habéis resucitado conjuntamente con Cristo, buscad y gustad las cosas celestiales, no las terrenas” (24). “Ya Cristo nuestra pascua ha sido inmolado” (25).

El tiempo pascual, cumplimiento de la Iglesia, nos invita a vivirlo. Para ello hemos de acercarnos a la Sagrada Comunión. El cumplimiento de la Iglesia, que obliga gravemente, ha de hacerse en este tiempo pascual. Desde ahora, os invitamos a prepararos a la Comunión Pascual. Ningún cristiano debe omitirla. El Cordero inmolado en la Cruz nos invita al banquete eucarístico, donde vamos a recibirlo, para participar a su resurrección, vivir de su vida, sentir el llamado a la santidad que aquí se encierra y esforzarnos por dar a nuestra vida cristiana el sentido sobrenatural y eterno que ella posee. Vivir el misterio pascual ha de ser nuestro programa, prepararnos a él ha de ser el objeto de esta “santa cuaresma”. Participar en los grandes misterios redentores, siguiendo fielmente la liturgia de la Iglesia ha de ser el camino para realizarlo. Que estas reformas de la liturgia de Semana Santa sean comprendidas y apreciadas debidamente para así sacar de ella todos los frutos de renovación cristiana que la Iglesia se ha propuesto al realizarlas.

Os bendice de corazón.

(24) *Col. 2, 1-2.*

(25) *1 Co. 5, 7.*

SEMANA SANTA
LAS GRANDES HORAS DE LA HUMANIDAD (1)
(14 - IV - 1957)

Con el Domingo de Ramos se inicia la Semana Santa y con ella la conmemoración de las grandes horas de la Humanidad.

Hay un designio amoroso de Dios sobre el hombre. Y ese designio se hace realidad viviente en Cristo.

“Amó Dios de tal manera al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo para que todo el que creyera en El, tuviera vida” (2).

Cristo viene a salvar la humanidad. Se encarna para acercarse a nosotros. Muere para redimirnos. Resucita para darnos la vida. Es el gran misterio salvador.

La Liturgia de la Iglesia nos llama en estos días no sólo a recordar, sino a revivir estos misterios. Son los grandes días de la humanidad.

Son los momentos en que el hombre piensa con mayor intensidad que Dios lo manda. Son los instantes en que, junto a la Cruz, medita en la inmensidad de ese amor. Y es, sobre todo, la hora en que sabe que Cristo resucitado le trae la vida verdadera que constituye lo íntimo y profundo de la vida cristiana.

Misterio de amor. Misterio de dolor. Y especialmente, misterio de vida.

He aquí lo que la Semana Santa rememora y hace revivir en el corazón cristiano.

Estas líneas sirven para recordar su significado. Para decir a todos los cristianos, fervorosos o tibios que “no recibamos en vano la gracia de Dios” (3).

Para pedir a todos santifiquemos estos días, que no son de esparcimiento sino de meditación, que no son de descanso, si no de oración.

Que en la meditación de las grandes verdades de la redención, la asistencia devota a los oficios religiosos y, sobre todo, la fervorosa comunión Pascual, encontremos ese contacto con Cristo que nuestras almas tanto necesitan.

Es el llamado que Dios nos hace y al cual hemos de saber generosamente responder.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *2 Co.* 6, 1.

JUEVES SANTO (1)
(23 - IV - 1943)

A través de los siglos siguen resonando las palabras taumaturgas del Mastro: "Haced esto en memoria mía" (2).

La Eucaristía, el gran memorial, ha sido instituido para hablarle a los hombres del amor de Dios que se inmola y del amor de Dios que se da.

Y junto con la Eucaristía, el Sacerdocio, para perpetuar este adorable misterio. "Haced esto en memoria mía".

Hoy Jueves Santo, la Iglesia conmemora la institución de estos dos sublimes Sacramentos: el de la Eucaristía y el del Orden Sacerdotal.

Es día grande para el alma cristiana. Es día en que toda la humanidad sobrecogida recibe de labios divinos el precepto de la fraterna caridad: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado" (3).

A celebrar santamente este día invito al pueblo cristiano de Talca, pidiéndole vaya a visitar a Jesús Sacramentado a los "monumentos" donde está expuesto hoy a la adoración de los fieles.

Reavivemos la piadosa costumbre de las "estaciones" (visitar siete iglesias para adorar en ellas a Jesús), tan floreciente en otras ciudades de Chile y tan en decadencia entre nosotros.

Os invito a la solemne Hora Santa, primer acto oficial de adhesión a nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, que predicaremos hoy a las 9,30 P. M., en la Parroquia del Sagrario.

Oigamos en el fondo del alma las palabras de Jesús:

"Haced esto en memoria mía".

(1) Publicado *D. M.*, pág. 3.

(2) *Lc.* 22, 19.

(3) *Jn.* 13, 34.

JUEVES SANTO
MISTERIO REDENTOR (1)
(6 - IV - 1944)

Conmemora hoy la Iglesia la institución del Sacramento de la Eucaristía. Es el testamento supremo del amor de Cristo a sus hijos. Es la donación plena de su ser a la humanidad. Su carne es comida, su sangre es bebida. La vida de Dios comunicada a los hombres. Preludio de la pasión sangrienta que ha de ofrecer la víctima divina, el misterio de la última Cena perpetuará hasta el fin de los siglos el sacrificio redentor. "Haced esto en mi memoria" (2).

Mañana en la soledad del Calvario, Cristo ofrecerá su vida por los hombres. Y la humanidad desgarrada escuchará entre los gritos de venganza y de odio las palabras supremas del perdón y de la caridad infinita.

Llamo a mis amados fieles a conmemorar devotamente estas fiestas. La semana no es un "weekend" para el cristiano. Es la meditación atenta y recogida del amor de un Dios que muere y se da por los hombres.

Pido acercarse hoy a recibir a Jesús Sacramentado y a visitarlo durante el día en los "monumentos" donde se encuentra expuesto a la adoración de los fieles. Invito a la solemne "Hora Santa" que predicaremos a las 10 P. M., en el Sagrario. Pido la piadosa celebración del Viernes Santo, la asistencia a los Oficios en la mañana, al ejercicio de las "Tres Horas" y al solemne "Vía Crucis" que tendrá lugar a las siete de la tarde del Viernes alrededor de la Plaza de Armas.

Que los brazos abiertos de la Cruz extiendan sobre el mundo un amplio signo de unión, que bajo ese signo los hombres se reconozcan hermanos y que junto al Corazón del Maestro beban la verdadera vida y hallen la paz que el mundo no puede dar.

Por estas intenciones pido orar a los fieles en estos días y los invito a participar unidos con la Iglesia en los grandes misterios de la Redención.

(1) Publicado *D. M.*, pág. 3.

(2) *Lc.* 22, 19.

VIERNES SANTO (1)
(23 - IV - 1943)

“Sobre el monte tenebroso, levantad el signo” (2), llamaba Isaías el Profeta ochocientos años antes de la venida del Señor.

Y sobre el Gólgota oscurecido con tinieblas de muerte se alzó el gran Signo de la Redención: la Cruz.

Ella domina la historia de veinte siglos marcando a la humanidad el derrotero de su dicha. En vano los hombres han pretendido abatirla. “La Cruz permanece mientras el mundo pasa”.

Cruz que nos habla del renunciamiento indispensable al hombre para poseer la verdadera libertad. Cruz que nos habla de amor porque en ella Cristo, el Hombre - Dios, nos dice: “No hay mayor amor que el de Aquél que da la vida por sus semejantes” (3).

Esa Cruz, en el día que la Iglesia conmemora la gran Tragedia, agrupará al mundo cristiano en un idéntico pensamiento; amar a ese Dios que nos ha amado hasta este extremo.

Hoy es día de recogimiento y de oración. A las dos de la tarde nuestros templos congregarán a los fieles en la devota meditación de la “tres horas”.

A las siete y media saldrá de la Parroquia del Sagrario el solemne Vía Crucis que recorrerá la Plaza de Armas en homenaje de reparación y amor al Divino Crucificado.

Mientras el mundo ensombrecido por sangre y odio se consume en lucha fratricida nosotros nos acercamos al Único que puede darnos la paz.

“Sobre el monte tenebroso, levantad el Signo”.

Sobre la humanidad en tinieblas refulge hoy como suprema esperanza el Signo de la Cruz.

A las “tres horas” en nuestros templos y al solemne Vía Crucis de las siete y media de la tarde en la Plaza de Armas invito a todos los católicos de Talca.

Sean estos actos una nueva afirmación de que todos anhelamos el reinado de justicia y amor que brota del Divino Crucificado.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Is.* 13, 2.

(3) *Jn.* 15, 13.

VIERNES SANTO (1)
VENID Y ADOREMOSLE
(26 - III - 1948)

La voz de la Iglesia rompe el silencio de este día santo para exclamar: "He aquí el madero de la Cruz del cual pende la salvación del mundo. Venid y adorémosle".

Es el misterio de la Redención que se consuma.

"Dios ha amado de tal manera al mundo que le da a su Hijo Unigénito" (2).

Y Cristo, el Hombre-Dios, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (3).

El Salvador muere para que la humanidad viva.

El inocente se hace culpable **para redimir al reo.**

Del madero de la Cruz pende la salvación del mundo.

"Venid y adorémosle", invita la Iglesia.

Reconozcamos en Cristo la verdad que ilumina sobre el sentido de la vida, la fuerza que sostiene en el camino del deber arduo y fatigoso, el lazo que hace a los hombres mirarse como hermanos.

"Venid y adorémosle".

Esa cruz es signo de amor, de justicia y de paz.

De amor, que nos prueba en el sacrificio la magnitud de la Caridad Divina.

De justicia, que reconcilia al hombre con Dios y lo estrecha con sus semejantes.

De paz, que pacifica en su sangre todo lo que existe en el cielo y en la tierra.

"Venid y adorémosle".

No hay otra salvación para la humanidad.

O luce sobre el mundo el signo amoroso de la Cruz, o lucirán los signos destructores del odio.

Hoy como nunca Cristo nos dice:

"Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida" (4).

"Venid y adorémosle".

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 13, 21.

(4) *Jn.* 14, 6.

A rendirle un triple homenaje, os invita vuestro Obispo; el de meditar en su muerte asistiendo al ejercicio de las Tres Horas, el de concurrir a las 7 P. M., al solemne Vía Crucis en la Plaza de Armas y el acercarnos a recibirlo eucarísticamente el Domingo, Pascua de Resurrección del Señor.

Su muerte nos da la vida.

“Venid y adorémosle”.

SABADO SANTO:
DIA DE DOLOR Y NO DE GLORIA (1)
(28 - III - 1959)

La humanidad vela junto al sepulcro de Cristo.

Hoy Sábado Santo es día de duelo y de preparación.

En la mañana, a las 10, predicaremos en la Iglesia Catedral una meditación para disponernos al gran misterio pascual. Igualmente predicaremos otra meditación en la Catedral a las 16 horas.

La Iglesia nos dispone a la Vigilia Pascual. Es el gran misterio del cristianismo, la resurrección de Cristo. Ella nos habla del tránsito de la muerte a la vida, del pecado a la gracia.

A las 22 horas se inicia en la Catedral la solemne Vigilia Pascual. Participemos en ella, conozcamos el gran triunfo de Cristo.

Sepamos sobre todo comprender el llamado que estas fiestas encierran y que San Pablo nos expresa: “Si habéis resucitado conjuntamente con Cristo, buscad y gustad las cosas celestiales, no las terrenales” (2).

Es llamado a acercarnos a El en la Comunión Pascual. Hoy, es el día en que de un modo especial la Iglesia nos invita a recibir a Jesús.

Se entonará el “Alleluia” de triunfo y de alegría, mientras las campanas anuncian la gran nueva que Cristo ha resucitado, sintamos resonar en nuestros corazones este llamado a resucitar en vida de gracia y renovación, de vida cristiana con aquel que por redimir muere y por darnos la vida verdadera, resucita.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

(2) *Col.* 3, 1-2.

Pascua de Resurrección

Dos parecen ser las ideas -fuerzas más repetidas en los Mensajes de Pascua de Resurrección del Obispo Larrain.

— la esperanza, que surge del triunfo de Cristo y que hace

“que entre la variedad de las cosas del mundo, allí estén fijos nuestros corazones, donde están las verdaderas alegrías” (Oración del 4º. Dgo. de Pascua, frecuentemente citada por el Obispo);

— los sacramentos, particularmente el Bautismo y la Eucaristía, que nos conectan con la Pascua de Cristo.

PASCUA DE RESURRECCION (1)
(20 - III - 1940)

Vibra en el aire el alleluia triunfal.

¡Cristo ha resucitado! La muerte, el infierno y el pecado han sido vencidos por El. Es el eterno y gran triunfador.

De la muerte ha brotado la vida; del dolor, la eterna dicha. Todo en estos días nos habla de resurrección, vida y alegría. Esa es la vida cristiana: resurrección perpetua a la verdadera vida sobrenatural, plenitud de vida de Dios en el alma, dicha pura que brota de nuestra intimidad con Jesús.

El cristiano debe vivir el gran misterio pascual, debe reforzar y acrecentar en estos días su vida sobrenatural. Por eso la Iglesia nos invita a vivir intensamente esa vida acercándonos a su fuente: Cristo en la Santa Eucaristía donde nos comunica la gracia que brota de su gloriosa resurrección.

En este "día que hizo el Señor", con las más puras efusiones de gozo cristiano en el alma, va mi saludo desbordante de afecto a todos mis amados hijos de esta Diócesis. ¡Felices y Santas Pascuas!, os dice vuestro Pastor, que hoy ha pedido, en modo especial por vosotros, rogando al Señor que si "habéis resucitado con Cristo, busquéis las cosas de arriba, gustéis las cosas celestiales, no las cosas terrenas" (2), para que, de este modo, "entre la vanidad de las cosas mundanas, ahí estén fijos nuestros corazones, donde están las verdaderas alegrías" (3).

Recibid, como prenda de estas gracias, la paternal bendición de vuestro Obispo.

(1) Publicado en *Vida*, periódico semanal de la Acción Católica de Talca.

(2) *Col.* 3, 1.

(3) Oración de la Misa del Domingo IV después de Pascua.

**PASCUA DE RESURRECCION:
SENTIDO BIBLICO Y LITURGICO (1)
(IV - 1941)**

Nos, Manuel Larraín Errázuriz por la gracia de Dios y de la Santa Sede Obispo de Talca y Administrador Apostólico de Linares al clero y fieles de la Diócesis, paz, y salud en Cristo Nuestro Señor.

El Santo Tiempo de Cuaresma que la Iglesia nos hace vivir en estos días, tiene como altísima finalidad prepararnos a la devota celebración del misterio de la Resurrección del Señor que la fiesta de Pascua conmemora.

Hemos creído necesario, amados hijos, hablaros de la importancia espiritual de esta festividad tanto por el lugar que ocupa en la vida cristiana cuanto por el olvido creciente de su sublime significación entre los fieles.

I. ¿QUE ES LA PASCUA?

1. La fiesta de Pascua es el punto culminante del año eclesiástico,

“el día que hizo el Señor, la fiesta de las fiestas y la solemnidad de las solemnidades, la Resurrección de Nuestro Señor Salvador Jesucristo según la carne” (2).

La liturgia llama a esta fiesta, a veces la “Santa Pascua”, osea, el santo pasaje aludiendo al Gran Milagro por el cual Nuestro Señor pasó de la muerte a la vida, a veces “el santo y gran día del Señor” porque Cristo lo ha consagrado por su triunfo sobre la muerte.

El objeto de la Pascua cristiana es adorar a Cristo resucitado del mismo modo que hemos adorado en la cuna al Salvador naciente y en el Calvario al Salvador crucificado y recordar la coronación de la obra de Jesús en la tierra junto con el comienzo de una nueva existencia para la humanidad redimida.

Para comprender mejor su significado conviene recordar su origen histórico en el pueblo israelita que el Antiguo Testamento nos narra.

(1) *La Revista Católica* (Santiago), p. 166 - 170.

(2) Palabras introductorias a la Liturgia del día.

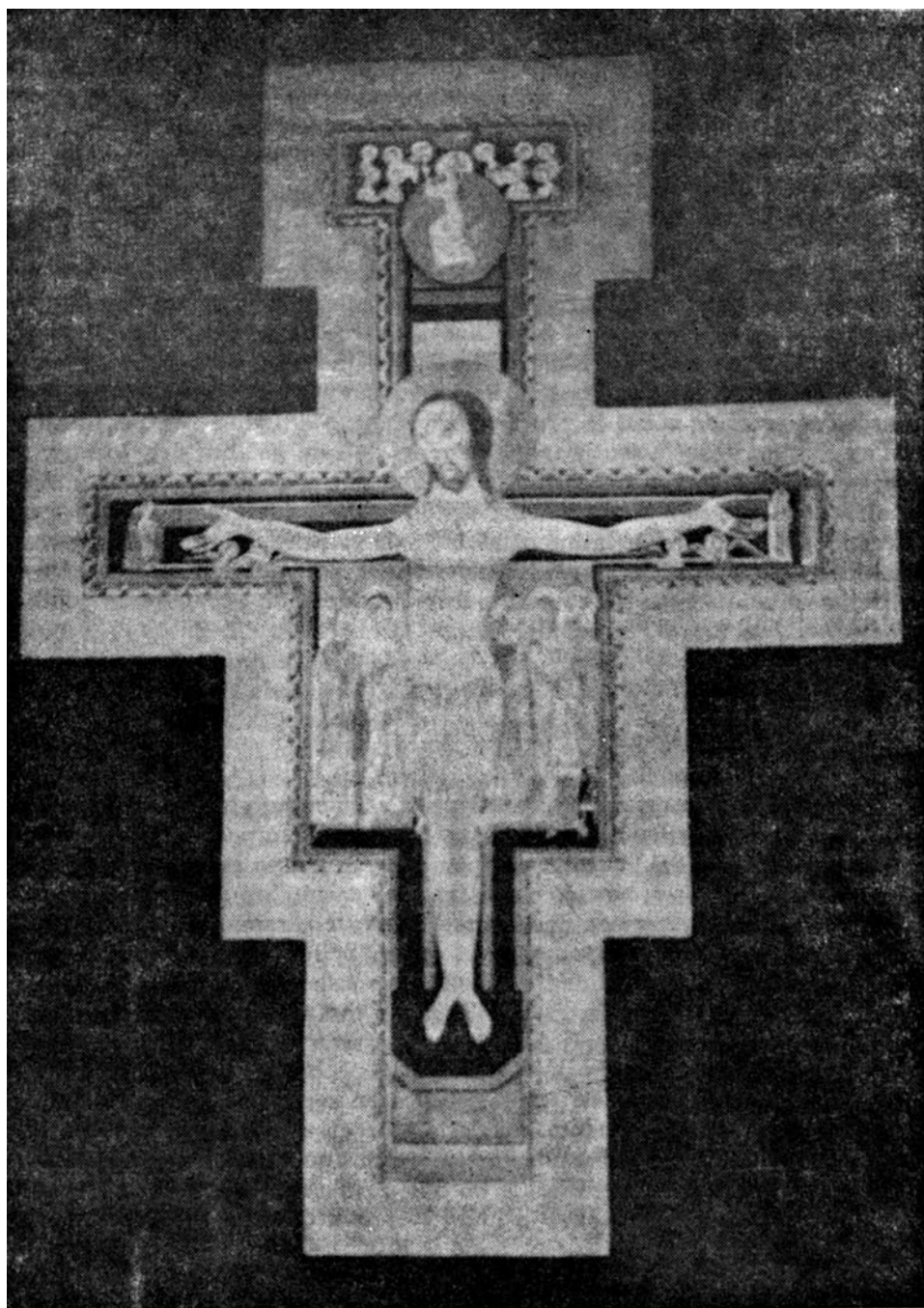


Imagen de Cristo resucitado que presidía en la casa del Obispo

2. Pascua quiere decir "Tránsito del Señor". Se realizó por vez primera este pasaje cuando Dios para sacar al pueblo israelita de la tierra de esclavitud hirió de muerte a los primogénitos de los egipcios. La Primera Pascua hebrea comprendió tres hechos principales; un festín religioso, la cena pascual, la muerte de los primogénitos de Egipto por el Ángel del Señor y la salida del pueblo de Dios de la tierra de esclavitud a la de promisión.

El mismo Dios mandó a su pueblo que celebraran solemnemente el aniversario de aquella Pascua dando gracias al Señor que en forma tan admirable había concedido a sus padres la libertad.

3. Pero esta Pascua judaica es tan sólo "figura y símbolo" de la verdadera pascua cristiana. La realidad debía sustituir a la figura, y a diferencia de aquella meramente ritual la nueva Pascua sería Cristo inmolido por nosotros "Pascua nostrum inmolatus est Christus" (3).

Repetidas veces en su vida mortal, Jesús había anunciado el milagro de su Resurrección como la prueba más perfecta de que su misión era divina. La muerte debería sentir toda la fuerza de esta palabra del Dueño y Señor de lo Creado. En el momento establecido en los decretos eternos, el alma de Jesús unida a su divinidad se junta de nuevo a su cuerpo y éste revestido de las dotes de la inmortalidad sale glorioso del sepulcro. ¡Surrexit Dominus vere! El Señor ha resucitado verdaderamente y su resurrección representa la confirmación de nuestra fe y el triunfo de Cristo Jesús sobre la muerte.

II. SIGNIFICADO DE LA PASCUA

1. La Resurrección de Cristo Nuestro Señor que la Pascua conmemora representa en primer lugar la base indestructible y el misterio central de nuestra fe. San Pablo podía afirmar que "Si Cristo no ha resucitado es vana nuestra fe y vana también nuestra predicación" (4). La "sequentia" de la Misa de ese día, después de haber señalado el dramático duelo entre la muerte y la vida en Cristo, anuncia la tesis: "Scimus Christum surrexisse a mortuis vere" (5). La divinidad de Jesús, su mesianidad, toda la eficacia de su redención se afirman en este milagro de los milagros cuyo anuncio El mismo lo arrojó un día como desafío a sus irreductibles adversarios.

2. La Resurrección de Jesús significa en segundo lugar su triunfo sobre la muerte: "Oh Dios, canta la Iglesia, que en este día, por vuestro Hijo Unico, vencedor de la muerte nos has abierto las puertas de la eternidad" (6). El triunfo de Cristo Nuestro Señor es triple: sobre la muerte natural, sobre la muerte sobrenatural y sobre la muerte eterna.

(3) tr.: "Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolido".

(4) *1 Co.* 15, 14.

(5) tr.: "Sabemos que Cristo en verdad resucitó de la muerte".

(6) Oración Colecta de la Misa de la fiesta de Pascua de Resurrección.

Cristo venció la muerte natural. El pecado había hecho al hombre mortal; por su Resurrección, Cristo nos abre las puertas de la inmortalidad. "La muerte ha sido absorbida por una victoria" (7). Después de la muerte de Jesús nuestra muerte ha perdido su terror iluminándose con los dulces fulgores de la esperanza. Después de la Resurrección de Cristo nuestra futura resurrección es una certeza. Estamos incorporados a El, que ha resucitado. "Creo en la resurrección de la carne" proclamará nuestro símbolo de fe; "la vida no se quita sino que se cambia" cantará la liturgia funeraria de la Iglesia. La esperanza de la resurrección que duerme en el fondo del corazón humano adquirirá la fuerza de una certeza indestructible. Vendrá un día en el cual no habrá ya más tumbas en el mundo y como dice el Apóstol

"la Vida devorará la Muerte, lo Inmortal absorberá a lo Mortal. Entonces ¿dónde estará, oh muerte, tu pujanza? ¿Tu fardo fatal dónde estará? Sean dadas gracias a Dios, que nos da una gran victoria por medio de Jesucristo Nuestro Señor" (8).

¡Cuán necesario es, amados hijos, recordar una vez más la certeza de nuestra resurrección, en estos tiempos en que el hombre parece haber olvidado sus futuros destinos para pensar únicamente en las cosas de aquí abajo!

Cristo ha vencido también a la muerte sobrenatural, o sea, al pecado. Desde la culpa de nuestros primeros padres la raza humana yacía en el duro cautiverio de la muerte espiritual. Como consecuencia de ese pecado todo hombre nace con el alma muerta a la gracia. Con su muerte adorable Cristo nos rescató de esta servidumbre "no con oro o plata percedera, sino con su sangre preciosa" y al resucitar nos comunicó su vida.

De dos maneras nos comunica el fruto de su victoria: en primer lugar en el Santo Bautismo. Al sumergirse el hombre en el agua bautismal, se une a la pasión del Señor y con El muere el pecado, al salir es un hombre nuevo a quien Cristo llama a vivir con El su vida de gloria.

Pascua es la fiesta del Bautismo. Su administración ocupaba en otro tiempo la mayor parte del Sábado Santo. Durante toda la octava pascual el pensamiento de los nuevos bautizados pasará y volverá a pasar sin cesar en la liturgia.

Uno de los pensamientos que más debiera alimentar el cristiano y hacerlo base de su vida espiritual es el de sus grandezas bautismales. El santo tiempo de Pascua nos hace especialmente recordarlas:

"Fuimos sepultados con El mediante el bautismo en la muerte, dice S. Pablo a fin que como Cristo fue resucitado de los muertos por la gloriosa potencia del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida" (9).

(7) 1 Co. 15, 54.

(8) 1 Co. 54 - 55.

(9) Rm. 6, 4.

Nuestra vida en consecuencia debe ser todo espiritual y pura, "viviendo por Dios en Cristo Jesús". Unámonos cada vez más con Jesús para que crezca en nuestras almas la vida sobrenatural y divina.

También nos comunica Cristo el fruto de su victoria por la confesión. En este sacramento el hombre muere al pecado y se levanta nueva criatura a la cual Cristo ha restituido su vida gloriosa.

El cristiano debe vivir en estado de gracia para poder participar al misterio de la Resurrección.

Cristo Nuestro Señor ha vencido a la muerte eterna. Por los méritos de su muerte y resurrección recibimos el perdón si hemos pecado. El infierno existe para los que rechazan la gracia y la misericordia del Salvador. "El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo custodie tu alma para la vida eterna", dice la liturgia de la Iglesia al distribuir la Santa Comunión, exhortándonos a encontrar en el divino Resucitado la prenda de nuestra salvación.

Cristo es el Vencedor. Tal es amados hijos, el dulce consuelo que la gran fiesta de Pascua nos trae, y nosotros incorporados a su místico Cuerpo somos también con El vencedores. En esta época tan llena de incertidumbres y problemas cómo consuela el alma recordar esta verdad muy a menudo olvidada, pensando que seguimos a un Rey Triunfador que en su Resurrección venció a la muerte, el pecado y el infierno y que en medio de los acontecimientos de la historia humana va preparando su gran triunfo final.

III. LA COMUNION PASCUAL

Pero para afirmar en nosotros las gracias de la resurrección y asimilarnos sus frutos necesitamos acercarnos al banquete pascual: la santa Comunión. "Dígnate, Señor, librarnos de todos los restos del hombre viejo y hacer que la participación de vuestro augusto sacramento nos confiera un nuevo ser", pide la Iglesia en la Misa del Miércoles de Pascua.

La Sagrada Comunión, amados hijos, es el medio principal elegido por Cristo Nuestro Señor para participarnos la vida divina. En la medida que nos acercamos a ella vivimos de Jesús.

"El efecto de este sacramento, dice Sto. Tomás, es el obrar una cierta transformación en Cristo, por medio de la Caridad. Es éste su fruto propio ya que es propio de la caridad transformar a aquél que ama en el objeto de su amor" (10).

La Comunión eucarística es el comienzo de una unión íntima con Jesús que nos une a El en todos los actos del día.

De esa comunión frecuente sacaban los primeros cristianos su fuerza y virtud, de ellos nos dicen los Hechos de los Apóstoles que "eran perseverantes en la doctrina de los Apóstoles por la comunicación de la fracción del pan y la oración" (11).

(10) Cfr. Sto. Tomás, S. T., III, q. 79, a. 1.

(11) Hch. 2, 42.

La Iglesia ha fijado un mínimo de comunión obligatoria para los católicos, una vez al año por Pascua de Resurrección. Pero, entiéndase bien, esto es el mínimo, o sea, menos de lo cual constituye pecado grave, aunque al mismo tiempo exhorta y mueve a la mayor frecuencia, si es posible diaria, en recibir la Santa Comunión.

El Concilio Lateranense en 1215 en su capítulo 21 fijó el tiempo de Pascua para cumplir este precepto, el Concilio de Trento confirmó lo prescrito y el Código de Derecho Canónico en su canon 859 lo impone, diciendo:

“Todos los fieles de ambos sexos después que han llegado al uso de la razón deben una vez al año, al menos, en la Pascua, recibir el sacramento de la Eucaristía”.

El mismo canon citado añade que la Comunión pascual propiamente debe hacerse entre el Domingo de Ramos y el Domingo llamado de Quasimodo, aunque la benignidad de la Iglesia ha ampliado para nosotros este plazo entre la Dominica de Septuagésima y la fiesta del Sagrado Corazón prolongándolo aún por otras épocas del año. Pero permanece bien claro el pensamiento de la Iglesia en su tradición y leyes, que esta Comunión debe hacerse preferentemente alrededor de las fiestas de la Resurrección.

Es, pues, necesario, amados hijos, acercarnos en esta época al banquete divino de nuestras almas y darle a la comunión pascual toda la sublime importancia que encierra. Los pueblos, las familias y los individuos van decayendo a medida que se alejan de las fuentes de vida establecidas por Cristo en su Iglesia para alimentar nuestras almas. No esperemos solución a los males presentes, sino en una vuelta franca y total al único que puede salvarnos, Cristo Nuestro Señor. Pero para esto es necesario dejar la práctica externa y rutinaria de la religión y dóciles al llamado de la Iglesia, ir a buscar en sus sacramentos la renovación espiritual que necesitamos.

La Comunión pascual nos traerá como frutos preciosos la alegría y la paz que en este misterio sobreabundan. Toda la liturgia de Pascua es un Cántico de Gloria.

Como la onda potente que de los campanarios se extiende por la tierra anunciando el “día que hizo el Señor” y haciendo vibrar los corazones en el Alelluia del triunfo, así la alegría de las cosas eternas llega a nuestros espíritus como un prelude de dichas celestiales. Las palabras solemnes del Apóstol repetidas por la sagrada liturgia alcanzan todo su sabor: “Hermanos, si habéis resucitado conjuntamente con Cristo, gustad las cosas de arriba, buscad las cosas de arriba, no las terrenas” (12). Fruto de esta alegría la paz “aquella que el mundo no puede dar”. “La paz de Dios que supera a todo sentimiento” y que no es otra cosa que “la tranquilidad en el orden” (13).

(12) Col. 3, 1.

(13) San Agustín: *Ciudad de Dios*, 19, 13.

IV. CONCLUSION

Amados hijos:

Es necesario estar unidos a Cristo triunfador de la muerte. De este modo se une la fiesta de la Resurrección al deber de la Confesión y de la Comunión pascual.

Para resucitar con Cristo hay que resucitar del pecado, sepultar al hombre viejo con sus concupiscencias, miserias y debilidades para hacer resucitar el nuevo al cual Cristo le dio la libertad y la gracia.

Triunfadores de la muerte espiritual, en el banquete pascual de la santa Eucaristía, nos revestiremos de la fuerza, de la vida y de la luz del Resucitado.

Es necesario que sacerdotes y fieles íntimamente unidos trabajen en este apostolado renovador del cumplimiento pascual. Con él se despertará de nuevo el sentido moral, la delicadeza y la dignidad cristiana en las conciencias, se purificará el ambiente de la onda malsana de corrupción que lo invade y se afianzará el reino de Dios en numerosas almas.

Mientras con estos sentimientos nos preparamos al "santo día del Señor", pedimos para vosotros abundantes gracias pascuales, prendas de la eterna Pascua celestial que afectuosamente os deseamos.

La bendición de Dios Omnipotente -|- Padre -|- Hijo y -|- Espíritu Santo descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

PASCUA DE RESURRECCION (6 - IV - 1946)

Amados fieles:

El domingo 21 del presente, celebrará la Iglesia la Fiesta de Pascua de Resurrección.

Es la festividad mayor del año litúrgico, "la solemnidad de las solemnidades", el "Día que hizo el Señor". En ella celebramos el misterio de la Resurrección de Cristo, coronamiento de su obra redentora. En ella recibimos en forma aún más apremiante la invitación a vivir la vida cristiana de unión con Jesús.

La Iglesia nos prepara convenientemente para tal solemnidad. Primero, durante el tiempo de la Santa Cuaresma purificándonos en la penitencia y oración. En seguida, durante los días de la Semana Santa, haciéndonos contemplar y vivir los grandes misterios de la Pasión y Muerte de Jesús. Toda esta preparación nos invita según frase del Apóstol a

“deponer el hombre viejo y a revestir el nuevo que ha sido creado según Dios en la justicia, en la santidad y en la verdad” (1).

Así dispuestos, la Pascua de Resurrección nos trae en plenitud la vida de Cristo “para que los que viven ya no vivan para sí, sino para Aquél que por ellos ha muerto” (2) y de este modo “resucitando conjuntamente a Cristo, busquemos y gustemos las cosas de arriba, no las terrenas” (3).

Esta vida eterna se nos da por medio de la Sagrada Comunión donde Jesús, “pan de vida”, se hace alimento de nuestras almas. La Iglesia quiere que en el tiempo pascual y para participar plenamente del misterio de la resurrección, nos acerquemos a recibir a Jesús en nuestros corazones.

La Comunión pascual la encontramos en la más antigua disciplina de la Iglesia y a ella somos cada año fervientemente invitados por la Sagrada Liturgia.

La Comunión pascual es un deber que cada católico debe cumplir y cuya práctica general debemos estimular con ardiente apostolado.

Os exhortamos, pues, amados fieles, a conmemorar en forma cristiana y piadosa los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Profanar este santo tiempo con diversiones mundanas es despreciar o desestimar la gracia de la redención y el amor que Cristo nos demuestra en ella.

Por desgracia debemos llamar la atención, y en forma seria, a la profanación creciente de esos días, que con razón llamamos “la Semana Santa”. Ella se está convirtiendo, para muchos, en una vacación de fin de semana desprovista de todo pensamiento serio o sobrenatural.

Os invitamos por la presente circular, amados hijos, a dos cosas: a trabajar por la cristiana celebración de la Semana Santa y por la Comunión Pascual.

En la Semana Santa, guárdese fielmente como en todo el tiempo de la Cuaresma la ley del ayuno y abstinencia.

Asístase piadosamente a los Oficios Sagrados; el Jueves, conmemoración de la Institución de la Eucaristía, acérquense los fieles a recibir al Señor en la Comunión, visiten en ese día al Smo. Sacramento en los Monumentos de las diferentes iglesias, y celebren en todas las parroquias una hora santa de reparación y desagravio.

El Viernes Santo, concurren en la mañana a los Oficios Sagrados, al mediodía al piadoso ejercicio de las tres horas, y en la tarde, al Vía Crucis, que recomendamos a las parroquias hacerlo en público. En la ciudad epis-

(1) *Ef.* 4, 24.

(2) *2 Co.* 5, 15.

(3) *Flp.* 3, 19.

copal de Talca, las diferentes parroquias e instituciones se encontrarán en la Plaza de Armas a las 6.30 horas.

El Sábado Santo asistan los fieles a la Misa llamada de Gloria, pero recuerden que la Fiesta de Pascua de Resurrección es el día siguiente. Decimos esto porque vemos con extrañeza que muchos fieles concurren dicho Sábado al templo y no lo hacen el Domingo, que es la verdadera fiesta de Resurrección y la mayor solemnidad de la Iglesia (4).

El Domingo de Pascua "el día que hizo el Señor", recibamos con santa alegría, piadosa devoción y generoso propósito de vida cristiana, la Santa Comunión y sea esta Comunión pascual prenda de gracias copiosas y de eterna dicha celestial.

Los párrocos y sacerdotes insistan en las semanas precedentes en la Comunión pascual. Los colegios, escuelas e instituciones católicas, preparen oportunamente a sus alumnos para que en ese día se acerquen a la Sagrada Mesa. La Acción Católica desarrolle con intensidad y eficacia el apostolado de la Comunión Pascual.

Deseándoos anticipadamente abundantes gracias pascales, os bendecimos de corazón en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(4) Recordar que en 1946 la Vigilia Pascual se celebraba el Sábado Santo en la mañana.

SEMANA SANTA Y FIESTA DE PASCUA (1953)

Amados fieles:

Hoy, Domingo de Ramos, se inicia la Semana Mayor o Semana Santa. Vamos en estos días a conmemorar y vivir los grandes misterios de la Redención. Os invito a hacerlo en un gran espíritu de fe y de devoción. El Jueves Santo, conmemoramos la Institución de la Sgda. Eucaristía. Visitemos a Cristo Sacramentado en los Monumentos que en cada templo se levantan.

El Viernes Santo, conmemoramos la muerte de Jesús. Guardemos el ayuno y la abstinencia. Asistamos en la mañana a los oficios y en la tarde, a "las 3 horas", como también al solemne Vía Crucis alrededor de la Plaza de Armas.

Os debo anunciar un cambio en los Oficios del Sábado Santo, y a ello especialmente, obedece la presente circular.

De toda antigüedad, la Iglesia acostubró celebrar con máxima solemnidad la *vigilia* de la Dominica de Resurrección, que S. Agustín llama "madre de todas las santas viglias".

Esta vigilia se celebraba el Sábado *en la noche* en las horas que preceden a la Resurrección. Por varias causas, en el transcurso del tiempo, esta vigilia fue adelantándose, primero al sábado en la tarde; en seguida, después del mediodía, para llegar a celebrarla el sábado en la mañana como hasta ahora se acostumbraba hacerlo.

El deseo manifestado por numerosos obispos, sacerdotes y fieles que la Vigilia de la Resurrección volviera a celebrarse a la hora primitiva, es decir, en la noche del sábado al domingo, movió a S. S. Pío XII a autorizar el año 1951 la celebración de la Vigilia de Resurrección a esa hora de la noche.

Por primera vez entre nosotros, en la ciudad de Talca, solamente, se celebrará este año el Sábado Santo en la noche en vez de en la mañana, a la hora que cada iglesia o parroquia establezca. En la Catedral, los Oficios, que en realidad son mucho más breves que los que hasta aquí se celebraban, se iniciarán a las 10 de la noche. En consecuencia, el Sábado Santo en la ciudad de Talca, no habrá oficios (lo que vulgarmente se llama "Misa de Gloria") en la mañana, sino en la noche del Sábado al Domingo.

Este cambio, tiene dos ventajas: uno, el celebrar la vigilia de Resurrección en el espíritu y tradición de la Iglesia, y el otro, el prepararnos a una devota Comunión pascual.

No olvidéis, amados fieles, que el misterio de Pascua es un misterio de vida. Cristo ha resucitado. Hemos de resucitar con El. Pero, para tener esa vida, necesitamos de la Comunión. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida", dice Jesús. Por eso, la Iglesia manda en el 2º de sus mandamientos, "comulgar por Pascua de Resurrección". Acotumbrarnos a hacerlo en otras festividades del año, está bien. Pero ante todo debemos hacerlo en esta festividad.

Yo quisiera, amados fieles, que hubiera en estos días entre nosotros un pensamiento y un propósito: *celebrar cristianamente la Pascua*.

No debe un católico quedarse sin hacerlo. Un catolicismo meramente externo es incapaz de resistir el ambiente materialista que nos rodea. Necesitamos vivir el misterio pascual; muerte al pecado y vida para Dios. La Comunión Pascual nos lo hará vivir en plenitud.

Venimos en disponer lo siguiente:

1. Esta circular será leída en todos los templos de Talca el próximo Domingo de Ramos.
2. Esta circular será leída y comentada en todos los colegios y escuelas católicas de la ciudad de Talca el lunes próximo. Explíquese a los alumnos el significado del cambio de hora de la Vigilia e insístase sobre la Comunión pascual, invitándolos a todos a acercarse a la Confesión durante el Sábado Santo.

3. **Pedimos vivamente a la A. C. y miembros de otras asociaciones religiosas, hagan una viva propaganda, personal y colectiva a la celebración de la Semana Santa, especialmente:**
 - a) Asistencia al Vía Crucis el Viernes Santo.
 - b) Asistencia a la Vigilia Pascual el Sábado Santo en la noche, y
 - c) Comunión Pascual.
4. **Los días lunes, martes y miércoles de la presente semana, a las 7.15 P. M., el que suscribe, dictará tres conferencias en la Catedral sobre el misterio de la Redención en la liturgia de la Iglesia. Se invita a todos los fieles. Os bendice vuestro Obispo.**

PASCUA DE RESURRECCION
VIVIR PLENAMENTE LA VOCACION CRISTIANA
(IV - 1954)

Con las mismas palabras del Resucitado, os saludo, amados hijos, en esta aurora pascual.

Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones. El misterio de la Redención nos llama a vivir plenamente de El. Por eso la Iglesia nos invita a recibirlo. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna" (1). La liturgia pascual nos exhorta con San Pablo a buscar los bienes del espíritu: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de lo alto, gustad las cosas celestiales, no las terrenas".

Mi saludo, por tanto, es una invitación y un llamado, *vivid en plenitud vuestra vocación cristiana.*

1. *Esa vocación nos obliga en primer lugar a creer.* El cristiano es un hombre que mira el tiempo a la luz de lo eterno. Lo material a la luz de lo espiritual. Lo humano a la luz de lo divino. No desprecia las cosas terrenas. Conoce el valor del tiempo. Sabe la dignidad de lo humano. Pero todo lo mira, lo juzga y lo pesa en las perspectivas de la fe.

(1) *Jn.* 6, ss.

La palabra de Dios ilumina al hombre para hacerle conocer su origen, su vocación y su destino. Esa palabra ha resonado “muchas veces y de muchas maneras; en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas, mas últimamente nos habló por su Hijo” (2). Esa palabra de Dios está escrita en los libros santos: la Biblia. Está mantenida oralmente en la tradición. Ambas expresiones, Biblia y Tradición están entregadas a la Iglesia, Maestra de Verdad. El Magisterio de la Iglesia hace viva, da eficacia y asegura la integridad de la palabra divina.

El católico oye a la Iglesia. En la Iglesia oye a Cristo. En Cristo oye a Dios. Es a los Apóstoles, ministros de la palabra y a sus sucesores directos los Obispos a quienes el Señor dice: “quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desecha a mí me desecha; el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (3).

Por eso, el “justo vive de la fe” (4), ya que “sin fe es imposible agradar a Dios” (5). Esa fe se alienta en la meditación de la palabra divina, escrita en la Biblia, predicada por la Iglesia, explicada en sus conclusiones prácticas por el Catecismo.

El católico ha de ser un hombre de doctrina. El justo defecciona, dice el Espíritu Santo, “cuando las verdades se disminuyen entre los hijos de los hombres”.

En esta Pascua, amados hijos, os invito a robustecer vuestra fe. Estudiad vuestra doctrina. Ahondad sus enseñanzas. Aplicad a la vida sus principios. No seáis los hombres que “giran a todo viento de opinión”, como dice S. Pablo; sed por una fe viva “los espectadores de la invisible” (6). Abrid los oídos del alma a la palabra de Dios, suave como el silbo del aura” (7). No temamos enfrentarnos con ella. Así, sólo así, daremos a nuestra vida su objetivo, su finalidad y su auténtica dicha y realizaremos lo que la liturgia de este tiempo pascual suplica: “que entre la variedad de las cosas del mundo, allí estén fijos nuestros corazones donde están las verdaderas alegrías” (8).

2. *Esa vocación cristiana nos obliga, en segundo lugar, a vivir.* La palabra de Lactancio en el siglo III sigue teniendo todo su valor: “no hablamos muchas cosas, pero vivimos”.

La vocación cristiana no es el arrellenarse cómodamente en una posición indiferente. Es una milicia, un combate, una superación. Es la eterna lucha entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, el deber y el placer, la verdad y el error.

No cabe un cristianismo de actitudes meramente externas. “El reino de Dios está dentro de vosotros”. Llamarse católico es cosa fácil. Lo que importa es serlo de verdad.

(2) *Hb.* 1, 1 - ss.

(3) *Lc.* 10, 16.

(4) *Rm.* 1, 17.

(5) *Hb.* 11, 6.

(6) Cfr. *Hb.* 11, 27.

(7) 3 *R.* 19, 11.

(8) IV Domingo después de Pascua.

Eso exige, ante todo, vivir en gracia de Dios. La realidad sobrenatural del cristiano, es la de un hombre que vive apoyado en la fuerza de Dios". Sin mí nada podéis" (9), nos dice Jesús.

No basta ponerse en gracia, un día, una semana, un mes. Hay que vivir en gracia. La vida no acepta interrupción. Esa vida de gracia se guarda observando los mantenimientos de Dios y de la Iglesia.

"Haz esto y vivirás" 10). "Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos" (11). Dios no se muda. Los mandamientos no cambian. La moral cristiana no varía. El católico no se fabrica una moral. Ha de adaptar su vida a la moral de Cristo ,que la Iglesia enseña. Nadie puede decir: "tengo mi moral". La moral no la hacemos nosotros. La moral es la conformidad de nuestros actos con la ley eterna e invariable de Dios.

La moral cristiana abarca todos los actos libres y voluntarios del hombre. La vida pública y la vida familiar. El trabajo y los negocios. Las actividades económicas y sociales, en cuanto son actos humanos, caen bajo el imperio de la ley moral. Quienes dicen, "la religión no tiene nada que ver con esto" no han comprendido nada de lo que es el Cristianismo. Cristo no vino sólo a enseñarnos a orar; vino a enseñarnos a vivir.

Para vivir la vida cristiana, necesitamos de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía. "Yo soy la vida" (12), dice Jesús. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". Sin Eucaristía la vida de la gracia muere. Sin vida de gracia no hay vida cristiana. Sin vida cristiana nuestro cristianismo es muerto.

Los tiempos son difíciles, el paganismo penetra en el campo cristiano. Este paganismo se caracteriza por tres notas: sensualidad, codicia y soberbia. Es precisamente lo opuesto al espíritu cristiano cuyas notas características son: mortificación, desprendimiento, humildad.

Sólo una intensa vida espiritual puede superar este conflicto. Sólo una renovación cristiana puede apartarnos del desastre a que el paganismo actual nos precipita.

Un pueblo que evita o mata a los hijos que Dios le envía, que tolera impasible la exhibición de las peores pasiones en prensa y cine, que autoriza en playas y recepciones la desnudez impúdica de sus mujeres, que en un solo sitio bota en el juego en pocos meses más de 500 millones de pesos mientras más de 400 mil hermanos nuestros viven en pocilgas indignas de un ser humano, es una sociedad que ha firmado a corto plazo su sentencia de muerte.

Os repito: sólo una auténtica vida cristiana, de observancia estricta y plena de la moral, de vida interior alimentada por los Sacramentos puede librarnos de una de esas catástrofes históricas, que son el resultado fatal del olvido de la ley santa de Dios.

(9) *Jn.* 15, 5.

(10) *Lc.* 10, 28.

(11) *Mt.* 19, 17.

(12) *Jn.* 12, 21.

(13) *Rm.* 12, 21.

Con el apóstol Pablo os renuevo su llamado: "No te dejes vencer por el mal, sino que vence al mal con el bien" (13). "Rechacemos las armas de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz" (14). "Caminad como hijos de la luz" (15).

3. Esa vocación cristiana, nos obliga por último, a actuar. No somos seres aislados. Vivimos en una sociedad. No tenemos sólo derechos individuales. Tenemos también deberes sociales.

Somos responsables de un mundo en formación. El cristiano busca el cielo, pero vive en la tierra. Cree en la vida eterna, pero sabe que esa vida se merece y logra aquí abajo.

Nuestras creencias han de proyectarse en nuestra acción individual y social. Quien no actúa en conformidad a lo que cree termina por creer en conformidad a lo que actúa.

El cristiano ha de tener una concepción, no sólo de Dios y de la vida espiritual, sino del hombre, del mundo y de la sociedad presente y futura.

Nuestro deber social nos obliga a preocuparnos de la Iglesia, comunidad de los hijos de Dios. A veces nos falta un sentido claro de lo que es la Iglesia. Olvidamos que pertenecemos a Ella como miembros vivientes de un organismo. Olvidamos que las relaciones que nos ligan con la jerarquía no son ni personales ni de simpatía, ni de ocasión. Que hay algo más profundo. Es la comunión íntima de Cristo que por la Jerarquía prolonga su enseñanza, su acción santificadora y su gobierno.

Tampoco pensamos bastante en las relaciones que nos unen con los demás fieles. Somos solidarios unos de otros. El sufrimiento de un hermano ha de ser nuestro sufrimiento. El seglar tiene una misión en la Iglesia. Su crecimiento, su futuro, sus problemas, no pueden serle indiferentes. "Sois piedras vivas de un templo espiritual". De ahí que el deber social obliga a todo católico a ser apóstol. Hay que edificar la Iglesia. Hay que extender la Redención. Hay que hacer participantes a nuestros hermanos de las gracias infinitas que Cristo depositó en su Iglesia. El incremento del sacerdocio y la Acción Católica, son dos necesidades vitales de la expansión de la Iglesia. En la tragedia del mundo actual no ser apóstol equivale a ser apóstata.

Nuestro deber social nos obliga a interesarnos en el mundo que se forma. Una civilización muere. Un mundo nace. Hay que darle un rostro cristiano. Las tradiciones buenas hay que mantenerlas. Las posiciones ante lo nuevo no hay que rechazarlas sólo porque son nuevas. "Hay que poner el vino nuevo en odres nuevos" (16), nos dice el Evangelio. Hay que saber comprender su tiempo y amarlo; de otro modo, no podremos influir sobre él.

Es necesario que la familia sea en verdad la célula primaria de la sociedad. Para esto hay que dar al amor cristiano su significado. Hay que dar a la paternidad su dignidad sublime. Hay que hacer de la familia un hogar, comunidad caldeada por el amor. La familia requiere un espacio vital. La pocilga inmundada, el cuarto redondo, el conventillo insalubre, son los grandes

(14) *Rm.* 12, 12.

(15) *Ef.* 5, 8.

(16) *Mt.* 9, 17.

focos que hacen infructuosos la constitución de una sociedad cristiana, el mirarlo impasible, el tolerarlo como algo necesario, el permitir su permanencia, es una afrenta a lo más hondo del sentido de solidaridad cristiana.

El deber social nos pide luchar por una economía humana, al servicio del hombre. El lucro no puede ser la finalidad de la economía sino el consumo. Las necesidades vitales de la población deben ser las que primen sobre todo. La miseria y el lujo no pueden tener cabida en una sociedad cristiana. Las doctrinas sociales de la Iglesia "son obligatorias y necesarias". Nuestra posición en lo social es una consecuencia necesaria de nuestra condición cristiana. Hacer distingos entre lo religioso y lo social, para aceptar lo primero y rechazar lo segundo, es ponerse fuera del pensamiento católico.

El cristiano es un hombre que construye la ciudad terrestre, haciéndola humana y la ciudad eterna, proyectando lo humano en lo divino. Si pide y lucha por el advenimiento del reino de Dios; es para que así como la voluntad divina se cumple en el cielo, así también se cumpla y se realice en la tierra.

Termino, amados hijos, con las mismas palabras que comencé: Pax Vobis — "La Paz sea con vosotros".

Mientras el "alleluia" pascual resuena, mientras la alegría de la resurrección invade nuestras almas, mientras el misterio de vida nos invita a acercarnos a Cristo, vuestro Obispo levanta sus manos e implora para todos sin excepción, para los que creen y para los que niegan, para los que perseveran y para los que caen, para los que alientan, para los que critican, pidiendo que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, y que la bendición de Dios omnipotente del Padre -|- del Hijo y -|- del Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.

PASCUA DE RESURRECCION (1)
(4 - IV - 1953)

La palabra triunfante del Angel vuelve a resonar en esta Pascua de 1953: ¡Resucitó!

Es el grito que confirma nuestra fe. Creemos en Aquél que voluntariamente se entregó a la muerte y poderosamente resucitó de ella. Es el Dios que en su amor infinito nos salva y el Hombre que en su amor fraternal nos rescata.

Es el grito que alienta nuestra esperanza. Seguimos al Triunfador. Ha venido a traer la Verdad. Y sobre las tinieblas del mundo ella prevalece. Ha venido a traer la Vida. Ha venido a traer el amor de Dios entre los hombres. Y sobre nuestros egoísmos y odios, su caridad triunfa. En esta hora, El nos repite su palabra de aliento: "Tendréis tribulaciones, pero confiad, yo he vencido al mundo" (2).

Es el grito que sacude nuestra tibieza. Cristo nos llama a la Vida. La Vida es El. Y esa Vida nos llega por la Eucaristía.

Mañana Domingo, es la Pascua. La Resurrección de Cristo. "El día que hizo el Señor". También con esta fecha, se inicia el tiempo Pascual. Y la Iglesia en él, nos llama a comulgar. Como Obispo vuestro yo os repito igual invitación. Comulgar. Es decir, acercarse a Cristo. Comunicar a su Vida. Participar en su Misterio Redentor. Unir nuestra fragilidad a Su fuerza. Nuestra muerte a su resurrección. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros.

No son cristianos de nombre los que salvarán al mundo en estas horas difíciles, sino cristianos de vida que en la Eucaristía hallen su vitalidad y su energía.

Mañana, Pascua de Resurrección, y en el Tiempo Pascual que hoy se inicia, alcancen nuestras almas la Resurrección que Cristo quiere, por medio de la Eucaristía, comunicarnos.

Mañana Domingo, a las 10 A. M., tendrá lugar en la Catedral el solemne Pontifical de Pascua. La comunidad diocesana canta en forma oficial el himno de la gloria y de la vida perenne. Vuestro Obispo os invita a participar en este acto, el más solemne de la comunidad diocesana, para que unidos en un solo himno de gratitud y alabanza nuestras almas participen de la Vida que el Divino Resucitado nos comunica.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) Jn. 16, 33.

PASCUA DE RESURRECCION
LA ESPERANZA CRISTIANA
(IV - 1955).

Amados hijos:

Hace pocas horas ha resonado el alleluia jubiloso de la Resurrección.

En esa "noche feliz", en la cual el cielo se unió con la tierra y Dios con los hombres, "ha brillado la luz de Cristo" y todo el orbe se ha visto libre de la oscuridad que lo envolvía" (1).

La Iglesia entera ha vibrado en un himno potente de esperanza y de victoria que nos dice que la muerte ha sido vencida por la Vida, el pecado por la Gracia y el dolor del infierno por la fuerza omnipotente de Dios.

Expresión de ese pensamiento es el Evangelio que acabáis de oír y de cuyas ricas lecciones os invito especialmente a meditar en una: "la esperanza cristiana".

En un mundo que parece haber perdido sus razones de confiar sueña algo extraño el hablar de esperanza.

Todo en este instante incita a pensar en lo contrario. La filosofía, el arte y la literatura han hecho de la desesperación su ideal central. La ciencia ha orientado sus más altas realizaciones a la fabricación de armas destructoras. La diplomacia internacional gasta sus mejores esfuerzos en provocar y prolongar una guerra fría. La humanidad destrozada por dos guerras pone toda su atención en una tercera, mil veces aún más encarnizada y mortífera. De este modo, la incertidumbre y la desesperación parecerían constituir la única morada del hombre moderno.

Y si nembargo el Evangelio de hoy, expresión del misterio pascual que celebramos, nos da la rica y alentadora lección de la esperanza. Oigámosla.

1. El amor es más fuerte que la muerte. Por sobre la tragedia del Calvario, por sobre el temor a los enemigos de Cristo, por sobre la cobardía de sus discípulos, "María Magdalena y María Madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús" (2). Era el postrer homenaje de su afecto y el testimonio elocuente de su fidelidad. Era también, aunque débil, el signo de una esperanza, que ni la dura realidad de la muerte había logrado desvanecer. La esperanza cristiana tiene su más honda raíz en el amor.

(1) Himno "Exultet" de la Liturgia pascual.

(2) Mc. 16, 1.

Son ellas las primeras en llegar al sepulcro y serán también las primeras en recibir el mensaje de la Resurrección.

Hay en su premura, la impaciencia clarividente del amor. Esperan en Cristo porque sus conciencias son puras, sus corazones fieles, sus almas humildes. Su pureza hace la atracción más viva, el camino más corto, el esfuerzo más intenso. Su fidelidad permite que encuentren con mayor facilidad a Aquél cuyo afecto no han perdido y descubran más pronto a quien habían guardado dentro de su corazón.

La humildad las hace ir directamente a lo que buscan y no permite que nada las detenga en su búsqueda y nadie las aparte o desvíe de lo que constituye el móvil supremo de su existencia.

Y esas tres mujeres corriendo presurosas hacia el sepulcro en el amanecer de Pascua, serán para siempre, la expresión y el signo del amor que vela, de la fe que confía en las divinas promesas, y de la esperanza que aguarda ansiosa su indefectible cumplimiento.

2. Pero mientras la aurora tiñe de rosa el cielo, la inquietud, signo de una sutil desesperanza, comienza a inquietar el corazón de las tres piadosas mujeres: "Y decíanse unas a otras, ¿quién nos levantará la piedra del sepulcro?" (3).

Mis hermanos, os invito a deteneros en esta frase cargada de incertidumbre y de angustia. Buscan a Jesús, pero saben que sobre la tumba que lo encierra, ha sido colocada una pesada loza que las fuerzas de muchos hombres puede tan sólo mover. "¿Quién nos levantará la piedra del sepulcro?", se preguntan ansiosas, viendo levantarse un muro aparentemente impenetrable entre su anhelo y su esperanza. ¿No es ésta la terrible tragedia de nuestro tiempo?

El mundo moderno ha querido poner ese muro entre Cristo y nuestra vida presente. Y a veces nos parece que una pesada loza nos impidiera el acceso a El. Esa loza tiene diversos nombres.

Se llama, en primer lugar, la ignorancia religiosa. El desconocimiento de Dios y su verdad. El olvido de Cristo y su mensaje. La sordera, cuando no la resistencia, al magisterio de su Iglesia. Hemos abierto nuestros ojos y oídos sólo a las cosas visibles y terrenas y los hemos cerrado a las espirituales y eternas. Y así hemos levantado una piedra pesada y fría entre Cristo y nuestra vida.

Esa loza se llama, en segundo lugar, debilitamiento de la fe. En vez de la visión radiante de las realidades divinas, hemos reducido la fe a unas cuantas prácticas rutinarias y externas y a esas mismas las hemos vaciado de sentido.

Esa loza, se llama, en tercer lugar, concepción materialista de la vida, orientada hacia el halago de los sentidos, al ansia inmoderada de bienes, a la frivolidad del vivir. Sentimos la necesidad de Cristo pero no nos atrevemos a quitar la piedra que de El nos separa. E igual que en el relato evangélico, también los enemigos de Cristo pretenden asegurar el sepulcro, sellar

(3) Mc. 16, 3.

la loza y colocar guardias y lograr esa separación que anhelan entre Cristo y la vida moderna.

Que bien resuena en esta hora la pregunta ansiosa de las mujeres en la aurora promisoriosa de Pascua: "¿Quién nos quitará la piedra del sepulcro?"

Mis hermanos: hemos perdido la esperanza porque hemos levantado entre Cristo y nosotros el muro espeso de nuestra ceguera espiritual, de nuestra fe vacilante, de nuestras sensualidades incontroladas, de nuestras concupiscencias, egoísmos y ambiciones.

Hemos vuelto los ojos solamente a las soluciones humanas, al poder del dinero, al mito de la fuerza, a la eficacia de nuestra actividad natural, a la confianza ilimitada en los hombres unida al olvido y desconocimiento de Dios. De ahí que esta generación esté impregnada de un fatalismo pesimista que ve la vida, el mundo y la historia como un negro muro contra el cual se estrellan sus esperanzas y sus anhelos, mientras desde el fondo de su angustia repiten: "¿quién nos levantará la piedra del sepulcro?"

3. Pero Pascua trae un mensaje optimista de la vida. Es la confirmación de la promesa de Cristo: "Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, vivirá" (4). Y las tres mujeres atónitas contemplan removida la piedra por fuerza misteriosa. "Y entrando al monumento vieron un joven sentado a la derecha, vestido de un largo ropaje blanco" (5). Es el heraldo del triunfo perenne de Cristo. Y mientras las tinieblas de la noche retroceden y el sol hace lucir sus primeros rayos matinales, hiende los aires el mensaje angélico como un grito definitivo de victoria: "No os espantéis. A Jesús buscáis, el Nazareno, el Crucificado; resucitó, no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron" (6).

Mis hermanos: aquí está la raíz incommovible de nuestra esperanza. El Nazareno, el Dios que se hizo hombre, el eterno que apareció en el tiempo, el omnipotente que se hizo nuestro hermano, ha vencido a la muerte, al infierno y al pecado. Y nosotros con El somos también vencedores. El temor cede su lugar a la confianza. La incertidumbre a la seguridad. La angustia a la alegría. "Spe beati": Somos ya bienaventurados en la esperanza, nos dice San Agustín.

Jesús Nazareno, el Crucificado, el que ayer vimos destrozado en el suplicio, "varón de dolores y que conoció la miseria" (7) ante cuya agonía los grandes movían en son de burla la cabeza, mientras la mofa brotaba de sus labios, ha resucitado, por el poder de su divinidad. Y el mensaje de triunfo atraviesa los siglos para repetirnos: "Ha resucitado. No está aquí" (8). "¿Por qué buscáis a un vivo entre los muertos?" (9). La tumba no es ya su morada.

La piedra del sepulcro ha sido removida no por la fuerza del hombre, sino por la omnipotencia triunfante de Dios.

(4) *Jn.* 11, 23.

(5) *Mc.* 16, 5.

(6) *Mc.* 16, 6.

(7) *Is.* 53, 3.

(8) *Mc.* 16, 6.

(9) *Ibid.*

El mundo de la técnica y de la máquina ha querido ensalzar al hombre olvidando a su Creador. Y la humanidad siente, junto al inmenso poder de la ciencia, el terrible fracaso de quien prescindió de Dios. De ahí la desesperación, el pesimismo y la angustia que oprimen al hombre de nuestro tiempo.

De ahí que sólo en Cristo, vencedor de la muerte, en Cristo resucitado, base y seguridad de nuestra inmortalidad futura, esté el único fundamento de nuestra esperanza. Con El, la confianza nos alienta, regocija y anima. Tenemos derecho a esperar. Y podemos añadir con S. Pablo "nuestra esperanza no será confundida" (10). Cristo resucitado nos ha abierto el camino de nuestra felicidad perdurable, nos ha hecho posible el acceso a Dios y el poseerlo eternamente.

Al morir en la Cruz, Cristo nos ha rescatado de la esclavitud del pecado y al resucitar triunfante nos ha merecido la eterna dicha.

Por la Resurrección somos un pueblo que camina seguro hacia su porvenir indefectible. Con la Iglesia podemos confiados cantar: "Cristo mi esperanza ha resucitado".

4. Mis hermanos, pero esta confianza que la Pascua nos infunde es también un recuerdo y un programa. Recuerdo de nuestro Bautismo "que nos sepultó con Cristo en su muerte, para que caminemos en una nueva vida" (11), programa de la intensidad y amplitud con que hemos de vivir esa vida cristiana que el Bautismo nos otorgó y que esta Festividad alimenta y revive.

En este día que hizo el Señor, solemnidad de las solemnidades, nuestra Pascua, para que nuestra esperanza no decaiga siento la necesidad de recordaros un triple deber:

a) Deber de morir al pecado. El Apóstol S. Pablo al hablar de la muerte del Señor, nos enseña que, "nuestro hombre viejo —es decir el hombre de pecado— ha sido crucificado juntamente con Cristo" (12). El mismo Apóstol nos exhorta en su Epístola a los Colosenses:

"Así pues, si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, aspirad a las cosas de arriba, no a las que están sobre la tierra. Porque moristeis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". "Mortificad, pues, los miembros terrenos: fornicación, impureza, pasión, concupiscencia mala y la codicia; que es una idolatría, por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la rebeldía. . .". Mas ahora, deponed también vosotros todo eso; ira, cólera, maldición, maledicencia, palabras torpes, lejos de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros; ya que os habéis despojado del hombre viejo, con sus fechorías y revestíos del nuevo que se va renovando en orden al pleno conocimiento conforme a la imagen del que lo creó" (13).

(10) *Rm.* 5, 5.

(11) *Rm.* 6, 4.

(12) *Rm.* 6, 6.

(13) *Col.* 3, 1-3; 5-6.

Así habla S. Pablo y así también os lo repite hoy vuestro Obispo. Si queréis permanecer en la esperanza, arrojad el pecado de vuestra vida. El cristiano es el hombre que se renueva en la gracia, que triunfa del mal, que camina por los senderos de justicia y verdad. En el Bautismo morimos al pecado. La festividad Pascual viene a avivar este pensamiento. Que el goce purísimo de Pascua no nos lo arrebatase "el enemigo del hombre". Que el misterio que celebramos nos mantenga en el camino de santidad que El mismo nos traza. Que la palabra del Apóstol, que la liturgia de estos días revive y aplica, sea para cada uno de nosotros un programa:

"Expurgad la vieja levadura, para que seáis una masa nueva, así como sois ázimos. Puesto que nuestro Cordero Pascual fue inmolado, que es Cristo, así alegrémonos, no con levadura vieja, no con levadura de malicia y perversidad, sino con ázimos de pureza y de verdad" (14).

b) En segundo lugar, deber de aspirar a la santidad. La esperanza que Pascua nos ofrece es la de los bienes eternos. Libertados por Cristo en su Pasión, debemos caminar hacia la patria prometida; la esperanza juega aquí un papel decisivo. Ya que ella engendra el cumplimiento de las promesas divinas. Es ella quien revela al alma el misterio de las bienaventuranzas evangélicas y le da como un anticipo objetivo de la gloria celeste. "Porque en esperanza, nos dice San Pablo, es como hemos sido salvados" (15).

Todo esto nos anima, no sólo a desear sino a alcanzar esa mayor unión con Dios a que el cristiano está llamado.

La Vigilia Pascual que ayer celebrábamos, nos mostraba en forma viva la peregrinación penosa del hombre de la tierra de esclavitud, de la cual Cristo en su Cruz lo ha liberado, a la tierra de promisión del cielo a donde se encamina. En ella hay un camino, una luz y un guía: Cristo. Seguir ese camino, ponernos bajo esa luz, dejarnos conducir por ese guía, debe ser todo nuestro esfuerzo.

La Comunión Pascual, a que la Iglesia con tanta insistencia nos invita, debe realizar, no en forma transitoria, sino permanente, esa unión con Cristo, base y esencia de toda verdadera perfección. Cristo resucitado, dice San Pablo "vivit Deo" (16).

He aquí, amados hijos, nuestro programa: vivir para Dios. Conocer sus enseñanzas, contemplarlo por la fe, cumplir sus preceptos, seguir sus consejos, hacer su voluntad. Y esto no por temor, interés o propio halago, sino por amor. Tal es la perfección a que el Señor nos llama. Tal es la meta de santidad que este misterio pascual nos invita a alcanzar.

c) Por último, hay un tercer deber, que el Evangelio que comentamos expresa en forma clara y precisa. El Ángel, después de anunciar a las mujeres que Cristo ha resucitado les añade: "Id y decidlo a los discípulos" (17). Es el testimonio de lo que han visto. Es la predicación del gran hecho que

(14) 1 Co. 5, 7-8.

(15) Rm. 8, 24.

(16) Rm. 6, 10.

(17) Mc. 16, 7.

revolucionara la historia. Es el mensaje a los discípulos, cargado de esperanzas en momentos en que su fe vacila y su confianza desfallece.

Es también, amados hijos, el gran deber apostólico del cristiano de hoy: anunciar a Cristo resucitado.

El mundo ha creído que nadie va a mover la piedra del sepulcro con que el materialismo actual ha querido apartarlo de Cristo. Pero ha olvidado que "lo que es imposible a los hombres, es posible a Dios" (18). Hay que despertar la esperanza en los corazones dormidos. Hay que hacer revivir la fe en Cristo y en su Iglesia. Hay que mostrar, frente a las falsas promesas de ideologías engañosas, la certeza de las promesas eternas de Dios.

Para eso se necesitan apóstoles. Cristianos que con la palabra y la vida anuncien el triunfo definitivo de Jesús.

Es la gran tarea de esta hora.

Os he hablado, amados hijos, de la esperanza cristiana que esta fiesta de Pascua engendra y aviva. Conservadla en vuestras almas. Ella os hará gustar las bellezas de nuestra fe, os animará a seguir con más generosidad a Cristo, os impulsará a trabajar con ardor por su Iglesia.

Y mientras el Alleluia pascual alegra nuestras almas con el anuncio de Cristo resucitado y la promesa de la felicidad perenne que nos prepara, trabajemos con la mirada fija en la altura, para hacernos dignos de los bienes que en su Resurrección nos ha merecido, repitiendo las palabras del Apóstol: "Debe el que ara, arar en la esperanza" (19).

Os bendice con íntima efusión paternal, vuestro Obispo.

(18) Lc. 18, 27.

(19) I Co. 9, 10.

PASCUA DE RESURRECCION
"Y SU SEPULCRO SERA GLORIOSO" (1)
(31 - III - 1956)

Tal como el Salmista en visión profética lo anunció: "y será glorioso su sepulcro" (2).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) El texto es de *Is.* 11, 10.

Han puesto sobre la tumba una pesada lápida ¿quién podrá removerla? Han sellado su entrada y han colocado guardias que velen día y noche. ¿Quién osará penetrar en ese recinto?

Es el sepulcro que guarda a un ajusticiado.

Y ese sepulcro es para la humanidad el centro donde la esperanza converge y una alba triunfante se aguarda.

Han pasado los siglos, han rodado los pueblos. Han marchado con ritmo inexorable las generaciones. Pero la humanidad vela en ansiosa expectación junto a ese sepulcro. En él yace el Cuerpo de un Hombre que dio por amor su vida. En él reposa el Cuerpo de un Hombre que es al mismo tiempo Dios.

El mundo cristiano vela hoy, Sábado Santo, junto al sepulcro de Jesús. Es el día del supremo luto, del gran silencio y de la gran expectación.

Sepamos velar, junto al sepulcro del que por nosotros murió ayer en la Cruz.

Pero este día nos trae también una alborada de gloria. El que ha muerto va a resucitar como lo había dicho. Es Dios y como tal es dueño de la vida. Va a triunfar de la muerte. Va a vencer el pecado. Va a mostrar que El es el Supremo Triunfador.

La Iglesia se prepara a ese instante. Es la Vigilia Pascual. Esta noche la Iglesia en oración, vela de las 10.30 de la noche; reunidos en nuestros templos comenzamos la solemne vigilia. La luz va a brotar de las tinieblas. La Iglesia va a cantar en el "exultet" (3), el simbolismo de esa luz que nos figura a Cristo. La fuente bautismal va a ser bendecida para que ahí se renazca a la vida verdadera "en el Agua y en Espíritu Santo". Las profecías nos preparan en la lectura del Antiguo Testamento a la realidad del Nuevo, que hoy toma todo su sentido. Las promesas del bautismo van a ser renovadas. Es el misterio de nuestra renovación interior. La misa comienza a Medianoche. El aleluia nos trae el gran anuncio de la Resurrección de Cristo y la asamblea ante él prorrumpen en el himno de alegría del gloria. Repican las campanas, se alegran los corazones. Pero hay algo más, el banquete pascual nos aguarda, la Sagrada Comunión va a hacer realidad en cada uno de nosotros la Resurrección de Jesús. Es el día en que especialmente hemos de comulgar. La Iglesia no sólo nos invita. Nos impone un precepto: "comulgar por Pascua de Resurrección".

A esa Comunión Pascual en esta santa Vigilia de Pascua os invita vuestro Obispo.

Junto al Sepulcro de Jesús sepamos en este Sábado Santo meditar y esperar.

Que sea un día de recogimiento y de preparación a una Comunión fervorosa.

Cristo resucitado nos aguarda esta noche a resucitar a la verdadera vida de Dios en nuestros corazones.

(3) El "Exultet" es el solemne himno con el que la Liturgia de la Vigilia Pascual anuncia la Resurrección de Jesús. Debe su nombre a la primera palabra del himno latino.

PASCUA DE RESURRECCION
VOCES DE ALEGRÍA (1)
(1 - IV - 1956)

Hoy, Pascua de Resurrección, será entregado oficialmente a la ciudad de Talca el Carillón de la Catedral.

Las campanas en melodiosos sonos despertarán en nuestros corazones las alegrías celestiales que esta festividad encierra.

La muerte ha sido vencida por la vida. Cristo Resucitado alienta nuestras esperanzas inmortales. El cristiano, participante del misterio de la Resurrección, recibe por boca de San Pablo la invitación "a buscar las cosas de arriba y a gustar de los bienes del espíritu" (2).

Es la vocación cristiana: caminar por el tiempo buscando lo eterno, gustar de lo creado aspirando a lo celeste, vivir en el mundo, pero anhelando ver "el reino de Dios y su Justicia". Es la plegaria que la liturgia Pascual pone en nuestros labios:

"Que entre la variedad de las cosas del mundo ahí estén fijos nuestros corazones, donde están las verdaderas alegrías".

Tal es el sentido espiritual de nuestro Carillón. Vibración de campanas que caen de las alturas sobre nuestra ciudad. Recuerdo alado de elevar nuestros espíritus más allá de las preocupaciones pequeñas y egoístas, para buscar a Dios, Supremo bien.

La generosa donación de un talquino, Don Gabriel Pando Ocampo, y la amplia colaboración de católicos norteamericanos, han hecho posible esta realidad donde Talca encuentra su alma.

En esta fiesta de Pascua, y como el mejor presente, le ofrezco a la ciudad.

La notable artista serenense, Sra. Lidia Urrutia de C. de Bon, ofrecerá a las 12.15 de hoy, un concierto de Carillón, inmediatamente después de su entrega a la ciudad por el que suscribe.

Mientras el "alleluia" pascual aviva las puras alegrías cristianas, el Carillón nos ayudará a levantar nuestros corazones a Cristo y repetirle como los discípulos de Emaús en el atardecer de la primera Pascua:

"Quédate Señor con nosotros porque el día ya declina" (3).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Col.* 3, 2.

(3) *Lc.* 24, 29.

PASCUA DE RESURRECCION
SENTIDO DE LA VIGILIA (1)
(20 - IV - 1957)

Junto al sepulcro de Cristo la humanidad vela.

La piedra con que han sellado su entrada no logra apartar a los corazones ansiosos que aguardan sus promesas.

El silencio recogido de la muerte envuelve el sitio donde la fidelidad del amor ha colocado el cuerpo exámine de Jesús.

Sobre Jerusalén flota como un ambiente de misterio y expectación.

Es lo que la mañana de hoy, Sábado Santo, vivimos los cristianos. El supremo duelo, el gran silencio y, al mismo tiempo, la gran esperanza.

Corren las horas del Sábado y las sombras ya se acercan. Es la noche gloriosa que contemplará al supremo triunfo: la Resurrección de Jesús.

Los fieles se dirigen entre las sombras de la oscuridad hacia el templo. Comienza la gran Vigilia. Hay que estar dispuestos y preparados. La hora del Señor se acerca.

Hoy, a las 10 de la noche, nuestra Iglesia Catedral abrirá sus puertas y la Asamblea de los fieles se preparará al momento supremo del drama redentor: La Resurrección de Jesús.

Vigilia de plegaria y de vivo significado. La luz que disipa las tinieblas. El fuego sagrado. La Bendición del agua bautismal. La renovación de las promesas del Bautismo.

La medianoche. El Sacrificio Eucarístico se inicia. Y con él la gran nueva: Cristo ha resucitado. De los labios de la Asamblea brota el cántico triunfal del alleluia. Las campanas a vuelo anuncian a todos los ámbitos la buena nueva: Cristo ha triunfado de la muerte, como lo había anunciado. Alleluia.

Pero el rito sagrado que esta noche viviremos, no es algo que solamente impresiona a nuestros sentidos.

Es un llamado a resucitar espiritualmente. Es un imperativo de vivir lo que el misterio pascual significa: paso, tránsito, de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, de la tiniebla a la luz.

Y para eso la Iglesia nos invita a comulgar por Pascua de Resurrección.

"Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado" (2).

Vayamos a recibirlo. Que la Vigilia Pascual, que esta noche gozosos celebraremos, sea por la Sagrada Comunión un resucitar a Cristo, un vivir para Dios y un buscar en El, la fuente de nuestra perenne y profunda felicidad.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *1 Co.* 5, 7.

PASCUA DE RESURRECCION
MISTERIO DE ESPERANZA (1)
(21 - IV - 1957)

Amados hijos:

El mismo grito que ha resonado en medio de la noche pascual sea nuestro primer saludo: Alleluia.

Es el anuncio gozoso del gran misterio cristiano: la Resurrección de Jesús.

En él se encierra la realidad de un hecho, la fuerza de un misterio divino y la orientación definitiva de nuestra existencia.

Alleluia. Cristo ha resucitado. Es el hecho central de su obra redentora. En él las profecías se cumplen, el mundo nuevo se inicia, el Reino de Dios se establece. Así como en la creación comienza el mundo físico, así en la Redención se inaugura el mundo de la gracia y de la vida divina que Cristo Resucitado nos otorga.

Hay hechos históricos que cambian y transforman la vida de los pueblos. Para nosotros, cristianos, existe un hecho fundamental y decisivo: Dios ha enviado a su Hijo a la tierra para salvarnos. En la Crucifixión y Resurrección de Cristo está la base, el fundamento y la fuente de esa salvación.

“Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, decimos con el Apóstol Pedro, que por su gran misericordia nos engendró a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (2).

ALLELLUIA. Cristo resucitado nos hace vivir el sentido vital del cristianismo. Nuestra vida cristiana no son gestos externos, ni actitudes convencionales. Son la expresión de una fe, de una caridad y de una esperanza sobrenatural que nos hacen participar íntima y personalmente en el misterio pascual: morir al pecado y vivir para Dios en Cristo resucitado.

“Porque, dirá S. Pablo, si fuisteis, pues, resucitados con Cristo buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Pues estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (3).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *1 P.* 1, 3.

(3) *Col.* 11, 1.

Alleluia. El misterio de la Resurrección da a nuestra vida humana de cada día su verdadera orientación. El sentido cristiano de la existencia es algo más que decir una oración o cumplir una obra buena; es vivir el misterio de nuestro bautismo que nos hizo pasar de la muerte a la vida, que nos incorporó en Cristo para recibir de El la verdad y la vida, que nos colocó en la gran empresa redentora de la humanidad y que en la Resurrección nos da la prenda segura de nuestra esperanza perdurable.

Porque la Resurrección da a nuestra vida su orientación definitiva, yo os exhorto, amados hijos, a hacer de esta Pascua el fundamento de nuestra cristiana renovación.

Cristo resucitado nos llama a "caminar en una vida nueva".

Y esa vida nueva significa, en primer lugar, la muerte al pecado.

S. Pablo nos exhorta diciendo:

"Que no reine, pues, el pecado en nuestro cuerpo mortal obedeciendo a sus concupiscencias, ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofrezco más bien a El como quien muerto, ha resucitado, y dad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no tiene ya dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo su ley sino bajo su gracia" (4).

Vida nueva significa, en segundo lugar, aquello que el Apóstol nos recuerda en la misma Epístola a los Romanos de "vivir para Dios en Cristo Jesús" (5). Ahí se encuentra el principio de una vida cristiana.

Amados hijos: que el Alleluia pascual resuene en nuestros oídos como un recuerdo y un llamado. Que él os mantenga en la línea de vuestra vocación sobrenatural de hijos de Dios. Que él os aliente en vuestras luchas, os consuele en vuestras penas y os ofrezca la dicha de vuestra vocación de eternidad.

Que el Alleluia, expresión del triunfo de Cristo resucitado sobre la muerte, el infierno y el pecado, nos empuje a buscar siempre los bienes impercederos que el mismo Cristo nos ofrece "para que entre la variedad de las cosas del mundo, allí estén fijos nuestros corazones donde están las verdaderas alegrías" (6).

Os saluda y bendice en esta Pascua, vuestro Obispo.

(4) *Rm.* 6, 12.

(5) *Rm.* 6, 11.

(6) Oración Colecta de la Misa del Domingo IV después de Pascua.

PASCUA DE RESURRECCION
LA COMUNION CON LA VICTORIA DE CRISTO
(IV - 1960)

El Alleluia pascual ha roto el silencio de la noche.

La "luz de Cristo" ha brillando en medio de la oscuridad.

El triunfo de Cristo sobre la muerte ha llenado de gozo nuestras almas.
Cristo ha resucitado.

La Cruz, signo de muerte, se ha transformado en el árbol de vida.

"Cristo inocente ha resucitado con el Padre a los pecadores".

Con inmensa fe y alegría repetimos en esta hora: "Creo que mi Redentor vive".

Esta fiesta que celebramos "día que hizo el Señor" y "solemnidad de las solemnidades", es el gran argumento de nuestra fe.

El cristiano no vive de recuerdos pasados, de tiempos idos, de figuras pretéritas. El cristiano vive la realidad presente del Hijo de Dios que se hizo Hombre, del Hombre-Dios que ofreció su vida en rescate, de Cristo que ha vencido a la muerte y que vive por su Iglesia entre nosotros.

Mientras el mundo actual duda o niega, nosotros afirmamos nuestra fe en el hombre, precisamente porque creemos que "Cristo es el Hijo de Dios vivo" (1) y "ha resucitado según lo había dicho" (2).

Es en la Resurrección donde su "Evangelio", mensaje de alegría, alcanza toda su fuerza y vitalidad.

Nuestra fe en Cristo resucitado nos asegura que al proclamar su Evangelio no anunciamos una palabra vana, una teoría abstracta, un mensaje vacío. Lo anunciamos a El, "camino, verdad y vida". Realidad viviente de todos los tiempos. Mensaje que se encarna en el Hombre-Dios. Porque el Cristianismo es Cristo.

Esta fiesta nos llama a la esperanza.

Mientras el mundo actual proclama la filosofía de la desesperación, nosotros, cristianos, ponemos nuestra confianza en el poder de Dios del cual la Resurrección es su mejor argumento.

(1) Mt. 16, 16.

(2) Mt. 28, 8.

Mientras doctrinas materialistas exaltan el orgullo del hombre diciéndole que el hombre se basta a sí mismo, que el hombre será salvado por el hombre, nosotros, sin despreciar los valores humanos, afirmamos que “tenemos un Salvador que es Jesucristo y que por su gracia seremos salvados” (3).

Es el día de la esperanza cristiana. Por Cristo resucitado poseemos ya en esperanza la vida eterna.

Hoy debemos en modo especial alzar nuestra mirada al cielo. San Pablo nos advierte que “si con Cristo habéis resucitado, buscad y gustad las cosas de arriba, no las terrenas” (4).

Por desgracia, aun esto los cristianos lo olvidamos fácilmente.

Vivimos con la mirada en la tierra, pensando sólo en el día que pasa y olvidando las perspectivas eternas de nuestra existencia.

La Pascua que hoy celebramos nos recuerda que “nuestros corazones deben estar ahí donde se hallan las verdaderas alegrías”.

Esta fiesta de hoy nos llama a la renovación de vida”. Alejad la vieja levadura, para que seáis masa nueva” (5), nos dice San Pablo.

Es el llamado más apremiante que os hago.

Un paganismo brutal nos inunda. Muchos cristianos están contaminados con el.

Creen que pueden armonizar su fe en Dios y en Cristo con un crudo materialismo en el pensar y en el vivir, y esto es imposible.

Cristo, en su Resurrección, viene a traernos vida nueva.

Por eso el llamado a la Comunión Pascual se hace apremiante.

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna” (6).

El misterio pascual es el misterio de la vida que venció a la muerte —de Cristo que venció al pecado— de la luz que triunfó de las tinieblas.

Cristo en la Eucaristía es vida y es luz. Cristo es vida de Dios en el hombre. Vida del cielo en la tierra. Vida de la eternidad en el tiempo. “Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (7). “Porque yo soy la luz del mundo” (8).

Por Cristo a quien recibimos en la Comunión somos triunfadores.

La Comunión al darnos a Cristo nos hace participar a su triple victoria sobre el demonio, la muerte y el pecado.

Acudamos en este tiempo pascual a recibirlo en la Sagrada Comunión. Es precepto de la Iglesia. Es prenda firme de la gloria futura.

Por último, esta fiesta de Pascua nos llama a la caridad fraterna.

“Infunde, Señor, en nosotros, el espíritu de amor para que por tu misericordia hagas concordes a los que saciaste con el sacramento pascual”, rezamos en la Misa de la Resurrección.

(3) Cfr. *Hch.* 12, 23.

(4) *Col.* 3, 1, 2.

(5) *1 Co.* 5, 7.

(6) *Jn.* 6, 54.

(7) *Jn.* 1, 9.

(8) *Jn.* 9, 5.

“Hacer concordes”, significa unir los corazones. Los corazones están divididos porque buscan sus intereses egoístas y pequeños.

Hay que buscar a Dios y en El realizar la unidad verdadera.

Hay que buscar a Cristo y del contacto con su Eucaristía recibir la llama de caridad fraterna que el mundo necesita.

En este día de Pascua, vuestro Obispo os saluda. A todos sin excepción. A los católicos para que vivamos la realidad sublime que esta Pascua de Resurrección encarna. A los hermanos en Cristo que no adhieren a nuestra Iglesia, para que gustemos la alegría común que nos estrecha en la fe en el divino Resucitado y en alleluia que brota unísono de nuestros corazones. A los que no conocen o niegan a Cristo, para que en la luz de su Resurrección vean al Dios que se hizo hombre para darle al hombre toda su eminente dignidad. A los que buscan un mundo mejor, más justo, más humano y más fraterno, para que en su Evangelio de amor encuentren el fundamento de la fraternidad que anhelan.

Que la alegría pascual llene vuestras almas y os haga aspirar con más fuerza las alegrías de la eterna Pascua del Cielo.

Os saluda y bendice paternalmente, vuestro Obispo, en el Nombre -|- del Padre -|- del Hijo y -|- del Espíritu Santo.

**PASCUA DE RESURRECCION
EL CAMINO HACIA LA GLORIA
(IV - 1963)**

“Hemos comido y bebido con el resucitado” (1). Pedro ha dicho esto. Lo ha dicho refiriéndose a sí mismo y a los demás apóstoles. Juntos han visto al Señor resucitado.

Ellos lo han visto, tocado y escuchado. Pero aún más: “nosotros hemos comido y bebido con El, después de su Resurrección de entre los muertos” (2).

(1) *Hch.* 10, 41.

(2) *Hch.* 10, 41 - 42.

La Prueba de la Resurrección.

Cuando se nos habla de la Resurrección de Jesús, imaginamos uno u otro cuadro de los que hemos visto. Pero cuando S. Pedro hablaba de la Resurrección, o cuando repasaba en su espíritu las apariciones del Señor, él pensaba en las oportunidades que comieron juntos. El Señor había comido en la tarde del Domingo de Resurrección, había preparado una comida a las orillas del lago, para compartirla con sus discípulos, y aun había desayunado con ellos el día de su Ascensión. Esa era la prueba. La prueba de la Resurrección, pues un fantasma no come. Pero también la prueba que a pesar de la muerte, Jesús seguía siendo el amigo y el Maestro de sus Apóstoles: El había compartido la comida y la bebida con ellos después de la Resurrección.

El Camino de la Gloria.

Es en medio de las apariciones que siguieron a Pascua, y sin duda, en medio de estas comidas, que Jesús reveló el misterio de Pascua: "estaba escrito que Cristo sufriría y resucitaría" (3). A los discípulos de Emaús, El ya había dicho: "¿No era preciso que Cristo soportara estos sufrimientos para entrar en su gloria?" (4).

El mostró sus estigmas para probar que era El mismo, pero también para hacer comprender que la Pascua comienza sobre la Cruz para terminar en la Resurrección. La Pasión, es inseparable de la Resurrección. El sufrimiento engendra la gloria.

Pedro lo había entendido. No lo olvidaría jamás. Cuando algunos años más tarde estallara la persecución contra los cristianos, él escribirá: "en la medida en que participéis en los sufrimientos de Cristo, alegraos" (5), "felicidades sois si os ultrajan por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros" (6).

Nuestras comuniones y especialmente la comunión Pascual, son imagen de esas comidas de los apóstoles con el Señor después de la Resurrección. Ellas nos unen al que murió y resucitó. Animados de una vida nueva, debemos aceptar gozosamente la muerte para resucitar con Jesús, y desde ahora nosotros también podemos decir que **hemos comido y bebido con el resucitado**, pues hemos participado con Cristo vencedor, del festín del Reino.

Hacia la tierra prometida.

La Pascua de Jesús no ha terminado. No es un acontecimiento pasado y terminado. Es en realidad el sol que ilumina, la marcha de la Iglesia, nuestra propia marcha, la de cada uno de nosotros.

(3) Cfr. Lc. 18, 31 - 32.

(4) Lc. 24, 26.

(5) I P. 4, 13.

(6) I P. 4, 14.

Entre el momento de su Pascua, en tiempo de Caifás y Poncio Pilato, y la hora desconocida en que entraremos en la Jerusalén celestial, Cristo no cesa de acompañar la marcha de su Iglesia.

Toda la vida de la Iglesia, toda nuestra esperanza en la resurrección de los muertos, se sostiene en la resurrección de Cristo. No poseemos nada que no venga de ella. Como lo dice San Pablo en su Epístola a los Corintios: "si Cristo no ha resucitado nuestra fe es vana y estéril" (7), pues nuestra fe, no es una ingeniosa teoría, no un culto o un recuerdo, es la adhesión de todo nuestro ser a Cristo muerto y resucitado, inmortalmente vivo y pronto a volver en medio de nosotros.

De Pascua en Pascua.

Es por eso que, nacidos de la Pascua de Jesús, todos nuestros sacramentos son verdaderos, porque esta Pascua es verdadera, y ellos son irradiación infinita entre nosotros. Cada Domingo, cada Misa, cada confesión, cada comunión, como cada bautismo, difunden entre nosotros la luz de la muerte y de la Resurrección del Señor.

A través de ellos, la Pascua de Jesús está presente indefectiblemente. Esta Pascua, es el centro de la vida de los cristianos. Todo procede de ella y todo nos encamina hacia la Pascua eterna, con el retorno de Cristo, pues si la Resurrección de Cristo ya está realizada inmortalmente, la nuestra, está en camino de cumplirse de generación tras generación. La plenitud de la Salvación no se cumplirá más que cuando nosotros resucitemos y lleguemos a la presencia de Cristo resucitado.

Cristo está en agonía hasta el fin del mundo, decía Pascal. Es cierto que El ha soportado el sufrimiento salvador por todos aquellos que van a nacer y vivir hasta el fin del mundo. Pero, también es necesario decir: Cristo ha resucitado hoy como antiguamente, y como resucitado El vive eternamente. Pues El es para siempre el triunfador del mal y de la muerte.

(7) 1 Co. 15, 17.

Larrain Errázuriz En la iglesia parroquial de mi Señora
 Manuel Fernando. Santa Ana de Santiago de Chile, a veinte
 Lázaro del Corazón de Jesús y dos de Diciembre de mil novecientos, el
 Señor Gobernador Eclesiástico de Valparaíso
 Presbítero Don Luis Enrique Isquierdo,
 con mi licencia, bautizó, puso óleo y cris-
 ma a Manuel Fernando Lázaro del Cora-
 zón de Jesús, nacido el diez y siete de
 los corrientes, hijo legítimo de Don Manuel
 Larrain Bulnes y de Doña Regina Errá-
 zuriz Mena, feligreses de esta parroquia.
 Fueron padrinos Don Javier Errázuriz
 Chauven y Doña Enriqueta Bulnes de La-
 rrain; de que doy fe.
 (Bernardo Ahánguiz
 Cura Rector)

Nacimiento a la vida de la Iglesia (partida de bautismo).



Muerte en el seno de la Iglesia: lo despiden sus hermanos del Episcopado chileno.

Corpus Christi

Los escritos que se refieren a la fiesta del Corpus Christi son generalmente cortos y se reducen casi exclusivamente a invitar a la celebración; se repiten los conceptos, por lo que hemos omitido varios de ellos.

CORPUS CHRISTI (1)
(22 - V - 1940)

Mañana, fiesta del Corpus Christi, conmemora la Iglesia en modo especial el adorable sacramento de la Eucaristía. Rinde homenaje a Cristo presente realmente bajo las especies del pan y el vino. Recuerda con infinita ternura el prodigio de amor de un Dios que nos ha amado hasta el don completo de sí mismo. Canta las alabanzas del más excelso de sus sacramentos, el más sagrado de sus misterios, el más consolador de sus dogmas.

A las 11 de la mañana saldrá de la parroquia del Sagrario la tradicional procesión que recorrerá la Plaza de Armas de esta ciudad.

Quiero, por estas líneas, invitar a todos los católicos a concurrir a este acto de pública demostración de nuestra fe y de ardiente súplica a Cristo, único remedio a los males de nuestra época.

El católico no sólo debe practicar su religión en el santuario íntimo de su conciencia sino también proclamarla abiertamente con la intrepidez que le da un pasado de veinte siglos y un presente de millones de hombres que con valentía confiesan en todo el mundo su firme adhesión a Cristo.

La presencia de cada católico en este acto será grato a los ojos de Nuestro Señor y en nombre de El, la agradece de corazón el Obispo de la Diócesis (2).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) Es la primera vez que Monseñor celebra la fiesta en Talca. Omitimos varios artículos por ser muy semejante a éste.

CORPUS CHRISTI (1)
(3 - VI - 1942)

Celebra mañana la Iglesia la Fiesta del Corpus Christi en la cual recuerda en modo especial el admirable misterio de la Eucaristía.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

Entre todas las manifestaciones del amor de Jesús a los hombres ninguno compendia mejor su infinita caridad que el Sacramento de su Cuerpo y Sangre.

España al legarnos la fe cristiana, nos dejó como rica herencia la ardiente devoción a la Eucaristía y la piadosa celebración de la fiesta de Corpus.

Intimamente mezclada a lo mejor de nuestras tradiciones patrias está la festividad del Corpus Christi.

Este año que Talca celebra su bicentenario y mira con justo orgullo el tesoro de su historia y de sus hombres, no debe olvidar que el yunque donde la gran mayoría de ellos fue formado ha sido el espíritu cristiano que meció su cuna y especialmente su devoción a la Eucaristía.

En nombre de ese pasado, por la dicha del presente y por la grandeza del futuro, invito a todos los fieles a pedir a Jesús Sacramentado sus gracias y bendiciones, concurriendo a la Procesión de Corpus, que saldrá mañana a las 10.30 A. M., de la Parroquia del Sagrario.

CORPUS CHRISTI (1 - VI - 1953)

Amados fieles:

El próximo jueves 4 de junio, celebra la Iglesia la festividad de Corpus Christi. La Sagrada Liturgia, después de hacernos recordar los Misterios de la vida de Cristo, nos recuerda que es por medio de la Eucaristía, cómo esos Misterios adquieren actualidad y permanencia. Es necesario que ante esta fecha meditemos en lo que la Eucaristía significa en la vida cristiana.

Es la renovación viviente del Calvario. De ahí la necesidad de asistir fielmente a Misa, oyéndola y participando en ella con sincera devoción. Es el alimento de nuestras almas. De ahí la necesidad de nutrirnos espiritualmente en la Sgda. Comunión, recordando las palabras de Cristo: "Si no comiereis la carne y bebiereis la sangre del Hijo del Hombre, no tendréis vida

(1) *Jn.* 6, 54.

en vosotros" (1). Es la permanencia de Jesús en medio de nosotros: Emmanuel. De ahí la necesidad de visitarlo en su Sagrario y rendirle el homenaje de amor y adoración que se le debe. El jueves 4 tendrá lugar a las 10.30 A. M., la tradicional procesión de Corpus. Os invito a todos a concurrir a ella. Si el tiempo lo permite, se hará como de costumbre en la Plaza de Armas. Si no fuere posible por el mal tiempo, dentro de la Catedral. Os pido hagáis todos los esfuerzos para asistir y rendirle en esta forma a Jesús Sacramentado el homenaje de adoración y amor que le debemos. Os invito también a acercaros a la Sda. Comunión y renovar así vuestro fervor hacia la Eucaristía.

Venimos, en consecuencia, a disponer lo siguiente:

1. En nuestra Iglesia Catedral, se celebrará a las 10 A. M., la Misa Solemne del Stmo. Sacramento, a cargo del Seminario Diocesano.
2. A continuación, a las 10.30, tendrá lugar la Solemne Procesión de Corpus por la Plaza de Armas.
3. Las parroquias y colegios se ubicarán en el sitio que el maestro de ceremonias señale.
4. Los altares de la Plaza quedan a cargo de las Congregaciones Religiosas de: Agustinos, Mercedarios, Franciscanos y Cordimarianos. Igualmente el canto en cada uno de los altares queda a cargo de la comunidad respectiva. Se recuerda que el "Tantum Ergo" sólo se puede cantar en el último altar, es decir, al regresar la procesión a la Catedral.
5. Se pide a todos los fieles, traten de asistir en espíritu de gran devoción y recogimiento, expresando así su fe y amor a Jesús Sacramentado. Los cantos que deben entonarse, son cantos eucarísticos. Los cantos marianos no están autorizados en procesiones del Stmo. Sacramento.

CORPUS CHRISTI (9 - VI - 1955)

El próximo jueves 9 del presente, celebra la Iglesia la festividad del Corpus Christi: el Sagrado Cuerpo de Cristo.

En ese día, se recuerdan en forma especial nuestros deberes hacia Jesús Sacramentado.

Quiero, con ocasión de esta Festividad, llamar la atención hacia un punto, y es la necesidad de visitar al adorable Sacramento del Altar.

Si creemos en la presencia real de Jesús, ¿cómo podemos permanecer indiferentes y no ir a visitarlo en sus templos?

Tenemos tiempo para tratar con nuestros conocidos y amigos, ¿por qué nos olvidamos de visitar al grande e incomparable amigo que es Jesús? Nuestros templos generalmente están vacíos, ¿por qué no destinamos un tiempo, aunque sea breve, a llevar ante Jesús nuestra plegaria, expresarle nuestra adoración, suplicarle en nuestras necesidades, pedirle luz y fuerza en nuestras pruebas? Os recomiendo vivamente la visita a Jesús Sacramentado. No importa que sea breve. Basta que el amor nos impulse y nos mueva a ella.

Cada vez que pasemos frente al templo sintamos como que una voz nos invita, repitiéndonos la palabra del Evangelio: "el Maestro está ahí y te llama" (1). Nuestra vida cristiana florecería, nuestros dolores encontrarían consuelo, nuestras actividades tendrían la fuerza de la bendición de Dios si visitáramos más a menudo a Jesús en el Sacramento de la Eucaristía.

Es la mejor manera de honrar al Sagrado Cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo, damos a ese Sacramento el homenaje externo de adoración que merece y le expresamos en forma colectiva y pública nuestra adoración. El día del Corpus Christi, tiene lugar a continuación de la Misa solemne, la procesión eucarística.

Tratemos de concurrir con fervor y devoción a ella.



Altar del Seminario Pontificio de Santiago, frecuentado primero como seminarista y después como sacerdote por el Obispo

Que en todas las parroquias, fuera de la ciudad de Talca, se celebre, como está prescrito por la Liturgia, dentro o fuera del templo, a juicio del párroco, la procesión eucarística de homenaje y amor a Jesús Sacramentado. En nuestra Ciudad Episcopal de Talca, la Procesión del Corpus se llevará a efecto colectivamente para todas las parroquias e instituciones católicas de la ciudad en la Plaza de Armas a las 10.30 A. M., y a continuación de la Misa solemne en la Iglesia Catedral. La procesión tendrá el recorrido tradicional alrededor de la Plaza de Armas, en cuyas cuatro esquinas se levantarán los altares correspondientes a cargo de las Rvdas. Comunidades de Agustinos, Mercedarios, Franciscanos e Inmaculado Corazón de María.

Si por causa del mal tiempo la procesión no pudiera hacerse externamente, ésta se verificará por el interior de la Catedral.

Desde ahora invitamos a todas las parroquias, comunidades, colegios, escuelas y asociaciones de Talca, a tomar parte en esta procesión. El orden de ella se anunciará oportunamente por la prensa.

Confiamos que todos nos esforcemos a tributar este homenaje de amor a Jesús Sacramentado en el día del Corpus Christi.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

(1) *Jn.* 11, 28.

Sagrado Corazón de Jesús

Junto a los artículos que se refieren a la fiesta litúrgica del Sdo. Corazón, publicamos aquellos sobre el "Mes del Sdo. Corazón". Sin ser propiamente litúrgicos, proyectan en cierto sentido la fiesta.

En primer lugar, damos a luz un manuscrito sobre "la reparación", que es objeto central del culto al Corazón de Cristo.

+

Reparac

1) Obligación fundamental
del Crist.

La inmolación de Xto
me a k tiene a reparar
~~Thme 36.~~

Nuestra unión a la ref. de Xto
La gota de agua - mi parte
El gener humano perece por
solidaridad, se salva por
la misma.

¿ Por qué medio he reparado
Cristo? - Por la inmolación
Thme 36

Cada uno está llamado a
su propia -

~~Thme 122~~

Reparac. deus formal de N.S
Cvang. - S. Juan B

Xb: Haud p. m. t. m.

I regredens in mundum.
m. r. d. a. l. e. l. u. g. d. e. s. t. i.

Sta Margareta Maria.

Y sociedad imperfecta por las
circunstancias.

Ad veniat regnum tuum
Los crimines de la tierra.
Tallan absoluto. - Anos

¿Como reparar?
Un espíritu.

Existe un Dios Crucificado
- 1 hora 122.

SAGRADO CORAZON DE JESUS. FESTIVIDAD (1)
(6 - VI - 1939)

El próximo jueves 16 celebra la Iglesia la Festividad del Sagrado Corazón de Jesús en la cual honra de un modo especial el infinito amor de Cristo hacia los hombres. En realidad, el amor explica todos los misterios y resume toda la obra redentora de nuestro Salvador. Sólo a través de esa divina caridad podremos conocer y comprender la adorable persona del Redentor, razón por la cual el Apóstol nos exhorta a que "Arraigados y establecidos en este divino amor penetremos en la sobreeminente ciencia de la caridad de Cristo para así ser llenos de la plenitud de Dios" (2).

Ese amor desbordante de Cristo hacia la humanidad se expresa y representa en su corazón de carne (3) que según las palabras de S. S. León XIII "es el símbolo y la imagen de la caridad infinita de Jesús (4), de modo que cuando honramos su Sagrado Corazón, honramos no sólo los sentimientos íntimos de su alma, sino también, su adorable persona.

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (5) y "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin" (6).

El reconocimiento de ese amor del Hijo de Dios hecho hombre, constituye el fundamento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Pero este amor es, por desgracia, casi del todo desconocido. "En reconocimiento, dice en una de sus apariciones a Santa Margarita María (7), no recibo de la mayor parte sino ingratitudes". He aquí el Corazón que ha amado tanto, añade a la misma Santa, y que en cambio no encuentra sino olvidos". En consecuencia, al honrar a este amor de Cristo desconocido y olvidado, nuestra devoción tiene ante todo el carácter de reparación. Vamos con nuestro amor a expiar nuestras ingratitudes y las de los demás, vamos a satisfacer la justicia ofendida y la misericordia despreciada, vamos a dar con nuestra consagración plena a su divina persona la reparación que nuestro desamor exige (8).

(1) Circular diocesana.

(2) *Ef.* 3, 17.

(3) Pío VI, *Bulla Auctorem fidei*, Dz. - 413 - 414.

(4) Encíclica *Annum Sacrum*.

(5) *Jn.* 1, 14.

(6) *Jn.* XIII, 1.

(7) Junio 1678.

(8) Vtd. *Encicl. Misserentissimus Redemptor*, de S.S. Pío XI.

En resumen, la devoción al Sagrado Corazón es la consagración al corazón de carne que late en el pecho de Jesús, símbolo de su amor por los hombres y por su Padre celestial, amor creado, o sea, amor con el cual nos ama como hombre, amor increado, o sea, amor con el cual nos ama como Dios. De todas las formas que puede revestir ese amor todas las cuales tienen cabida en esta devoción, la piedad cristiana ha considerado especialmente el amor desconocido de Jesús que exige un amor de reparación. En consecuencia, es toda el alma, todo el interior de Jesús que constituye el objeto adecuado de este culto y así, sin perder de vista su corazón de carne, esta devoción se dirige como término a la persona misma de Jesús (9).

Ahora bien, amados hijos, en los difíciles tiempos, que atraviesa el mundo, nuestra esperanza debe ante todo ponerse en Jesús. "No hay bajo el cielo, como anuncia el Príncipe de los Apóstoles, otro nombre dado a los hombres, en virtud del cual podamos ser salvados" 10).

"Sólo entonces, decía S. S. León XIII, nos será dado sanar tantas heridas, será restablecida la paz con honor, volverán las espadas a sus vainas y caerán las armas de la mano cuando todos en unánime voluntad reconozcan el imperio de Cristo y toda lengua proclame que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre" (11).

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el medio admirable escogido por el mismo Dios para derramar entre los hombres su misericordia.

Por esta razón el Sumo Pontífice León XIII al consagrar el género humano al divino Corazón, añadía a las palabras que acabo de citar:

"Cuando la Iglesia al nacer estaba oprimida por el yugo de los Césares, apareció en los cielos a un joven emperador una Cruz, augurio y realizadora de la espléndida victoria que inmediatamente se siguió. He aquí actualmente un nuevo signo divino y faustísimo: el Sagrado Corazón de Jesús que lleva sobre sí la Cruz y que resplandece entre las llamas de singular blancura. Debemos colocar aquí toda esperanza y de El esperar la salvación" (12).

La devoción al Corazón de Jesús, no es en consecuencia una pequeña práctica de piedad que se cumple algún día del mes o del año, sino algo que toma al cristiano todo entero para ponerlo bajo el suave y dulce imperio de Cristo.

El Corazón de Jesús, refiere Santa Margarita María (13), me hizo ver que esta devoción era como un supremo esfuerzo de su amor, que quería

(9) A. Hamon (3) S. J. *Le culte du Sacré Coeur*.

(10) *Hch.* 9, 12.

(11) Encicl. *Annum Sacrum*, 25 - V - 1892.

(12) Encicl. *Annum Sacrum*, 25 - V - 1892.

(13) Margarita María, Sta. María de Alacoque nació en Verosores (Bourgogne) el 22 - VIII 1647. Entró al Monasterio de la Visitación de Paray - le - Monial en 1671, donde llevó una vida de intensa oración. Irradió al mundo entero la devoción a Cristo en su "Sagrado Corazón". Fue canonizada por Benedicto XV en 1920. Su tumba en Paray le Monial es lugar de peregrinaciones.

favorecer a los hombres en los últimos tiempos con esta redención amorosa para sustraerlo al imperio de Satanás y colocarlos bajo la dulce libertad de su amor" (14).

Por esta razón a las personas que de veras abrazan esta devoción, hace el mismo Jesús magníficas promesas que los hechos a cada instantes confirman:

"Las personas consagradas a Dios hallarán en ella el medio efficacísimo para alcanzar las cumbres de la perfección. Las que viven en el mundo encontrarán por medio de esta amable devoción todos los auxilios necesarios a su estado, o sea, la paz en sus familias, el alivio en sus trabajos, las bendiciones del cielo en sus empresas, el consuelo en sus penas y ese mismo Divino Corazón les servirá de refugio seguro en sus vidas y principalmente en la hora de su muerte" (15).

Junto, pues, con exhortaros vivamente a la práctica fervorosa de esta devoción salvadora, queremos también señalaros aunque sea brevemente, las formas principales que ella debe revestir.

Ante todo nuestra devoción al Corazón de Jesús debe comprenderse como una íntegra consagración a su divina persona, pero ésta no consiste sólo en una fórmula que se recita, una fiesta religiosa o algo aislado, sino según propias palabras de Santa Margarita María, "en hacer a su Corazón un entero sacrificio de sí mismo y de todo lo que de nosotros depende", confiándole nuestra alma, nuestra libertad, nuestra actividad y nuestro cuerpo, nuestros intereses, seguros de la fidelidad de su promesa; "preocúpate de mi Corazón y de mis cosas y mi Corazón se preocupará de tí y de las tuyas". Decir consagración es decir REPARACION al Dios olvidado y ultrajado, es decir, sobre todo APOSTOLADO para hacer que su reino de amor y de paz se establezca entre los hombres.

Nuestra devoción, en segundo lugar, debe manifestarse en un mayor fervor hacia la Eucaristía, el Sacramento del amor de Cristo, la obra maestra de su Corazón. La participación inteligente y activa al Santo Sacrificio de la Misa, asociándonos a la acción del sacerdote, la comunión frecuente y diaria y de modo especial la Comunión de los Primeros Viernes del mes será la forma más eficaz de nuestra sincera real devoción al Corazón que tanto nos ha amado.

Os hemos dirigido, queridos hijos, estas sencillas palabras con el doble deseo de acrecentar en la Diócesis tan salvadora devoción y exhortaros en modo especial a la fervorosa celebración de su próxima fiesta.

Cuando hace un año recibimos sobre nuestros hombros, bien débiles, la dura responsabilidad del Episcopado, resumimos en un solo anhelo todo lo que deseábamos con la ayuda de Dios realizar entre vosotros y escogimos las palabras del Apocalipsis: "Veni - Domine - Jesu". Ven Señor Jesús, como expresión de ese deseo.

Las cariñosas enseñanzas que ahora os damos son la forma práctica de realizar nuestra divisa episcopal.

(14) Gaathey León, Mons., "Vie et oeuvres de la B. Margarita Maria", París 1915; vol. III.

(15) *Ibid.*

Os invitamos, pues, a que el próximo Viernes 16, Fiesta del Corazón de Jesús realicéis en su honor, como reparación por tantas ingratitudes y olvidos una fervorosa comunión. Ella será expresión de nuestra plena adhesión a Cristo, de la firme voluntad que nos anima para servir su causa y el ferviente anhelo de que se establezca su pacífico reinado de justicia y caridad.

En cumplimiento de estas enseñanzas, venimos en disponer lo siguiente:

1. Exhorten los párrocos vivamente a los fieles a la práctica de la comunión reparadora de los Primeros Viernes y recuérdense mensualmente el Domingo anterior a dicha fecha la gran promesa del Sagrado Corazón para los que practican esta devoción.

2. Establézcase en todas las parroquias donde no existe y actívese, en las que se encuentra fundada, la Sociedad del Corazón de Jesús, cuyo fin primero debe ser la comunión reparadora y muy especial la del Primer Viernes.

3. Es nuestro vivo deseo que en todos los hogares cristianos se entronice la imagen del Corazón de Jesús, colocándose en el sitio más digno del hogar y dándole el culto que merece. Con el objeto de activar esta piadosa práctica establecemos en la Diócesis el Secretariado de la Entronización del Sagrado Corazón de Jesús, que estará bajo nuestra inmediata dirección. Tanto la Comunión de los Primeros Viernes como la entronización en los hogares deben ser campos de actividad preferente para la Acción Católica.

4. El próximo domingo 18 se llevará a efecto en esta ciudad episcopal de Talca, a las tres de la tarde, en la Parroquia del Sagrario, la solemne consagración de los hombres al Sagrado Corazón de Jesús. Desde luego, invita a todos los hombres católicos para dar colectivamente un homenaje de reparación y amor a la adorable persona de Jesús.

Deseamos que en todas las parroquias fuera de la ciudad de Talca donde, a juicio de los señores párrocos, sea posible realizar igual solemnidad, ésta se verifique a la hora que ellos juzguen conveniente.



Siempre en comunión con el Pontífice de Roma.

PAVLVS PP. VI

Venerabilis Frater,

salutem et Apostolicam Benedictionem

Quam egregie de Talcensi diocesi, Tuas curae ac moderatiori credita, sit prosperitas, compositum habemus gaudique perfrunditur et Tuam in tanto munere gerendo solertiam ac fidelitatem. Nos enim Te ad praesentia praesentium augendas fovendasque divinas vocationes, adeo adlaborasse et diu nunc adlaborare, ut accesserit tibi, dum multum, Tua opera, accepterit incrementi Tibique omnium conciliaeris existimationi et laudum. Tuisque proinde viciniam quanto ab Infelix episcopatus successu anniversarii, gratulatione nasci, recitare propriis quibusque testimonium Tibi volumus exhibere utique a Paulo Illo Nostrum *Paulus* S. R. E. Presbitero Cardinali *Silva-Rodríguez*, Sancti Jacobi in Chile Archiepiscopo atque Sedi Talcensi Metropolitae, illatis, ut Te potius ecclesiastica dignitate honestare dignemur, perlibenter censemus annuendum. Quae igitur Te litteris Apostolicis Nostrisque quibus nitate privilegii et honoribus Episcoporum Pontificio Solio Astantium condecoramus atque augemus. Te, Venerabilis Frater, inter Praelatos Nostrae domusque administramus atque, commoditate et primitiis duobus, utilitati Tuas propitios, ita privilegium Praetori domusque Tibi concedimus, ut licite queas in Catholicorum curiarum diocesis domibus, quae Apostolica auctoritate sacelli domestici indulto fruantur et in quibus non oportet (si enim ibi exceptis fuerit hospitio, id ex iure communi legitime perages), Messam ecclesie celebrare alternamque in Tua praesentia iubere, praesentem in Sacrificii per Te peracti gratiarum actionem, qua i celebracione nullum eiusmodi indultus damnum obtinere existimandum sit, quae utraque Messa singulis inhabitantibus domum Tuamque familiaribus implendo, festis quibusvis diebus, ecclesiastico Messam audienti praecipuo suffragetur. Taudiam Tibi, praeterea facimus vestes praetibitias e serico vestandi, pariterque in Tibi dante, in Pontificiis Cappellis locum obtinendi Antistitibus Nostris Solio Astantibus honoratum. Porro statuimus ut huius in Te cellatae dignitatis notitia ad Acta Collegii Episcoporum Pontificio Solio Astantium ex officio transmittatur. Contrarius quibusvis nihil obstantibus. Datum Romae, apud Sanctum Petrum, sub auctoritate, die XIX mensis Decembris, anno MCMLXIII, Pontificatus Nostris primo.

Venerabili Fratri
Emmanueli Larrain Errázuriz
 Episcopo Talcensi

Consilii Episcopalis Latini Americani
 Praesidi



H. J. Card. Cioognani
 a publicis submissis negotiis

PAULO VI: CONDECORACION.

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS (1)
(27 - V - 1943)

El próximo Jueves 3 de junio, Fiesta de la Ascensión del Señor, se inicia el Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

La importancia de esta devoción y el hecho de encontrarnos en el año de nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, me mueve a hacerlos las siguientes recomendaciones:

La vida cristiana que todos tenemos obligación de vivir, lleva este nombre porque tiene en Cristo su base y alimento. El cristianismo es la vida de Cristo en nuestras almas. No basta llevar el nombre de cristiano, hay que serlo de verdad. Esto exige dos cosas: conocimiento de Cristo y unión sacramental con El.

"La vida eterna es conocer al Dios verdadero y a Aquél a quien envió, Jesucristo" (2). Ese conocimiento hay que beberlo en el estudio de la adorable persona de Nuestro Salvador, de sus enseñanzas y sentimientos. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús despierta en nuestra alma el ansia de conocerlo para poderlo amar más.

Hay que unirse sacramentalmente con El, acercándonos al misterio de su amor, la Sagrada Eucaristía y la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos lleva precisamente a este Sacramento.

Queremos amados hijos, que este Mes del Sagrado Corazón sea en nuestra Diócesis un tiempo de *reparación* por tantas faltas como se cometen, una santa *preparación* para nuestro Congreso Eucarístico Diocesano y un *medio* poderoso para acrecentar nuestro amor a Aquél que tanto nos ha amado.

En consecuencia venimos en disponer:

1. Que en todas las parroquias, iglesias y capillas de nuestra Diócesis se celebre con especiales cultos de devoción el Mes del Sagrado Corazón de Jesús.
2. Pedimos que diariamente, después del rezo del Mes se haga la Bendición con el Santísimo Sacramento.

(1) Circular para ser leída en la Fiesta de Ascensión.

(2) Jn. 27, 3.

3. Exhortamos a los fieles a acercarse con mayor frecuencia a la Sagrada Comunión y a asistir con la mayor devoción al Santo Sacrificio de la Misa, si es posible diariamente.
4. Recomendamos como el mejor fruto que puede sacarse de este tiempo, la devoción de comulgar los Primeros Viernes del mes.
5. Rogamos a nuestros diocesanos ofrezcan todas sus oraciones y buenas obras de este Mes por el éxito de nuestro Congreso Eucarístico Diocesano contribuyendo así a la formación del Tesoro Espiritual del Congreso.
6. Por último, recomendamos como una intención especial el pedir al Sagrado Corazón de Jesús, nos permita continuar la construcción de nuestra Iglesia Catedral.

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS (1)
(15 - V - 1944)

Amados hijos:

El jueves 18, fiesta de la Ascensión del Señor, se inicia el Mes que la piedad cristiana dedica a honrar en modo especial al Corazón Divino de Jesús.

Esta devoción nos recuerda el infinito amor de Cristo hacia nosotros. El es el mejor amigo que el hombre puede jamás tener, El siempre oye, siempre comprende, siempre nos cuida, jamás se cansa de atendernos, nunca se aleja de nosotros.

Porque nos ama y para redimirnos del pecado, voluntariamente sufrió y murió en la Cruz y para mostrarnos que nada guardaba para sí, ni siquiera una gota de su sangre, dejó que fuera atravesado por la lanza su corazón. Nadie ha habido, ni habrá que nos ame como Jesús nos ha amado.

Pero muchos cristianos con ingratitud cruel, olvidan estas cosas. Se alejan de Jesús. Nunca le hablan ni hacen nada por agradarle. Con razón pudo El decir a Sta. Margarita María (2):

(1) Circular a los fieles.

(2) Margarita María. Sta. María de Alacoque nació en Verosores (Bourgogne) el 22 - VIII 1647. Entró al Monasterio de la Visitación de Paray - le - Monial en 1671, donde llevó una vida de intensa oración. Irradió al mundo entero la devoción a Cristo en su "Sagrado Corazón". Fue canonizada por Benedicto XV en 1920. Su tumba en Paray - le - Monial es lugar de peregrinaciones.

“He aquí el Corazón que tanto ha amado los hombres y no ha recibido sino ingratitud” (3).

Debemos, amados hijos, reparar estas ofensas e indiferencias y este Mes viene a recordarnos este deber.

Para amar a Jesús necesitamos *conocerlo* y esto lo haremos instruyéndonos cada día más en nuestra fe, debemos *hablarle* y esto se realiza en la oración, en la asistencia devota a la Misa y en la Comunión frecuente. Tenemos que hacer lo que a El le agrada y esto, por medio del cumplimiento fiel de su voluntad y observancia de sus mandamientos.

Así, en forma práctica, probaremos a Jesús nuestro amor.

De un modo especial queremos insistir en la devoción de comulgar los Primeros Viernes de cada mes, de entronizar su imagen en nuestros hogares y de visitar a Jesús Sacramentado en sus templos.

Deseamos, igualmente, recordaros que en nuestro Congreso Eucarístico Diocesano del pasado año, al consagrar solemnemente la Diócesis al Sagrado Corazón, prometimos que durante este año todas las parroquias, instituciones religiosas, colegios y escuelas católicas se consagrarían solemnemente en el día y hora que fijaran al Divino Corazón de Jesús. Para dar cumplimiento a lo aquí expresado, venimos en disponer lo siguiente:

1. En las distribuciones piadosas del Mes del Sagrado Corazón, en todas las iglesias e instituciones deberán cada día rezarse las oraciones litúrgicas del Misal por el Papa y por la paz, en conformidad a lo establecido en la Circular Colectiva del Episcopado del 10 del Pte.
2. Las parroquias e instituciones religiosas, casas y escuelas católicas, nos harán saber por escrito la fecha y hora de su Consagración al S. Corazón de Jesús y los actos.
3. En nuestra ciudad episcopal de Talca, se realizará el Domingo 18 de junio a las 3 P. M., en la Parroquia del Sagrario, la Consagración de los Hombres al Sagrado Corazón, a la cual desde ahora invitamos.
4. Promuévase en todas las parroquias y templos una Comunión General para la Fiesta del Sagrado Corazón y désele a ésta la mayor solemnidad posible. Pedimos a la A. C. el cooperar activamente con los señores párrocos en este trabajo.
5. Quedan autorizados los señores párrocos y rectores de iglesias y capellanes de comunidades religiosas a dar la bendición solemne con el Santísimo Sacramento durante el Mes del S. Corazón de Jesús “servatis servandis” (4).

(3) Visión de Sta. Margarita María del Sagrado Corazón.

(4) tr.: “guardadas las proporciones”.

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS (1)
(30 - VI - 1948)

Amados hijos:

Hoy celebra la Iglesia la fiesta de la Ascensión del Señor a los cielos. Hoy termina el ciclo de los misterios de Cristo visible en la tierra.

Hoy la piedad cristiana inicia la devoción del Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

Queremos exhortaros a una fervorosa celebración de este Mes.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es la expresión sensible del amor de Cristo a los hombres. Ella nos recuerda la enseñanza de Sn. Pablo que explica toda la obra de Jesús. "Me amó y se entregó por mí" (2).

Ella abraza en forma magnífica, las tres grandes verdades de nuestra fe; la Encarnación, misterio de amor; la Cruz, prueba de amor y la Eucaristía, don del amor.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el medio admirable escogido por el mismo Dios para derramar entre los hombres su misericordia.

"El Corazón de Jesús, refiere Santa Margarita María (3), me hizo ver que esta devoción era como un esfuerzo de su amor que quería favorecer a los hombres en los últimos tiempos, con esta redención amorosa para sustraerlos al imperio de Satanás y colocarlos bajo la dulce libertad de su amor".

Creemos innecesario insistiros sobre los males de los tiempos que atravesamos; ignorancia de Dios, laicismo, inmoralidad de las costumbres, doctrinas disolventes; en otras palabras: materialismo desenfrenado y crudo.

(1) Circular a ser leída en la Fiesta de la Ascensión.

(2) Ga. 2, 20.

(3) Margarita María, Sta. Margarita de Alacoque nació en Verosores (Bourgogne) el 22 - VIII - 1647. Entró al Monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial en 1671, donde llevó una vida de intensa oración. Irradió al mundo entero la devoción a Cristo en su "Sagrado Corazón". Fue canonizada por Benedicto XV en 1920. Su tumba en Paray-le-Monial es lugar de peregrinaciones.

No hay sino un remedio a estos males, el volver a Cristo "en quien está nuestra vida, nuestra salud y nuestra resurrección".

Esto es lo que nos ofrece la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Por esto deseamos vivamente, el que el presente Mes sea celebrado en la forma más fervorosa posible.

Para que venga su reinado entre los hombres; el reino de su verdad sobre las ignorancias y errores; el reino de su justicia sobre las operaciones y violencias; el reino de su moral sobre las confusiones y sensualidades; el reino de su amor sobre los egoísmos y los odios, os exhortamos a hacer de este Mes que hoy comienza, un tiempo de fervor, de reparación y de súplica.

Con este fin, venimos a disponer lo siguiente:

1. El domingo 6 de junio se realizará en todas las parroquias e iglesias de la Diócesis después de la Santa Misa, la renovación de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús.
En nuestra ciudad episcopal de Talca, tendrá lugar a las 3 P. M., en la Iglesia de Sn. Juan de Dios, la solemne Consagración de los hombres al Sagrado Corazón.
2. Pedimos que durante el mes, exhorten los párrocos vivamente a los fieles a la práctica de la **Comunión reparadora de los Primeros Viernes**, recordándoles la gran promesa del Sgdo. Corazón para los que practican esta devoción.
3. Establézcase en todas las parroquias donde no existe y actívese en las que se encuentra fundada la **Sociedad del Sgdo. Corazón de Jesús**, cuyo fin primero debe ser la **Comunión reparadora y muy especialmente la del Primer Viernes**.
4. Es nuestro vivo deseo que en todos los hogares cristianos se entronice la imagen del Sgdo. Corazón de Jesús, colocándose en el sitio más digno del hogar y dándole el culto que merece. Tanto la **Comunión de los Primeros Viernes** como la entronización en los hogares, deben ser campos de actividad preferente para la **Acción Católica**. Se autoriza a todas las parroquias e iglesias, donde habitualmente se reserva el Santísimo Sacramento para que "servatis servandis" (4), expongan diariamente durante el Mes el Santísimo Sacramento.

(4) tr.: "guardadas las proporciones".

ASCENSION DEL SEÑOR Y MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
(V - 1949)

I. Hoy celebramos con la Iglesia la fiesta de la Ascensión de Cristo a los cielos.

Es una fiesta impregnada de la más pura alegría cristiana.

El primer motivo de gozo es el triunfo de Cristo.

Esta es una fiesta de victoria. La vida terrestre de Jesús fue Cruz y martirio.

Su obra ha sido consumada. Ha pagado la deuda que la humanidad había contraído. Ha vencido en su Resurrección a la muerte y al pecado. Ha adquirido para Dios nuevos hijos y ahora penetra al cielo para llevar al Padre los nuevos hermanos redimidos.

Es la victoria de Cristo. Y de ella la Iglesia se regocija en esta fiesta. Es también nuestra victoria.

Porque en Cristo hemos adquirido el derecho de la Gloria.

Somos miembros de un Místico Cuerpo, cuya cabeza, Cristo, ha sido ya glorificada.

El Prefacio nos recuerda el honor que hemos recibido: "ha sido elevado para hacernos partícipes de su divinidad".

Es para nosotros una dignidad inmensa, pero es también el recuerdo de un imperioso deber, el pecado no penetra al cielo; hay que romper los lazos del pecado.

Esta fiesta de la Ascensión aviva en nuestras almas el deseo del cielo. Los Apóstoles, nos dice el Evangelio de hoy, permanecieron con sus ojos levantados hacia los cielos. Así debe ser nuestra actitud cristiana: "Entre la variedad de las cosas mundanas nuestros corazones deben hallarse ahí donde se encuentran las verdaderas alegrías".

Cristo es nuestro camino para subir hasta el cielo. "Duc nos quo tendimus", pediremos dentro de poco con la Iglesia: "guíanos hacia donde nos dirigimos".

Esta debe ser nuestra plegaria y nuestra actitud.

Que esta fiesta de la Ascensión, amados hijos, nos avive el sentido cristiano de la vida: somos peregrinos que marchamos hacia la eterna patria.

II. En esta festividad, la piedad cristiana, inicia la devoción conocida con el nombre de Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

Después de haber seguido todos los misterios de su vida terrestre desde Navidad hasta la Ascensión, la fiesta del Sagrado Corazón nos da la explicación de ellos, es el amor de Cristo hacia los hombres la clave que nos abre el secreto de los designios de Dios.

Y ese amor de Dios humano, se simboliza y se expresa en su Corazón.

Así, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús es justamente la síntesis de su obra redentora y el gran llamado que Cristo nos hace a seguirlo.

Es necesario que el cristiano se acerque cada vez más a la fuente de vida que es Cristo, para "beber de las aguas que brotan de la fuente del Salvador".

Sólo así podrá vivir en integridad su vida cristiana, que no es mera actitud externa, ni gesto rutinario, sino vida de íntima unión con Cristo, siguiendo su palabra, recibiendo su gracia, copiando sus ejemplos y ajustando sus actos a sus inmutables preceptos.

Este acercamiento sólo podrá lograrlo en la medida que conozca a Cristo, lo ame y lo estime.

Y para este conocimiento, imitación y amor, la devoción a Su Corazón Santísimo es medio seguro y eficaz.

Es necesario también, que el cristiano sepa resistir al espíritu del mundo, que hoy con fuerza inusitada lo asalta.

Al racionalismo que quiere apagar las luces divinas de la fe, el paganismo del vivir que quiere imponer como única ley el goce, el ansia inmoderada de riquezas que hace olvidar los bienes imperecederos del espíritu.

Y esto sólo podrá lograrse cuando un amor ardiente a Cristo ilumine su vida, encienda su corazón, fortifique su voluntad.

En la devoción al Corazón de Jesús hallaremos la fuente de ese amor.

III. Por esto, amados hijos, os invito a celebrar con especial fervor este Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

Os escribo estas líneas con gran amargura de mi alma.

Veo con dolor, de una parte, una acción cada vez más intensa por laicizar todo el ambiente social. Veo el trabajo constante por arrancar a Cristo de los corazones y por alejar su Iglesia de toda actividad.

Veo el paganismo creciente que pisotea toda ley moral y hace del goce y la codicia la única ley de la vida.

Y veo, de otra parte, tan poco fervor en la mayoría de los católicos, tanta transigencia y disculpas para con el mal, tanto egoísmo para cumplir sus deberes, tanta indiferencia hacia el apostolado, que, no sin razón, temo las peores desgracias y los más duros castigos del cielo, si no sabemos reaccionar con energías.

Por esto es necesario acudir "al trono de las Gracias para que encontremos misericordia en el tiempo oportuno".

Ese trono de Gracia y misericordia, es el amor de Cristo, que su divino Corazón nos simboliza.

Os pido, "en las entrañas del amor de Cristo", no desoigáis este llamado y hagáis de este Mes un mes de fervor, de reparación y de renovación de vida.

De fervor, por la recepción frecuente de los Sacramentos y por las oraciones. Así como tantos de vosotros os acercáis diariamente a comulgar durante el Mes de María ¿por qué no lo hacéis igual en este Mes del Sagrado Corazón de Jesús?

De reparación, ofreced al amor de Cristo despreciado y olvidado, vuestras obras buenas, trabajos y sacrificios. Hay muchos pecados públicos y privados que reparar. Hay un gran desamor nuestro hacia Cristo que satisfacer. Cuando la reparación de las almas cristianas no atrae la misericordia divina, entonces, tarde o temprano, tenemos que sentir el rigor de su Justicia. No se arroja impunemente a Cristo de los corazones, ni impunemente se pisotea su ley.

De renovación de vida, no sea nuestro fervor pasajero. "Acercaos a Dios y viviréis". Id a Cristo y encontraréis la dicha.

"Gustad y ved, en el Corazón de Jesús, cuán bueno es el Señor".

Vivid vuestra vida cristiana con sinceridad, con realidad, con convicción.

IV. A fin de realizar estas enseñanzas, venimos en disponer:

- a) Celébrese con especial solemnidad en todas las parroquias, iglesias y establecimientos católicos el Mes del Sagrado Corazón de Jesús. Autorizamos la Bendición solemne diaria con el Santísimo Sacramento.
- b) Inviten los párrocos, sacerdotes y religiosas a ofrecer especiales actos de devoción en honor del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente la Santa Misa y Comunión.
- c) En todas las escuelas y colegios católicos de la Diócesis celébrese el Mes del Sagrado Corazón de Jesús y dese oportunidad y facilidad a los alumnos para que puedan acercarse a la Santa Comunión con la mayor frecuencia.
- d) Recomendamos vivamente el promover la adoración ante el Santísimo Sacramento.
- e) De un modo especial, exhortese a los fieles a acercarse a comulgar el día del Sagrado Corazón, viernes 24 de junio.
- f) En nuestra ciudad episcopal, se preparará la fiesta del Sagrado Corazón mediante la especial celebración del Octavario de Corpus Christi.
- g) El Domingo 26, celébrese en toda la Diócesis la consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

**SAGRADO CORAZON DE JESUS
CONSAGRACION DE LOS HOMBRES (1)
(26 - VI - 1949)**

La consagración de los hombres al Sagrado Corazón de Jesús que se verificará hoy a las 3 P. M., en la Iglesia de San Juan de Dios y la de las mujeres que tendrá lugar a las 4 P. M., en el Corazón de María, encierran un especial significado. Ellas son la proclamación alta y firme de la soberanía de Cristo sobre la humanidad.

Ellas envuelven una afirmación plena y rotunda de que sólo en Cristo encontrará el mundo, la paz y la felicidad. Ellas son un acto de fe en Jesucristo y en lo que su doctrina representa. Son también un acto de esperanza del que ha de darnos lo que el mundo tanto ansía: la paz en la justicia, la libertad en la verdad, la concordia y la armonía en el amor.

En ellas cantaremos nuestro credo, elevaremos nuestra plegaria y afirmaremos nuestra decisión de trabajar porque el espíritu cristiano penetre más y más los corazones de los hombres y de la sociedad.

Invito por estas líneas a todos los católicos de Talca a ambas ceremonias: a hombres y jóvenes a la primera, a mujeres y niñas a la segunda. Para que así congregados, clamemos con la plegaria que El nos enseñó: "venga a nosotros tu reino" (2).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Mt.* 6, 10.

**SAGRADO CORAZON DE JESUS
MES Y FESTIVIDAD
(18 - V - 1950)**

Hoy, festividad de la Ascensión del Señor, inicia la piedad cristiana, la celebración del Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

Queremos brevemente recordaros por estas líneas, el significado de esta devoción y exhortaros a sacar de ella todo el fruto de santificación que encierra.

En los tiempos actuales tan llenos de incertidumbre, angustias y esperanzas, nos ha sido dado un remedio salvador en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En realidad, esta devoción se propone honrar lo que es como el alma misma de toda la Redención: el amor de Cristo para con nosotros los pecadores. Por la consagración al Sagrado Corazón se reconoce y propaga este reinado de amor, y por los actos de expiación se repara el amor de Cristo, injuriado y repudiado.

Esto mismo nos muestra la importancia de esta devoción en un momento en que la Caridad se enfría más y más entre los hombres.

Esta razón también es la que ha movido a los últimos Pontífices a recomendar esta devoción como el remedio especial de nuestros tiempos.

Cuanto más se ha enfriado la Caridad entre los hombres, tanto más la Iglesia ha insistido en los frutos salvadores de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Cuanto más recia ha sido la lucha contra Ella, tanto más la Iglesia ha señalado en ese amor a Cristo que en el Corazón de Jesús se expresa, la fuente de todas las gracias y la esperanza más cierta de mejores días para la humanidad.

La experiencia misma nos demuestra que allí donde florece esta devoción se incrementa la vida cristiana, haciéndonos ver cómo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús tiene una misión particular en la vida moderna.

Nos hallamos, amados fieles, en el año "del gran retorno y del gran perdón", el año en que, de un modo especial ha de avivarse en las almas el anhelo del reinado del amor de Cristo, el cual debe ser acelerado tanto con nuestras oraciones y reparaciones como con nuestra acción y apostolado. Ningún medio más eficaz para avivar este anhelo que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que aparece ante nuestros ojos como un signo de inmensa esperanza, recordándonos que el amor de Cristo ha de triunfar sobre el odio, Su Caridad sobre el egoísmo, Su Verdad sobre el error para que así sea una realidad lo que El mismo Jesús nos enseña a pedir al Padre de los cielos: **Venga a nos, Tu Reino.**

Con el fin de promover la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, durante este mes, venimos en disponer lo siguiente:

1. Procuren los párrocos, rectores de iglesia, superiores de comunidades y directores de establecimientos católicos, celebrar con la mayor devoción y esplendor, a partir del jueves 18 del presente, el Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

2. Promuevan entre los fieles la Comunión frecuente y diaria, como un medio de honrar al Corazón Divino de Jesús. Igualmente promuevan la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares católicos.

3. Todos los días en la distribución del Mes del Sagrado Corazón de Jesús récese la Oración del Año Santo y pídase de una manera especial el reinado de la Caridad fraterna en el mundo y entre los católicos.

4. Igualmente recordamos la lectura diaria del Santo Evangelio como un medio de "conocer el corazón de Dios en la palabra de Dios".

5. Desde ahora prepárese la solemne celebración de la Fiesta del Sagrado Corazón el 15 de junio próximo, promoviendo la Comunión del mayor número posible de fieles, y la consagración de los hombres al S. Corazón el domingo 18 del mismo mes. Esta consagración debe realizarse en todas las parroquias de la Diócesis, a la hora que los párrocos crean más conveniente.

En la ciudad de Talca, esta consagración tendrá lugar ese día a las 3 P. M. en la Iglesia de S. Juan de Dios, acto al cual concurrirán todas las parroquias de la ciudad.

En Curicó dicha consagración tendrá lugar a las 12 del día en la Matriz.

**ASCENSION, PENTECOSTES Y MES DEL SAGRADO
CORAZON DE JESUS (1)
(19 - V - 1952)**

Amados fieles:

Hoy celebra la Iglesia la festividad de la Ascensión del Señor. Con esta fiesta termina el tiempo pascual y se inicia la preparación al gran día de Pentecostés: la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y con ella el nacimiento y fundación de la Iglesia.

1. La fiesta de hoy día es la suprema glorificación de Cristo. Por este motivo la sagrada liturgia la designa con los términos de "gloriosa" y "admirable". "Cristo se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz", nos dice S. Pablo en su Epístola a los Filipenses (2), e inmediatamente el Apóstol nos muestra cómo esa humillación es el fundamento de su gloria, "por lo cual Dios lo exaltó, añade, dándole un nombre que está sobre todo nombre; "La Ascensión" es el comienzo de esa exaltación.

(1) Circular leída en todas las Misas del Día de la Ascensión.

(2) *Flp.* 2, 9.

Este Misterio de la Ascensión es también el fundamento de nuestra gloria futura. Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico, ha penetrado en los cielos. S. León Magno nos explica esta idea diciéndonos:

“La Ascensión de Cristo es también la nuestra, la gloria de la Cabeza, fundamenta la esperanza del cuerpo. En este santo día no sólo hemos recibido la seguridad de volver a entrar en posesión de la gloria eterna, sino que ya hemos en cierta manera penetrado en los cielos con Cristo Jesús” (3).

La Ascensión llena nuestras almas de alegría y de confianza. Cristo nuestro sumo Sacerdote ha penetrado en los cielos y “ahí siempre vive para interceder por nosotros” (4). Esta fiesta nos invita a tener siempre elevado nuestro corazón a la altura, como el Apóstol nos exhorta: “buscad las cosas de arriba, donde Cristo está a la diestra del Padre, no las cosas de la tierra” (5).

2. La Ascensión nos prepara a Pentecostés, la gran festividad de la efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia. En ella se renueva místicamente en nuestras almas el milagro de la primera pentecostés cristiana; “el Espíritu de Dios que llena la tierra” viene a cada uno de los cristianos, inunda el corazón de los fieles y enciende en ellos el fuego del divino amor”.

Es la festividad que recuerda el proceso íntimo y misterioso de nuestra santificación, que nos hace gustar la divina presencia del “dulce Huésped del alma” y que mueve a los cristianos a la acción como buenos soldados de Cristo Jesús.

Yo deseo, amados hijos, que esta fiesta, la más grande del Año Litúrgico junto con la Pascua de Resurrección, sea debidamente apreciada y celebrada por cada uno de vosotros.

Debemos, en primer lugar, prepararnos a ella. Los días que median entre Ascensión y Pentecostés, deben ser de recogimiento y de oración.

La Iglesia dispone con este objeto que en todos los templos a partir del 23 se celebre la Novena del Espíritu Santo. Por mandato de S. S. León XIII esta Novena tiene por finalidad especial la súplica por las iglesias disidentes. Sabéis, amados hijos, que en el curso de los siglos inmensas colectividades cristianas se han apartado, sea por el cisma o por la herejía del seno de la única y verdadera Iglesia de Cristo: la Católica. Sabéis, igualmente, cómo la Iglesia anhela vivamente ver reintegrarse a estos hijos a la unidad de la fe para que se cumpla el supremo anhelo de Cristo “un solo rebaño y un solo Pastor”. Diariamente en la Santa Misa pedimos que el Señor pacifique y reúna su Iglesia. (“pacificare et coadunare”) (6). En estos días, cumpliendo el llamado de S. S. León XIII debemos elevar con especial fervor esta plegaria por la unión de la Iglesia separada.

(3) S. León: Sermo I: *De Ascensione Domini*.

(4) *Hb.* 9, 24.

(5) *Col.* 3, 1-2.

(6) tr.: “pacificar y aunar”.

Deseamos, además, que esta Novena de Pentecostés tenga una segunda finalidad: el pedir por las vocaciones sacerdotales. Que el Espíritu Santo derrame copiosas sus gracias sobre nuestra Diócesis para que en ella florezcan muchas y santas vocaciones sacerdotales. Que los padres de familia comprendan y aprecien el valor de una vocación y sean colaboradores con Dios en su desarrollo. Que los fieles todos piensen en lo que el Seminario significa en el futuro religioso de una Diócesis y sepan rodearlo de su afecto, de sus plegarias y de su colaboración.

Pentecostés debe ser preparado con una vigilia de oraciones. Pedimos que en todas las parroquias se celebre la tarde o noche del sábado la Vigilia de Pentecostés.

Pentecostés es el día oficial de recepción de la Confirmación, Sacramento que nos da el Espíritu Santo con sus dones. Ese día, se administrará solemnemente el Sacramento de la Confirmación a las 3 P. M., en nuestra Iglesia Catedral. Pedimos desde ahora, a los colegios y escuelas católicas de la ciudad de Talca, nos manden debidamente preparados a los niños que desean recibir el Sacramento de la fortaleza cristiana.

3. El día de la Ascensión se inicia también el Mes del Sagrado Corazón de Jesús. Bien conocéis esta devoción, su significado y su práctica. Es el amor de Cristo, simbolizado en su Corazón el que en ella se recuerda. El amor de Cristo es la síntesis de todos sus Misterios y la clave que explica toda su obra entre nosotros. Al honrar al Corazón de Jesús, honramos a Cristo, en cuanto nos ha amado y nos ama.

Pero, además, esta devoción tiene un segundo carácter, la reparación. El amor de Cristo no ha sido correspondido. Su amor ha sido pagado con ingratitud y olvido. Debemos reparar por ese desamor. De ahí que esta devoción tenga un sentido de expiación.

¡Cuánto se necesita en estos momentos! Un desborde de paganismo y de incredulidad ultraja el nombre de Dios y su Ley Santa. A ello debemos ante todo oponer nuestra reparación.

Os invito, pues, amados hijos, a celebrar con especial fervor este Mes.

Deseamos que en todas las parroquias y templos se realice con la mayor solemnidad y piedad, y que durante él se prepare a los fieles a una fervorosa Comunión el día de la fiesta del Sagrado Corazón, 20 de junio.

Desde ahora, invitamos a todos los hombres y jóvenes católicos a realizar su cumplimiento pascual colectivamente, el domingo 22 de junio y a renovar en la tarde su consagración al Divino Corazón de Jesús. Queremos que a esta Comunión sea una de las campañas que la Acción Católica en sus ramas masculinas se impongan para el presente mes.

Que esta devoción nos lleve a un conocimiento de Cristo más profundo, a un amor más vivo, a una imitación más fiel y a una irradiación más activa.

Que estas tres festividades: Ascensión, Pentecostés y Sagrado Corazón de Jesús, nos ayuden a vivir en plenitud nuestra vida cristiana.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

**SAGRADO CORAZON DE JESUS
CONSAGRACION A EL (1)
(22 - VI - 1952)**

Hoy, a las 4 de la tarde, tendrá lugar en la Catedral la Consagración de los católicos al Sagrado Corazón de Jesús.

Se ha querido que este acto tenga el triple significado de una promesa de vida cristiana, de una consagración de las familias a Cristo y de una súplica por nuestros hermanos, que en tierras de Europa y de Asia sufren persecución por su fe.

Parece innecesario hacer ver la importancia de las tres ideas que ahí se afirmarán.

Promesa de vida cristiana, es decir, solemne afirmación de que nuestra actitud debe ser el reflejo y la expresión de una vida. Convencimiento firmemente expresado de que "el reino de Dios está en nuestro interior" y sólo en la medida que ese reino exista, nuestra posición será auténticamente cristiana. Decisión inquebrantable de laborar por una renovación interior de nosotros mismos en el espíritu de Cristo, único medio de superar la honda crisis moral que nos corroe.

Consagración de las familias a Cristo. Es decir proclamación del sentido cristiano del hogar, de sus derechos, de sus deberes y sobre todo del espíritu intensamente cristiano que debe animarlo.

No habrá renovación social verdadera, sino a base de la renovación cristiana de los hogares. Esa afirmación, esa promesa y esa decisión será la que hoy proclamemos ante el Único que puede dar a los hogares y a los pueblos solidez, felicidad y paz.

Plegaria por nuestros hermanos perseguidos. Sabemos que sufren por su fe. Sabemos que una vez más en la historia de la Iglesia, hay sangre de martirio en sus caminos. Sabemos de los dolores y angustias del Padre Común. La Iglesia tiene un arma y es la oración. Cuando Pedro estaba en cadenas "se oraba sin intermisión por él" (2), nos dicen los Hechos de los Apóstoles. La escena se continúa como en el Siglo Primero. Y también la oración.

Oremos, pidiendo para los perseguidos, fortaleza; para los perseguidores, luz. Y así guiados por estas tres ideas nos uniremos todos ante Aquél que nos dejó como supremo mandamiento el amarnos y como señal distintiva, la Caridad.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 6.

(2) *Hch.* 12, 5.

SAGRADO CORAZON DE JESUS
FESTIVIDAD
(VI - 1953)

Amados fieles:

A partir de la Ascensión, la piedad cristiana ha venido preparándose a la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, el próximo viernes 12.

Esta festividad nos habla, en primer lugar, del amor de Cristo hacia nosotros. Es el amor el que explica todos los Misterios de su vida, desde Belén hasta el Calvario.

En segundo lugar, nos recuerda la reparación que le debemos; este amor no es amado. No ha recibido de nosotros la correspondencia exigida. Debemos reparar por nuestra ingratitud y la de los demás hombres.

En tercer lugar, esta festividad nos invita a acercarnos a Jesús. A pensar en su bondad, a confiar en su misericordia, a unirnos a El por la Eucaristía.

Esta Circular quiere recordaros que el próximo viernes 12 es la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Quiere en seguida invitaros a comulgar en ese día. El viernes 12 se celebrará una Misa a las 7.30 de la tarde en la Catedral. En ella podrán comulgar todos los que desean cumpliendo las condiciones varias veces recordadas.

El domingo 14 a las 3.30 P. M., en la Catedral, tendrá lugar la Consagración de los católicos, hombres y mujeres, al Sagrado Corazón de Jesús. Igualmente os invito a este acto.

Amados hijos:

Que esta festividad del Sagrado Corazón de Jesús, marque para los fieles de Talca un aumento de amor a Jesús. Si la desgracia nos ha visitado es para purificarnos y acercarnos a El. "Vayamos con confianza al trono de la gracia para que hallemos la misericordia y gracia en el momento oportuno" (1). "No hay salvación en otro fuera de El" (2).

Que esta festividad sacuda nuestra tibieza, mueva nuestra indiferencia, encienda nuestro fervor y nos anime a buscar en Cristo y en su Eucaristía la fuerza que necesitamos.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

(1) Hb. 4, 16.

(2) Cfr. Hch. 4, 12.

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS (1)
(14 - V - 1954)

Amados sacerdotes:

El próximo jueves 27, festividad de la Ascensión del Señor, se inicia el Mes del Sagrado Corazón de Jesús.

No puedo ocultaros la intensa preocupación que me embarga ante los graves problemas doctrinales y morales que cada día con mayor intensidad asaltan la vida cristiana y ponen en peligro la fe y las costumbres de nuestros fieles. Os hablé de ello al término de los Ejercicios espirituales de este año.

¿Qué remedio poner a estos males? ¿qué defensa a la fe y moral fuertemente amenazadas? ¿qué solución eficaz para hacer reflorar la vida cristiana?

Largamente he pensado ante el Señor estos problemas pidiéndole me haga ver el camino que hemos de seguir. Y la respuesta de Dios no puede ser otra que la expresada por el Salmista: "si el Señor no edifica la casa en vano trabajaron los que la construían. Si no guarda el Señor la ciudad, en vano vigilan sus centinelas" (2). "No confiéis en los príncipes, en los hijos de los hombres que no salvan... Bienaventurado aquel cuyo auxilio es el Dios de Jacob, cuya esperanza es Jehová su Dios" (3).

Falta vida interior en los fieles, y sin ella es imposible exigir firmeza de vida, ardor de caridad y celo apostólico.

Falta más oración en la Diócesis. Falta mayor acopio de vida sobrenatural, sin la cual todo apostolado languidece y muere.

Hablemos con sinceridad, nos falta a nosotros sacerdotes, y a mí el primero, más, mucho más, vida de oración.

Este mes del Sagrado Corazón de Jesús se nos presenta como un llamado a orar más, nosotros sacerdotes, y a hacer orar más a los fieles.

Para esto os escribo esta Carta diciéndoos con el Apóstol: "os nostrum patet ad vos, cor nostrum dilatatum est" y pidiéndoos queráis hacer en este Mes una *Cruzada de plegarias por la defensa y crecimiento de la vida cristiana en la Diócesis de Talca*.

Me permito proponer a vuestro celo y piedad lo siguiente:

1. Celebrar el Mes del Sagrado Corazón con especial empeño, invitando desde ahora a los fieles a hacerlo. En ese Mes os pido predicar sobre la vida interior conforme al plan que os adjunto. Predicación sencilla, clara, unciosa y estimulante a la vida de piedad.

(1) Carta al Clero.

(2) Sl. 125.

(3) Sl. 145.

Concedo a todas las parroquias e iglesias el permiso para exponer diariamente "servatis servandis" el Santísimo Sacramento, y a todas las parroquias el celebrar, si lo creen necesario, una Misa vespertina en el día de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

2. Os pido establecer durante todo el Mes en las parroquias un turno de adoración ante el Sagrario, sin necesidad de Exposición, durante el día. Podéis buscar por medio de celadores, las personas que se comprometan a hacerlo a una hora determinada, a fin de que *todo el día* haya quienes velen ante el Tabernáculo. Esta adoración será por la intención señalada. Pueda ser que esta práctica ponga fin al *desolador* espectáculo de nuestros templos *cerrados* o de nuestros templos *vacíos*.

3. Os pido, a vosotros, amados sacerdotes, una hora de adoración semanal durante el Mes. Ojalá la podáis hacer en público con vuestros fieles. A fin que todos los días de la semana brote de la Diócesis de Talca la plegaria sacerdotal, me he permitido distribuirlas, fijando a ustedes los días del Mes del Sagrado Corazón.

Así, ante la negación de Dios, la prédica de la herejía y el laicismo y la difusión de la inmoralidad, cumpliremos lo que el Espíritu Santo por el Profeta Joel exhorta: "Grande es el día de Jehová, sobremanera terrible, ¿quién lo podrá sufrir? Por eso, pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí de todo corazón, en ayuno, en llanto y en gemido... Volveos a Jehová vuestro Dios que es clemente y misericordioso y tardo a la ira, grande en misericordia y se arrepiente a castigar... Entre el *pórtico* y el *altar lloren los sacerdotes* ministros del Señor, diciendo: ¡Ten piedad de tu pueblo, oh Señor, y no des el oprobio a tu heredad" (4).

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos lleva a tres cosas: a creer en el amor que Jesús nos tiene, a corresponder y reparar ese amor con el nuestro, y a hacerlo conocer y amar de todos. Es devoción que nos acerca a Cristo, a conocerlo y a vivir su vida. Es devoción reparadora para expiar por nuestras faltas y las del mundo. Es devoción apostólica que ha de llevarnos a dilatar su reinado entre nuestros hermanos.

No temamos; si los tiempos pueden parecer difíciles, digamos con S. Juan: "et nos credidimus charitati quam habet Deus in nobis" (5) y dilatando nuestra confianza en ese amor: "adeamus, ergo cum fiducia ad thronum gratiae ut misericordiam consequamur" (6).

Hagamos de este Mes del Sagrado Corazón un mes: a) de oración sacerdotal; b) de oración de nuestros fieles; c) de llamado a la vida interior, de piedad eucarística en torno a la Misa y Comunión; d) de aumento del espíritu apostólico, y estemos ciertos que la gracia de Dios bendecirá nuestros trabajos y la oración sacerdotal y de los fieles retornará en bendiciones abundantes para la defensa e incremento de la vida cristiana de la Diócesis.

Con paternal afecto, "in visceribus Christi", os bendice vuestro Obispo.

(4) Jl. 2.

(5) tr.: "y nosotros hemos creído en el amor de Dios para nosotros". 1 Jn. 4, 16.

(6) tr.: "acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y hallar la gracia del auxilio oportuno". Hb. 4, 16.

TEMAS QUE SE PROPONEN PARA LA PREDICACION
EN EL MES DEL SAGRADO CORAZON:

- I — Jesucristo: Misterio de la Encarnación.
 - II — *Redención.*
 - III — La Iglesia prolongando la Redención.
 - IV — La Gracia - vida divina en nosotros.
 - V — Habitación de Dios en el alma.
 - VI — Necesidad imprescindible de la Gracia en la vida cristiana.
 - VII — Mantención y defensa del estado de Gracia.
 - VIII — Distribución de la Gracia por los Sacramentos - Los Sacramentos en general.
 - IX — Los Sacramentos en particular (cada uno).
 - X — La Eucaristía.
 - XI — Explicación de los cuatro fines del Sacrificio de la Misa.
 - XII — Participación activa de los fieles en la Misa.
 - XIII — Comunión frecuente y diaria.
 - XIV — Comulgar los Domingos en la Misa.
 - XV — Oración; su importancia y necesidad.
 - XVI — Oración mental.
 - XVII — Oración eucarística - Adoración - Visita al Santísimo.
 - XVIII — Oración vocal - El Rosario.
 - XIX — Oración en el trabajo - Ofrecimiento de nuestras obras.
 - XX — Lectura espiritual.
 - XXI — Lectura de la Biblia (especialmente del Evangelio).
 - XXII — Examen de conciencia.
 - XXIII — Retiros espirituales y su importancia.
 - XXIV — Devoción al Sgdo. Corazón de Jesús. Reparación. Comunión del Primer Viernes.
 - XXV — Devoción a la Santísima Virgen.
- Se recomienda insistir mucho sobre:
- a) La oración diaria;
 - b) La Misa bien oída - *participación litúrgica;*
 - c) La Comunión frecuente y diaria;
 - d) La visita a Jesús Sacramentado;
 - e) La lectura espiritual - Lectura del Santo Evangelio.

EL MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS (1)
(27 - V - 1954)

Amados fieles:

Hoy, festividad de la Ascensión del Señor, se inicia el Mes que la piedad cristiana dedica a honrar al Corazón Divino de Jesús.

El objeto de esta devoción no es otro que la adorable persona de Cristo, considerada especialmente bajo el aspecto de su infinita caridad hacia los hombres. Y su fin es el acercar más y más nuestros corazones a Jesús para corresponder a su amor y reparar las indiferencias y olvidos que ese mismo amor de Cristo encuentra entre nosotros.

Se trata, por tanto, de vivir lo más intensamente posible nuestra realidad cristiana que el mismo Señor expresaba en su Evangelio al decir "Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida" (2).

Cristo es la Verdad. No una Verdad, sino la Verdad. Y sin embargo gran parte de los cristianos la conocen o superficial o parcialmente, y otros aún la desconocen.

Cristo es el Camino. Es decir, la norma de vida que hay que seguir y que El nos trazó no sólo con sus enseñanzas, sino que con sus ejemplos. Y sin embargo, buen número de cristianos jamás tienen a Cristo presente como guía y modelo de sus acciones.

Cristo es la Vida. Vino para darnos la vida de Dios a nuestras vidas humanas. Ser cristiano es poseer esa vida. Carecer de ella es privarse de lo que constituye la médula de nuestra vida sobrenatural. Y sin embargo, muchos cristianos no viven la vida de Cristo. Están muertos a ella por el pecado y permanecen en esa muerte por su indiferencia. No se acercan a recibirlo en la Eucaristía, olvidando sus palabras: "si no comiereis la carne y bebiereis la sangre del Hijo del Hombre, no tendréis la Vida en vosotros" (3).

(1) Circular leída en todas las parroquias, iglesias y oratorios de la Diócesis, el jueves 27 de mayo de 1954, Fiesta de la Ascensión.

(2) *Jn.* 14, 6.

(3) *Jn.* 6, 56.

¿Cómo entonces van a vivir su vida cristiana, si no siguen, no buscan a la verdad que es Cristo, al Camino de Cristo, a la Vida que es Cristo?

¿Cómo van a resistir la influencia del error, el peso del materialismo, el ambiente corruptor del paganismo que los rodea?

De ahí un cristianismo feble, hecho de algunas prácticas rutinarias, y de componendas con el mal, sin médula ni savia sobrenatural.

Hay que reaccionar, amados hijos. Hay que comprender que así no se sirve al Señor. Hay que abrir los ojos y ver que "si la sal de la tierra se desvanece" —y esa sal es la auténtica vida cristiana— nada ni nadie podrá impedir las terribles catástrofes que se ciernen sobre el mundo y que no son sino la consecuencia fatal del alejamiento de Cristo.

Por eso os hablo, al comenzar este Mes, invitándoos a acercaros verdaderamente al que es "Camino, Verdad y Vida". A conocer a Cristo meditando su Evangelio. A seguir a Cristo, cumpliendo su ley, tal como El por la Iglesia nos la enseña. A vivir de Cristo resibiéndolo en la Sagrada Eucaristía.

En consecuencia, venimos en disponer lo siguiente:

1. En todas las parroquias e iglesias, celébrese con especial devoción el Mes del Sagrado Corazón de Jesús, predicando sobre los temas que hemos señalado en nuestra Circular al Clero.

2. Pedimos que en todas las parroquias e iglesias se promueva, durante este Mes, la Cruzada de plegarias por la defensa y crecimiento de la vida cristiana en la Diócesis, estableciendo durante el día turno de adoración ante el Stmo. Sacramento. Rogamos a los fieles corresponder a este llamado y unirse en una gran cruzada de oración con este objeto.

3. Pedimos a la Acción Católica y a todas las asociaciones piadosas, que desde ahora inicien una activa campaña para la Comunión el Día del Sgdo. Corazón de Jesús. En nuestra Iglesia Catedral de Talca, el día del Sagrado Corazón de Jesús, 25 de junio, será la Comunión solemne de los Hombres Católicos a las 7.30 P. M.

4. En todas las parroquias el domingo, infraoctava del Sdo. Corazón, es decir el 27 de junio, se hará la Consagración al Sdo. Corazón de los fieles y de las Familias Católicas. En nuestra Iglesia Catedral, ese acto se verificará a las 3.30 P. M.

Pidiendo al Señor que este llamado encuentre amplia acogida en vuestras almas, os bendice paternalmente vuestro Obispo.

(4) Mt. 5, 13.

SAGRADO CORAZON DE JESUS
CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS (1)
(15 - VI - 1958)

Como en años anteriores, el próximo domingo tendrá lugar la consagración de las familias cristianas y todos sus miembros al Sagrado Corazón de Jesús.

La ceremonia tendrá lugar a las 19 horas, en la Iglesia Catedral; a continuación se celebrará la Santa Misa.

El sentido de esta consagración es la entrega más plena y total de nuestras vidas a Aquél que tanto nos ha amado y cuyo amor se expresa y representa en su Sagrado Corazón. Las palabras de San Pablo "no hay en otro salvación" (2) cobran en este momento que vive el mundo, especial relieve. Los problemas que nos afligen no van a ser solucionados por los hombres, sino por una vuelta íntegra y total de la vida individual, familiar y social a los principios y al espíritu del Evangelio. Tal cosa no podrá lograrse sin Cristo que nos da su gracia, su fuerza y su luz.

Para impetrar esa gracia y para proclamar esa adhesión, es que os invito a todos a concurrir hoy a la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, que tendrá lugar a las 19 horas, en la Iglesia Catedral.

Os bendice, vuestro Obispo.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 11.

(2) *Hch.* 4, 12.

Cristo Rey

El tema de Cristo Rey está presente en la divisa episcopal de Don Manuel: "Ven Señor Jesús".

Ya en el manuscrito que manifestaba sus sentimientos para la ordenación de Subdiácono, en 1926, leemos:

"Sea pues el rezo de tu divino oficio junto con la Santa Misa y el cumplimiento fiel de tus obligaciones la fuente de donde proceda una santa vida sacerdotal empleada toda en la salvación de las almas y en la conversión del Reinado Social del Corazón Sacratísimo de Cristo".

(Mons. Manuel Larrain. Escritos Completos, tomo I, p. 306).

Y en su ordenación sacerdotal nos decía:

"Por el reconocimiento de su realeza soberana, por el advenimiento del reinado de su Corazón adorable, he querido que este mi primer sacrificio sea ofrecido. A esta causa santa consagro mi vida entera, en el "adveniat regnum tuum" coloco el supremo ideal de mi apostolado sacerdotal".

(Ibidem, p. 308).

Finalmente, su Programa al llegar a Talca como Obispo, el 28 - VIII - 1938, está igualmente centrado en el reinado de Cristo.

(Ibidem, p. 311-317).

CRISTO REY
PREPARACION A LA FIESTA (1)
(22 - X - 1939)

Comienza hoy la jornada preparatoria a la fiesta de Cristo Rey. En todos los templos y capillas de la ciudad brota como un clamor confuso de plegarias y anhelos que piden el suave y pacífico reinado de Jesús.

En una época en que el egoísmo, el odio y la turbación de los espíritus tiende a invadirlo todo, nosotros proclamamos la necesidad de un imperio más profundo y sincero de Cristo en nuestra vida. Reino de justicia y de amor y en consecuencia de paz es el que buscamos, en el cual se establezcan los verdaderos lazos de la fraternidad humana bajo el amparo de la común paternidad de Dios. Sólo en una verdadera restauración de los grandes valores espirituales podrá el mundo encontrar de nuevo su perdida paz.

Quiero por estas líneas invitar a todos los católicos de Talca, a los que se encuentran cerca y a los que por diversas causas están alejados de la Iglesia, a participar en los actos que con ocasión de esta fiesta se desarrollarán.

Quiero, de un modo especial pedirles nos unamos todos en los solemnes actos del sábado y domingo próximos en los cuales, junto al representante del Romano Pontífice vibraremos en esa fe y esperanza que nos son comunes.

Entre las ruinas del viejo templo que el terremoto destruyera, sobre las rotas lozas por donde tantas generaciones pasaron, en el ambiente donde aún parecen flotar las plegarias de los mayores, en el sitio que ha sido y seguirá siendo el común hogar del alma talquina, nos reuniremos el próximo domingo para iniciar en esfuerzo colectivo **la reconstrucción de nuestra querida Catedral.**

Antes que el templo de piedra levante sus muros, yo quiero ver construido este templo espiritual de todo un pueblo unido en sus nobles tradiciones y en sus santos anhelos a la sombra de los brazos siempre abiertos del Divino Rey Jesús.

Con ese deseo, invito y pido la asistencia entusiasta de todos a los actos religiosos que en esta semana comienzan a desarrollarse y que culminarán en la víspera y festividad de Cristo Rey.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

CRISTO REY
MISIONES PREPARATORIAS (1)
(20 - X - 1942)

Se han iniciado ayer en los diversos barrios de la ciudad, las Misiones preparatorias a la Fiesta de Cristo Rey. Las parroquias y capillas harán oír especialmente en estos días, el llamado de sus campanas invitando a los fieles a meditar en las grandes verdades que orientan la vida del hombre.

Conjuntamente a estas Misiones, hoy se inicia en la Capilla de las Adoratrices, el Retiro a las Mujeres Católicas donde en cuatro conferencias diarias a las 10 y 11.15 en la mañana y a las 3 y 4.15, en la tarde, se expondrán temas de formación moral y espiritual. El miércoles próximo a las 7.15 de la tarde, se iniciarán, igualmente, las Conferencias para hombres en el templo de San Juan de Dios. Tanto estas conferencias a señoras como a hombres, hemos querido dictarlas personalmente, pues sentimos cada vez más urgente necesidad de adoctrinar a nuestros amados hijos en las eternas normas de la moral de Cristo, única esperanza de salvación en las horas que vivimos.

Todas estas actividades religiosas deben culminar en la Fiesta de Cristo Rey que la Iglesia celebra el próximo domingo. El sábado 24, a las 10 P. M., saldrá del Sagrario la procesión de antorchas para terminar en San Juan de Dios, donde se celebrará Misa de Medianoche y Comunión de los hombres. Prepararemos así, como soldados de Cristo, la fiesta de nuestro Rey velando la noche anterior.

El domingo 25 a las 10 A. M., tendrá lugar el solemne Pontifical en la Iglesia de San Agustín.

En la tarde de dicho día, a las 5 P. M., se llevará a efecto, la tradicional procesión de Nuestra Señora del Carmen, pidiendo así que por medio de la Madre bendita venga entre nosotros el suave reinado de Jesús.

Desde ahora, invito a todos los fieles a los actos más arriba anunciados.

El mundo necesita la reconstrucción de sus valores espirituales. En la encrucijada de este camino histórico la humanidad ve con más claridad que nunca la imagen de Cristo repitiendo su promesa y su llamado.

“Yo soy el camino, la verdad, la Vida” (2).

Para acercarnos a El en la próxima fiesta de su realeza van estas palabras afectuosas de invitación.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Jn.* 14, 6.

CRISTO REY
(25 - X - 1945)

El domingo 25 de este mes, último de octubre, celebra la Iglesia la Festividad de Cristo Rey.

Tiene esta Fiesta como finalidad especial el rendir un público homenaje a la soberanía de Jesucristo Nuestro Señor sobre los pueblos y los hombres y al mismo tiempo formar la conciencia de los católicos acerca de la necesidad del reinado social de Jesucristo.

El mal más grave de nuestra época, de donde derivan todos los demás, es el laicismo o sea el olvido de los derechos soberanos de Cristo y el menosprecio de la ley cristiana.

Para remediar tales males, la Iglesia ha establecido la Acción Católica, mediante la cual, los seglares participan activamente en el apostolado jerárquico.

Con razón podemos decir, que ninguna obra de mayor trascendencia que ésta puede desarrollarse en nuestros días y que el grado de vida cristiana en una parroquia se mide por el florecimiento de su Acción Católica.

Deseamos que la Festividad de Cristo Rey se celebre en nuestra Diócesis con la mayor solemnidad y que sea especialmente considerada como la Fiesta de la Acción Católica.

Con este fin venimos en disponer lo siguiente:

1. En todas las parroquias e iglesias sometidas a nuestra jurisdicción se celebrará la Novena de Cristo Rey, predicándose en ella especialmente sobre la Acción Católica, su obligatoriedad, sus características, etc. Al final de la Novena se dará la bendición con el Smo. Sacramento.

2. En nuestra ciudad episcopal de Talca la fiesta se preparará con solemnes misiones, que se iniciarán el domingo 18 en las siguientes parroquias e iglesias: Sagrario, San Luis, Inmaculada Concepción (Oriente), Seminario, Buen Pastor, Población Miguel Rafael Prado, Población Abate Molina, Capilla de Jesús, Santa Ana y Hospicio.

Pedimos a la Acción Católica, que con todo esmero colabore al éxito de estas misiones, invitando a los fieles a concurrir y preparando a los niños que hayan de hacer su Primera Comunión.

3. La Festividad de Cristo Rey se celebrará con una Misa y Comunión General, a la cual se invitará a todos los católicos y particularmente a los socios de la Acción Católica.

4. Por la tarde los actos que se expresan, conforme a la ceremonia aprobada por la Junta Nacional:

- a) Solemne imposición o renovación de las insignias de los socios de la Acción Católica, precedida de una predicación sobre el significado de este acto;
- b) Exposición del Smo. Sacramento y renovación de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús y rezo de sus letanías, junto con el pueblo, rezando la oración ordenada por S. S. Pío XI; y,
- c) Procesión del Smo. Sacramento por el interior del templo y bendición con su Divina Majestad.

En la ciudad de Talca la imposición de insignias se tendrá en el día que oportunamente se designe.

CRISTO REY (1)
(28 - X - 1945)

Hoy el mundo católico celebra la Festividad de Cristo Rey. Proclama en ella el universal imperio de Cristo sobre la humanidad. Recuerda que el Hombre-Dios es Rey de las voluntades porque es el Bien, es Rey de los corazones porque es el infinito amor. Y junto con reconocer su realeza, invita a la humanidad a someterse al dulce imperio de su ley.

Solamente en la verdad que libera, en la justicia que armoniza, en la caridad que hermana, encontrarán los hombres el secreto de su felicidad perdida. Y esa verdad, esa justicia, esa caridad son las síntesis de la ley de Cristo y el sentido íntimo de su reinado espiritual.

Para celebrar debidamente esa festividad, hoy a las 10.30 P. M., tendrá lugar el solemne Pontifical que oficiaremos en el templo de San Agustín y al cual invitamos encarecidamente por estas líneas a todos los católicos de Talca y muy en especial a los miembros de la Acción Católica que con razón deben mirar en este día su festividad máxima.

Pero el reino espiritual de Cristo nos viene por manos de María su Madre bendita y por esto, también hoy a las 5.30 tendrá lugar la tradicional Procesión del Carmen, que saliendo de la Iglesia Parroquial del Sagrario hará el recorrido acostumbrado en otros años.

A este acto de fe y de amor en que se mezclan los sentimientos más puros del alma, el amor a Dios y a la Patria, en que honramos a la que fue proclamada Reina de Chile y Generala de sus Ejércitos por los Padres de la Patria, invito igualmente, a todos los fieles. Que nuestra voz se alce confiada pidiéndole a Ella siga velando por la Patria amada. Que nuestra plegaria alcance sobre este suelo las gracias que necesita para que firme en la fe de sus mayores, siga siendo cuna de progreso, de sana democracia y de santa virtud.

A estos dos actos, invito a todos los católicos talquinos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

1. SIGLAS BÍBLICAS

Ab	Abadías	Judas	Epístola de san Judas
Ag	Ageo	Lc	Evangelio según san Lucas
Am	Amós	Lm	Lamentaciones
Ap	Apocalipsis	Lv	Levítico
1 Co	1ª epístola a los Corintios	1 M	Libro primero de los Macabeos
2 Co	2ª epístola a los Corintios	2 M	Libro segundo de los Macabeos
Col	Epístola a los Colosenses	Mc	Evangelio según san Marcos
1 Cro	Libro primero de las Crónicas	Mi	Miqueas
2 Cro	Libro segundo de las Crónicas	Ml	Malaquías
Ct	Cantar de los Cantares	Mt	Evangelio según san Mateo
Dn	Daniel	Na	Nahúm
Dt	Deuteronomio	Ne	Nehemías
Ef	Epístola a los Efesios	Nm	Números
Esd	Esdras	Os	Oseas
Est	Ester	1P	1ª epístola de san Pedro
Ex	Exodo	2P	2ª epístola de san Pedro
Ez	Ezequiel	Pr	Proverbios
Fim	Epístola a Filemón	Qo	Eclesiastés
Flp	Epístola a los Filipenses	1R	Libro primero de los Reyes
Ga	Epístola a los Gálatas	2R	Libro primero de los Reyes
Gn	Génesis	Rm	Epístola a los Romanos
Ha	Habacuc	Rt	Rut
Hb	Epístola a los Hebreos	1S	Libro primero de Samuel
Hch	Hechos de los Apóstoles	2S	Libro segundo de Samuel
Is	Isaías	Sl	Salmos
Jb	Job	Sb	Sabiduría
Jc	Jueces	Si	Eclesiástico (Sirácida)
Jdt	Judit	So	Sofonías
Jl	Joel	St	Epístola de Santiago
Jn	Juan	Tb	Tobías
1 Jn	1ª epístola de san Juan	1 Tm.	1ª epístola a Timoteo
2 Jn	2ª epístola de san Juan	2 Tm.	2ª epístola a Timoteo
3 Jn	3ª epístola de san Juan	1 Ts	1ª epístola a los Tesalonicenses
Jn	Jonás	2 Ts	2ª epístola a los Tesalonicenses
Jos	Josué	Tt	Epístola a Tito
Jr	Jeremías	Za	Zacarías

2. OTRAS SIGLAS

A.C.	Acción Católica
A.C.O.	Acción Católica Obrera
A.C.R.	Acción Católica Rural
A.J.C.F.	Asociación de la Juventud Católica Femenina
A.N.E.C.	Asociación Nacional de Estudiantes Católicos
A.N.O.C.	Asociación Nacional de Organización Campesina
A.S.I.CH.	Asociación Sindical Chilena
A.U.C.	Asociación de Universitarios Católicos
C.E.L.A.M.	Consejo Episcopal Latino Americano
C.I.C.O.P.	Conferencia Interamericana de Cooperativas
D.M.	Diario "La Mañana", de Talca
E.S.	Escritos Sociales
F.A.C.	Fraterno Auxilio Cristiano
F.E.C.P.	Federación de Empleados de Casas Particulares
F.E.D.A.P.	Federación de Asociación de Padres de Familia
F.I.D.E.	Federación de Institutos de Educación
Ibidem	Ahí mismo
I.C.	Codex Iuris Canonici
I.C.L.A.	Institutos de Catequesis Latino Americana
I.E.R.	Instituto de Educación Rural
J.A.C.	Juventud Agraria Católica
J.O.C.F.	Juventud Obrera Campesina Femenina
J.O.C.M.	Juventud Obrera Campesina Masculina
L.O.C.	Liga Obrera Católica
L.V.	Lumen Vitae (Revista belga de Catequesis)
M.F.C.	Movimiento Familiar Cristiano
M.O.A.C.	Movimiento Obrero Adulto Católico
O.I.C.	Organizaciones Internacionales Católicas
O.N.U.	Organización de las Naciones Unidas
S.I.A.C.	Secretariado Interamericano de Acción Católica
U.S.E.C.	Unión Social de Empresarios Cristianos
U.N.D.A.	Unión Mundial de Medios de Comunicación
U.N.I.A.P.C.	Unión Internacional de Asociac. Patronales Cristianas

DATOS BIOGRAFICOS FUNDAMENTALES

- 17-XII-1900: Nace en Santiago, del matrimonio de Manuel Larraín Bulnes y Regina Errázuriz Mena.
- 1908: Entra al Colegio San Ignacio, donde hace todos sus estudios primarios y secundarios.
- 1918: Inicia estudios de Derecho en la Universidad Católica, que prosigue hasta 1921.
- 1920: Hace el Servicio Militar en el Regimiento de Artillería N° 1, egresando como Subteniente de Reserva.
- 1922: Ingresa al Seminario Pontificio de Santiago.
- 1923: Continúa su formación sacerdotal en Roma, en el Colegio Pío Latino Americano, a cargo de los Padres Jesuitas, mientras su Teología la realiza en la Universidad Gregoriana.
- 16-IV-1927: Es ordenado sacerdote en Pascua de Resurrección.
- 1928: Regresa a Chile.
Colabora en la formación de los seminaristas en el Seminario Pontificio de Santiago, junto a su Rector, Monseñor Juan Subercaseaux, como Padre Espiritual y Profesor de Historia de la Iglesia.
Simultáneamente, Monseñor Carlos Casanueva lo lleva a la Universidad Católica, donde da cursos de cultura católica y atiende a los alumnos de la naciente Facultad de Medicina. Permanece en la Universidad hasta 1938, llegando a ser Pro-Rector.
- 16-X-1933: Los Obispos de Chile publican una Pastoral Colectiva, que echa las bases de la Acción Católica y el Pbro. Manuel Larraín está entre los primeros asesores.
- 7-VI-1938: Es nombrado Obispo.
- 7-VIII-1938: Es consagrado.

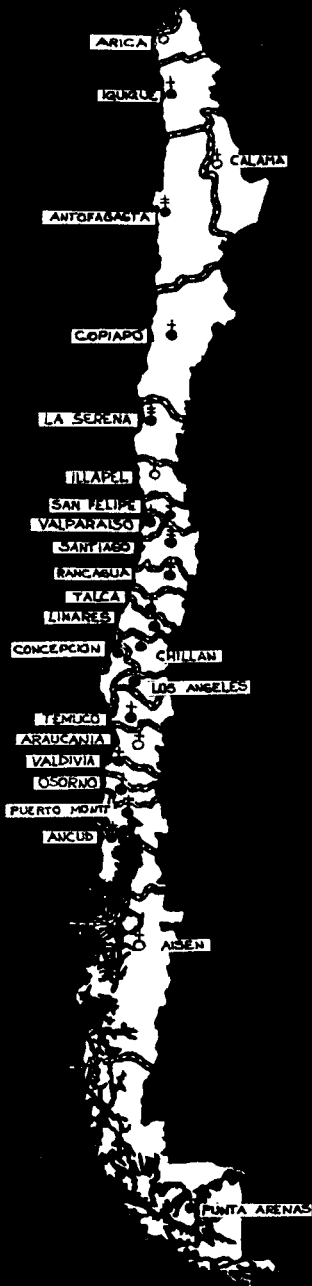
- 28-VIII-1938: Llega a Talca, como Obispo Coadjutor de Mons. Carlos Silva Cotapos.
- 21-I-1939: Se hace cargo de la Diócesis como Obispo titular.
- 1952 - 1962: Es nombrado Asesor Nacional de la Acción Católica y simultáneamente del Secretariado Interamericano de Acción Católica, con sede en Santiago.
- 1955: Participa en la reunión de Obispos latinoamericanos de Río de Janeiro, con ocasión del Congreso Eucarístico y promueve la creación del CELAM.
- 31-VIII-1960: Es nombrado Consultor de la Comisión para el Apostolado de los laicos, por Juan XXIII.
- 14-XI-1960: Es nombrado Miembro de la misma Comisión. Es nombrado Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), cargo en que permanece hasta su muerte.
- 22-VI-1966: Muere en accidente automovilístico, en el pueblo de Rosario (cerca de Rengo), cuando se dirige desde Santiago a su Diócesis.
- Chile declara duelo nacional por 3 días.

DIVISION ECLESIASTICA
DE CHILE

OBISPADO DE TALCA

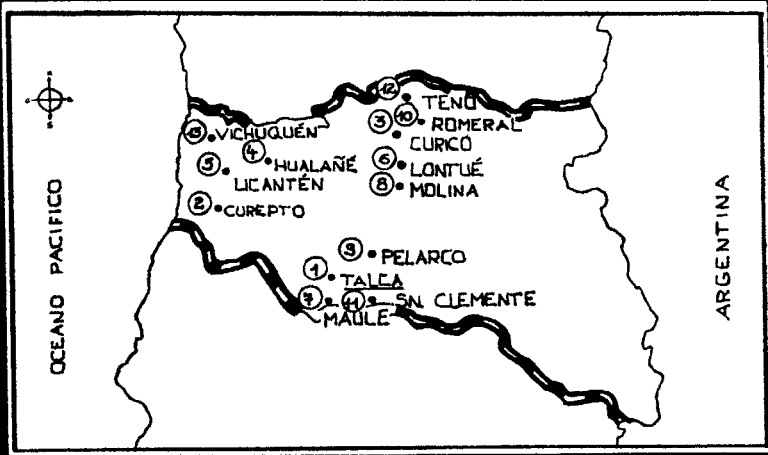
1976

ARZOBISPADOS
 OBISPADOS
 PRELATURAS O
 ADMINISTRACIONES



FUNDACIÓN : CREADO EL 12/10/1925
 COMPRENDE : PROVINCIAS DE TALCA Y CURICÓ

SUPERFICIE (km ²)	POBLACION (millas de habit.)	% de catolicos	PARROQUIAS	VICARIAS	CASAS DE RELIGIOSOS		SACERDOTES			DIACONOS PERMANENTES	RELIGIOSOS	RELIGIOSAS
					masculinas	femeninas	diocesanos	extra diocesanos	religiosos			
15407	400	92,5	37	-	20	36	55	1	40	7	30	164
					36		36					



DIÓCESIS DE TALCA
PARROQUIAS IMPORTANTES

- 1) "EL SAGRARIO" (1680)
- 2) "NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO" (1580)
- 3) "SAN JOSÉ" (1745)
- 4) "SANTÍSIMO SACRAMENTO" (1834)
- 5) "SAN MIGUEL" (1874)
- 6) "SAN BONIFACIO" (1926)
- 7) "SAGRADO CORAZÓN" (1962)
- 8) "NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO" (1764)
- 9) "SAN JOSÉ" (1784)
- 10) "NUESTRA SEÑORA DEL PILAR" (1912)
- 11) "SAN CLEMENTE" (1864)
- 12) "SAN JUAN DE DIOS" (1906)
- 13) "NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN" (1580)

I N D I C E

I

ASPECTOS GENERALES DE LA LITURGIA

El Altar	15
Piedad y Liturgia	26
La Liturgia creadora de un orden nuevo	92
La Misa: la participación activa de los fieles	104
Oremos con la Iglesia. La Alabanza de Dios	113
El Ajuar Litúrgico. Ponencia en el Concilio Vaticano II	115

II

LA CATEDRAL, CENTRO DE LA LITURGIA DIOCESANA

Bendición de la "primera piedra"	124
Construcción de la Catedral. Seis llamados a la colaboración	125
Consagración	134
Agradecimientos después de su "consagración litúrgica"	137

III

EL AÑO LITURGICO

Navidad y Epifanía	143
Cuaresma y Semana Santa	191
Pascua de Resurrección	221
Corpus Christi	257
Sagrado Corazón de Jesús	265
Cristo Rey	295
Siglas	305
Datos biográficos fundamentales	305